This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

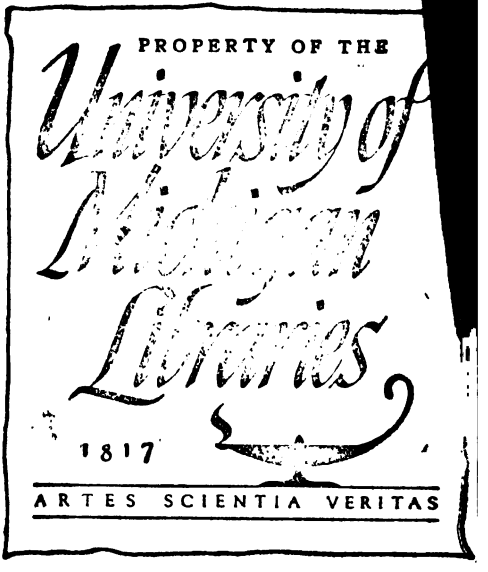
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

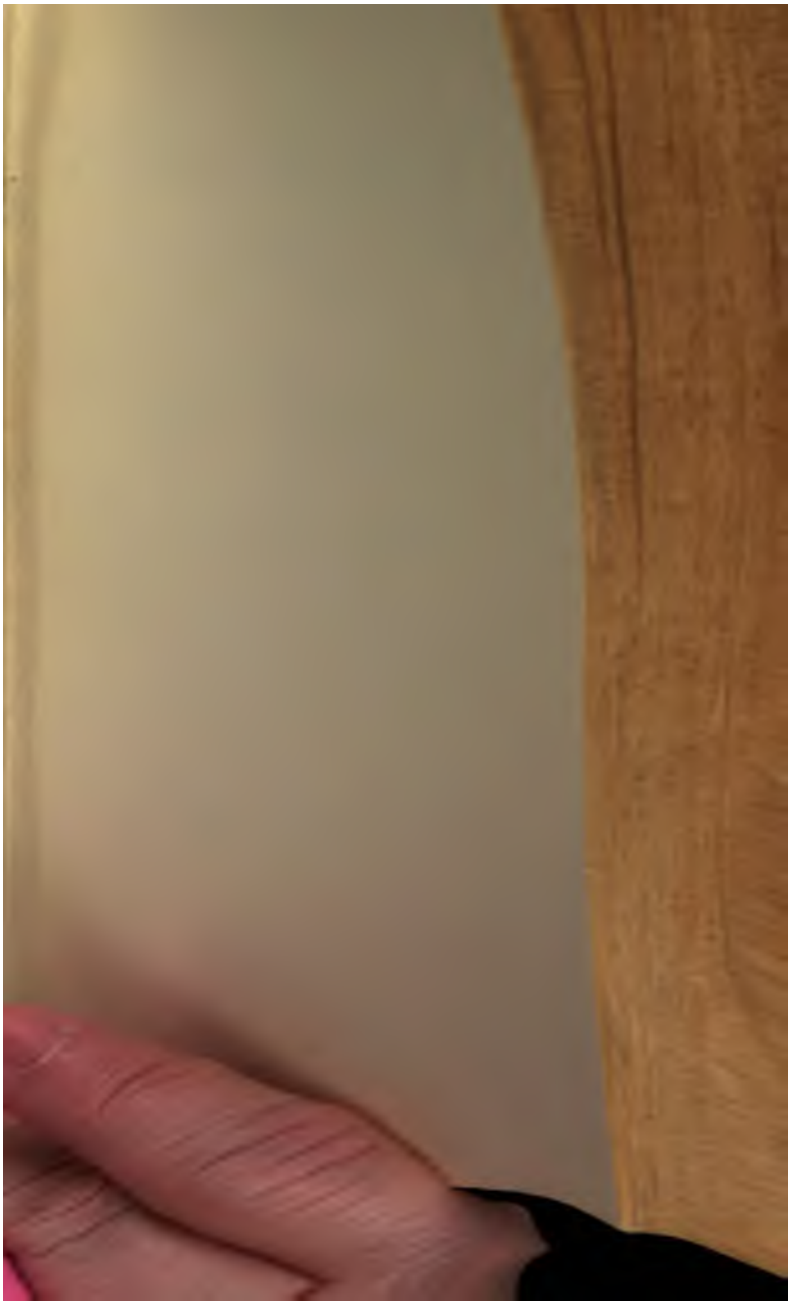
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

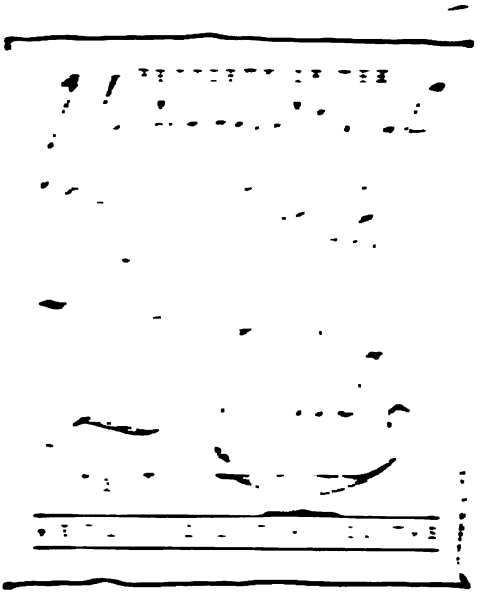
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


PROPERTY OF THE
University of
Michigan
Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

VERITAS

PROPERTY OF TH
University o
Michigan
Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITA





MARIA,

Ó LA

ESCLAVITUD

En los Estados-Unidos.

CUADRO DE

COSTUMBRES AMERICANAS,

Escrito en francés por

Mr. Gustavo de Beaumont,

UNO DE LOS AUTORES DE LA OBRA TITULADA:

ENSAYO SOBRE EL SISTEMA PENITENCIARIO DE LOS E. U.

ADUCIDO DE LA ULTIMA EDICION FRANCESA.

TOMO SEGUNDO.

MEXICO:

Tipografia de R. Rafael, calle de Cadena Nº 13.

1840.

CAPITULO XIII.

EL MOTIN.

"¡De este modo se desvanecia mi ensueño de gloria literaria y el porvenir que en ella cifraba! Veia cerrados todos los demas senderos que pudiesen conducirme á la fama. Si se hubiesen encontrado entonces los Estados-Unidos comprometidos en alguna guerra, habria intentado figurar entre las filas del ejército americano; pero en este pais, en tiempo de paz, no hay glorias militares. Redúcense sus fuerzas á unos cuantos millares de hombres que permanecen acantonados hácia las fronteras de los Estados de Occidente, donde no tienen otra mision que la de imponer respeto á las hordas de indios bárbaros que por aquellos rumbos habitan. (1, [a])

"Habia caido en aquel profundo desaliento que sucede al último estinguido rayo de una postrimera esperanza, cuando recibí una carta

[a] Véanse las notas al fin del tomo.

Nelson, en la cual me comunicaba que salia de Baltimore y que en breve estaria en Nueva-York con María; en ningunos pormenores entraba acerca de este viaje; puramente me decia: "Presto " sabreis la causa de esta marcha, y os pondreis " al tanto del nuevo golpe que acaba de descar- " gar sobre nosotros la desgracia."

"Al cabo de un dia, de una penosa espera, ví llegar á Nelson y á María. Mostrábase el pesar grave y severo en la frente del padre, y espansivo y tierno en el mirar de la doncella.

"La inquietud que me dominaba reprimió los primeros impulsos de mi cariño.

"¿Cuáles son, esclamé, "cuáles son, pues, esas " nuevas desgracias bajo cuyo peso os veo ago- " biados?"

"Despues de algunos instantes de melancólico silencio, díjome Nelson: "Hace una semana que " se celebró en Baltimore la eleccion para un " miembro del congreso. Concurrimos á ella " Jorge y yo, como siempre habiamos acostum- " brado hacerlo.... Estoy habituado á ver agi- " tarse las intrigas en todas las circunstancias " de igual género; pero entonces observé que se " hallaban las pasiones políticas en un grado de " exaltacion en que jamás las habia visto antes.

"Entablóse la lucha de los electores sobre dos " candidatos; el primero era notable por la su- " perioridad de sus talentos, pero era *federalista;* " el segundo era menos distinguido, pero era " *jacksonista* (*a*). Despues de haberse pronuncia-

[*a*] Es decir, partidario del general Jackson, actual presidente de los Estados-Unidos.

" do inmenso número de discursos, algunos de
" los cuales fueron silbados y aclamados otros,
" y á todos los cuales se unian vehementes con-
" tiendas que se entablaban entre los miembros
" de ambos partidos, recogiéronse los votos. Vió-
" se que el candidato por el cual habíamos sufra-
" gado Jorge y yo habia ganado la eleccion por
" mayoría de un voto, cuando repentinamente no-
" tamos que se forma en el concurso un gran tu-
" multo: óyese al principio una esclamacion, lue-
" go dos, y despues mil: la agitacion, que habia
" dado principio por un punto del salon, llénalo
" todo de improviso, de igual modo que la turba-
" cion de una abeja, inquieta dentro de su celdi-
" lla, se comunica instantáneamente á cuantas
" habitan la colmena. En fin, oí á los electores
" del partido vencido esclamar: El escrutinio
" es nulo: Jorge Nelson es un hombre de color:
" ¡urrah! ¡urrah! hágasele salir del salon.... de-
" be hacerse nueva eleccion....

"A estas palabras succedieronse ruidosos aplau-
" sos. Los miembros de nuestro partido guar-
" daban un triste siliencio: finalmente, uno de
" ellos preguntó á Jorge si era verdad lo que se
" le imputaba.—Sí lo es, contestó éste. Enton-
" ces hasta nuestros mismos amigos comenza-
" ron á hacer un fuerte murmullo, y fuéronnos
" dejando aislados. En aquel momento, mayor
" era el temor que el bochorno que yo sentia,
" porque preveia el furor que iba á apoderarse de
" Jorge, y los terribles ímpetus á los cuales se
" abandonaria. Víle demudarse de cólera; pe-

" ro, ¡cosa estraña! volvió repentinamente en sí
" y no profirió siquiera una palabra.

"La observacion que hicieran nuestros adver-
" sarios era justa, porque la ley del Maryland
" escluye del derecho electoral á toda gente de
" color, comprendiéndose en esta esclusion aun
" á aquellos que hayan estado en posesion de su
" libertad por espacio de muchos años. En
" cuanto á mí, ninguna reclamacion hice, y au-
" sentéme del salon conduciendo conmigo á Jor-
" ge, y dando infinitas gracias al cielo de que hu-
" biese permitido que guardase tanto reposo
" aquel cuyos ímpetus en tal grado temia. Al
" ir á salir notamos en un individuo que toma-
" ba un grande empeño en llamar la atencion pú-
" blica hácia la humillacion con que nos retirá-
" bamos. Miróle Jorge cara á cara, y reconoció
" en él á D. Fernando Almanza, es decir, á aquel
" cuyas pérfidas revelaciones hicieron morir de
" dolor á la madre de mis hijos. No dudé de
" que el primer grito de denuncia se hubiese
" exhalado de sus labios; y Jorge se ha supuesto,
" con fundamento, que él debió tambien haber
" sido quien, en el teatro de Nueva-York, esci-
" tase contra vos y él el encono de la muche-
" dumbre.

"El primer impulso de Jorge fué el de preci-
" pitarse sobre el ofensor y vengar de un golpe
" la antigua y la reciente injuria; pero víle domi-
" nar casi inmediatamente su resentimiento. Ví-
" le articular á media voz frases aisladas, cuyo
" no era para mí muy inteligible. El dia

" solemne se aproxima, decia, y será la venganza mas grata.

"Persuadido de que ocultaba en su corazon " algun importante proyecto, le urgí á que me lo " revelase.—Es una cobardía, díjome, dejarse " hollar sin erguir la cabeza: sé que se prepara una insurreccion en el Sur; los negros de la " Virginia y los de ambas Carolinas van á coligarse con los indígenas de la Georgia para libertarse del yugo americano: yo voy á cooperar á sus esfuerzos.

"Atemorizado de tal proyecto, intenté, por todos los medios posibles, persuadir á Jorge de " que aquella empresa era descabellada é impotente.... Quizá me espresé para con él en términos demasiado enérgicos.... ¡pero me parecia tan riesgoso semejante designio!.... María " agregó á mis reflexiones sus ruegos y sus lágrimas, que siempre habian ejercido tanta influencia para con su hermano. Jorge guardó " silencio, y entonces me creí que la razon habia " iluminado su entendimiento.

"Convenimos en ausentarnos de Baltimore, " donde ya no nos era posible permanecer mas " tiempo: ¿pero á qué asilo nos retiraríamos? " Propuse á mis hijos que iriamos á pasar nuestra desventurada existencia á Nueva-York, " donde un presbiteriano respetable, James Williams, con quien en otro tiempo me habia relacionado en Boston, provisionalmente nos albergaria. Llegado que hubiésemos allí, podriamos ponernos á deliberar con detenimiento " sobre el retiro que [illegible]

" así hablaba, aparecia Jorge como entrega-
" do á una preocupacion profunda: sin embargo,
" no volvió á proferir una palabra que diese in-
" dicios de que abrigaba aún en el corazon su
" funesto designio. En la noche, á la hora de
" separarnos, prodigónos las mas gratas caricias;
" jamás se habia mostrado mas afectuoso para
" conmigo, ni mas tierno para con su hermana.
" Sumergíase en la meditacion, y repentinamente
" interrumpíala para dirigirnos las mas amoro-
" sas palabras. ¡Mas ay! al dia siguiente ya no
" gozamos de sus caricias; se habia ausentado
" de Baltimore, dejándonos una carta, en la cual
" nos suplicaba encarecidamente que le perdo-
" násemos su furtiva marcha.

"Jamás, decia, habria yo podido resistirme al
" ascendiente de un padre ni á las lágrimas de
" una hermana; una sola mirada de mi hermana
" habria bastado para echar todas mis resolucio-
" nes por tierra. Sin embargo, mi deber me pres-
" cribe que preste auxilio á mis hermanos que
" están gimiendo en la desgracia.... Padre mio,
" hermana mia, añadia, nos volverémos á ver en
" época mas próspera.... Si no hay igualdad
" entre los hombres en la tierra, sí la hay por lo
" menos en el cielo.

"No os describiré el pesar de María al oir leer
" estas últimas palabras de un hermano á quien
" tanto ama.

"Jorge, en su carta, nos repetia que siguiéra-
" mos mi primer proyecto sobre que fuésemos
" á pedir hospitalidad á James Williams, á quien

" decia se dirigiria mas adelante para tener no-
" ticias nuestras.

"Esto dijo Nelson: su voz, al terminar su narracion, se hallaba un tanto conmovida. En seguida añadió con una religiosa resignacion: "Mien-
" tras mas poderoso es el brazo que hiere, tan-
" ta mas adoracion merece.... Amigo mio, con-
" tinuó diciendo, ahora podeis juzgar de si os en-
" gañaba cuando os pintaba la horrible situacion
" á que la gente de color está condenada en los
" Estados-Unidos. No habiendo logrado disi-
" par vuestras ilusiones, impuse á vuestro amor
" un tiempo de prueba. El término de ella no
" ha espirado todavía; pero para haber formado
" opinion ya es tiempo sobrado, y lo que sabeis
" acerca de nuestra mísera existencia, debe bas-
" tar para iluminaros."

"La impresion de una intensa pena y la inquietud que me dominaba al pensar en la suerte que Jorge correria, me hicieron guardar un profundo silencio. María, creyendo que era efecto, no de mi ansiedad, sino de la dificil posicion en que me colocara mi compromiso, díjome con una voz que interrumpia el llanto:

"Ludovico, mi corazon os agradece los nobles
" esfuerzos que haceis por amor á una desven-
" turada; pero, por favor, cesad de luchar contra
" el inexorable destino. Ya estais viendo que
" cada dia de nuestra vida es una nueva desven-
" tura. Mi suerte está irremisiblemente decre-
" tada: estoy condenada á arrastrar de poblado
" en poblado mi mísera existencia: ¡pasaré mis
" dias arrojada de un lugar por el desprecio, de

" otro por el odio que se nos profesa, porque " desde el seno de mi madre fuí maldita!"

"Al cielo pongo por testigo de que no vacilé ui un instante á vista de tan lastimero infortunio: para ser fiel á la desgracia, ninguna lucha interior me ví en la necesidad de sostener. Sentí que se estrechaban mas en mi alma los lazos que á María me unian. A este aumento de ternura y amor se agregaba una indignacion tan profunda contra los autores del mal de que era víctima aquella á quien amaba, que no pude menos que espresar este último sentimiento.

"¡Conque este es, esclamé, conque este es el pueblo objeto de una admiracion y de mis simpatías, fanático por la libertad y pródigo de servidumbre! ¡Este es el pueblo que discurre sobre libertad, teniendo tres millones de esclavos en su seno! ¡Este es el pueblo que no quiere que haya distinciones, y se ostenta ufano de su color blanco, cual si constituyese una nobleza! ¡Despreocupado y filósofo, en cuanto á desconocer los privilegios del nacimiento, y estúpido observador de los privilegios de raza! ¡Este es el pueblo que en el Norte se enorgullece de que trabaja, y que se jacta en el Sur de vivir ocioso! ¡Que reune en su seno, en monstruosa mescolanza, la virtud, y los vicios mas incompatibles con ella; pureza en las costumbres y sórdido interés, religion y sed de riquezas, moral y bancarrota!

"¡Este es el pueblo *de mercaderes* que se cree recto porque es legal, discreto porque es hábil, y virtuoso porque es arreglado! Llama probi-

dad á la astucia sostenida por el derecho, á la usurpacion sin recurrir á actos violentos, y á la falta de delicadeza cuando no la acompaña el crímen. No le vereis armado con el homicida puñal; pero lleva otras armas consigo, que son la astucia, el fraude, la mala fé, porque esto es lo que atrae riqueza.... Habla de honor y de lealtad, pero en la acepcion en que entienden esta palabra los mercaderes: ¡ved con qué hipocresía se conduce hasta en los mismos beneficios que hace! Convida con la independencia á toda una malhadada raza, y esos negros á quienes liberta, sufren, al salir de la servidumbre, una persecucion mas amarga de lo que pueda serlo la servidumbre misma.

"Hé aquí cómo me hacia la cólera espresarme: contuve sus arranques al aspecto de María, cuyo abatimiento era estremo. Mi corazon, despues de haber exhalado su resentimiento, no contenia ya mas que amor, y no creí poder espresarlo mejor, que dirigiendo estas cuantas palabras á Nelson: "No ha espirado aún el tiempo de mi "prueba; pero dispensadme, os lo suplico, el "breve intervalo que queda, y concededme la "mano de María.

—"¡Omnipotente Dios esclamó el americano, "un tanto conmovido "¡cuán grande es tu bon-"dad, pues nos conservas el corazon de este dig-"no jóven!"

"Mis palabras pusieron á María en una situacion imposible de describirse. Al oirme manifestar mis quejas contra la sociedad americana, comprendió cuáles eran mis verdaderos senti

mientos; y cuando mis últimos acentos la hubieron revelado cuáles eran los únicos deseos que mi corazon abrigara, víla repentinamente pasar de una intensa pena á aquel esceso de alegría que tambien se muestra con lágrimas: cayendo de rodillas, tributó las gracias á Dios en la actitud del criminal que, habiendo recibido de los hombres un perdon inesperado, une ambas manos y dirige sus ojos al cielo.

"Nelson, añadió: "Generoso amigo, la simpatía " hácia la desgracia es la mejor prueba de gran- " deza y fortaleza de alma. No intentaré ya con- " tener vuestros nobles impulsos; admiro la vir- " tud que os adorna, y me juzgo digno de diri- " girla." Diciendo estas palabras, arrojóse en mis brazos y estrechóme fuertemente contra su seno: despues, tomando mi mano y la de María, " María, díjola haciendo el ademan de unirnos, " será vuestro esposo Ludovico."—"¡Oh Dios " mio!" esclamó aquella seductora jóven; ¿no es " un ensueño tanta dicha?" Nada volvió á decir despues de estas palabras; conservóse apoyada al brazo de Nelson, y pareció recojer sus sentimientos sumergida en un éstasis de felicidad.

"Entre tanto, deseando con impaciencia ver llegado á su consumacion el mas grato de mis votos, conseguí de Nelson que fijase el dia de mi enlace con su hija.— "Dentro de algunos dias, díjome, " os daré el título de hijo. Un tiempo hubo, y no " está muy distante de nosotros, en que, con ar- " reglo á las leyes de Nueva-York, el matrimo- " nio de un blanco con una muger de color era " imposible; pero hoy semejante prohibicion ya

" no existe, y de vez en cuando suélense formar
" de estas alianzas. . .

"Un amigo del ministro huésped, el reverendo
" John Mulon, ministro católico que se ha hecho
" amar hasta de los presbiterianos por su filan-
" tropía para con la raza negra, os casará pri-
" mero segun los ritos de la Iglesia romana, á la
" cual pertenecéis, y en seguida, James Wil-
" liams, ministro presbiteriano, dará á vuestra
" union la sancion del culto que profesa mi hi-
" ja. . . Hace muy poco tiempo todavía que ésta
" especie de enlaces escitaba fuertes rumores
" en la poblacion americana. . . empero el espí-
" ritu público cada dia se va mas y mas ilustran-
" do, y con las preocupaciones se van estinguien-
" do los odios. Acaso procederémos acertada-
" mente, hijos mios, cuando vuestra union se
" consume, en no salir de Nueva-York. No hay
" en esta ciudad mas amabilidad para con las
" gentes de color de la que pueda haber en las
" demas; pero su circunstancia de ser populosa,
" hace que con mas facilidad que en otra parte
" podamos vivir oscuros é ignorados.

"No me ocurrió en aquel momento el reflexio-
nar sobre si sería juguete de alguna ilusion Nel-
son: la alegría en que se embriagaba mi corazon
era estrema; todas mis inquietudes se disiparon;
olvidé mis pasadas penas, y aun el orígen de que
procedieran; y creyendo que se hubiese agotado
por siempre el manantial de mis infortunios, no
ví ya en el porvenir sino ventura.

"No bastaron para disipar esta impresion, ni los
pesares de María, que, pocos instantes despr

del enagenamiento que sintiera en su primer movimiento de júbilo, habíase vuelto á sumergir en su melancolía. "Amigo mio, decíame, procuras en vano engañarme. Tu amor hácia mí "se ha transformado en sacrificio.

"Cuando ves que derraman un copioso llanto "mis ojos, no acuses á mi amor por esto, pues "si lloro, es porque preveo cual va á ser tu "suerte si se lleva á cabo nuestro enlace. El "menosprecio de que seré objeto habrá de re"caer sobre tí. Tú no estás acostumbrado á "vivir sin contar con la estimacion de tus seme"jantes, y la falta de ella te hará sufrir horri"bles tormentos. no podrás, por mas que quie"ras, ocultarme los secretos padecimientos de "tu alma. Ludovico, yo moriré de dolor al ver"te desdichado."

"Despreció la nimiedad de sus escrúpulos y lo quimérico de sus temores.

"Al fin llegó el ansiado dia de nuestro consorcio. Sentíame lleno de amor: jamás habia alimentado mi corazon mayores esperanzas; sin embargo, sentia un interior disgusto al ver que el tinte de tristeza que ofuscara la frente de María, no se disipaba con mi alborozo: ignoraba yo entonces que existen almas tiernas y misteriosas para quienes el dolor es como un presagio, y que padecen instintivamente porque han adivinado que hay para ellas en el porvenir inmensos males.

"Sin embargo, viósela por la mañana aparecer adornada con la corona blanca de las esposas: su gracia y su natural hermosura estaban llenas de un secreto encanto, y no sé si diga que su me-

batéla entre mis brazos. ¡Oh con qué resolucion tomé á mi cargo el amparo de mi predilecta! ¡Oh cuán vigoroso me sentia al llevarla estrechada contra mi seno! Pero apenas habia cargado con aquel precioso tesoro, cuando oí muchas voces que clamaban: "Sobre John Mulon! ¡sobre "John Mulon! ¡muera el católico que casa á las "mugeres de color con los blancos!" y al mismo tiempo observé que las miradas de todos se dirigian hácia nosotros: comprendí que se nos habia vendido y que nos amagaban los mas espantosos peligros. ¿De qué medios me serviria para poner á María en salvo? ¿cómo atravesaria por entre la turba de nuestros contrarios, en momentos en que habian llegado á su mayor exaltacion sus desenfrenadas pasiones?

"Un rayo de esperanza brilló en mi alma. "¡La "milicia! ¡ahí está la milicia!" gritan algunos sediciosos.—"¡Qué importa! ¡contestaron otros; "no se atreverá á disparar sobre el pueblo ame"ricano la milicia."

"Llegó en efecto un cuerpo de milicia, trayendo la mision de restablecer la tranquilidad pública; pero componíase en su totalidad de blancos, que muy poco se cuidaban de lo que á la gente de color aconteciese. En vez de imponer al furor popular un freno, pusiéronse á contemplar sus demasías. La impasibilidad con que presenciaban aquella escena produjo el efecto de aumentar la furia de los sublevados, que recorrian el interior del templo destruyendo y desolando cuanto encontraban, muebles, ornamentos del culto, púlpito, y hasta el altar mismo. Hallábanse y-

mal por la única razon de que padecen presenciándolo: éstos, al operar la emancipacion, hacen muy poco, pues aun cuando destruyan la esclavitud, no entronizan á la libertad; se quitan de encima una pena, una mortificacion; apartan de su vista un espectáculo con el cual su vanidad padece; pero no sanan el mal ageno: al promover la abolicion de la esclavitud, trabajan en beneficio propio, no en obsequio del esclavo. Aun cuando se hayan roto las cadenas de éste, la sociedad le repele.

"Los otros partidarios de los negros son aquellos que sinceramente los aman, con el afecto que profesa á sus hermanos un cristiano; y no solo desean que el ejercicio de la esclavitud quede abolido, sino que aun reciben á los libertos en su seno, y los tratan como si fuesen sus iguales.

"Estos fervorosos protectores de los negros son en corto número, pero trabajan con un infatigable empeño; y aun cuando por espacio de mucho tiempo este empeño fué casi infructuoso, lograron sin embargo destruir por medio de su voz varias preocupaciones, y se vió á algunos blancos unirse en virtud de los lazos del matrimonio con algunas mugeres de color.

Mientras la filantropía en favor de los negros se limitara á inútiles declamaciones, habíanla tolerado los americanos sin disgusto: poco les importába que la libertad de los negros teóricamente se proclamase, con tal que quedasen éstos de hecho considerados como inferiores á los blancos. Pero tan luego como hubo un blanco que contrajese enlace conyugal con una muger de

color, la tentativa de poner en fusion á ambas razas empezó á tomar un aspecto práctico. Esto era ya un ataque dirigido á la dignidad de los blancos, é irritóse hasta lo sumo la soberbia americana.

"Tal era, en la ciudad de Nueva-York, la disposicion de los ánimos en la época de mi union con María.

"Nos dirigíamos al templo católico, cuando observé en la poblacion una agitacion desusada. No era ya el movimiento que notaba aquel al que generalmente se entrega un pueblo industrial y comerciante; veíanse recorrer las calles á muchos individuos mal vestidos, pertenecientes á la clase laboriosa, á una hora en que debian estar ocupados en sus talleres. Veíaseles, separándose de sus maneras compasadas y flemáticas, caminar aprisa, chocarse unos con otros al encontrarse, acercarse con aire misterioso unos á otros, formar grupos, entablar conversaciones animadas, y repentinamente disolverse tomando contrarias direcciones.

"Enagenado en el inmenso interés que esclusivamente ocupaba mi pensamiento, llamóme muy poco la atencion aquel esterior alboroto: no dejó, sin embargo, de sorprenderme no ver ni negros ni mulatos por las calles.

"Nelson preguntó á un americano que á nuestra inmediacion pasaba, sobre lo que daba orígen á aquel tumulto.

—"¡Oh! dijo éste, los amalgamistas (3) son los " que han dado lugar á ello: quieren que sean " iguales los negros á los blancos, y éstos se ven " en la necesidad de sublevarse."

"Habiendo hecho á otro igual pregunta, contestó: "Si se hace una matanza de negros, ellos "solo tienen la culpa: ¿por qué se atreven esos "miserables á quererse elevar al nivel de los "americanos?"

"Otro á quien igualmente se preguntó, emitió una opinion diversa: "Van á ser arrasadas las "casas de los negros, y hacerse desaparecer sus "horrendos rostros. Los blancos tienen la cul"pa de verse en la precision de conducirse de "este modo; ¿por qué han emancipado á los ne"gros?"

"Herian estas tristes palabras nuestro oido, cuando se presentó un horroroso espectáculo á nuestros ojos. . . .

"Nos encontrábamos en Leonard-Street. Ocurrió que en aquel momento pasasen por allí algunos malhadados mulatos, y apenas fueron vistos, cuando mil voces prorumpieron con furiosos gritos: "¡Odio á los negros! ¡mueran! ¡mueran!" Al punto una lluvia de piedras que arrojara la muchedumbre, vino á caer sobre la gente de color: algunos americanos se precipitaron con garrote en mano sobre aquellos infelices, y sin consideracion los golpearon. Aterrados por tan cruel como inesperado trato, no hacian los mulatos resistencia alguna, y parecian como sobrecogidos de estupor al aspecto de aquella frenética turba; con sus ojos, que tenian levantados al cielo, parecian preguntar á Dios, de dónde podia proceder el enojo contra ellos, de una sociedad cuyas leyes respetaban.

"En breve presentóse á nuestros ojos una esce-

na mas dolorosa todavía. Los desdichados á quienes perseguia una venganza ciega, habíanse refugiado á las mansiones amigas de algunos individuos de color. Juzgábalos yo fuera de peligro; pero no se contiene con tanta facilidad el ímpetu del pueblo. Volaron hechas pedazos las ventanas, rompiéronse las puertas y fueron demolidas las paredes.... En aquel momento cesé de ver operar al pueblo, y ocupéme en atender á María, que estaba helada de terror. "Amigos "mios, díjonos Nelson sin alterarse, retirémo- "nos: confúndese mi razon al presenciar estos "bárbaros desórdenes; prueba que existe toda- "vía una antipatía contra la gente de color, que "la llegará á ser sumamente funesta. Si se nos "descubriese, correriamos el mayor peligro. "Apresurémonos en trasladarnos al santo tem- "plo: cuando háyamos tomado asilo en aquel "edificio religioso, nos hallarémos á cubierto de "toda injuria: primero cesaria de existir el pue- "blo americano, que perder el respeto á las co- "sas santas. "Hijos mios, decíanos, ademas "Nelson conduciéndonos hácia la iglesia, tan "luego como quedeis unidos, nos ausentarémos "de esta ciudad, donde reinan esas detestables "pasiones que me figuraba amortiguadas."

"Pocos instantes transcurririan, cuando nos hallábamos en el templo, del cual era ministro John Mulon: habia en él una multitud de gentes de color que habian ido á tomar asilo.

"Al penetrar en el piadoso albergue, mi fuerza y mis esperanzas renacieron. El tumulto de los sediciosos, la grita de la muchedumbre,

movimientos de furor y los clamores de las víctimas, todos aquellos rumores terrenos cesaron de herir mi oido, y desapareció de mi corazon el resentimiento. Amaba á la hija de Nelson, y elevábame á Dios dirigiéndole mis oraciones.

"A poco se dió principio á la ceremonia. Hallábame arrodillado al lado de María, cuya palidez era suma. Durante las escenas de horror de que habiamos sido testigos, no se la habia oido proferir ni una sola queja; únicamente con su dolorosa mirada habia parecido querer decirme: "¿Es esta la solemnidad de nuestro consorcio?" Desde que hubimos penetrado en el santo recinto, habia visto renacer la calma y la serenidad sobre su frente; pero su confianza en Dios mas bien era resignacion que esperanza.

"En cuanto á mí, absolutamente abandonéme á mis impresiones de júbilo. Despues de haber sufrido tantas tormentas, iba llegando por fin al puerto.... mis pasadas desdichas servian de sombra á mi felicidad.... y casi bendecia los golpes del hado, pues que sin ellos no habria alcanzado tanta ventura.... Si la suerte hubiese protegido la primera ambicion de gloria y de poder que tuve, no me habria ausentado de Europa, y no seria en aquella sazon esposo de María. ¿Qué me importarian las injusticias del mundo en lo futuro? Entre los dos las sobrellevariamos: las lágrimas de la muger son tan gratas, que prestan un secreto hechizo á los mas acerbos pesares.

"De este modo se presentaban á mi imaginacion mil ideas seductoras, que me presagiaban

un porvenir risueño, en tanto que prosternado ante el altar al lado de María, recibiamos ambos las bendiciones de la Iglesia. En el momento en que el ministro del Altísimo, despues de habernos dirigido los santos consejos que su corazon le sugeria, tomaba para unirlas nuestras manos, observase repentinamente á la puerta del templo un gran tumulto. "¡Son los sediciosos!" clama una voz siniestra. Va pasando este clamor de boca en boca, y en seguida quédase sumergido el sagrado recinto en un profundo silencio.... Oyese entonces por defuera un rumor semejante al que ocasionara una desenfrenada muchedumbre, y como el que hace una tempestad que se aproxima. Impelida por un impetuoso viento la nube que trae consigo el trueno, se adelanta con tanta rapidez, que en un cortísimo espacio está el rayo amagando ya nuestras cabezas. "¡Muera toda gente de color! ¡A la iglesia! ¡á la "iglesia!" Hé aquí los tremebundos clamores que por todas partes resuenan: apodérase el terror de aquella congregacion de fieles; ¡el sacerdote se demuda, flaquéanle las rodillas, y se le desliza de las manos el anillo que debia unirnos! María, yerta de espanto, pierde el sentido, vacila, y yo presto á la desmayada doncella el apoyo de mi brazo, que si un instante despues hubiese acaecido el tumulto, habria servido para sostener á mi cara esposa.

"Habíanse arrojado algunos negros, llenos de intrepidez, hácia las entradas de la iglesia para defenderlas de la invasion; pero en breve oyóse chocar con estrépito, contra el edificio santo,

una multitud de proyectiles... óyense crujir los goznes de la puerta... los invasores se animan mútuamente á continuar en sus escesos: cada progreso que hacen se acoge con aclamaciones y con bulliciosos aplausos; redoblan sus esfuerzos, estremécense las paredes y tiembla el piso. Ya el pueblo, que hace prodigios en sus obras cuando tienden á la destruccion, ha penetrado hasta los atrios, y entonces presenta el templo una espantosa escena de confusion y de desórden: los niños arrojan penetrantes gritos, las mugeres exhalan lastimeros ayes. Apodérase de todos la idea de que el pueblo va á ejecutar una matanza, y domina el horror en las almas; porque el populacho es en todos los paises el mismo; en todas partes es igualmente estúpido, ciego, bárbaro. Aquellos hombres, ó digamos mejor, aquellos monstruos, sin respetar el lugar sagrado en que se hallan, sin que ninguna conmiseracion les merezca la debilidad del bello sexo y de la ancianidad, se precipitan sobre aquella reunion piadosa, y se entregan á los mas brutales escesos, sin escluir á las mugeres, á los ancianos ni á los niños.

"Mi angustia era suma: Nelson, ante aquel espectáculo de vandalismo y de impiedad, estaba dividido entre su cuidado paternal y su nacional orgullo. "¡Oh Dios mio! esclamaba; ¡qué profanacion! ¡oh, qué mancha para mi patria!"

"Viendo que era inminente y terrible el peligro á que nos encontrábamos espuestos, dije á Nelson: "Por favor, dejad á mi amor el cuidado de escudar á María;" y al hablar así arre-

var á mi amada, voy á entregarla á sus verdugos..

"Mas ¡oh Dios mio! ¡Cuán grandes fueron aquel dia tu poder y tu misericordia! En el instante mismo en que iba á precipitar al abismo el tesoro que á mi amor se confiara, presentóse un jóven combatiente; se arroja entre nosotros y nuestros enemigos, cuyo furor provoca, nos forma un antemural con su cuerpo, se adelanta hácia el terrible desfiladero, ataca á los que guardaban el tránsito, y desarma, derriba y extermina á cuantos quieren resistirle..... Aprovechándome de su amparo tutelar, camino sin obstáculo, pongo al abrigo de los ultrajes á María, la liberto de los escesos, y siento el mas placentero alborozo que sea susceptible de sentir el hombre, al apartar de un peligro espantoso y al ver renacer entre mis brazos al objeto seductor de mi cariño. Pocos instantes despues incorporáronse á nosotros Nelson, James Williams y John Mulon, quienes á pesar de las varias luchas que se habian hallado en la necesidad de sostener, no nos habian perdido de vista.

—"¡Ludovico! ¡cielos! ¿dónde estamos?" esclamó María abriendo sus hermosos ojos, que la hiciera cerrar el terror, y que ahora parecian volver de un prolongado sueño; "¿dónde, pues, "están el templo, el santo ministro, mi padre y "la muchedumbre?" Y dirigió en derredor de sí sus miradas.

"Predilecto mio, continuó diciendo, de cuanto "ha pasado, lo único que sé es que te soy deu- "dora de la vida."

"Y en seguida, reparando en Nelson, "¡Padre "mio! díjole: ¡ah! ¡Cuánto terror me causó la "idea de que podia perderos!.... Decidme.... "¿qué aconteció despues de haber dejado caer "el sacerdote de Dios, de sus manos, el anillo "que debia unirnos?.... ¡He tenido una vision "horrible!.... ¡Imágenes sangrientas!.... ¡cla-"mores de agonía!.... ¡Jorge! ¡Jorge! ¿Dónde "está Jorge?

—"Ahí está," contestó Nelson.

—"¡Oh Dios mio! ¿Perdió la vida?" esclamó María.

—"No, hija mia, salvó la tuya."

"Refiriónos Nelson, que en efecto habia sido Jorge aquel jóven intrépido que en el momento de mayor conflicto se habia aparecido repentinamente, y nos habia libertado por medio de prodigios de valor y audacia.

"Amigos mios, dijo Nelson, el cielo nos ha "puesto á prueba, enviándonos infortunios crue-"les; pero la Providencia, á pesar de haber per-"mitido que sobrevenga un grave mal, ¿no es "cierto que todavía se muestra para con noso-"tros clemente, al sustraernos milagrosamente "de los males mas graves aún que nos ama-"gaban?"

—"¿En qué consiste que se encontrase Jorge "aquí? preguntó María; ¿por qué no se halla con "nosotros?"

—"Jorge, contestó Nelson, se nos apareció "como esos benéficos genios que solo bajan á la "tierra para enjugar las lágrimas que la desgra-"cia hace derramar á los hombres, y que, des-

" pues de haberlos consolado, se vuelven á su
" celestial morada. Víle ardiente, impetuoso,
" arrojarse en defensa de su hermana y derribar
" á sus enemigos. Poco despues aproximóse á
" mí;—Seguid á María, díjome, y vigiladla....
" huid, ¡oh padre mio! ¡huid cuanto antes de es-
" ta ciudad impía! Y habiéndole tomado el bra-
" zo para atraerle hácia nosotros,—No soy due-
" ño de mí mismo, contestóme con energía; me
" llama mi deber á otra parte.... Amo mas á
" mi hermana que á mi vida; pero el honor me
" es todavía mas caro. Me ausento de vos; por
" no flaquear huyo de mi hermana..... que se
" una María con Ludovico; es digno de ella y
" ella es digna de él.... A Dios, James Wi-
" lliams, añadió alejándose; acogeos á la casa de
" vuestro hermano Lewis; necesitais buscar otro
" asilo, porque vuestra morada ya no existe."

"Encontramos, en efecto, un monton de escombros en el lugar donde estaba la habitacion de nuestro huésped. Habíanse fracturado las puertas; se habian demolido las paredes y destruido los muebles: los restos de la destruccion se habian llevado á la plaza pública, y allí se habian acumulado; habíaseles entregado á las llamas en testimonio de alegría, y á nuestro regreso percibimos todavía la postrer claridad de la hoguera. Muchas casas de gentes de color, y de blancos afectos á esta raza, habian corrido la misma suerte, y cuatro iglesias donde se congregaba la parte negra de la poblacion, fueron ajadas, como la que administraba John Mulon, por la violencia y la profanacion.

En la noche habíanse calmado las sediciones: la sociedad filantrópica que se halla establecida en Nueva-York con el objeto de promover la emancipacion de los negros, publicó una manifestacion, con la cual procuró mitigar la animadversion de los americanos para con la gente de color. "Jamas, decíase en ellas, hemos "concebido el descabellado proyecto de operar "la mezcla de ambas razas; no podemos desco- "nocer la dignidad de los blancos hasta ese "grado; respetamos las leyes que sancionan el "ejercicio de la esclavitud en los Estados del "mediodía."

"¡Oh vergüenza! ¡qué especie de liberalismo es el que profesa este pueblo, cuando no es lícito aborrecer la esclavitud en su presencia! Los negros de Nueva-York no solicitan emancipacion para sí, supuesto que todos son libres; imploran la conmiseracion americana en favor de aquellos sus hermanos que gimen en la servidumbre. . . ¿y será posible que sus súplicas y las de los que los patrocinan se consideren como crímenes por los cuales se impetra perdon? . . .

"Entre tanto observábase todavía un resto de aquella superficial agitacion que ordinariamente se sigue á las crísis de la guerra civil. Veíase al padre andar en busca de sus hijos, á la hermana en solicitud del hermano, y en pos del marido á la esposa. Llegábanse unos á otros, dirigíanse preguntas y mútuamente se hacian exageradas narraciones: al aspecto de los derridos edificios y de las cenizas todavía hu-

meantes, deteníanse para contemplar aquella obra del desenfreno popular, de igual modo que se contemplan, despues de pasado el huracan, los desarraigados robles y las mieses marchitas. Los héroes y los combatientes de aquel dia se retiraban á sus moradas á tomar descanso, y entonces entraban en escena los cobardes y los intrigantes.

"No habia quien, despues del suceso, no reprobase la conducta de los sediciosos y los escesos á que se entregaran. La mayoría, aun cuando ostensiblemente se doliese de la infelicidad de los negros, regocijábase en secreto de lo acaecido. Con todo, no faltaron buenos ciudadanos, amantes sinceros de su patria, que vertiesen lágrimas al acordarse de aquel infausto dia: en aquel acto de tiranía que ejerciera el mayor número contra una débil minoría, veian el mas odioso abuso de la fuerza, y preguntábanse á sí propios, si una poblacion en la cual la pasion del odio era mas fuerte que las leyes, podria conservarse mucho tiempo libre.

"En los momentos mismos en que la sedicion se aplacara, súpose que se preparaba otra igual para el dia siguiente, la cual, segun los síntomas que presentaba, debia ser terrible.

"Un solo medio habia que pudiese contener la insurreccion desde su orígen, y éste era el de circular órden á la milicia de que hiciese fuego sobre el pueblo; pero esta órden no podia emanar sino del corregidor de la ciudad. Aconsejábanle que hiciese uso de esta medida los sugetos mas cuerdos del vecindario; pero aquel ma-

gistrado, habiendo nacido del pueblo, repugnaba herir á su padre. En vano se le hacia presente que los insurgentes pertenecian al populacho, y que el populacho no constituye el pueblo. En las disensiones civiles vienen momentos en que es sumamente difícil distinguir al uno del otro. El corregidor adoptó la opinion de los mas moderados, que era la de que solamente se amagase con las bayonetas á la muchedumbre.

"Aquel aparato que presentase una fuerza de milicianos sobre las armas, no podia ser, á la verdad, sino una demostracion supérflua, si no se les permitia hacer uso de sus armas para destruir cualquiera oposicion que se les hiciese; pero hay casos en que no puede hacerse oir la razon, porque pugnan con ella ciertos ocultos sentimientos que ninguno puede aprobar, y cuya existencia apenas es creible. "Al cabo, decia á "los americanos la voz de ese secreto instinto, "no vemos que sea tan grande la desgracia que "resulte de que perezcan en una conmocion po"pular la gente de color y aquellos que la pa"trocinan."

"Figuraos, finalmente, cuál seria nuestro estupor cuando supimos que mi enlace con María habia sido, si no el orígen, al menos la circunstancia que sirviera á la insurreccion de pretesto. Al difundirse la noticia de que íbamos á unirnos, despertáronse los resentimientos que engendraron algunos matrimonios que con autoridad se habian contraido entre mugeres de color y blancos. La parte ilustrada del vecindario, aun cuando no manifestaba con igual vehemencia su dis-

gusto, tomaba parte, sin embargo, en el enunciado resentimiento; y si bien es cierto que jamás habria tomado sobre sí suscitar el tumulto, tambien lo es que dejaba que los sediciosos operasen, y creo que nunca habria manifestado empeño en que se contuviesen sus desmanes, si no hubiese sido porque temia llegar á ser víctima á su vez de aquella desenfrenada turba, á la cual veia encenegada en el desórden y sedienta de destruccion.

CAPITULO XII.

AUSENCIA DE LA AMERICA CIVILIZADA.

"Nelson, dirigiéndose á mí, me dijo: "Esta úl-
" tima prueba era la que únicamente os falta-
" ba. . .

—"Ruegoos, esclamé, que no hagais á mi
" afecto la ofensa de ponerlo en duda. . . solo
" decidme, cuándo me uniré al objeto que es hoy
" mil veces mas caro para mí que antes lo fuera.

—"¡Ay amigo mio! contestóme Nelson, des-
" pues de haber guardado un largo silencio; to-
" do se vuelve obstáculos, tropiezos y desdichas
" en torno de nosotros. . . . lo único que veo
" de positivo es la necesidad en que estamos de
" ausentarnos de Nueva-York sin la menor de-
" mora.

"Todos opinábamos lo mismo; pero ¿á qué punto nos dirigiríamos? . . Nelson era de sentir ue nos trasladásemos al Ohío, donde la pobla-

cion americana, compuesta de elementos del todo nuevos, no se ingiere en los antecedentes de la vida ni en las tradiciones de familia. Ademas, sentíase atraido hácia aquel pais por la feracidad de su suelo y el genio industrial de sus habitantes. Pero cuando estábamos á punto de poner en ejecucion este proyecto, nuestro nuevo huésped Lewis Williams, á cuya casa nos habia conducido su hermano, nos dió noticia de que la legislatura del Ohío acababa de promulgar un decreto, por el cual se prohibia á la gente de color la entrada á aquel Estado.

"Este nuevo acto de tiranía, tantas desgracias como sobre nosotros se acumularon, despertaron en mi alma aquel odio que calmara el enagenamiento de una felicidad transitoria.

"Entonces dije á María: "Dulce amada mia,
" huyamos de una sociedad que nos persigue:
" entre los malvados, la adquisicion de la felici-
" dad es demasiadamente difícil; todos los hom-
" bres son malévolos para con nosotros; es ne-
" cesario que nos resolvamos á vivir distantes
" de este pueblo cruel... ¿Querrias seguirme á un
" desierto? La parte occidental de los Estados
" Unidos contiene territorios que jamás hollaron
" los europeos... busquemos allí nuestro asilo..."

"Qué hombre hay que, conmovido por el encanto de una benigna atmósfera, atravesando, en una completa soledad por medio [illegible] to y umbroso bosque, donde el agua [illegible] se desliza por debajo de la [illegible] donde el sol colora las cimas [illegible] trasladan de un lugar á o-

tienen fija su morada la contemplacion y el misterio, donde la naturaleza, por medio de la tranquilidad, se apodera del alma, y por medio de una deleitosa frescura se hace dueña de los sentidos; ¿qué hombre hay, repito, que, dominado por estas impresiones, no haya ideado la felicidad en una mansion apartada del mundo, y en las de su imaginacion no haya trasportado repentinamente á aquella mansion solitaria á un sér querido, en cuya compañía olvide al resto de los hombres, entregado á todas las delicias que puede engendrar el amor y á todos los hechizos que la naturaleza presenta?

"Aquellos á quienes las mas halagüeñas ilusiones no hayan inspirado tan hermoso ensueño, lo han tenido quizá en los momentos de realidad amarga en que el fastidio, los sinsabores y la desdicha, presentan al infortunado la esperanza de que llegará á gozar de ventura en cualquier parte donde esté lejano del mundo.

"La melancolía fué la que me sugirió la idea del desierto, y esta idea presentó á mi alma la imágen de una felicidad inalterable.

"Comuniqué esta impresion á María con una abundancia de afectos y un estremo de ternura que intentaria en vano describiros: el hombre encuentra, en aquellos esfuerzos que hace para llegar al logro de sus esperanzas, espresiones que no son de la naturaleza humana; empero estínguese en su alma el fuego de ese lenguaje celestial, cuando, desde el Eden divino á que se levara, vuelve á descender al valle de lágrimas...

"María, en tanto que la comunicara mi proyec-

to, habíame escuchado arrobada de júbilo: nuestros corazones estaban siempre unísonos y su imaginacion estaba de inteligencia con la mia. Cuando la dije estas palabras: "¿Querrias tú seguirme á un desierto?"—"¡Oh amigo mio! esclamó; ¡cuán gozosa, cuán tranquila pasaria mi vida en cualquier parte donde solo tu imágen se presentase ante mis ojos!!" Y como si un remordimiento hubiese penetrado en su alma, en breve repuso: "La soledad es á propósito para mí, que soy una desventurada doncella maldita de los hombres y de Dios; pero en cuanto á vos, Ludovico, ¿no juzgais que seria un sacrificio demasiado costoso el que hariais con separaros de vuestros semejantes?"

"Entonces procuré persuadir á María, de lo poco que perderia ausentándome de entre los hombres. Pasar mis dias sin mas compañía que la suya, lejos de la sociedad que detestaba, me parecia una felicidad que ya no me dejaba que desear. A fin de acallar sus escrúpulos, pintéla sin exageracion mi cariño; manifestéla mi corazon tal cual era. "Crees, díjela, ¡oh dulce amada mia! que hago por tu amor un sacrificio... pues desengáñate. Ese retiro que te propongo que emprendamos hácia cualquier solitaria selva, donde gozaremos de una felicidad tan grata, no solo halaga mi corazon, sino que aun mi razon misma lo aprueba. Tanto los habitantes de Europa como la civilizacion que han difundido me fastidian. En las incultas regiones donde váyamos á tomar asilo, encontraré-

" mos séres que no son urbanos ni doctos; por o
" que nada saben tampoco respecto del arte de
" tiranizar y oprimir á sus semejantes. Deno-
" minamos salvajes á esos séres, porque no po-
" seen nuestros talentos; ¿pero qué nombres nos
" darán ellos, que no poseen, en cambio, nuestros
" vicios? En el seno de sus bosques es donde
" podrémos admirar al hombre en su dignidad
" primitiva.

"La vida civilizada es una vida de fuerza co-
" lectiva, y de debilidad individual: el hombre
" aislado ostenta solo toda la fuerza y toda la li-
" bertad de que es susceptible.

"En aquellos de nuestros paises que tienen
" una civilizacion antigua, el hombre inútil cuyo
" cuerpo vejeta, el cobarde que carece de al-
" ma y el imbécil á quien solo queda un reflejo
" de ella, son los fuertes de la sociedad, si han
" nacido ricos; brillan, dan órdenes, dominan.
" No hay cobarde que no compre esfuerzo con
" su oro; los honores, las distinciones, y hasta
" la gloria, se venden como cualquier objeto de
" comercio.

"He visto idiotas servidos por cien hombres
" de entendimiento, á quienes se daba la denomi-
" nacion de criados. Si estos idiotas hubiesen
" heredado un cetro, habríaseles visto servidos
" por pueblos enteros.

"Entre los indígenas, por el contrario, la inte-
" ligencia pertenece al gefe de su tribu, la ener-
" gía al fuerte, la flaqueza al débil: entre ellos
" no se compra la energía muscular ni tampoco
el poder moral.

"De suerte que la razon misma nos arroja del
" pais que detestamos y nos impele hácia la nue-
" va patria que nuestro corazon elige. . ."

—"¡Oh, sí!" esclamó María cediendo á la con-
viccion de que me veia penetrado. . . "¡pero
" y mi padre! ! . . . ."

"Nelson, contestéla, entrañablemente nos ama;
" sea cual fuere el lugar al cuál nos traslademos,
" nos seguirán sus bendiciones y sus votos. . .
" Por otro lado, siendo él tambien infortunado,
" es probable que quiera participar de nuestro
" retiro."

"Nelson oyó, sin presentar la mas leve señal de emocion, la revelacion de mis proyectos; reflexionó con detenimiento, y despues díjome:
" La resolucion que proponeis es estrema, pero
" lo es tambien la posicion que guardamos; yo
" no me separaré de vosotros, hijos mios. En
" el desierto, mientras os ocupais en labrar vues-
" tra felicidad vosotros, no me faltarán á mí ta-
" reas á qué entregarme. Siempre me causó
" compasion la mísera condicion á que están re-
" ducidos los indígenas, á quienes hace débiles
" la ignorancia. Hay entre nosotros un gran nú-
" mero de individuos que persigue con dureza á
" esos desdichados. El cielo, al no permitirme
" que goce en el seno de la sociedad de bienes-
" tar ni de seguridad, quizá me demuestra con
" esto que debo ocupar un lugar en otra parte;
" y todavía seré útil á mi patria trabajando en
" reparar sus injusticias. . ."

"Púsose de nuevo á reflexion
diciendo de este modo: "V

ifiesta vencida, y se vuelv
á la faz de sus destructor
circunstancias singulares
edio de ese imperio, apenas
turaleza salvaje, es la de oir
o nombre de ciudades que tr
a mas remota civilizacion y l
¡uí hallaréis á Tebas, mas ad
as lejos á Atenas. ¿Por qué
o á los primeros pueblos del
rias y tradiciones? ¿Se ha qu
n esto algun paralelo, ó algur
ciudad de las cien puertas
en una villa miserable; la c
ido en un desmonte, y en una
le Sofócles y Pericles.
to, otras diversas emociones
No habia vez que viese un b
un hermoso valle, ó un lago y s
illas, que no me diese la ten
i residencia. "Aquí, decíame
ría á mi lado, viviria dichoso
abia de ir mas lejos?"
le Pasábamos á la inmediacio
á corta distancia de Siracusa
í un islotillo cuyo aspecto hiz
adidse [illegible] da

" hácia al Oeste, y á atravesar vastas regiones. " El desierto está muy lejano en el dia; la civi- " lizacion americana crece con tanta prontitud; " con tanta celeridad se estiende. . . . Si no bus- " cásemos sino un terreno fértil y una naturale- " za admirable, eligiríamos nuestro asilo en el " valle del Mississipi, hácia la márgen izquierda " de aquel rio, donde hay todavía muy pocos po- " bladores; pero aquel gran receptáculo de aguas; " aun cuando al salir de madre fecundice los " terrenos circunvecinos, dá tambien orígen, al " entrar en contacto con las materias vejeta- " les, á exhalaciones que son funestas para la " existencia del hombre. Mejor harémos en " encaminar nuestros pasos hácia el rumbo de " los grandes lagos, donde siempre se respira " un aire puro. El Michigan es afamado por la " salubridad de su clima; no existe allí sino una " sola poblacion (Detroit), y hay dilatadísimas " selvas donde mora la nacion de los indígenas " Otawas."

"Al dia siguiente, 1º de Mayo de 1827, Nelson, María y yo remontábamos el rio Hudson para trasladarnos á Albany, y de allí á Búffalo; pequeña ciudad que está situada á la orilla del lago Erie. Nelson habia querido no llevar consigo á sirviente alguno, yo tambien deseaba lo mismo; pero nos suplicó con tanto empeño el fiel Ovasco que le permitiésemos seguirnos, y manifestó tanto pasar á la idea de que se la iba á separar de su buena ama, que tuvimos que ceder á sus instancias.

"Hé aquí como nos pusimos en marcha, arro-

jados por la persecucion y reducidos por su causa á buscar un asilo entre los salvajes. Pero aquella ocasion no me quejé ya del rigor del hado. Aquel viaje en compañía del objeto amado; aquellas preciosas perspectivas que nos presentaba en una y otra márgen el rio del Norte, espectáculos que con tanta satisfaccion se contemplan cuando participa un sér querido de nuestras emociones; aquella incursion aventurada por regiones desconocidas, y hasta la obstinacion con que la desgracia nos perseguia, todo hacia que despertase en mí el entusiasmo y la entereza.

"Apenas habriamos andado diez millas sobre el Hudson, cuando llevando mis ojos en direccion á Nueva-York, hácia aquella populosa ciudad que fuera poco antes el objeto de mis ilusiones, y de la cual me separaba á la sazon sin sentimiento, percibí á lo lejos, en distintos puntos, llamas que se elevaban por los aires. "Es, dijo un "americano, que están incendiando los templos "de los negros y sus escuelas." Habíase anunciado esta destruccion desde la víspera. Hé aquí como todavía presenciábamos las consecuencias del encono de nuestros enemigos, á pesar de encontrarnos fuera del alcance de sus tiros. Tal fué la despedida que nos dirigió la América civilizada.

"En breve no percibieron nuestros ojos sino grandes cascadas, montañas y bosques; y sin embargo, no nos encontrábamos todavía en el seno de la naturaleza inculta. Aquellas comarcas intermedias que separan á la civilizacion de los desiertos, debian hacernos tristes impresiones,

No puedo espresaros cuánto se me comprimió el corazon, cuando al salir de Albany, yendo costeando las márgenes de la Mohawks, percibí á algunos indígenas cubiertos de los harapos del pordiosero. Hace menos de un siglo que los salvajes habitantes de aquellas regiones constituian una nacion temible; sus belicosas tribus, su poder, su glória, eran célebres en las selvas del Nuevo-Mundo. ¿Qué es lo que ha quedado de su grandeza?.... Hasta su nombre ha desaparecido de aquella tierra. El pueblo que hoy les reemplaza, ni siquiera se cuida de saber si algunos habitaban antes que él los terrenos donde se halla domiciliado; y el viajero que pasa por ellos hace inútilmente indagaciones, pues no hay tradicion alguna que le satisfaga. El americano se interesa muy poco en el porvenir, y nada sabe de lo pasado.... Los Estados-Unidos llegarán á formar sin duda un gran pueblo; pero ¿quién habrá despues de sucederles? ¿Entregarán de igual modo su nombre sus sucesores al olvido?

"Sin embargo, esas regiones que invade la civilizacion europea, conservarán por mucho tiempo todavía su aspecto agreste. Encuéntranse aquí y allí pueblos y ciudades; pero no dejan por esto de ser selvas los parages donde fueron edificados. Oyese incesantemente retumbar el golpe de la hacha; continuamente son pasto de las llamas los bosques; pero apenas se consigue hacer en ellos algunos claros; débil conquista del hombre sobre una vejetacion potente, que, aun sucumbiendo al hierro y á las lla-

cantador la naturaleza. La isla recreaba mis ojos con la lozanía de su vejetacion, y con lo abundante y variado de sus follages; ademas, las aguas que la circuian reflectaban, en el argentado cristal de su superficie, sobre el fondo azul de un apacible cielo, sus graciosos contornos, sus grupos de floridos árboles y sus masas de verdura. "Esa es, dijéronme, la isla del Fran-" ces (5)." ¿No era aquel retiro el que yo buscaba? No; en las orillas de aquel lago habitaban algunos europeos. Allí no hay indígenas hospitalarios, sino americanos hosteleros, cuyos sirvientes son negros, y estos negros, que estén condenados al menosprecio público, porque la domesticidad es su condicion esclusiva, se encuentran allí como para atestiguar, hasta en los límites del desierto, la existencia de la preocupacion de que son víctimas, y hacer ver el antemural que separará por siempre á las dos razas.

"Arrojábanos de allí la proximidad de los hombres; era, pues, necesario ir mas lejos.

"A nuestra llegada á Búfalo tuvimos noticia de un acontecimiento que llenó de alegría á Nelson. Díjosenos que habia en el puerto, próximos á embarcarse, seiscientos indígenas recien venidos de Georgia. Pertenecian á la tribu de los Cheroquíes, y un agente del gobierno les acompañaba para conducirles á su nuevo destino. No tardó Nelson en reconocer en ellos á los desventurados por quienes, poco antes, habia sacrificado su libertad, y á quienes la codicia americana condenaba al destierro en la época misma en que

una cruel preocupacion le habia obligado á ausentarse con su familia de Baltimore. Los mas notables de entre los indígenas habian visto á Nelson en Georgia, y todos se acordaban de su generoso desprendimiento. El reconocimiento de ellos y él, fué tierno, y un motivo de júbilo para toda la tribu. Nelson vió en aquel encuentro la mano de la Providencia, y nos dijo: "El "cielo ha escuchado mis votos, pues me envía "los desdichados en pos de quienes iba..... ¿No "debo á una muestra palpable de su omnipo- "tencia, la felicidad de reunirme á esos desdi- "chados, de quienes una odiosa persecucion me "separaba? El infortunio nos reune.... ahora "ya no volverémos á separarnos.... la identidad "en las desdichas, forma un vínculo mas sólido "que el que pudiera formar una igualdad de "prosperidades...."

"Entre tanto aumentábase nuestro interés en favor de los infelices desterrados, al oir las reflexiones que sugeria á los americanos su marcha.

"Por fin, decia uno, se retiran ya esos miserables; demasiado tiempo se ha tolerado su permanencia entre nosotros. ¿Qué producto sacaban de las fértiles regiones que abandonan? El mas hábil de entre ellos, jamás se dedicó á trabajar en una fábrica; en lo general, mas satisfaccion les causa un bosque inculto que un campo de trigo!!!"

"Por gran felicidad nuestra, contestaba otro, la sensatez americana triunfa al cabo de las declamaciones de los filántropos, cuákeros y presbiterianos."

"Otro añadia:

—"¿No es cierto que son esos salvajes afor-
" tunados en demasía? Van á encontrarse en el
" Michigan con ricos terrenos, vastas praderas
" y dilatadísimos bosques; ¡y todo eso para siem-
" pre se les concede!"

"En tanto que oiamos estas dorolosas pláticas, presenciábamos un espectáculo mas doloroso todavía; veiamos los preparativos del viaje. La orilla del lago Erie hallábase cubierta de indígenas medio desnudos, de caballos de pequeñísima estatura y larga crin, de perros de caza semi monteses, de prolongadas carabinas y de andrajos, todo lo cual estaba arrojado en confusion sobre la playa.

"La despedida de un hombre á su patria es siempre sumamente triste; pero un pueblo entero que marcha á su destierro, presenta una escena dolorosa á la vez que solemne.

"La fisonomía de aquellos malhadados, manifestábase impasible; sin embargo, podíase traslucir por ella el sentimiento de un infortunio estremo.

"Dábase la señal de marcha cuando observamos un grupo de indígenas que se adelantaba hácia el puerto. Aparecian mas graves, mas meditabundos que los otros, y caminaban con paso mas lento. Inclinábase uno de ellos como si gravitase sobre él un grande peso. Al acercarse hacíanse á un lado todos para dejarle libre el tránsito. En fin, llegamos á percibir entre la
rba á un decrépito anciano, á quien los años

agobiaban: su calva frente, sus brazos secos, su vacilante paso, dábanle mas semejanza á un espectro que á un ser viviente. Por un lado sostenianle dos ancianos, cuyos rendidos y temblorosos hombros parecian mas á propósito para recibir apoyo que para prestarlo, é inclinábase del otro lado sobre dos mugeres, de las cuales una tenia ya cano el cabello, y la otra, mas jóven, llevaba suspendido un niño á su seno. Aquel anciano era el patriarca de la tribu, y habia vivido ciento veinte años. ¡Estraño y cruel destino! Aquel hombre, que se hallaba tan cercano del sepulcro, se veia condenado á no dejar sus huesos donde estuvieran depositados los de sus padres, y proscrito á la edad de un siglo, tenia que ir en busca de patria y sepulcro. Cinco generaciones le rodeaban y caminaban con él al destierro. El infortunio de todos juntos no igualaba al suyo. ¿Qué importa la espatriacion al recien nacido? Para el que tiene porvenir, cualquiera region puede servir de patria.

"No habia mas via de comunicacion establecida entre Búfalo y el Michigan, que aquella. Era, pues, un suceso doblemente feliz para nosotros el encuentro con los indígenas, porque daba con sus favorecidos Nelson, y porque nos proporcionaba un bote de vapor listo inmediatamente á ponerse en marcha para el mismo lugar donde con anticipacion nos habíamos propuesto rendir el viaje.

"Nos confundimos con los Cheroquíes en el buque que nos conducia. Durante la travesía de Búfalo á Detroit, hablóme Nelson muy dete-

nidamente acerca de la suerte de aquellos pobladores, que fueron tan potentes en otro tiempo y que se ven hoy tan abatidos; hablábame de ellos sin el entusiasmo de los europeos y sin la preocupacion de los americanos. Entre las palabras que me dirigió, he retenido estas constantemente en la memoria: "Se cree que para esterminar "á las tribus salvajes de Occidente hacemos uso "de las armas, pero esto es un engaño; nos ser- "vimos de un medio de destruccion que es tan "seguro como aquel, y menos espuesto para el "que lo emplea. En cambio de las ricas pieles "de marta y castor que nos presentan, les da- "mos aguardiente de ínfimo precio; el ignoran- "te indígena abusa de esta bebida á tal estremo, "que muere. Con semejante tráfico consigue "el americano enriquecerse, y al mismo tiem- "po esterminar á su enemigo. Ha habido hom- "bres animosos que han levantado su voz entre "nosotros afeando ese tráfico infame, pero ha "sido en vano; el sórdido interés tiene á la ma- "yoría fascinada.

"Suele acontecer que el perverso, para justi- "ficarse de un atentado, acuse á la víctima. Los "americanos echan en cara á los indígenas que "están llenos de bajeza y degradacion. Podrá "ser que tengan uno y otro; ¿pero lo eran antes "de que entrasen con nosotros en relaciones? "Cuando nuestros antepasados se trasladaron á "su seno, esos salvajes les demostraron un ca- "rácter que no carecia de grandeza, una natu- ral y positiva dignidad, y tanta energía moral

" como vigor físico. Hoy les faltan estas cuali-
" dades; ¿pero á quién lo deben? Entonces des-
" conocíase entre ellos la embriaguez, los exce-
" sos, la mísera mendicidad y la pasion de la codi-
" cia que el derecho de propiedad engendra; to-
" dos estos vicios se han apoderado de esa raza;
" ¿de dónde les vinieron?

"Muy bien sé que es estremadamente difícil
" moralizarlos, operar un cambio en sus costum-
" bres bárbaras y hacerles doblegarse al doble yu-
" go de la vida sedentaria y de la vida agrícola,
" que son los primeros elementos de toda civili-
" zacion. Este obstáculo proviene del inmode-
" rado amor que tienen á la libertad salvaje.

"¿Pero qué pasos hemos dado para superar es-
" te obstáculo? ¿Trabajamos en ilustrarlos, ó en
" envilecerlos? Y si la degradacion que les repro-
" chamos es obra nuestra, ¿podrá servir ese en-
" vilecimiento de escusa á nuestras estorsiones?

"Los indígenas eran poderosos en esta region,
" cuando un puñado de proscritos vino á pedir
" un asilo á las selvas que ocupaban: mostráron-
" se hospitalarios y benévolos para con los re-
" cien llegados. Hoy se les dice: Retiraos; no
" mereceis ocupar el suelo que os sustenta y del
" cual no habeis sacado fruto alguno; idos á vi-
" vir ó á morir mas lejos. Estas palabras no es-
" tán de acuerdo con el espíritu de Dios. Si los
" indígenas se niegan á aprender las artes de uti-
" lidad, que constituyen el bienestar de esta vi-
" da, instruyámosles en la religion, que es el orí-
" gen de nuestra felicidad en la otra, y convir-

"tiéndolos en cristianos, cesará de turbarnos "nuestra conciencia."

"De este modo se espresaba Nelson, y yo escuchaba con recogimiento sus palabras, porque su voz era la de un justo.

"Vos que simpatizais con el desventurado, "decíame además, apresuraos en trasladaros á "su seno y compadecedlo, porque en breve ha- "brán desaparecido de la tierra. *Los terrenos del "Michigan se les han dado para siempre...* En "efecto, esos son los términos en que está con- "cebido el tratado; pero esta es una concesion "irrisoria. Las tierras que antes ocupaban y de "que se les acaba de arrojar, tambien se les ha- "bian cedido por siempre. El nuevo asilo á que "se acogen se respetará mientras no escite la "envidia de sus enemigos; pero tan luego como "la poblacion americana se encuentre demasia- "do comprimida en la demarcacion de Oriente, "se acordará de que la parte septentrional del "Michigan contiene una region feraz y hermosa. "Entonces se celebrará nuevo tratado entre los "Estados-Unidos y los indígenas, y se les demos- "trará que su interés bien entendido consiste en "abandonar ese otro retiro y buscar refugio mas "lejos; pero tanto y tanto se les irá impeliendo "hácia al Oeste, que llegarán á encontrarse en "las orillas del Pacífico, y entonces será cuando "sus peregrinaciones cesen: allí se detendrán "como se detiene el hombre en la tumba. ¿Cuán- "tos dias necesitarán para llegar á aquel fatal momento? esto es lo que ignoro; pero no fal-

"tará quien los tenga ya calculados. Cada ba-
"jel que llega cargado de esos emigrados que
"vomita la Europa, porque está repleta en de-
"masía de poblacion, engruesa á la contraria fa-
"lange, que avanza violenta su marcha, acelera
"la fuga de los vencidos y abrevia la hora en que
"haya de consumarse la catástrofe. Despues
"de haberse fijado en el Michigan, serán arroja-
"dos esos indios hasta mas allá de las Montañas
"Pedregosas; este será el segundo punto de su
"tránsito: y cuando el torrente europeo, cont-
"nuando siempre en aumento, haya salvado es-
"te último dique, el indígena, colocado entre la
"sociedad civilizada y el Océano, podrá elegir
"de cual de dos maneras prefiere ser estermi-
"nado; si á manos del hombre que le destruye, ó
"por medio del abismo que se lo absorve."

"En tanto que Nelson y yo examinábamos teó-
ricamente la vida de los indígenas y la mísera
suerte que les esperaba, María no tomaba en
nuestra conversacion sino un interés muy leve;
pero al aspecto de su infortunio, fué mucho ma-
yor su conmocion que la nuestra. Nosotros no
hacíamos mas que discurrir, pero ella derramaba
lágrimas.

"El interés que aquellas pláticas me inspira-
ban distrajo desde luego mi atencion de los ob-
jetos completamente nuevos que presentaba á
mis ojos la naturaleza.

"Sin embargo, cuando despues de haber atra-
vesado el lago Erie entramos en el rio de Detroit,
así llamado porque las aguas que lo forman, vi-

niendo de los lagos superiores, se hallan estrechamente contenidas en sus dos márgenes, una escena imponente se enseñoreó de mis sentidos y dejó en mi alma una impresion imperecedera.

"A medida que íbamos remontando el rio aparecíase en nuestro derredor mayor número de indígenas á quienes el ruido del vapor atrajera. Aquella era la primera vez que se presentase á sus ojos un vapor sin velas ni remos. No hay con que comparar la admiracion y el estupor con que contemplaba aquel espectáculo el habitante del desierto.

"Era para él, y al mismo tiempo para nosotros, un objeto magnífico aquella habitacion flotante, que por sí sola se movia, que con ímpetu se adelantaba, contrastando con una rápida corriente sin el auxilio de ninguna fuerza aparente, por entre dos márgenes floridas, tan inmediatas una de otra, que parecia que sobre los verdes prados nos deslizábamos: aquel ruido del vapor que incesantemente retumbaba, llevando el bullicio de la sociedad hasta las mas recónditas soledades; de ese vapor, obra maestra de la industria humana, y maravilla de la civilizacion moderna, colocado al frente de los virginales hechizos de la naturaleza inculta.

"Entre tanto enseñáronnos en la márgen izquierda del rio una larga hilera de casas de madera, pintadas, de elegante y moderna construccion, enteramente semejantes á los edificios de todas las ciudades poco populosas de América. Aquella era la ciudad de Detroit: ignórase si de-

be su nombre al rio, ó si éste tomó de ella el que tiene; fué fundada en tiempos remotos por los franceses del Canadá, en la época en que la Francia era poderosa en ambos mundos. De igual modo se encuentran títulos de Francia aquí y allá diseminados en las márgenes del San Lorenzo, del Mississipi, y hasta en lo mas retirado del desierto: Pepino el Breve (6), San Luis (7), y Montmorenci (8), forman un fecundo manantial de recuerdos, que serian muy gratos si al manifestar glorias de conquista, nos trajesen consigo á la memoria el crímen de haberlas entregado al abandono (9).

"Detroit es la última poblacion del Noroeste; pasada ella comienza el desierto: de suerte que forma el eslabon que une al mundo civilizado con la naturaleza salvaje; es el punto en que se termina la sociedad americana, y comienza la familia indígena.

"Cualquiera que se halle colocado en el límite de aquellos dos mundos, puede contemplarlos frente á frente; se tocan sin asemejarse.

"Yo habia estado siempre en la creencia de que ausentándome de las ciudades populosas para aproximarme á las soledades, veria irse disminuyendo insensiblemente la civilizacion, y gradualmente debilitándose, ligarse por medio de un eslabon casi imperceptible á la vida salvaje, que seria como el punto de partida de un estado social, del cual nuestra ilustracion y costumbres servirian de progreso ó de término. Pero entre Nueva-York y los grandes lagos he

buscado en vano en la sociedad americana estas intermedias graduaciones. Por do quier encontré á los mismos hombres, las mismas pasiones y costumbres; por todas partes observé la misma luz y las propias tinieblas (10). ¡Circunstancia rara! La nacion americana está formada de todos los pueblos de la tierra, y no hay uno de estos que represente en su conjunto una uniformidad mayor de rasgos y de caracteres (11).

"Hasta aquel momento habia soportado María el viaje sin quejarse de fatiga; pero cuando llegamos á Detroit, observábase en su semblante una alteracion que no era posible ocultar: díjonos que necesitaba descanso, y pasamos á tierra.

„Sin embargo, el bote de vapor no se habia aproximado al puerto sino para hacer acopio de víveres y leña, y ya daba la campana la señal de marcha. Díjonos Nelson: "Hijos mios " quedaos aquí todo el tiempo que sea preciso, " para que recupere sus fuerzas María; os dejo " á Ovasco, cuyos servicios os serán útiles. Bue- " no es que me traslade algunos dias antes qué " vosotros á Saginaw. La region que tiene este " nombre es risueña y fértil, segun se dice; pero " está todavía sin cultivo. Os prepararé vues- " tro asilo, y el dia de vuestra llegada será tam- " bien el de vuestro consorcio. Os uniré yo mis- " mo, pues me dan esta facultad nuestras leyes " (12). Allí al menos, querido Ludovico, podreis " amar á la desventurada doncella de color, sin " temer ninguna pérfida revelacion ni atraeros menosprecio y odio."

"Hé aquí como habló Nelson; sus palabras eran patéticas y nos conmovieron: dijome ademas al separarse de nosotros: "Dejo confiado á vuestro "honor á María, á mi amadísima hija; acordaos "de que no se atrevia á pretender elevarse á "vos, y que por tanto tiene derecho á vuestro "respeto. Vuestra union fué bendita por un mi- "nistro de vuestro culto; pero la religion católica "no es la que profesa María: por otra parte, bien "sabeis que una catástrofe espantosa vino, has- "ta el santo templo, á suspender aquel acto so- "lemne cuando estaba á punto ya de consumar- "se. Adios, hijo mio: servid á María de padre "hasta tanto que llegue el dia en que podais "llamaros su esposo." Nelson debió juzgar por la fuerte emocion que sentia, que jamás se borrarian de mi corazon sus consejos.

"Un instante despues vimos alejarse la embarcacion que se llevaba consigo á Nelson y á los indígenas.... y nos quedamos solos, María y yo, en medio de los vastos lagos de América, entre una sociedad de la cual sin sentimiento nos desprendiamos, y un desierto que nos presentaba inmensas esperanzas.

CAPITULO XV.

LA SELVA VIRGEN Y EL DESIERTO.

"¡Circunstancia estraña! afligióme estremadamente la ausencia de Nelson. Sus discretas palabras, su tierna despedida, se habian grabado en mi alma. Sin embargo, ¿confesarélo? despues de su marcha, cuando me hube quedado solo con María, contemplábame mas venturoso. Al cielo pongo por testigo de que en mi corazon no se abrigaba ninguna criminal esperanza. Pero desde aquel momento no quedaba mas protector que yo á María: yo seria á su lado el mismo sér á quien amase, y mi corazon se llenaba de regocijo al considerar que por mi parte tampoco tendria ninguna amistad inmediata que me distrajese de su cariño. Tal es el amor; es el mas generoso y al mismo tiempo el mas egoista de todos los afectos.

"El estado de María nada presentaba de alarmante; con el auxilio de Ovasco prestábala mil idados no precisos. Lo único que necesitaba

era tranquilidad y descanso. Una navegacion de dos dias en el lago Erie, cuyas aguas se levantan como las olas del mar; el incesante ruido del vapor, que tan pronto forma un ronco rumor como arroja, al exhalarse, penetrantes gritos; aquella agitacion y aquel tumulto perpétuos que son propios de la vida que se pasa á bordo; todo esto habia trastornado á María, y ocasionádola una alteracion general de nervios. Algunas noches de apacible descanso volviéronla sus agotadas fuerzas. Entonces resolvimos ponernos en marcha; pero presentósenos un obstáculo que estábamos muy distantes de prever.

"Habíamos ideado que tomando en Detroit una barquilla, nos seria fácil trasladarnos por agua á Saginaw. A nuestra llegada habíamos visto en el puerto una multitud de goletas, balandras y esquifes, que, segun se nos dijo, estaban siempre listos para salir en direccion á la Bahía Verde, á Saginaw ó al salto de agua de Santa María. Pero cuando despues de haber resuelto nuestra marcha, me propuse ver qué clase de embarcacion elegiria, causóme una sorpresa suma no encontrar una sola de ellas en el puerto. Su desaparicion consistia en un suceso que se me refirió en estos términos:

"Todos los años, en aquella misma época, vie-
" nen los indígenas de las mas remotas regiones
" á las fronteras del Canadá, donde reciben ar-
" mas, municiones y vestuario que los ingleses
" les distribuyen. Esta distribucion gratnita,
" que una política pérfida ideaba (13), se hace á
" una corta distancia de Detroit (14): las tribus

" salvajes que habitan en las inmediaciones del " lago Superior, Bahía Verde y Saginaw, habian " ocurrido aquel año, como de costumbre lo te- " nian: acababan de regresarse, y un gran número " de ellas que habian bajado al rio en sus ca- " noas de corteza de árbol, habian tomado para " remontar su rápida corriente cuantas embar- " caciones de vela habian podido procurarse."

"Púsonos esta circunstancia en fuerte apuro. Esperar el regreso de los bateleros, que no podrian estar de vuelta sino despues de transcurridos muchos dias, era cosa que no nos podíamos decidir á hacer, porque era tal la impaciencia que teníamos de alcanzar nuestro ansiado fin, que toda demora nos ocasionaba un fuerte disgusto. Nos hallábamos en la perplejidad mas penosa, cuando se nos comunicó que habia un medio de trasladarnos á Saginaw por tierra. "Tomando esta via, díjosenos; la distan- " cia que tengais que recorrer será dos veces " menos larga. Es cierto que es poco transita- " do el camino. . . y que aun se os presentarán " algunos obstáculos; pero estos son fáciles de " vencer." Fiéme en estas palabras: en aquella época todavía ignoraba que no hay empresas, por riesgosas que fueren, que arredren á un americano; no sabia que no retrocede su audacia sino ante una imposibilidad absoluta.

"Se nos dijo que por tierra podríamos en tres dias llegar descansadamente á Saginaw, punto al cual, los traficantes en pieles que comercian con " indígenas, suelen trasladarse hasta en un dia.

Su primera jornada la rendiríamos en Pontiac; á la segunda llegaríamos al rio de las Arenas, (15) y á la tercera nos hallaríamos enSaginaw.

"El 15 del mes de Mayo, en uno de aquellos dias en que la atmósfera se embalsama con la fragancia de las flores que nos regala la primavera, María y yo, acompañados de Ovasco, tomamos el camino de Detroit á Pontiac en un reducido carruage que contenia dentro de sí mucho amor y mucha esperanza. ¡Oh! ¡¡cuán grato es, en la época de la vida en que los impetuosos deseos nos dominan, precipitarnos de este modo, como al acaso, hácia un mundo desconocido; comprimir la mano del sér á quien amamos, y respirar reclinados sobre su seno!!

"Yo no podia concebir el fenómeno de un camino tan pintoresco, tan ancho, tan bien trazado, en medio de una selva inculta (16). Aquella selva, sin embargo, no se encuentra del todo solitaria; de vez en cuando llégánse á percibir en ella algunas chozas de madera (17), que habitan los desmontadores americanos. Poco importa la naturaleza vírgen á aquellos montañeses industriales, y por tanto no van á buscar en el silencio de aquellos lugares una vida tranquila y retirada: dirígense al desierto para tomar la delantera, servir de hospederos á los que despues vayan llegando, y poner en cultivo terrenos que á su tiempo venden con lucro; en seguida se van mas lejos, luego mas lejos, todavía en direccion del Oeste, y donde quiera que se van succesivamente domiciliando, vuelven á comenzar su mis-

mo método de vida y á ejercer las mismas industrias. En Pontiac intercéptase repentinamente el camino. Entonces presentóse por todas partes á mis ojos un espeso bosque, por entre el cual era imposible que prosiguiésemos nuestro viage de la manera que lo empezáramos. Estaba familiarizada María con el manejo del caballo, y gracias á esta circunstancia podiamos, sin temor de accidente, recurrir á este medio de trasporte.

"Supe en Pontiac que en lo succesivo tendríamos que seguir, por entre el bosque, un estrecho sendero, que muy pocos americanos conocen, y que es un secreto que los indígenas solo poseen; de consiguiente nos era necesario un guia. Dirigíme, para conseguirlo, á un comerciante americano que, segun se me dijo, acostumbraba prestar esta clase de servicios á los viageros. Aquel hombre tuvo inmediatamente á su disposicion á un indígena de la tribu de los Otawas.... Convenimos en que daria dos pesos, uno para el guia y el otro para el que me lo habia proporcionado. Parecíame equitativo este convenio; pero el comerciante, en poder de quien puse el dinero, tomólo todo para sí, y no dió al indígena en compensacion de su trabajo, sino un pedazo de género mal tratado, una especie de andrajo con el cual pareció quedar muy contento el salvaje. Y en vista de eso, ¿habrá todavía quien dispute al blanco su superioridad sobre el hombre que se pinta de rojo? Hasta Pontiac algunos rumores del mundo civilizado suelen venir vez en cuando á interrumpir el silencio de las

soledades; pero pasando de este punto, comienza el dominio absoluto de la inculta selva.

"No se penetra en aquel mundo nuevo sin sentir un terror secreto.

"Ya no se ven allí cortijos, grandes habitaciones, chozas, caminos ni senderos formados por la huella del hombre. Ni la hacha ni la segur destruyeron jamás con sus filos aquella vejetacion que se estiende por sobre la tierra como su sola dominadora, y que se interpone entre los ojos y el firmamento: la industria humana no se ha ejercitado en aquella naturaleza vírgen. A cada paso tropezais con árboles que yacen por tierra; pero no son obra del hombre aquellas ruinas, sino del tiempo. En nuestros montes europeos, considérase que ya los árboles son viejos cuando han llegado á su sazon, aunque estén en su juventud todavía; no se espera á que mueran de decrepitud, sino que se les estermina en la flor de su vida. Sus cadáveres prestan utilidad al hombre, y desaparecen desde luego sin dar lugar á que contristen el ánimo del que los contempla. No sucede así con los montes de América, con esos montes que se conservan en su estado primitivo: encuéntranse confundidas allí las generaciones vivientes con aquellas que fenecieron: sobre nuestras cabezas se agitaban las verdes hojas emblemas de la vida, y á nuestros piés yacian destrozadas ramas y carcomidos troncos, testimonio de los estragos de la muerte. De igual modo marcharian los hom
osamenta, si no existiese el pind

pulcro, que, ocultando á las descendencias la nada de sus progenitores, les hace menos miserable la vida.

"Caminábamos por entre los árboles de la selva sin percibir la senda que seguiamos, entregados completamente á la buena fé de un salvaje. Onitou (así se llamaba nuestra guia), manifestaba en su semblante aquella espresion de dureza, y tenia aquel aspecto feroz que son comunes á su raza; tenia en sus manos nuestras vidas. Podia estraviarnos de intento, ó poner en ejecucion algun malévolo designio: bastaba para perdernos con que se nos desapareciese y nos dejase proseguir solos el camino.

"Pero estas graves y siniestras ideas no fueron de una duracion larga. Despues de una caminata de algunas horas, durante la cual con trabajo pudieron igualar nuestros caballos el paso veloz del indígena, detúvose éste. Ofrecíle un poco de ese licor de vida que los individuos de su raza llaman, en su lenguaje figurado, *agua de fuego;* bebióló, y su fisonomía tomó repentinamente una espresion tan benévola; su mirar naturalmente desapacible, apareció tan afable, que deseché todo temor de mi ánimo. La selva misma iba perdiendo su aspecto terrífico, y se nos presentaba risueña. A algunas millas mas allá de Pontiac empieza á transitarse por una region deliciosa: succédense mil y mil colinas que forman otras tantas cañadas, en las cuales hay una multitud de lagos que difunden una terna frescura y despliegan á la vista los mas echiceros paisajes.

"Al recorrer aquellos hermosos bosques tan llenos de vida, tan imponentes por su ancianidad, tan inmediatos al mundo civilizado, parecíame escuchar misteriosos ecos, que al referirme su antigua grandeza me vaticinaba que su destruccion no estaba lejana.

"¡Oh! ¡cómo pintaros el entusiasmo que se apoderó de mi alma! Caminábamos María y yo sumergidos en el silencio y en medio del mayor recogimiento, contemplando con admiracion las innumerables bellezas que desplegaba la naturaleza á nuestros ojos, y deteniéndonos en cada una de nuestras emociones para gozar mejor de todas ellas. Iba yo bastante inmediato á María, para poder comprimir su mano entre la mia: de este modo nos dirigiamos al desierto sostenidos el uno por el otro, apoyándose ella en mi fuerza, yo en su amor, y divididos entre las sensaciones de una escena sublime y nuestros afectos de ternura, que habian llegado á su mayor grado de exaltacion con la contemplacion de los espectáculos que la naturaleza ostentaba. ¡Cuántas encantadoras imágenes se desplegaban ante nuestros ojos! ¡Qué desórden tan delicioso se apoderaba de nuestras almas! ¡En qué armonía se encontraban nuestras impresiones del tiempo presente con las ilusiones del halagüeño porvenir que esperábamos! Tan luego como llegásemos á Saginaw uniríame con dulces lazos á María. Hé aquí cómo mi predilecta se encaminaba conducida por mí á las aras nupciales, por sobre mil primorosas flores que bajo nuestras huellas

se abrian, por entre mil follages sobre nuestras cabezas suspendidos, bajo una bóveda de sol, sombra y verdor.... ¡Cuán felices éramos con no poder percibir el horizonte que nos preparaba tantas tormentas!

"¡Cuán estraños misterios contiene la natnraleza húmana! ¡¡La imponente cima de una alta montaña abate nuestro orgullo; ante el tumulto del mar enfurecido reposa el alma, y en el silencio de la soledad desbócanse ardientes é impetuosas las pasiones!!

"Yo temia que fuesen sumamente molestas á María las penalidades del camino; pero ella calmaba mi inquietud con palabras llenas de un indecible encanto.

—"Amigo mio, decíame, siéntome fuerte, por-
" que me encamino hácia una felicidad inespera-
" da...." Tambien me decia:—"Ese asilo soli-
" tario hácia el cual nos dirigimos, era el objeto
" de mis mas fervientes deseos, y lo único á que
" mi ambicion aspirase; pero tú, Ludovico, ¿no
" sientes alguna repugnancia?

"Contestéle:—"Dulce amada mia: mucho tiem-
" po hace que ignoraba con qué fin existia, y
" con frecuencia reprochaba á Dios la vida inú-
" til que me imponia: solo tu amor ha podido
" revelarme el secreto de la existencia.

"Cuando mas vehemente era mi entusiasmo
" por la gloria, todavía dudaba de si seria una
" quimera tras la cual corria.... ¡¡La gloria!! es
" la grandeza del hombre proclamada por sus
" semejantes; pero ¿quiénes son los que la pro-
" claman?—La posteridad, y solo ella.

"La gloria es el sol del alma; no brilla sino
" despues que el cuerpo ha vuelto á la nada....
" su divino fulgor no ilumina sino á espectros....
"Amiga mia, el amor no es tan falaz como la
" gloria: tu grata voz, esa tu voz que me enage-
" na, no es un engaño; no es una mentida ilusion
" ese tu mirar que me embriaga de deleite; ni es
" una quimera que tu mano se enlaza con la mia.
" ¡Oh María! tambien el amor engaña nuestros
" corazones, pero es para darles una felicidad
" tan grande que no puede caber en ellos."

"Estas eran nuestras pláticas bajo aquellos umbrosos pórticos de yerba, cuando repentinamente se sienten heridos nuestros ojos por una fuerte luz, la cual aumenta á medida que mas andamos, hasta que se desvanece la sombra con el postrer árbol de la selva.... Nos hallamos al frente de una vasta pradera, donde la mas variada, abundante y preciosa naturaleza resplandece á nuestra vista iluminada por un torrente de luz.

"Indicónos por señas el indígena, que aquel era el primer punto donde debiamos hacer alto. Así lo habiamos hecho antes de que nos lo avisase. Arrebatados de admiracion al aspecto de aquella nueva escena, nos habiamos detenido, María y yo, sin comunicarnos nuestro intento, y como guiados por un simultáneo movimiento de entusiasmo simpático.

"En tanto que Oniton y Ovasco llevaban á nuestros caballos á una inmediata fuente, que sabia haber allí el indígena, sentóse á mi lado María bajo las ramas de una alcea. Teniamos vuel

tírseme.... Entonces operóse en el fondo de mi corazon un combate terrible. Devorábale un fuego ardiente, y mi sangre, hirviendo, poníase en circulacion por mis venas.... ¡Oh caro bien mio! tu hermosura, que era la que me inspiraba aquel rapto, y tu candor, que hubiera podido hacerme sumamente fácil el triunfo, fueron los que me libertaron de cometer una bajeza, y de abrigar un remordimiento en mi pecho. En aquel instante de fascinacion y de estravío, en medio de aquella alucinacion que de todo mi sér se apoderara, aparecísteme, vision encantadora, en mi imaginacion, estampada sobre el fondo azul de los cielos y circundada de nacaradas nubes; aparecísteme, hechicera criatura, bajo las aereas formas que á los espíritus celestiales se atribuyen: eras tú, María, tí misma; pero mas hermosa todavía, pero mas seductora aún, porque eran mayores en tí las gracias, el candor y la pureza que naturalmente te adornaban. Contemplábate por entre el transparente velo de aquel porvenir de algunos dias, en nuestro venturoso asilo de Saginaw, en el seno de una naturaleza mas esplendente todavía que aquella en medio de la cual descansábamos; en el seno de una naturaleza que mucho mas amor aún inspiraba, transformada ya en cara esposa mia, apoyada contra mi corazon, enlazándome entre tus brazos, prodigándome sin temor mil tiernas caricias que yo sin remordimiento recibia..... ¡y estremecíme al considerar que habia estado á punto de ajar aquella blanca flor, de privarla

del aroma de la inocencia, y de corromper y acibarar el manantial puro de una felicidad deliciosa! No me acordé de Nelson, de sus consejos, ni de la mancha que iba á recaer sobre mí con el hecho de faltar á su confianza: ¡oh amiga mia! el cielo me es testigo de que el tierno amor que te profesaba fué el único que me hizo desprenderme de tus brazos, en los cuales me habria hecho exhalar el postrer aliento la ventura.

"En aquel momento vino á herir mi oido un rumor confuso; producíanlo voces humanas, relinchos de caballos y ladridos de perros. En breve percibimos una partida de indígenas que se encaminaban hácia nosotros, siguiendo el mismo sendero que poco antes recorriéramos. El movimiento que desde luego sintiera, fué de temor: ¿quiénes serian aquellos indígenas? preguntábame á mí mismo: ¿de dónde vendrian? ¿cómo podia suceder que se hallasen en el espacio que mediaba entre nosotros y el último punto habitado que dejáramos en aquella misma mañana? ¿se manejaria con mala fé nuestro guia? ¿se ocultaria alguna traicion en aquella detencion que nos sugiriera? Si nos atacaban, ¿qué género de resistencia podria hacerles? ¿cómo defenderia á mi compañera? Nos encontrábamos entre aquellos salvajes, y en espacios que desconociamos, y nos era imposible todo escape: agitábanse en mi ánimo los mas siniestros pensamientos, y aumentóse el terror de que me hallaba poseido, al observar que Oniton habia entablado una íntima conversacion con los que venian á la cabeza

de la partida. En breve presentóse á mis ojos una tribu entera de indígenas: hombres, mugeres, niños, bagages, enseres domésticos, en fin cuanto poseian les acompañaba.

"Adelantábase una jóven llevando á su hijo á, sus espaldas; otra se separaba de la comitiva, sentábase al pié de un añoso roble, y á su sombra presentaba á su recien nacido, su pecho: deslizábanse aquí y allí algunos indígenas, como animales montaraces, por entre las enredaderas, en busca de frutas silvestres; y otros, deteniéndose á corta distancia de nosotros, erigieron la pradera en sala de banquete, se colocaron en derredor de una hoguera, que precipitadamente encendieron, y sobre la cual suspendieron los miembros palpitantes aún de una bicerra y un ante. A medida que pasaban á la inmediacion de María, dirigíales yo aquella sonrisa forzada que manifiesta el temor cuando se empeña en ostentar confianza. Todos tenian en sus semblantes pintada una espresion feroz y salvaje. El mayor número de entre ellos, fingia no haber reparado en nosotros; otros nos dirigian miradas de orgullo y menosprecio. Uno solo hubo que, al vernos, con amabilidad se nos sonriese; pero desvanecióse su aspecto afable, con la velocidad del relámpago, volviendo á tomar repentinamente su semblante su natural seriedad y aspereza.

"Despues supe que aquellos indígenas eran de la tribu de los Otawas, que mora al Norte del Michigan, que habian venido á Detroit con el objeto de trasladarse al Canadá; pero que habien-

do tenido noticia de la llegada de los Cheroquíes por aquel rumbo, y de que habian emprendido en direccion al Saginaw su marcha, se habian puesto inmediatamente en camino, á fin de esperar á los recien llegados, en el punto de su desembarque, y observar cuál era el camino que despues tomaban.

"Proseguimos nuestra caminata, sin accidente alguno, y me cercioré de que se viaja con mas seguridad por entre los salvajes del Nuevo-Mundo, de lo que puede hacerse entre algunos pueblos europeos de una civilizacion remota. Acercábase el dia á su término: nuestras sombras y las de nuestros caballos, se nos prolongaban á la derecha. Al estremo de la pradera, nos volvimos á dar con la selva. Poco tiempo despues nos encontrábamos delante de la márgen meridional del rio de las Arenas; en la opuesta orilla era donde debiamos encontrar asilo en que pasar la noche, y al dia siguiente continuaríamos nuestra marcha para llegar á Saginaw. Nuestros caballos atravesaron el rio á nado, conducidos por Oniton y Ovasco: embarqué á María en una canoa de corteza de árbol que nos encontramos á la orilla; coloquéme al lado de ella, y dirigí lo mejor que pude aquella barquilla que llevaba en su seno á un sér querido, y que contenia todas mis esperanzas y mi destino. Siempre me será delicioso el recuerdo de aquel breve instante de ventura: estábamos en aquellos momentos en que se ha terminado el dia, y aun no estiende la noche su sombra, cuando las aves que se deleitan con la luz suspenden sus concier-

tos, y las que esperan á las tinieblas, no empiezan á exhalar todavía sus lúgubres acentos; cuando, en fin, succediendo á los rayos del sol, que á toda la naturaleza vivifican y la tienen en movimiento, el astro de la noche estiende su suave claridad por la creacion que se adormece.

"¡Admirable contraste! á toda aquella multitud de voces, de trinos, de susurros, de conciertos, que durante el dia incesantemente se oyeran, habíase seguido un silencio profundo: ningun rumor, ni aun lejano, heria nuestros oidos: una multitud de mosquillas de flamígeras alas (18), revoloteando por los aires, habríanse equivocado con innumerables chispas que arrojase un voraz incendio, si no hubiese sido por la deliciosa frescura que en derredor de ellas se sentia. Embriagados en el sosiego que en aquellos lugares reinaba, no proferíamos una palabra, y conteníamos la respiracion temiendo perturbar el reposo en que la naturaleza yacia; inmóviles permaneciamos, y deslizábase nuestra canoa entregada al capricho de la corriente. Ya elevándose por sobre las copas de los corpulentos pinos, proyectaba la luna sobre nosotros su misteriosa luz, y reflectaba sus apacibles rayos sobre la cristalina superficie de las aguas que levemente agitaba nuestro débil esquife: habíase enseñoreado de nuestras almas la paz que reinaba en aquella silenciosa atmósfera; tan lleno estaba nuestro corazon, que no dejaba lugar al pensamiento: habíase modelado la felicidad que nuestra alma sentia á la que parecia sentir la naturaleza mis-

ma; poco antes habia sido ardorosa, animada vuestra ventura, ahora consistia en la tranquilidad y en el silencio. Comenzaba la noche, grato crepúsculo de la soledad y de los afectos, benéfico rocío que refrescaba nuestras almas enardecidas por las pasiones que durante el dia las agitasen.

"Iba á tomar un remo para dirigir á nuestra canoa hácia la orilla, cuando esclamó á media voz María:—"¡Oh amigo mio! ¡qué lástima que " tan presto llegásemos! ¡cuán grato seria que " nos abandonásemos á la corriente que tan mue- " llemente nos lleva! Aquí, ¡con qué libertad " se respira! ¡cuán puro es el aire que no han " contaminado los perversos! ¿Será posible que " tan presto nos háyamos de apartar de estos " lugares? ¿dónde encontrarémos mas sosiego; " dónde sentiremos tan gratas emociones, ni go- " zarémos de felicidad mas apacible?...." Y al hablar, inclinábase á mí la interesante doncella, contenia mi brazo y proseguia: "¡Cuán plácido " seria, entregándonos esclusivamente á esta " contemplacion casi divina, y dejándonos llevar " con fé por las aguas de este rio que tan deli- " ciosamente nos mecen; cuán plácido seria, ami- " go mio, que muriésemos ambos en uno de los " enagenamientos de nuestras almas, y que nos " elevásemos al cielo por medio de esos impul- " sos en que [illegible] nuestros corazo- " nes!! [illegible] variar [illegible] mora- " da.... [illegible] felici[illegible] los " ángeles [illegible] goz[illegible]

" es susceptible de alteracion semejante dicha
" en la tierra?"

"Dirigí mi barca hácia la orilla, y dije á mi amada: "María, no sé si eres un sér terreno, " porque tu voz, tus palabras, todo en tí está " lleno de un celestial hechizo.... Cuando te " veo derramar lágrimas, figúraseme que eres el " ángel de la melancolía, que anhela por volver " se al cielo, donde cesa de gemir la inocencia: " pero cuando me enagena tu voz, al describir " con melodioso acento la dicha, no sé yo cómo " calificar al sér sobrehumano, que habiendo co- " nocido la bienaventuranza del Empíreo, no des- " deña las felicidades terrenas.... Cara amada " mia, ten fé en el amor que te profeso: un aire " mas grato y mas puro todavía que el que res- " piramos, una region mas risueña, una natura- " leza aun mas hermosa nos esperan mas ade- " lante; allí estaremos mejor que aquí, porque " nos hallaremos á mayor distancia de esa so- " ciedad que aborrecemos.... Ya ves cómo va " siendo gradualmente mayor nuestra felicidad; " á medida que mas nos alejamos...."

"¿Hasta dónde habriamos llegado al aparecerse la aurora, si cediendo á la voz de María y al sueño en que se hallaba toda la naturaleza sumergida, hubiese dejado ir nuestra navecilla á la voluntad de la corriente? Lo ignoro; ¿pero no es siempre mejor el asilo que elige nuestra razon, que el que nos pueda n designar el capricho del viento, los recodos de un rio ó las tinieblas de la noche?

"Pernoctamos en una reducida choza, que habitaba un americano, natural de la Inglaterra, quien se habia domiciliado allí para estar mas inmediato á los indígenas con quienes hacia el tráfico de pieles.

"Inmediatamente que llegamos, soltóse á nuestros caballos dentro de un estrecho cercado que inmediato á la habitacion habia. Nuestro huesped se ocupó en prepararles su alimento, el cual se compuso de avena que fué á segar á su plantío; en seguida tomó una hacha, cortó uno de los árboles del bosque, hizo leña y con ella formó lumbre para que nos preservásemos del aire frio de la noche: las piezas de madera con que estaba formada la choza, tenian una multitud de intersticios por donde el aire esterior se introducia; de suerte, que ya se dejaba sentir la humedad que exhalaba el rio. En breve la llama que las piñas del pino alimentaran, elevóse chirriando, y con el auxilio de su luz pudimos percibir que nos hallábamos en un recinto que, aunque estrecho, era notable por su aseo. Una muger de pálido y estenuado rostro aparecióse; era la consorte de nuestro huésped; veíanse agrupados en derredor de ella, muchos niños de edad muy tierna. En la parte superior de la chimenea, estaba colgado un cuadro muy mal pintado, que representaba el retrato del general Washington. En los Estados-Unidos, Washington es el dios á quien generalmente se adora desde la rústica cabaña, hasta el ostentoso Capitolio..... Sobre una mesa que estaba colocada en el centro del aposento, veíanse diseminados muchos números

de un periódico de Nueva-York de fechas bastante recientes. Todo, en la mansion de nuestros huéspedes, hacia ver que gozaban de mas bien estar material, que de ventura; sus modales urbanos sin finura, su locucion correcta sin amenidad, sus conocimientos, exactos pero limitados, demostraban que no habian nacido en el desierto, y que pertenecian á la clase media de una sociedad civilizada. El solo objeto, la única idea fija que tuviesen, era labrar fortuna; eran como todos los americanos.

"Preparónos la muger una cena sencilla, y sirviósenos té en una cabaña del desierto. No habria dejado de complacerme aquella singular posicion, si hubiese podido María gozar de ella; pero padecia; habíala agobiado la dilatada caminata del dia, y no quiso gustar de la cena que la habria hecho recobrar sus fuerzas. Dediqué todo mi cuidado á que se la preparase un buen lecho, para lo cual se la tendió una piel de búfalo; cubríla los piés con mi capa.... y entonces, rendida por el sueño, tomó una de mis manos como prenda de seguridad, y reclinándose sobre mí durmióse. A poco, todos en derredor de mí se hallaban entregados al descanso; yo era el único que estuviese en vela, con el oido atento por de dentro al mas leve rumor que hácia fuera percibia; vigilia imponente en el seno de la inculta selva, en aquella solitaria cabaña en que el solo movimiento que se notase, era el de las oscilaciones de la moribunda llama; vigilia silenciosa que, cual fantasmas, hizo aparecer á mis ojos los recuerdos de mi juventud, mis ambiciones, mis

vastos designios, los esplendores y los infortunios de mi vida, las risueñas ilusiones y las amargas realidades, los amores y las esperanzas; vigilia casi febril, durante la cual la imaginacion pasa mil veces del tiempo pasado al venidero, de la desesperacion á la ventura, de la cordura á la insensatez, y no se detiene sino en aquel instante en que, dominada por el ascendiente de un poder irresistible, vacila el pensamiento, va flaqueando por grados, hace un esfuerzo por reanimarse, se debilita de nuevo hasta que fenece rodeado de las densas nieblas del sueño....,

"Antes que llegasen mis párpados á cerrarse, habia notado que algunos movimientos súbitos, estremecimientos y palabras incoherentes, alteraban el reposo de María. Por la mañana despertóse sobresaltada. El primer movimiento que hizo, fué tomar la mano que durante su sueño abandonara. Hízome despertar este ademan, y viendo que no habia tenido fuerzas para velar una noche entera á María, conocí cuan poco poder tiene la voluntad en nosotros.

"María estaba triste y pensativa: "Amigo mio, díjome, "si no me encontrase á tu lado, teme-" ria inmensas desdichas. . . porque he teni-" do ensueños terribles."

"Observé con sentimiento que no habia sido suficiente, para calmarla, el reposo de la noche. . . . y la agitacion estrema en que estaba me hizo temer que la hubiese sobrevenido algun ataque de calentura. ¿Qué partido tomaria? ¿qnedarme en aquella solitaria choza? ¿detendríame á tan corta distancia del término del

viage? Para llegar á él solamente un dia nos faltaba. En la noche llegaríamos á Saginaw, donde debíamos permanecer por siempre. ¿No debíamos á todo trance trasladarnos á aquel asilo de descanso que volveria sus agotadas fuerzas á María, y donde habiamos de ver comenzar nuestra ventura? Comuniqué mis pensamientos á María. "Sí, contestóme, "¡oh! sí, traslademo-" nos inmediatamente á Saginaw. . . . allí es " donde la felicidad nos espera. . . . tú me la has " prometido al menos. . . .

"Nos pusimos en camino á la hora en que se ilumina la naturaleza y vuelve á tomar su animacion y su bullicio; . . . pero reservábamos otra nueva escena, impresiones nuevas. Antes de llegar al rio de las Arenas, solo habiamos recorrido soledades agrestes; cuando nos bubimos apartado de ellas entramos en el verdadero desierto. . . . Caminábamos sin que hiriese nuestros oidos el canto de una sola ave, el sumbido de un solo insecto, ni el movimiento de un solo ser viviente. Aquel silencio no era ya el de la naturaleza que descansa despues de la incesante agitacion del dia, y á la cual se oye respirar todavía cuando duerme. . . aquel era el triste silencio de la nada... El único rumor que percibiésemos era el de las pisadas de nuestros caballos y guía; ruido compasado que hacia mayor la monotonía de aquellos sitios. Habíanse acabado las cañadas, los concietos, los prados y hasta el cielo; por donde quiera que se dirigiesen nuestros ojos no veíamos sino la selva, los mismos árboles, un espectáculo uniforme; cada nuevo paso que dábamos

nos presentaba el mismo espectáculo que los lugares que atrás dejábamos. No parecia sino que caminábamos sin ganar terreno, cual si fuésemos el juguete de una potencia invisible que nos dejase la ilusion del movimiento, pero que paralizase nuestros esfuerzos. Andábamos... andábamos ¡¡y la escena que se desplegaba á nuestra vista no variaba!! ¿Dónde, pues, nos encontrábamos? ¿Era cierto que proseguíamos nuestro camino? ¿Dónde estaba el Norte hácia el cual debíamos dirigirnos? ¿y donde el Sur del cual huíamos? Figurábaseme que marchábamos en retroceso; ¡cuán inmensa era aquella selva!... ¡¡persuadíame de que no tenia término!! volvíase mas y mas espesa, y sus sombras mas imponentes.... eran tan silenciosas sus bóvedas, tan terríficas y misteriosas, que se habria imaginado cualquiera que se hallaba metido en algunas catacumbas y perdido en sus laberintos.

"Estas impresiones eran tanto mas fuertes en nosotros, cuanto que formaban contraste con las emociones ora fogosas, ora apacibles, que nos dominaran la víspera. Sentia que se me helaba el alma, y como si una barra de bronce sobre mi corazon pesase.

"Dios mio, díjome María acercándose á mí y tomándome la mano, "¡qué completo y qué ter-
" rible es este aislamiento!!"—Y como siempre fuesen funestidades las que con mas facilidad se fijasen en su ánimo,—"Amigo mio, continuó diciéndome, "el dia de hoy, no lo dudes, va á ser
" fatal.... No sé por qué no se aparta de mi

" imaginacion la imágen de Jorge; no hay reme-
" dio; alguna espantosa desgracia...."

"No pudo concluir; una lágrima fué la que completó su pensamiento. Empeñéme en tranquilizarla y en inspirarla una confianza de que yo mismo carecia.... Entre tanto llamóme vivamente la atencion la agitacion interior que en sus facciones se revelaba. Juzgué que un breve descanso la aliviaria, y mandé á nuestra pequeña caravana que hiciese alto.

"Durante aquella detencion pregunté por señas á Oniton si ya estábamos cerca de Saginaw. Comprendió perfectamente mi pregunta, y marcando en el suelo dos puntos que figuraban uno á Saginaw, y el otro al rio de las Arenas, tiró una línea de uno á otro, y formó sobre ella otro mas punto á una tercera parte de la distancia, lo cual significaba que no habiamos llegado sino á la tercera parte del camino.... Un instante despues, estando descansando bajo la sombra de un catalpa, vimos al indígena levantarse y ponerse á correr con la ligereza de un corzo, gritando: *¡Saginaw! ¡Saginaw!* enseñándonos el sol que habia llegado ya á la mitad de su carrera.

"Entonces levantóse con resolucion María y proseguimos nuestra caminata por el desierto.... La voz de mi amada me dió á conocer en breve que iban mas y mas debilitándose las fuerzas. Despues de haber andado muchas horas mandé por segunda vez á nuestro guia que hiciese alto.... pero en vez de obedecer mi mandato púsose á caminar con mas celeridad, todavía indicándome con su espresivo ademan que se iba á

ocultar el sol bajo la tierra, y que no tardaria en cubrirse de tenebrosa oscuridad la selva. Entre tanto, el desierto nos presentaba un aspecto cada vez mas terrífico. El sendero por el cual íbamos era tan estrecho, que María y yo no podiamos ya caminar juntos; apenas estaba señalado: nos perdiamos de vista á cada paso, y entonces cada cual parecia caminar á la ventura por entre la selva. Desde que la noche hubo tendido su negro manto cesó el silencio, es verdad, pero tomó un acento horrible y lúgubre aquel yermo. No se oia sino el bramido de los osos y el siniestro canto de las aves nocturnas. La luna, que siempre presta cierto encanto aun á la mas aciaga noche, de igual modo que una muger hermosa esparce un secreto hechizo sobre una existencia infortunada, no asomaba aún por el horizonte....

"Entonces, pensando en María que con ayes de dolor revelaba ya sus padecimientos, sentí helárseme la sangre en las venas y que estaban á punto de flaquear mis fuerzas.... Con aquella debilidad del cuerpo afectóse igualmente mi ánimo é hízome ver mi imaginacion á María circundada por una multitud de fantásticos monstruos que amenazaban su existencia; veíalos ya bajo la forma de voraces hienas, ya bajo la de reptiles horrendos. Figurábaseme que aquellas, ávidas de sangre, esperaban al paso á su presa.... ¡Dios santo! ¡si sobre María se precipitasen! Estos, suspendidos de las ramas, como dardos, se arrojarian sobre la que amaba y la privarian de la vida antes de que me fuese posible defenderla; y otros mil quiméricos peligros me ideaba, de

aquellos que con tanta facilidad se forjan cuando está poseionada del alma una vehemente pena y vaga la imaginacion por desconocidas regiones. Transcurrian las horas, adelantábase la noche, acortaban el paso nuestros caballos, y exhalaba frialdad la tierra.... María guardaba un profundo silencio, que aumentaba mi angustia. Tomé su mano y observé que la tenia ardiente. "Amigo mio, díjome con una voz casi estinguida, no vayamos mas lejos, conozco que " me estoy muriendo...."

"Desgarróseme el corazon á estas palabras; no sé qué insensata resolucion me iba á sugerir la desesperacion, cuando deteniéndose repentinamente nuestro guia, por tres veces gritó: *¡Saginaw!* Aquel grito arrojado en el desierto, resonó por un largo espacio y vino á herir nuestros oidos repetido por numerosos écos: el primero fué tumultuoso, menos fuerte el segundo, y á este otros muchos mas y mas débiles se siguieron. Terminóse repentinamente la selva, entramos en una pradera y bajamos durante algun tiempo por una pendiente casi insensible. En fin, percibimos la márgen de un ancho rio; era el Saginaw, y á la orilla opuesta teniamos el asilo que buscábamos.

CAPITULO XVI.

EL DRAMA.

"¡Oh Dios mio! ¡qué felicidad! esclamó María al percibir la orilla. Su energía moral habria sido incapaz de mayor esfuerzo. La tomé en mis brazos y transportéla á una piragua india; coloquéme á su lado como lo hiciera al atravesar el rio de las Arenas. "Amigo mio, díjome " María con ternura, perdóname..... porque te " he aflijido..... pero durante esta jornada he " creido que el cruel destino se oponia á que " llegásemos á estos lugares..... mal hice en " pensarlo, porque tú eres el ángel de mi guarda " y me conducias.... ¡Oh! sentia como si mi " cuerpo desfalleciese, como si se destrozara mi " alma.... pero ya no padezco, y las ideas que " mi imaginacion abriga, son solo de ventura...."

"Estas palabras llenaban de alborozo mi corazon, y anhelaba por llegar á la opuesta orilla, porque en ella debian terminar mis pesares.

"Mira, decíame María señalando h[illegible]

" futuro imperio, mira cuan dichosos seremos en " esta remota comarca.... Sí, las aguas del *Sa-* " *ginaw* son mas puras, son mas apacibles toda- " vía que las del rio de las Arenas; el aire que " aquí se respira es mas grato, la tierra exhala " aun mayor fragancia, y hé ahí al astro de la " noche, hé ahí á nuestro buen genio del desier- " to, que aparece y con todo su esplendor brilla...

"Y diciendo esto dirigió María sus ojos al cielo. "¡Oh Dios!" esclamó repentinamente como sobrecogida de espanto, inclinando sus ojos y ocultando su rostro en ambas manos.

"En aquel momento, el rojo é inflamado disco de la luna asomaba por sobre los obscuros árboles del bosque, y parecia ayudarse á salir apoyándose sobre sus copas.... Veíasele agrandarse á medida que se elevaba.... y adelantábase hácia nosotros semejante á ensangrentado espectro....

"Aquel espectáculo terrible habia llenado á María de espanto, y el grito que en vano habia procurado contener fué la señal de que habia venido á trabar su ánimo otro siniestro presentimiento.

"Al llegar al anhelado término habia sentido María renacer en sí una energía sobrenatural, que no fué de duracion larga. Ignoro si flaquearon sus fuerzas tan luego como su fé en el porvenir la abandonase; pero casi desde aquel punto la ví caer en el mayor abatimiento.

"Tuve entonces que luchar con tales apuros, cuales ninguna imaginacion podria idearse.

"No se hallaba Nelson en Saginaw. El bote

de vapor á cuyo bordo habia salido con los Cheroquies, no había llagado todavía, y algunos indígenas Otawas nacidos en aquel territorio, me aseguraron que hacia mucho tiempo que no se veía llegar á él á estranjero alguno.

"Este contratiempo fué, tanto para Maria como para mí, un manantial de inquietud y de sinsabores, y al mismo tiempo originó que nuestra situacion se hiciese todavía mas crítica. Nelson habia debido tenernos preparado un asilo, de manera que este nos faltaba. Púseme desde luego á formarlo, pero no sé cual habria sido nuestra suerte si mientras erigia nuestra cabaña no hubiése dado con un hospitalario techo.

"Saginaw, donde en este momento encontrais dos habitaciones construidas con algun esmero, no contaba entonces sino solo una mal formada, que hallamos habitada por un americano de descendencia canadiana. Manifestóse gozoso al vernos aquel hombre, y reconociéndome por aquel aire nacional que todos los franceses tienen, "venis, me dijo, de la anciana Francia?" Habia nacido entre los indígenas y tenia casi todas sus costumbres. Bastábanle la caza y la pesca para proveer á sus necesidades, y encontraba un supremo encanto en aquella vida que pasaba entregado á una libertad salvaje. Estaba para ausentarse en los momentos en que llegamos; íbase á las inmediaciones del fuerte Gratiot á la caza de las palomas. Ofreciónos su choza y obligónos á que nos quedásemos en ella hasta que hubiese yo construido la nuestra. Propúsele que me la vendiese dejando á su buena

fé el precio en que la estimare; pero desechó mi propuesta, diciéndome por contestacion que le era muy grato aquel lugar, que en él habia nacido y pasaria toda su vida.

"Hé aquí como hasta en lo mas remoto del desierto se encuentra intacto el carácter de las naciones.

"El americano de descendencia inglesa, no tiene mas propension que el interes; no hay vínculos de familia, no hay tiernos afectos que le liguen al lugar que habita; siempre está dispuesto á desprenderse de su mansion y á tomar otra, y á venderla á quien le dé á ganar en la venta un solo peso.

"A poca distancia de este, encontrareis á un descendiente de franceses apegado á su tierra natal; le vereis venerar el pais donde vivieron sus progenitores, amar con desinteres y por sí solos á los objetos que le rodean, y preferir estas cosas cuyo valor es puramente ideal, á los frios goces de la riqueza.

"Acepté su oferta, y no pude hacer que se prestase á recibir compensacion alguna por el servicio que me prestaba.

"Ya contábamos con un asilo; pero á pesar de esto, no veíamos sino obstáculos y desdicha en todo lo que nos rodeaba.

"Desde el primer dia de nuestra llegada vióse acometida María de una calentura que por rareza deja de atacar á los recien llegados, y fué necesario que atendiese á la vez á los cuidados que necesitaba mi compañera y á las empeñosas area que exigia la construccion de nuestra mo-

rada. La cabaña del canadiano, por otra parte, aun cuando era de utilidad inestimable en proporcion á la mísera posicion que guardábamos, no podia considerársela sino como un asilo imperfecto; componíase de piezas de madera, tan mal unidas entre sí, que penetraba por sus intersticios una fria humedad durante la noche, y un insoportable calor durante el dia. Introducíanse ademas por ellos una infinidad de insectos, de entre los cuales algunos eran tan imperceptibles, que no nos revelaban su presencia sino por el dolor que nos hacian sentir sus picadas; y otros, volando por enjambres, presentaban á nuestra vista su cuerpo flaco, armado con un largo aguijon: todos ellos nos hacian una guerra sin tregua, sin misericordia, y turbaban cruelmente el reposo de María.

"Los alimentos ordinarios á que estábamos reducidos, nada tenian que pudiesen alterar una salud robusta; pero la debilidad de María, su dolencia, sus hábitos, hacian indispensables alimentos mas delicados, de los cuales nos hallábamos absolutamente desprovistos.

"De todo carecíamos en aquel yermo: hallábase en Detroit el médico mas inmediato que tuviésemos, y yo veía á María consumirse sin poder aliviar sus males.

"Y no podiamos, sin embargo, pensar en salir de aquellos lugares; habríanos sido necesario pasar á Detroit para procurarnos algun auxilio; ningun medio tendriamos para trasladarnos allí por agua, y ademas habia sido una locura inten-

tar otra vez el largo viage cuyas fatigas había resistido con tanta dificultad María.

"Contaba los dias por mis tormentos; porque en el desierto, todas las divisiones establecidas para calcular el tiempo, desaparecen; no se conocen allí meses, semanas ni horas. Al cabo de un tiempo muy corto piérdese completamente el órden de los dias, y entonces hay que formar otro en que solo se atiende á los buenos y malos, á aquellos en que se muestra apacible ó tempestuoso el cielo.... y luego, cuando alguna horrenda desgracia viene á emponzoñar la existencia, vuélvense los dias un inmenso espacio de tiempo, lleno de infortunio y de tedio; una prolongada série de lamentos, écos del primer gemido, que se repiten hasta el infinito, y que no cesan sino bajo la losa del sepulcro.

"Por grandes que fuesen mis penas, no queria prestarse mi corazon á concebir sérias inquietudes. No tardaria en trasladarse á nuestro lado Nelson, ni tampoco distaba mucho el momento en que tuviese María otro mejor asilo que la pusiese á cubierto de las penalidades esteriores.

"Todo su mal indudablemente provenia de tantos dias como habian pasado sin descansar ni gustar del sueño, y cederia cuando hubiese pasado algunas noches entregada á una tranquilidad profunda.... entonces, ¡oh cuán venturosos seriamos!

"Sin embargo, ya era gran desgracia aquel penar de los primeros dias, supuesto que nos arrebataba el encanto inestimable de las primeras impresiones.

"¡Ceguedad estraña! ¡mi mayor pena consistia, no en que previese mis futuros infortunios, sino en los goces que habia perdido!

"Contemplé faz á faz los obstáculos que tenia que vencer; y me armé para superarlos, de aquella energía moral que la confianza en un buen éxito solo inspira.

"Empleaba en la construccion de nuestra choza todo el tiempo que no pasaba con María.

"Ayudábame en mis tareas Ovasco, cuyo sufrimiento era incomparable. Aquel fiel criado parecia multiplicarse para hacer frente á cuantas dificultades se presentaban.

"En medio de aquellas afanosas tareas, de los sudores que me costaban, sentia una satisfaccion secreta al considerar que todo seria obra mia en la felicidad de que gozáramos.

"Sin embargo, por muchos esfuerzos que emplease, demandaban mucho mas tiempo del que habia creido la empresa que á mi cargo tomara. El estado que guardaba María se hacia mas y mas alarmante; su pulso anunciaba que su agitacion tomaba incremento. No exhalaba una sola queja; pero bajo la sonriza que entreabria sus lábios, fácilmente se percibia que estaba dominada por una profunda tristeza.

"Un dia me dijo con ternura: "Ludovico, te " agitas demasiado en la construccion de nues- " tro albergue."

"Otra vez tambien me dijo: "me desamparas " por irte á trabajar en la choza.... ¡Ah! ruégo- " te que te estés conmigo.... ¿Quién sabe qué " porvenir se nos prepara?"

"Procuré desechar de mi imaginacion los pensamientos á que estas palabras daban orígen. Entre tanto, el cámbio de estacion vino á aumentar mi inquietud y mis sinsabores..... Sobre diez dias habrian transcurrido desde nuestra llegada á Saginaw, y ya empezaban á sentirse los calores del mes de Junio. Traspasada por los rayos de un sol ardiente, invadida por nubes de mosquitos, cuyo número y malignidad parecia aumentar aquella atmósfera de fuego, nuestra reducida mansion presentaba un cuadro de miseria, que en vano intentaria describiros.... Poderosos esfuerzos hacia por apartar de María los innumerables insectos que en derredor de ella zumbaban, pero sin fruto; no era tan pronto yo en esterminarlos, cuanto ellos en aparecerse de nuevo; y veia la hermosa frente de mi amada ensangrentada por las picadas de aquellos viles insectos.... De este modo pasaba los dias y las noches velando al lado de mi amado bien, y procurando mitigar con mis cuidados sus pesares y su dolencia.

"Entre tanto entregábase Ovasco sin descanso á los trabajos relativos á la construccion de la choza, que estaba ya para concluirse. Para cúmulo de desgracia atacóle tambien la calentura de aquel clima, y entonces encontréme solo, sin apoyo y rodeado de males que tenia que contemplar incesantemente, sin tener la posibilidad de mitigarlos.

"Mucho tiempo habia permanecido sin poder abrigar en mi alma la idea de una catástrofe espantosa. ¡Estraña circunstancia! cuando posee-

mos un bien que apreciamos mas que la vida, si gozamos de él tranquilamente, á cada paso concebimos los mas quiméricos temores; y si un gran riesgo de perderlo se nos presenta, hacemos tan grandes esfuerzos por no ver el peligro cierto, cuanto lo eran los que haciamos antes por percibir los imaginarios peligros. Tales son el órden y la justicia de los cielos. ¡El hombre dichoso ve perturbada su ventura por el temor al infortunio, y el desventurado halla consuelo en su desdicha por medio de las ilusiones de felicidad que su imaginacion le sugiere!

"Sin embargo, las palabras de María, que sin cesar se reproducian en mi memoria; el aspecto de los padecimientos que la veia sobrellevar resignada, y tambien quizá la obstinacion con que se empeñaba la suerte en echar por tierra cuantos designios concebia, empezaron á conturbar mi alma.... un funesto rayo de luz iluminó mi mente.... y un yerto sudor inundó mi cuerpo.... Hice un esfuerzo para no perder la razon que estaba á punto de estraviárseme, y dije á María:

"Amado bien mio, dentro de algunos dias es-
" tará lista nuestra nueva mansion, para que á
" ella te traslades.... entonces solo la presen-
" cia de Nelson faltará para que nuestra felici-
" dad sea completa.... Si se hubiese dirigido
" sin guia hácia estas regiones desiertas, debié-
" ramos abrigar grande zozobra; ¿pero qué te-
" mor podemos concebir, sabiendo que está ro-
" deado de indígenas que le aman, que le tienen
" veneracion, y para quienes la mas hermosa re-
" gion es asimismo la mas salvaje? Esperemos

" que en breve se verán cumplidos nuestros de-
" seos, y le tendremos á nuestro lado. . . . Pero
" amiga mia, todavía pido yo al cielo que me
" conceda un objeto que me es mas grato que
" todos los bienes de este mundo, y es el térmi-
" no de tus padecimientos. . . . Nadie de noso-
" tros conoce el remedio que podrá sanarte; los
" auxilios de un médico nos son indispensables;
" voy á buscártelo á Detroit; dos dias emplearé
" en mi viage á aquel punto, y dos dias despues
" me volverás á tener á tu lado, trayendo con-
" migo al hombre cuya ciencia te salve. . . . Du-
" rante mi ausencia no se separará un punto de
" tí nuestro fiel Ovasco; aunque tambien padece,
" hará un esfuerzo por cuidar á su buena ama."

"Ovasco, que estaba presente, no pudo oir estas palabras sin conmoverse. Escuchábame María manifestando todas las muestras de una emocion profunda. . . . guardó silencio, pareció reflexionar muy detenidamente, y luego con alterada voz:

"Amigo mio, díjome, "no me abandones. . . .
" te lo suplico. . . . cuatro dias de ausencia. . . .
" ¡es demasiado tiempo! . . . no. . . . Ludovico. . .
" no. . . . es indispensable que te estés con-
" migo. . . .

"Y su mirar, que sobre mí fijara, tomó una indecible espresion de ternura y melancolía.

"Intenté persuadirla de cuán insensato seria ceder á un movimiento de flaqueza que destruiria nuestro porvenir, al paso que el sacrificio de algunos dias aseguraria nuestra ventura.

"Pero opúsome una resistencia instintiva, ante la cual no tenian fuerza mis raciocinios.

"Caro bien mio, decíame, yo te suplico que " no me abandones; bien sabes cuán débil es la " enredadera cuando se la desprende de la ra- " ma que la protege.... pues lejos de tí, Ludo- " vico, todavía seré yo mas débil.... solo tu pre- " sencia me mantiene.... si te apartas de mí, " me haré pedazos...."

"El acento conque profirió estas palabras, me desgarró el alma.

"Contristado por aquel lenguage, que era tanto mas doloroso cuanto que parecia llevar consigo toda la amargura del desaliento, sin aquella vehemencia que lo exagera, caí de rodillas á la cabecera del lecho de María.... no pudiendo articular una sola palabra, arrebaté su mano y aneguéla en un torrente de lágrimas; jamás habia sentido tal abundancia de dolor en mi alma.

"Cuando se hubo disipado aquella borrasca, volví á levantar mi abatida frente.... pero no me volvió la razon que poco antes me abandonara, sino para hacerme ver todo el horror de mi posicion, toda la inmensidad de mi desdicha.

"Las ilusiones del infortunio, que hacen que el hombre se entregue ciegamente á la esperanza, me habian ocultado incesantemente la verdadera situacion de María, y aun ella misma se habia empeñado con obstinacion en callármela. Cuando la hablaba acerca de nuestra felicidad venidera, vertia lágrimas; pero juzgaba yo que era la alegria la que las causaba. Si mi conversacion recaia sobre sus dolencias, desde luego ha-

cia porque variásemos de materia; olvidábase de sus males, y todas sus fuerzas ponia en uso para distraerme de mi pena; de suerte que se consumia en crueles dolores, y sin embargo me dirigia consuelos.

¡Cuál fué mi estupor cuando un dia, fijando mis ojos en aquella idolatrada mano que comprimia en un esceso de desesperacion y de afecto, observé que estaba horriblemente flaca, cual si fuese la seca mano de un esqueleto!

"Iluminóseme la mente con una luz semejante á la que vibra el homicida rayo. Todo el cuerpo de mi cara compañera estaba consumido por el mal de que adolecia.... su rostro era el único que se hallase libre de aquel estrago, y que á pesar de la alteracion que habia sufrido, manifestase las señales de un vigor conmovido apenas; acaso consistia esta circunstancia en que toda la entereza de su alma se habia concentrado en su semblante, ó quizá en que la calentura hacia refluir á su rostro la poca sangre y fortaleza que quedasen en aquel estenuado cuerpo.

"Hé aquí como la triste realidad se presentaba en toda su desnudez á mis ojos. ¡¡A la vista tenia el efecto que habia venido al fin á producir aquellos eternos dias que bajo un sol abrasador pasásemos, aquellas noches mas eternas aún que transcurrieron sin que viésemos en nuestro derredor mas que calamidades, sin que pudiésemos gozar de sueño ni descanso, durante las cuales nos hallásemos destituidos de asilo, entregados á angustias cada vez mayores, y obligados á permanecer en una vigilia interminable!!

"Ovasco, que presenciaba aquella escena, me dijo:

"No es prudente que os aparteis de este lugar, " mi buen amo; permitidme que vaya á Detroit, " y en breve estaré de vuelta con la persona cu- " yos auxilios necesitamos."

"Viendo que vacilaba yo en aceptar aquella oferta que su lealtad le sugeria, por parecerme inconsiderada, atendiendo al quebranto de su salud: "¡Oh! añadió, me siento mejor; la idea de " que podremos salvar á mi ama querida me ha- " ce recobrar todas mis fuerzas."—"Fiel sirvien- " te, contestéle, si logras salvar á tu ama, tam- " bien me salvas."

"Ignoro si es imposible al alma, por medio de un esfuerzo sobre sí propio, amortiguar los mas crueles dolores del cuerpo y hacerle adquirir súbitamente un vigor que ya estaba á punto de estinguirse; pero ví á Ovasco, despues de haber recibido nuestros abrazos de despedida, pasar en una barca el rio, y atravesar en el instante, con la velocidad de un corso, la pradera que á la orilla opuesta se estendia.

"Ludovico interrumpió aquí su relato; púsosele su fisonomia mas melancólica que de ordinario, y despues de un instante de silencio, volvió á tomar el hilo de su narracion en estos términos:

"El dia siguiente á aquel en que Ovasco se pusiera en marcha, recibió mi ánimo cuantas emociones puede producir un júbilo mentido: ví llegar á Saginaw una numerosa partida de indígenas, que se asemejaban en un todo á los Cheroquíes, tanto en su trage como en su aspecto.

Creí firmemente que erau los que habian salido con Nelson; y persuadido de que venia con ellos éste, apresuréme en ir á recibirle. Sin embargo, no me acordaba de haber visto jamás el rostro de ninguno de aquellos á quienes me acercaba, y en breve me cercioré de que, aun cuando pertenecian á la tribu de los Cheroquíes, no eran los que yo esperaba.

"En tanto que los observaba, fuí testigo de una escena que fué para mí una revelacion terrible....

"La llegada de los Cheroquíes habia puesto en conmocion á toda la tribu de los Otawas, que ocupan las márgenes del Saginaw y los terrenos circunvecinos..... Estos concebian de cuanto perjuicio iba á servirles la permanencia de los recien llegados en aquel territorio, que ya sin este aumento de pobladores proporcionaba muy escasos medios de subsistencia á sus primitivos habitantes.... Los mas de entre ellos disimularon su resentimiento; pero hubo algunos que tuvieron la imprudencia de demostrarlo....

—"Vienes á usurpar nuestras tierras;" dijo un indígena Otawa á un gefe de los Cheroquíes...

—"Pues que, contestó éste, "¿no podemos ca-
" ber todos en los bosques del Michigan, siendo
" tan vastos?"

—"No, replicó el primero; "ya estamos de-
" masiado comprimidos en esta region: ¡¡no has
" de erigir en ella tu choza!!"

"Y al hablar así, hizo una señal de amenaza...
"¡Miserable! esclamó el contrario, "¿no sabes
" quien es Mohawtan? . . . " Y al mismo tiempo,

" esgrimiendo su hacha, tendió muerto á sus piés
" al indio Otawa....

"Este acto de violencia produjo una fuerte sensacion entre los Otawas.... en cuanto á mí, que lo presencié, no pudo menos que horrorizarme.... Sin embargo, las últimas palabras que profiriera el Cheroquí, produjeron en mi imaginacion ciertas especies; acordéme de que Jorge, al referirme las persecuciones que habia sufrido Nelson en la Georgia, me habia hablado de un caudillo indígena, cuya nombre era *Mohawtas*, quien era afamado por su brio y habia sido el primero que sugiriese á los demás que no doblasen el cuello á la opresion, sin haberse antes resistido. Hícele sobre este particular una pregunta, y agregué que yo era amigo de Nelson el ministro presbiteriano que tanto empeño tomara en la defensa de la causa de los indígenas.... Al nombre de Nelson la fisonomía del Cheroquí tomó una espresion en que la benevolencia y la admiracion á un mismo tiempo se pintaban. ¡Conque sois amigo de Nelson!... esclamó conmovido.

—"Sí lo soy, contestéle, "y dentro de muy
" poco le vereis por estos lugares á él mismo: no
" sé que obstáculo será el que le detenga lejos
" de estos lugares, á los cuales debió haber lle-
" gado con mucha anticipacion á nosotros....
" Su hija María, á quien yo amo, está allí,... en
" aquella choza.... hállase débil y estenuada, y
" la inquietud me mata. Aquí me teneis solo,
" sin amigos, abandonado á mis tormentos, y en
" medio de dos tribus indígenas, que veo dispues-
" tas á empeñarse en una encarnizada lucha.

" Por favor, apiadaos de mi triste suerte. Nel-
" son, el padre de María, se declaró protector
" vuestro. . . . No ha sido menos adicto á vuestra
" causa su hijo Jorge."

—"¡¡Jorge!! . . repitió, mirándome con aten-
cion el indígena: "¡¡Jorge!! ¡¡el mas esforzado....
" y tambien el mas infortunado de los hom-
" bres!!"

"No comprendiendo estas misteriosas palabras, pedí á Mohawtan con instancia que me esplicase lo que queria dar á entender con ellas. Este, despues de una suspension de algunos instantes, díjome:

—"Hacia tiempo que en los Estados del Sur
" se preparaba una insurreccion de negros.....
" Cuando los de la Virginia y ambas Carolinas
" supieron que en Nueva-York habian quema-
" do los blancos los templos donde la gente de
" color se congregaba, éste suceso sirvió de
" plausible pretesto para que la sedicion esta-
" llase. Formóse una vasta maquinacion, cuyo
" punto central se fijó en Raleigh, lugar de la
" Corolina del Norte (*a*).

"Apenas hacia un mes de aquella persecu-
" cion cruel que ejercieran contra los Chero-
" quíes los americanos, y que vino á dar por re-
" sultado que muchos de aquellos se desterra-
" sen voluntariamente de la Georgia. Aquellos
" de nuestra tribu que no quisieron emigrar, no
" vacilaron en cooperar al movimiento de los
" negros... Yo era de este número, como uno

(*a*) Ciudad de la Carolina septentrional, que está situada entre la Georgia, la Carolina del Sur y la Virginia.

" de los caudillos de la tribu. Los indígenas se
" dirigieron á Raleigh á fin de ponerse de acuer-
" do con los que estaban á la cabeza de la insur-
" reccion. Celebróse una junta, y en ella quedó
" resuelto el esterminio de nuestros comunes
" enemigos.

"Convenimos en que á una señal que se diese
" á cierta hora de la noche, los negros que habi-
" tan los campos, saldrian de sus casuchas y di-
" fundirian terror y muerte en las habitaciones
" de sus amos, entre tanto que los indígenas, reu-
" nidos en un solo punto, se arrojarian sobre Ra-
" leigh y se harian dueños de la poblacion y de
" su milicia urbana.

"Acercábase el dia concertado, y sin embargo
" no estaban todavía de acuerdo los gefes; cada
" cual aspiraba al mando y se juzgaba degrada-
" do con limitarse al insignificante papel de su-
" bordinado. ¡Ay! ¡cuán distantes estamos de
" tener aquella veneracion á la voz de los ancia-
" nos y á las palabras de la prudencia que ma-
" nifestaban nuestros abuelos! En aquellos mo-
" mentos presentóseme Jorge; venia de Nueva-
" York, donde acababa de tomar la defensa de
" la gente de color. Su nombre nos traia á la
" memoria los beneficios de su padre. . . . Le
" recibimos como á un amigo; la nobleza de su
" continente, la superioridad de sus luces, nos
" admiraron. Escuchó la revelacion de nues-
" tros proyectos y consintió en ponerse á nues-
" tra cabeza.—Mi verdadero lugar, díjonos, el
" lugar que me corresponde está entre la gente
" de raza negra; . . . pero me enorgullezco de

" tener á mis órdenes á guerreros como vosotros,
" y no rehusaré semejante honor: además, todos
" lidiamos por una misma causa, cual es la de la
" libertad contra la tiranía.... Por otra parte,
" aunque la venganza que van á ejercer mis
" hermanos, á pesar de que parece cruel, es jus-
" ta, con todo, prefiero siempre para vengarme
" la espada á la daga.

"A la hora convenida, que era la de la me-
" dia noche, las llamas de un incendio que se
" practicara en el punto mas elevado de aquel
" rumbo, sirvieron de señal para el levantamien-
" to.... Pero, ¡circunstancia inaudita! los ne-
" gros que era principalmente en favor de quie-
" nes se tramaba, y que se mostraran la víspera
" dominados de tan noble ardimiento, permane-
" cieron en la inaccion. Sea que una natural
" estupidez les contuviese, sea que se apodera-
" se de ellos el miedo, el caso es que ninguno
" de aquellos miserables que gimen bajo el pe-
" so de la mas amarga opresion, se resolvió á
" hacer un esfuerzo para quebrantar sus cade-
" nas: no cumplieron con nada de aquello que
" ofrecieron, y no pereció un solo blanco á manos
" de ellos en el interior de sus posesiones.

"Pero los indígenas sí se mostraron fieles al
" compromiso que contrajeran. A la hora con-
" certada Jorge dió órden á nuestra fuerza de
" que se moviese sobre Raleigh...., Pero se nos
" habia delatado sin duda, porque apenas salia-
" mos de la selva que está á uno y otro lado del
" camino, cuando nos dimos con una masa de
" milicianos veinte veces mas numerosa que la

" que formábamos.... A pesar de nuestra infe-
" rioridad numérica, provocamos la pelea y la
" sostuvimos. ¡Ah! ¿cómo podré pintaros la in-
" trepidez que ostentaba Jorge?
"¡No merecia tan funesto fin aquel elevado he-
" roismo!"

"Aquí suspendió Mohawtan su relato; su emocion era estrema, y entonces ví que tambien en ciertos casos es susceptible de verter lágrimas el indígena; comprendí lo que significaba aquel llanto y el silencio que se le seguia. Refirióme el indígena las proezas de Jorge, su intrepidez, su audacia y los desesperados esfuerzos que empleara. "El hijo de Nelson, añadió Mohawtan, " conociendo que debia sucumbir bajo el número " que le cercaba, "amigo, díjome con entereza, " salva tu vida; toma, conserva este papel que " es para mi padre.... Si vuelves á verle algun " dia, pondrás en sus manos esa despedida de " Jorge." Despues de haber proferido estas " palabras recobró doble brio; habia descubierto " entre los contrarios combatientes á un mortal " enemigo suyo. Oíle esclamar á grito herido: " ¡Fernando, cobarde asesino de mi madre, mue-
" re; quedo vengado!.... ¡Mas ay! tambien él, á
" poco, herido de un golpe mortal, cayó por
" tierra...."

"Volvió á interrumpir aquí su relacion el indígena; en cuanto á mí, escuchábale con aquel desaliento en que nos sumerge una nueva desdicha cuando ya ha llegado la medida de nuestros males á su colmo. Prosiguió Mohawtan de este modo: "Empeñéme en vengar la muerte de tan

" caro amigo; pero encontréme con que yo solo
" tenia que hacer frente á un ejército: ví que me
" era indispensable recurrir á la fuga..... Ape-
" nas me hube puesto fuera del peligro, cuando
" dirigí la vista á mi espalda; contemplé el lugar
" en que por la postrera vez viera á Jorge.....
" pero nada pudieron ya percibir mis ojos. En
" aquellos momentos asomaba la luna al hori-
" zonte su disco de color de sangre, ... entonces
" comprendí que debió haber sido fatal aquella
" noche.....

"Al dia siguiente impúseme de la vergonzosa
" inaccion de los negros.... El gobernador de
" la Carolina del Norte promulgó una proclama,
" en la cual daba á saber el triunfo que la mili-
" cia americana habia obtenido sobre los indíge-
" nas.... en ella elogiaba tambien la conducta
" juiciosa de los negros, y prescribia las provi-
" dencias severas que se debian tomar contra
" nosotros..... Entonces los que quedábamos de
" nuestra tribu adoptamos el partido de conde-
" narnos á espatriacion..... Noticioso el gobier-
" no americano de que tal era nuestra resolu-
" cion, afanóse en cooperar á ella, porque todo
" el empeño de aquel pais se cifraba en apro-
" piarse nuestras tierras. Llegó el gobierno á
" auxiliarnos hasta el grado de nombrar un agen-
" te que hiciera cuanto fuese posible para que
" se facilitase nuestra marcha. Siguiendo el
" mismo derrotero que tomaron los primeros
" emigrados de nuestra tribu, nos trasladámos
" primero á Pitsburg, y de allí á Búfalo; en este
" último punto se nos dijo que habian estado allí

" nuestros compatriotas; se nos refirió el en-
" cuentro de ellos con Nelson y la salida de éste
" en compañía de aquellos en direccion al Mi-
" chigan.

"En Detroit supimos que habian tomado el
" rumbo de Saginaw remontando las corrientes
" del rio. Deseosos de llegar al mismo término,
" quisimos, á fin de conseguirlo, seguir el propio
" derrotero; pero se nos dijo que la navegacion
" por aquellos parages no transitados, era difi-
" cultosa y lenta. En vista de esto, nos decidi-
" mos á trasladarnos á Saginaw por tierra, y de
" este modo lo hemos hecho.

"Amigo, díjome ademas Mohawtan tomándo-
me la mano, nada tienes que recelar de mi tribu....
" dices que se halla aquí la hija de Nelson....
" ¿qué auxilios son los que necesita? Habla,
" manda.... todos te obedeceremos...."

"Aquella relacion introdujo en mí un desórden que en vano intentaria describiros. ¡Jorge, el hermano de María; Jorge, mi carísimo amigo, ya no existia!

"Toma, díjome Mohawtan, aquí tienes lo que
" poco antes de morir me confió Jorge." Y el indígena me entregó un papel que venia dirigido á Nelson.

"El dolor me destrozaba el alma; sin embargo, acepté la oferta generosa que me hiciera el indígena, y supliquéle que me ayudase á concluir mi choza. Desde luego pusiéronse á mi disposicion todos los Cherokuíes para proseguir la tarea; indiquéles lo que habian de hacer y volví,

me al lado de María, llevando en mi corazon, á nuestra miserable morada una nueva pena.

"Arméme de toda la posible fortaleza para no demostrar la turbacion á que estaba entregado mi espíritu.... Hice saber á María la generosidad que habian manifestado para con nosotros los indígenas, el empeño con que se habian puesto á continuar los trabajos de nuestra choza.... y ya no me separé de ella un instante. De este modo transcurrieron tres dias, durante los cuales parecióme que mi amada iba adquiriendo fuerzas.... Al dia siguiente habia de regresar Ovasco.... y debiamos recibir el anhelado auxilio.... ademas, habíaseme presentado lleno de contento Mohawtan á decirme que dentro de un dia quedaria concluida nuestra vivienda.

"¡Hé aquí como en medio de la desolacion, todavía podia abrigar esperanza!

"Sin embargo, en la noche de aquel venturoso dia, veíase cargado de densos vapores el cielo; aunque no se sintiese el mas ligero soplo de viento, observábase en las copas de los pinos un singular estremecimento; una pesada atmósfera gravitaba sobre la selva, y de las altas regiones del éter oíanse descender estraños murmullos en tanto que se hallaba la tierra sumergida en el mas profundo silencio: aquellos eran los anuncios de una tormenta.

"Encontrábame sentado al lado de la cabecera del lecho de María, y procuraba mitigar sus padecimientos con los testimonios de mi cariño.... hablábala de nuestra felicidad venidera.... Permaneció por largo rato silenciosa....

cuando de improviso, con apacible y resignado acento, dijo: "Amigo mio, tiempo es ya de que " te dejes de ilusiones, porque es necesario que " sepas que es mortal el mal de que adolezco.... " acuérdate del dia que llegamos á estos luga- " res; desde el punto en que el astro de la noche " se nos presentó como de fuego, apoderóse de " mí un dolor que no me ha dejado desde en- " tonces.... Aquel mal es el que ahora me " consume.... no hay poder humano que tenga " en su mano contrastarlo.... tal es el decreto " del destino, y solo podria desconocerlo un in- " sensato. ¡Estraño estravio de mi razon! ¡yo, " mísera doncella descendiente de una raza pros- " cripta, despreciada de todos, envilecida, de- " gradada, he osado aspirar á la felicidad mayor " que reservaran á mortal alguna los cielos! " ¡como si no hubiese sabido que la marcha de " mi descendencia debia seguirme hasta el se- " pulcro!.... ¡Ay, la expiacion es bien amarga!

"Amigo mio, continuó diciendo, he padecido, " he padecido acerbos dolores durante los dias " ultimamente transcurridos.... ¡me ves débil " y lánguida!.... pues es porque no tengo ab- " solutamente deseanso.... ¡Ah! ¡qué suplicio " es el de no poder disfrutar del sueño! hay ve- " ces que me parece que ya por fin va á apode- " rarse de mí el sueño, y me abandono entera- " mente á él; invoco su poder y bendigo la mano " que háçia mí lo envia.... ya la mitad de mi " sér le pertenece, y casi se desprende transito- " riamente de la vida.... pero en el instante en " que voy á sumergirme en el reposo, perdiendo

" en mí toda su fuerza el pensamiento, no sé qué
" punzante aguijon penetra en mi cuerpo y
" repentinamente me despierta; de suerte que
" cuando creia descansar, vuélveme á precipitar
" el dolor al abismo....

—"¡Dios mio! esclamé al oir aquel triste relato; bien veia yo que padecias; pero muy distante
" estaba de pensar que fuesen tus dolores tan
" crueles.... ¿Por qué me has ocultado la ver-
" dad tanto tiempo?

—"¡¡Ay amigo mio, contestó María, ¿debia yo
" sumergirte en la desesperacion pidiéndote auxi-
" lios que consideraba infructuosos?.... Siento
" en efecto que se va apartando de mí la vida....
" pero te juro, Ludovico, que nada son los males
" que padezco, comparándolos con las torturas
" que me están desgarrando el alma.... Consis-
" te mi suplicio en haber abrigado la idea de una
" felicidad que se me desvanece, y de la cual me
" ví tan cercana.... ¡consiste en tener que aban-
" donar para siempre una esperanza tan insen-
" sata, pero al mismo tiempo tan grata! y sobre
" todo, la pena que se alverga en mi corazon y
" que á todas las demas supera, es la considera-
" cion del estremo á que te reduce mi cruel des-
tino...."

"Ludovico, perdona que en estos términos te
" hable; hágolo porque en breve...."

"No pudo proseguir; turbósela el mirar, dirigió sus ojos con vaguedad en derredor de sí, repentinamente fijáronse; y en fin, habiendo sucdido una agitacion estrema á aquel momento

de reposo, despertáronse sus pensamientos para estraviarse en el delirio. . . .

"En tanto que aquella dolorosa escena llenaba de estupor y de desesperacion á mi alma, oí por de fuera los alaridos de la tempestad que se empezaba á desencadenar por los aires; algunos lejanos bramidos, primero débiles y que despues iban gradualmente adquiriendo mayor fuerza, anunciaban la proximidad de la borrasca; ya silvaban con furor los vientos y las ramas de los robles de la selva empezaban á crugir sobre sus inmóviles troncos.

"Entre tanto María, habiendo vuelto en sí, incorporóse: "Escúchame, Ludovico, díjome con un acento algo mas firme: "acabo de tener un " ensueño. . . . y Dios sin duda me lo ha envia- " do. . . . habré cesado de existir antes del re- " greso de Ovasco.

"El cielo me concede tambien, por un instan- " te, algunas fuerzas. . . . Permíteme, yo te lo su- " plico, que te hable acerca de los dos seres á " quienes amo y que se hallan distantes de mí.... " ¡¡de mi padre y de Jorge!! ¡Ah, cuán imfortu- " nada soy, pues está decretado que no he de " llegar á recibir la bendicion de mi padre! . . . " El dia de su llegada á este lugar habia de ser " el de nuestra union. . . . Y cuando venga se " encontrará con que su desdichada hija! . . . " ¡Ah! ¡¡sepa al menos que se conservó pura y dig- " na de él hasta exhalar su postrer suspiro!! . . .

"Quisiera tambien conversarte acerca de Jor- " ge. . . . ¿En qué consiste, Ludovico, que, des- " de hace dos dias, no me dices con relacion á

" él una palabra? . . . Ignoramos qué suerte ha
" corrido. . . . ¡Ah! ¡¡no puedo creer que sea di-
" choso!! ¡Tiene tanta bondad de corazon y tan-
" ta grandeza de alma! No olvidemos que se
" quedó morando entre los malvados que nos
" odian. Amigo mio, sé indulgente para con mi
" flaqueza; pero al pensar que he tenido, por lo
" que hace á él, visiones sangrientas. . . . ¡Era
" tan buen hermano para conmigo, me profesa-
" ba tan tierno cariño! Es el único sér, Ludo-
" vico, cuyo amor pudiese compararse con el
" tuyo. . . . muy bien persuadido estaba de la
" bondad de tu corazon; pero, amigo mio, per-
" míteme que conserve una ilusion que me es
" tan grata; creo que no habria sido tan vehe-
" mente su afecto para contigo, si no hubiese sa-
" bido que sinceramente me amabas. . . . ¡Cielos!
" ¿será mas feliz que su desventurada herma-
" na? . . . Acaso tú le volverás á ver. . . . en
" cuanto á mí, voy á morir sin gozar de esta di-
" cha. . . . Cuando le hables de su amada María,
" dile que al acordarnos de él llorabamos jun-
" tos. . . ."

"Y la encantadora doncella regaba su lecho de dolor con sus lágrimas. . . . y yo la acompañaba en su llanto.

"Despues prosiguió diciendo: "Te encargo
" que le des mi Biblia: muchas veces leimos
" juntos el libro de Tobias, donde encuen
" consuelos y esperazas los infortunados
" Dentro de sus hojas encontrarás alguna
" res que corté en la pradera del desierto e
" que me formé tan deliciosas ilusiones de

" tura. La voluptuosa fragancia que exhalaban
" ha debido purificarse con los aromas que un
" libro religioso contiene.... Al poner en sus
" manos este testimonio de mi memoria, hasle
" presente que la religion es el único bien que
" nadie puede arrebatar al desdichado....

"Y á tí, caro bien mio, díjome esforzándose por volverse á mí y haciéndome una indicacion para que colocase mi mano en la suya, "¿qué
" objeto te dejaré que me conserve en tu memo-
" ria? ¡solo tengo pesares!.... ¿por qué te he de
" dejar ingratos recuerdos?... ¡Nuestra amistad
" no reproducirá en tu memoria sino desgra-
" cias, y desgracias que no han sido compensa-
" das ni con un instante de ventura! Por mí te
" has apartado de la sociedad, de sus beneficios
" y de sus placeres. ¡¡Si me hubiese concedido
" el cielo algunos años solamente de vida, du-
" rante los cuales hubiera podido colmarte de
" tiernos cuidados, consagrarme esclusivamente
" á tí, merecer tu consideracion á fuerza de ca-
" riño!! ¡Oh amigo mio!.... Pero no.... no has
" tenido sino acerbos pesares desde el punto en
" que, revelándote mi nacimiento, hice recaer so-
" bre tí una porcion del baldon que me cubre,
" hasta este postrimer momento en que contristo
" tu corazon haciéndote presenciar el espectáculo
" de mis últimos dolores....

"¿Habrá de perseguirte mi infortunio aun des-
" pues que yo no exista?.... ¡Ah! precávete con-
" tra la influencia de mi estrella: pudiera serte
" perjudicial hasta mi memoria.... si quieres
" ser feliz, lo primero que debes hacer es olvi-
" darme....

"Hizo una pausa que se prolongó por algunos instantes.... en seguida, fijando sobre mí una dolorosa mirada:

"Amigo mio, prosigió diciendo, te voy á parecer una muger muy débil en mi hora postrera..... pero te suplico que de nuevo me digas que me amabas con ternura y que me perdonas. Hoy te pido como una gracia esas seguridades de amor, que no me habria atrevido á solicitar en tiempos pasados..... Hágolo hoy, porque, como ya bien lo ves, me voy á morir, y dentro de algunos instantes cesará mi vida de servir de obstáculo á la tuya..... ¡Morir oyendote proferir que me amas! ¡Oh! esta simple idea me da ya fuerzas para salvar el terrible tránsito que hay de la existencia á la tumba! Aunque me veas débil, consumida, lánguida, ... sábete, Ludovico, que en mi corazon no ha perdido el amor ni el menor ápice de su fuerza.....

—Ahora, prosiguió diciendo, vas á tener otra poca mas de indulgencia para con tu desdichada compañera..... Acércate á mí; te lo suplico..... ¡Dios mio! ¡cuánto es mi desconsuelo al verte derramar esas lágrimas! pero compadécete de una infortunada, que en breve cesará por siempre de afligirte..... Déjame reclinar mi cabeza sobre tu pecho, á fin de que oiga los latidos de tu corazon por la vez postrera.... En esta misma actitud estábamos cuando discurriamos por aquella pradera vírgen; ¿es verdad que entonces te contemplabas tú, á la par que yo, venturoso?....¡Oh! es llegado el instan-

" te en que me debes decir que me perdonas....
" ¡Perdon!.... perdon implora, amigo mio, la
" mísera doncella que te amaba.... Preciso es
" que te revele una circunstancia que siempre
" te habia conservado oculta, y es, que desde el
" punto que te ví te consagré todo mi cariño.
" Mi inclinacion tuvo que sostener crueles com-
" bates.... Veíame en la necesidad de sustraer-
" me de tus miradas, de huir de tu presencia
" que me enagenaba; y cuando oí la declaracion
" de tu amor, me sentí tan embriagada de deli-
" cias, que mi razon estuvo á punto de estraviar-
" se.... Sin embargo, presentia desde entonces
" las desgracias que nos esperaban, y lamentá-
" bame de mi dicha.... Amigo mio, dígote esto
" para que viendo que mi corazon no abrigaba
" falsía, sin dificultad me perdones...."

"Con el alma destrozada de pena, comprimí contra mi seno el rostro de mi dueño: "¡que te " perdone yo, me dices, esclamé, ángel de bon- " dad y de pureza!.... y embargáronme la voz " los sollozos."

"Tan luego como se exhaló la palabra *perdon* de mis lábios, revelóse la gratitud en el semblante de María; entonces volvió á dejar caer la cabeza sobre su lecho, como si todos sus votos quedasen cumplidos. Noté que sus fuerzas morales y físicas declinaban con una rapidez espantosa.... Era media noche.... tomaba mayor y mayor incremento la calentura.... María cayó en un horroroso delirio.

"En aquellos momentos estaba la tempestad en su mayor fúria.... retumbaba en los aires el

rayo, un impetuoso viento tenia en incesante conmocion á la selva, y los torrentes de agua que arrojaba el cielo caian con violencia tal, que nuestra mísera morada podia apenas resistirlos.

¡Oh Dios mio! vos solo sabeis cuáles fueron mis angustias durante aquella aciaga noche, cuando destituido de todo auxilio, abandonado á mi desesperacion y á mi desdicha, me hallé solo, al frente de un sér adorado, presenciando males á los cuales no podia prestar ningun alivio, y un delirio que estaba á punto de alterarme á mí mismo el juicio..... solo, en el seno de una solitaria selva, en medio de las tinieblas de una horrible noche, entregado á terrores que tanto el cielo como la tierra me inspiraban, colocado entre un sér inocente de cuya agonía era testigo, y el justiciero Dios de quien oia las fulminantes iras; ¡con la tempestad sobre mi cabeza y tambien en mi corazon!..... Conmovido dolorosamente hasta lo mas recóndito del alma por los lastimeros ayes de María, anonadado por el incesante y terrífico rumor del trueno, y temiendo, en fin, que todos los poderes divinos é infernales se hubiesen coludido contra un solo hombre, arrodillándome con las manos juntas al frente de mi amada, y dirigiendo succesivamente mis ojos hácia su rostro demudado y lívido, y levantándolas al cielo, púseme á orar con fervor.... Los relámpagos que aparecian en el seno de aquella pavorosa noche, iluminaban aquel imponente espectáculo.... Hallábame enagenado en un éxtasis de terror silencioso, vacilando entre una desesperacion instintiva y una esperanza religiosa, cuando María, dirigiendo hácia mí sus ojos:

"Amigo mio, díjome en un momento lucido, último fulgor de una inteligencia que estaba á punto de estinguirse, "¡estás orando por mí!.... ¡Oh! ¡cuántas gracias te tributo!.... ¡mira cuán " airado está el cielo!.... ¡Dios mio! ¡¡¡luego soy " muy culpable!!!"

"A este rayo pasagero de razon sucedióse una crísis mas fuerte todavía que la primera; una violenta agitacion se apoderó de sus sentidos.... pronunciaba palabras sin conexion, frases interrumpidas por suspiros.... las palabras *raza maldita, descendencia infame, hado implacable*, se exhalaban á cada paso de sus lábios; en fin, repitió dos veces mi nombre, y aunque deliraba, lloró. Ya despues nada dijo.

"Bien conocí que habia llegado á la hija de Nelson su postrer momento; la naturaleza misma cuyas grandes crísis revelan algunas veces los misterios del porvenir, parecia anunciarme que se iba á consumar el sacrificio; la tempestad habia ido siguiendo todos los progresos de la agonía.... En aquel instante llenóse la selva de terríficos estallidos; las detonaciones del rayo incesantemente agitaban los écos cuyas innumerables voces puestas en accion en medio de aquellas recóndítas soledades, multiplicaban hasta el infinito los horrísonos testimonios de las iras del cielo; los corpulentos pinos, los añosos robles, crugian, venian por tierra con estrépito, desgarrados, abrasados por el rayo, arrancados de raiz por el soplo furioso de los vientos; desprendíanse del tenebroso firmamento mil y mil relucientes relámpagos, que difundian por todo

aquel dilatado páramo la aterradora claridad que produjese un universal incendio; y entre tanto, por entre aquella atmósfera de fuego, rodaban tumultuosamente, desde lo alto de las colinas á los valles, los torrentes de agua que arrojaban las nubes, agregando de aquel modo los estragos de un diluvio á los horrores de un incendio.

" A todos aquellos estallidos del rayo, á todo aquel bullicio de los ecos y de los torrentes, siguióse el silencio, silencio mas terrífico todavía que el rumor de la tempestad y los ayes que arrancan los males; porque cuando el dolor hace gemir, todavía se conserva esperanza. . . . y reinaba el mayor silencio en derredor de mí, tanto dentro de mi mansion como fuera de ella.

"Al llegar aquí anudósele la voz en la garganta á Ludovico. Rato hacia que se esforzaba en contener sus lágrimas; pero en aquel momento empezáronle á correr con abundancia. Púsose á llorar con él el viagero; habíale conmovido su relato.

"Despues de una pausa, hubo de continuar en estos términos Ludovico:

"No pretenderé describiros el horror de la situacion en que me hallaba, porque hay pesares que llenan completamente el corazon humano y no se encuentran palabras con que espresarlos.

"Mientras dura una crisis terrible, parece sostenerse el vigor moral del que lucha con la violencia misma del ataque. En medio del espantoso rumor de un cielo enojado, en medio del

terror que infunde una naturaleza en dosórden, y aun en medio de la revolucion de los elementos, el hombre, sin embargo de su pequeñez, no se demuda; osténtase erguido, y conserva toda su grandeza por medio de su pensamiento y su fuerza, en virtud de su voluntad. Una voz interior, que es la de la virtud, le dice que nació para luchar con las borrascas; pero cuando el rayo, despues de haber herido se aplaca... cuando de dos séres que se habian retirado al desierto, para poder libremente amarse, llega el uno á faltar al otro; cuando una de dos almas que amor estrechamente uniera, se ha elevado al cielo.... ¡Oh! entonces el desventurado que se queda solo en la tierra, con el corazon mutilado, privado de aquella parte de sí mismo que constituia su fortaleza y su alegría, tanto en los dias venturosos como en los infaustos, cae en una miseria tan próxima á la nada, que merece lástima. En los primeros momentos de mi desgracia, la misma inmensidad de ella inspiróme una especie de contento. Aquel absoluto abandono en que me hallaba sumergido, al paso que hacia mi situacion mas horrorosa, evitábame aquel acto que tanto molesta al dolor y que consiste en el consuelo humano. Cuando un infortunio es estremo, debe el hombre llevarlo solo; es demasiado intensa la pena para que otra alma estraña á ella pueda en toda su estension sentirla. Todo lo que en aquellos instantes nos puede tributar la amistad mas tierna, se reduce á palabras de interes y á unas cuantas lágrimas; este remedio es bastante eficaz para ali-

viar los pesares comunes; ¿pero exigireis de un amigo que se desgarre las entrañas?

"Sin embargo, en los momentos en que me felicitaba del aislamiento en que vivia, pues de aquel modo no tendria quien presenciase mis padecimientos, fué cuando conocí toda la flaqueza del hombre.

"Es nuestra naturaleza tan mísera, que el desventurado á quien ocultamente halaga la contemplacion de su desdicha, no puede por mucho tiempo soportar la inmensidad del dolor mas grato.

"Despues de haberme entregado á rienda suelta á mi solitaria congoja, caí en tan estremo anonadamiento, que empecé á ver con sentimiento mi separacion de los hombres.

"Pero aquella sociedad de la cual huyera, no podia escuchar mis lamentos. Gemia, y ningun compasivo acento me consolaba. Vacilaba, y ninguna mano amiga se me tendia para sostener mi flaqueza.... entonces no habia mas que apurar á grandes tragos, hasta el hastío, el cáliz de la desesperacion y de la amargura.... y entonces, ante aquel sér idolatrado cuyo corazon palpitara de amor poco antes, y que á la sazon contemplaba exánime, revelóse á mí la muerte con todo su horror, con todos sus terribles misterios. A fuerza de mirar aquel adorado semblante donde en vano intentaba descubrir movimiento, turbábaseme la vista y estraviábaseme la razon; todos los accidentes de aquella malhadada noche se reproducen en mi memoria, mil fantasmas se me aparecen.... figúraseme escuchar

los lastimeros ayes de María. . . . creo oirla quejarse y le respondo: ¡Caro bien mio, aquí estoy! tu amigo es el que está contigo. . . . Pero sus facciones están inmóviles. . . sobre sus labios pálidos, tan flexibles poco há, busco un soplo de vida. . . el hielo de la muerte es el único que encuentro en ellos. . .

"Entonces parecióme que oia agitarse en derredor de mí los ecos de mil acentos fúnebres, los estallidos de la tempestad, los rumores de un voraz incendio y los silvidos de una multitud de sierpes. Sentí en el fondo de mi corazon como un hierro caliente que lo laceraba, y que dentro de la herida mil y mil veces se agitaban. . . . anonado por el espanto y el dolor, sentí que me flaqueaban las rodillas, y caí por tierra.

"Ignoro cuánto tiempo permanecí inmóvil, fuera de sentido.

"El dia que se siguió á tan aciaga noche, vínome á arrancar una compasiva mano, de mi letargo. . . era la de Nelson. . . al entrar á la choza creyó encontrarse con dos cadáveres. ¡Ah! ¡Ojalá no hubiese sido su creencia sino una ilusion de sus ojos! ¡¡Ojalá no hubiese reanimado en mí un resto de vida que estaba á punto de estinguirse á esfuerzos de la pena!!

"Entró Nelson á la choza seguido del canadiano á quien nuestra morada pertenecia, y que, el dia mismo de nuestra llegada, emprendiera hácia el fuerte Gratiot la espedicion que tenemos dicha. No habiendo podido el bajel que condujese á Nelson y á los Cheroquíes, navegar contra la rápida corriente que ordinariamente hay al

frente de aquella fortaleza, allí detúvose; y como la natural fuerza del rio se hubiese aumentado á la sazon con motivo á los desyelos, resolvióse la embarcacion á esperar por espacio de algunos dias á que se presentase un momento propicio. El lugar donde operaran los indígenas su desembarco, era precisamente el mismo hácia el cual se dirigiera el canadiano de Saginaw, quien habiéndose dado con Nelson, refirióle mi llegada al yermo, acompañado de María. Impuesto de la crítica posicion que guardábamos, rogó al canadiano que le condujese á donde estábamos; y sea porque la acomulacion de indígenas á las inmediaciones del fuerte Gratiot hubiese espantado á nuestro huésped su cacería, sea que se hubiese conmovido el cazador en vista de los ruegos de Nelson; el hecho es que condescendió en volverse; y despues de cinco dias con sus noches, de una marcha consecutiva por entre la selva y las praderas, llegaron á aquella mísera morada para presenciar la última lastimera escena de una catástrofe espantosa.

"Al principio tributé al Todopoderoso las gracias por haberme enviado un mortal que sirviese de apoyo á mi flaqueza.... pero no tardé en convencerme de que para consolar al desgraciado, no basta sentir la misma pérdida que él lamenta, sino que es preciso que el consolador tenga desgarradas por igual tormento las entrañas.

"Nelson recibió un terrible golpe al contemplar cuán inmenso era nuestro infortunio; pero su estoicismo subrepúsose á su desdicha. Jamás

habría creido yo que la razon llegase á dominar en el corazon hasta aquel grado, ni que se pudiese manifestar tanta frialdad en medio de una positiva pena.... solo ví desprenderse unas cuantas lágrimas de sus ojos.... y á breve tuve que entregarme, solo, á mi sentimiento....

"No tengo palabras con que espresaros las escenas de duelo y de desolacion de que fué teatro aquel desierto, cuando llegó el momento de confiar á la tierra los restos mortales de mi prenda.

"¿Observais aquella cabaña que se encuentra á corta distancia de la mansion, en la cual os recibiera?.... Cuando el otro dia íbais á traspasar sus umbrales, os acordareis de que os contuve... admirábais lo elegante de su estrechura y sus agraciadas proporciones, y me dijísteis que en ella se podria vivir venturoso al lado de un objeto amado; ¡oh! ¡tambien yo creí gozar de igual ventura! esa fué la morada que con tanto esmero preparara, la mansion que debió haber ocupado María; su techo debió haber cubierto con su sombra nuestros puros y misteriosos goces..... pero no habiendo querido el cielo que tuviesen logro mis designios y que se encerrase nuestra felicidad dentro de ese asilo, transformélo en sepulcro....

"Cuando transportamos á ese sitio aquellos idolatrados restos, fuéme necesario pasar por nuevas congojas y mayores ternuras.... Acabé de apurar el cáliz de amargura hasta las heces.... Ví á la tierra irse tragando progresivamente á su presa, y cuando el objeto de mi pasion desapa-

reció completamente de mi vista, parecióme que mi alma se sumergia en una soledad todavía mas completa. ¡Estremo de la desdicha humana! ¡una vida llena de pasiones y de borrascas, sin descansar siquiera un dia, ha de ir á parar al sepulcro! ¿Será éste el único destino que se haya reservado al hombre? ¡¡Prosterném̃e con el rostro en tierra, como si debiese padecer menores tormentos mi corazon mientras mas me acercaba á la tumba!! y meditaba en que aquella tumba contenia á una celestial criatura, que la víspera por mí solo respirara, y que hoy habia desaparecido de la tierra.... ¡Y entonces adoré á Dios, arrodillado sobre la nada!

"Desde aquel momento tomó orígen un culto que de dia en dia he tributado á mi adorado en el asilo que á mi dolor he consagrado. "¡Oh " caro bien mio! esclamé cuando hube terminado " mis oraciones á la tumba, ¡no tardaré en reu- " nirme á tí en esa tu fúnebre morada! lo preveo " por el vacío que en mi alma siento, porque ya " ninguna de las condiciones de la humanidad " poseo; en breve iré á reunirme con vosotras, " almas caras de las cuales no puede estar sepa- " rada la mía; María, ángel de mis dias, sin quien " ya no me queda en la tierra sino desdicha; y tú, " Jorge, el mas caro de mis amigos, el mas no- " ble de los hombres, el mas tierno de los her- " manos, que fiel hasta exhalar el postrer alien- ' to, á los deberes de una amistad heróica, te " arrojaste antes que tu hermana á las misterio- " sas regiones donde en este instante os encon- " trais reunidos.... ¡Ah! no lloreis mi ausencia....

"pues no tardaré en estar con vosotros. La " muerte cruel pudo separar nuestros cuerpos; " pero uniránse nuestras almas con vínculos que " jamas se destruyen."

"En estos términos hablaba, cuando observé que otra nueva impresion de dolor se revelaba en el semblante de Nelson.... "¿Qué es lo que " estais diciendo?.... esclamó.... ¡¡Jorge, mi hi- " jo idolatrado!! ¡Gran Dios! ¡ Conque es com- " pleto el sacrificio!...."

"Habíame estraviado la pena. Hice á Nelson una plena revelacion de lo acaecido, sin que me afligiese la indiscrecion á que la desesperacion me impelia; y en efecto, era oportuno aquel momento para dar á conocer al padre de Jorge cuánta era la inmensidad de su desdicha. Su incesante oracion y los continuos golpes del destino habian divinizado su alma, y el hombre religioso es siempre fuerte. Cuando el pensamiento se desprende de la tierra y se dirige al Sér Supremo, transfórmase en potente columna que sirve de apoyo aun al mas débil....

"La frente del presbiteriano permaneció inclinada por un instante, como si estuviese agobiada por aquel tan tremendo golpe, y creí que era llegada la primera vez de su vida en que sus fuerzas morales sucumbiesen bajo el peso del infortunio... Pero volvió á levantar su cabeza, y notáronsele dos lágrimas que le rodaban como sorprendidas de haber podido escapársele de los ojos. Puse entonces en sus manos la carta de Jorge. Leyóla, y desde aquel dia la he vuelto á leer tantas y tantas veces, que me acuerdo pun-

so por punto de los términos en que estaba concebida.

"Padre mio, decia Jorge, "si llega á vuestro " poder esta carta, por ella sabrás que ya no " existo. No os contristeis... voy á tener una " muerte digna de voz y de mí mismo. No soy " tan cobarde que me proponga atentar á mi " vida. Voy á tener la gloria de lidiar con nues- " tros opresores... Bien sé, padre mio, el jui- " cio que formarán de mí los hombres, si llega " mi nombre á sobrevivir en su pensamiento... " Me denominarán faccioso y rebelde... me han " perseguido durante mi vida; me difamarán des- " pues de mi muerte... pero su opinion, sea cual " fuere, no envilecerá mi alma.... Ignoro si tie- " ne mi sangre alguna mancha; pero sí estoy " cierto de que mi corazon es inmaculado... " Compareceré ante el tribunal de Dios sin abri- " gar temor alguno... He tomado una funesta " resolucion; que me colma de regocijo: he de " vencer á mis enemigos, ó no sobreviviré á nues- " tra derrota. ¡Ay! poca esperanza tengo de un " buen éxito; el odio que existe entre nuestros " enemigos y nosotros, es irreconciliable: una " voz interior me dice que no cesará esta antipa- " tía sino con el esterminio de una de ambas ra- " zas, y no sé qué presentimiento mas triste to- " davía, me anuncia que será fatal para nosotros " esta lucha..... El funesto resultado que preveo " no me arredra. Ignoro cuáles sean los desig- " nios del Ser Supremo; pero sé que debo cum- " plir con los deberes cuyo orígen reside en mí " mismo, y la conciencia me dice que siempre es

" grato sacrificar la vida en defensa de una cau-
" sa santa... Y sin embargo, ¿me atreveré á
" confesarlo, padre mio? Siento un acerbo dolor
" en el alma; tengo una tristeza que no provie-
" ne de mí mismo, ni tampoco del temor de afli-
" giros... porque sé cuánta es vuestra fortale-
" za, la cual no permitirá que os entregueis por
" mucho tiempo al pesar que origine un sacri-
" ficio que me hace mas digno de vuestro cari-
" ño. ¡Infúndeme esta tristeza mi hermana! ¡mi
" amada María! ¡Ah, cuanto me destroza el al-
" ma la idea de que no he de volver á verla!
" ¡cuán infortunada va á sér cuando sepa que ha
" cesado de existir su Jorge!.. ¡Ah! ¡procurad
" que se conserve el mayor tiempo posible en
" duda sobre el fin que me ha deparado el des-
" tino! El cielo me es testigo de que, en la es-
" tremidad en que me hallo, ella es la única perso-
" na cuya memoria me trastorna el juicio... No
" puedo creer, que cuando yo no exista, conti-
" núe morando en una tierra que ya no habito....
" ¡Ah! séame lícito dirigir algunas palabras al
" generoso francés que la amaba.... ¡Ludovi-
" co, oh amigo mio, escuchad el acento de un
" hombre que está para exhalar su postrer alien-
" to! María, de entre todas las criaturas que el
" Supremo Hacedor formara, es la mas sensi-
" ble, la mas pura, la mas digna de inspirar ca-
" riño.... ¡Os ama con ternura, Ludovico!...
" ¡Por favor, no vayais á desgarrar su alma!
" ¡¡Ved que es muy débil!! cree facilmente en la
" ventura, y solo la sustenta la esperanza; no se
" aparta un punto de su imaginacion el recuer-

" do de las desdichas de nuestra madre. ¡Ah! " un pesar profundo daria fin infaliblemente con " su vida."

"Esta carta aumentó mi dolor y presentó un elemento mas que acreciese el copioso manantial de mis lágrimas. Nelson se conservó por largo rato inclinando sus ojos á tierra, y despues, elevándolos al cielo: "¡Oh Dios mio! dijo con grave y conmovido acento, "¡Oh Señor, que " para probarme me habeis enviado las desdi- " chas mas crueles que puedan destrozar el co- " razon de un padre; me resigno á vuestros om- " nipotentes decretos! grande, Señor, es mi in- " fortunio; pero no me quejaré de vuestra pro- " videncia, porque sois justo aun cuando sois se- " vero. Acepto vuestros rigores como expia- " ciones de mis culpas, y para aplacar vuestro " enojo procuraré emplearme en obras que juz- " gue dignas de ofreceros."

"Y en aquel momento oyóse cierto rumor por de fuera de la cabaña; salí, eran los indígenas Cheroquíes prendidos por Mogawtan, que se mostraba á su cabeza. "Veniamos," díjome este, " á saber si la borrasca de ayer ha ocasionado " algun estrago en vuestra nueva choza, y á " ayudaros á trasladar á la hija de Nelson á " ella.

"¡La hija de Nelson!" esclamé con desespera- " cion; ¡¡en ella descansa!!" y vióme deshacerme en copioso llanto. A poco presentóse Nelson. Conocióle desde luego Mohawtan, y aquellos dos amigos se estrecharon. El indígena, al comprimir su pecho contra el corazon de Nelson,

sintiólo latir en fuerza del dolor paterno; recorrio con su vista la cabaña, y observó la tarea fúnebre que hacia poco desempeñaramos.

"Entre tanto, una terrible lucha estaba en vísperas de empeñarse entre los Cheroquíes y los Otawas. El homicidio cometido por Mohawtan clamaba venganza, y servia al mismo tiempo de plausible pretesto á los Otawas para arrojar de sus terrenos á una tribu cuya presencia les molestaba. Díjonos Mohawtan: "¿Queréis lidiar por nuestra causa?" Nada contesté por mi parte, porque todo me era indiferente. Pero Nelson, que no habia perdido de vista el grande objeto religioso que le trajera á aquellas soledades: "Nó, dijo, no tomaré parte en una contien-
" da injusta. Soy, Mohawtan, amigo vuestro;
" ¿pero por qué habré de convertirme en enemi-
" go de los Otawas? ¿Quéreis que les repruebe
" que emprendan la defensa de su patria, ó que
" deseen vengar la sangre que vertísteis?.....
" La mision con la cual debo cumplir sobre la
" tierra, es mas noble, mas pura..... Si el cie-
" lo se muestra propicio á mis preces, y permi-
" te que sean fructuosos mis esfuerzos, no llega-
" rán á tener logro esas amenazas de guerra y
" estermio.....

"Tengo que cumplir con un gran deber," añadió, volviéndose á mí; "es preciso que sofoque
" mi pena.... Amigo mio, rara vez se presen-
" ta la ocasion de ejercer un acto benéfico; una
" buena accion, es el mas seguro consuelo que
" pueda encontrar el infortunio.... Con facili-
" dad desempeñaré mi tarea si logro que hagan

" eco en el corazon de estos salvajes unas " cuantas palabras de una religion apacible..."

"Nelson siguió á Mohawtan y á los indígenas. Dirigiéronse todos á un lugar que distaria sobre tres millas, donde se habian reunido para deliberar los Cheroquíes.

"No quise acompañar á Nelson.... Observé que existia un secreto instinto en su alma, que le hacia propender á luchar con el destino, mas bien que á curar las heridas del alma.

"De suerte que, á pesar de la venida del padre de María, poco tardé en quedarme solo.

"En aquellos momentos, lo confieso, cuando reflexioné sobre las desdichas que sobre mí se acumularan, sobre los pesares que me cercaban, vínnseme á la idea dudar de todo, menos de la humana miseria.... irritéme contra la virtud, contra la religion, contra Dios mismo. Contemplaba á la mas seductora de las criaturas, á la doncella mas virtuosa y mas cándida, víctima de una preocupacion odiosa, entregada á las mas crueles persecuciones, porque el capricho del destino la hiciera proceder de una determinada descendencia; perseguida de uno en otro poblado; cubierta por do quier de menosprecio y de vilipendio; proscrita sin piedad, ella que era tan bondadosa y tan pura, por una sociedad destituida de generosidad y de grandeza, hasta que, en fin, se viera precisada á buscar asilo en un espantoso desierto, ¡¡y en él perece!!.... ¡¡Y Jorge!! ¡¡¡mi hermano Jorge!!! ¡Jorge, el único amigo que poseía, el mas noble de los mortales! ¿era digno acaso de la suerte fatal que de él me pri-

vara? ¿Habia debido resignarse cobardemente, á la degradacion que se le imponia? ¿doblegar su frente bajo una ignominiosa tiranía? ¿Debia comprar su felicidad al precio de su propio envilecimiento?.... ¡Ah! ¡era demasiado elevada su alma, para prestarse á una sumision tan oprobiosa! ¡repelió la humillacion y el menosprecio, que para una alma grande son mas pesados, que las cadenas de la servidumbre! ¡la opresion le hizo erguir la frente!.... La causa que sostenia, era la de la libertad del hombre; ¡era la causa de Dios mismo, y sin embargo, no protegió Dios sus esfuerzos! ¡Inútil fué su sacrificio!

"No existia ya Jorge, no existia ya aquel hombre magnánimo.... y sus viles tiranos continuaban traficando tranquilamente sobre su sepulcro.

"¡Destino estraño el que tocara en suerte á Jorge y á María! Esta, frágil muger, resistió firme á la furia de la borrasca, y destruyóse en la bonanza, al paso que aquel, semejante al cedro que desafia con su elevada copa á la tormenta, vino á tierra herido por el rayo....

"¿Qué providencia divina es esa que vela sobre el universo y que solo preside á iniquidades?

"Hasta la suerte de esos indígenas arrojados de su anciana patria, y á quienes veia reducidos á esterminarse unos á otros por disputarse algunas miserables porciones del territorio americano, me presentaban materia para prorrumpir en imprecaciones.

"¡Por qué se ha de ejercer esa destruccion impía contra una desventurada raza! Los indíge-

nas son sencillos y débiles; los americanos hábiles y fuertes. Pero el saber no constituye rectitud, ni la fuerza justicia.... ¿De dónde, pues, procede ese triunfo que contemplamos de la astucia sobre el candor, del fuerte sobre el débil? Si el Supremo Criador del mundo arroja de vez en cuando una mirada sobre su obra, ¿no será para lidiar en favor del justo y restablecer por medio de su omnipotencia el equilibrio que la violencia y la maldad incesantemente interrumpen? ¡¡Y sin embargo, sucumben los buenos en la lucha!! ¡Tal es el destino de esos desdichados indígenas, á quienes impele á este desierto la rapacidad americana!.... ¡¡A este desierto, asilo de tantos inmerecidos infortunios, donde en una singular mezcolanza se ven reunidos el europeo á quien espatriaron sus pasiones, el africano á quien las preocupaciones de la sociedad arrojaran de ella, y el indígena que huye ante una civilizacion despiadada!!

"Y yo mismo, ¿en qué manera he merecido que me mire tan airado el cielo? ¡Yo era bueno! ¡oh! ¡abundaba en amor hácia mis semejantes!.... ¡¡y dos mundos he recorrido sin haber podido disfrutar de un solo instante de ventura!! ¡por todas partes ví hombres dichosos, que solo me inspiraban desden por la pequeñez de sus almas! ¡¡¡Y yo no he podido encontrar sino un fatal destino, que no ha hecho mas que presentarme mil y mil halagüeñas ilusiones; que me ha sugerido mil y mil quiméricos proyectos; que se ha burlado de mi desdicha, hasta un dia en que, para cúmulo de crueldad, despues de haberme conducido á

este páramo, desaparece y me deja sin mas compañía que un sepulcro!!!

Habiendo penetrado la desesperacion en mi alma, presentóse á mi imaginacion la idea del suicidio, y acogila como unico remedio a mi desgracia.... Hice los preparativos para mi muerte, entregado á una especie de exaltacion moral; á la misma que en otro tiempo se apoderara de mi sér cuando formaba ensueños de ventura. Dejé escrita á Nelson una carta, en la cual le rogaba que sepultase mi cuerpo con el de María, y dominado por mi fatal resolucion, arrojeme fuera de la cabaña....

—"¡Amado amo mio!" esclamó Ovasco saltandome al cuello.—Esto acontecia la noche del cuarto dia de su marcha. El leal sirviente habia venido con toda la posible presteza. Un anciano, agobiado por los años, y que conocí ser un sacerdote por el trage, le acompañaba.

"La aparicion de Ovasco y la del desconocido que con él venia, me fué molesta, porque se oponia á la ejecucion del designio que formara, y mi alma no podia dejar pendiente aquel proyecto. Dije, dirigiéndome á Ovasco:—"Todo es ya "inútil;" y al sacerdote: ¡¡No son ya necesarios "vuestros auxilios!!".... "Comprendiéronme ambos; Ovasco se dejó arrastrar por la mas vehemente pena, y el anciano me dirigió una escrutadora mirada; y sin duda conoció mi trastorno y leyó en lo mas íntimo de mi corazon la desesperacion que me dominaba, porque me dijo con semblante afable: "Amigo mio, muy distante estoy del poblado; servios darme hospita-

" dad por esta noche." Y en seguida añadió en voz baja y como si hablase consigo mismo: "No " me apartaré de este asilo, porque en él indu- " dablemente hay pasiones...." "Al pronunciar estas palabras arrodillóse y oró.

"Entre tanto, Ovasco, no sabiendo que habia yo fijado ya un término á mis males, se puso, con la intencion de disipar mi pena, á referirme los incidentes de su viage. Habiendo llegado á Detroit, presentóse en la casa del único médico que en aquella poblacion hubiese; pero luego que éste se hubo impuesto del distante lugar al cual debia ir á prestar sus auxilios, procuró obtener el mayor lucro posible de sus servicios, y pidió por ellos tan elevado precio, exigiendo al mismo tiempo fianza, que no pudo Ovasco admitirlos.

"En aquella época existia en Detroit un sacerdote católico llamado Ricardo; era francés, y habia sido condenado á espatriacion en 1793, en aquellos tiempos en que, para salvar á la civilizacion, se veian proscritas la religion y la virtud. Habíase trasladado á los Estados-Unidos jóven, y habia llegado á la ancianidad en su destierro; no habia quien no elogiase su discrecion, su inmenso saber y su caridad. A todos inspiraba afectos de veneracion y de aprecio; y la poblacion del Michigan, las tres cuartas partes de la cual se compone de protestantes, le habia nombrado, algunos años antes, su representante en el congreso (19). Guiado á su mansion por su notoria fama, preséntasele Ovasco é invoca su auxilio de igual modo que lo impetramos de una potencia sobrehumana.... El benéfico anciano

agita su cabeza agobiada por los años, y dice: "¡Infortunados! ¡cuán lejos están! corramos pre- " cipitadamente á salvarlos.... Tengo, añadió, " algunos conocimientos en medicina.... con fre- " cuencia se me consulta en estas incultas regio- " nes, donde los secretos del arte casi en lo ab- " soluto se ignoran.... ademas, cuando no acierto " á curar el cuerpo, suelo sanar las heridas del alma."

"A esta relacion que me hizo Ovasco, sentí mi corazon conmoverse.... no pude pensar sin remordimiento en la indiferencia con que habia acogido al buen anciano.

"Perdonadme, dije adelantándome con direccion á él; "¡pero ya veis cuánta es mi desdicha!...." y precipitéme á sus brazos. Sentí una fuerte emocion de respeto y admiracion al tocar aquel cano cabello que aparecia mas imponente de lo que en sí era, en el seno de las soledades. "Y " será posible, esclamé, ¡será posible que á pesar " del peso de los años os halleis habitando estos " yermos!"

—"Amigo mio, díjome con un acento lleno de sencillez el sacerdote, ¿no os trasladásteis vos " tambien con satisfaccion á ellos?"

Guardé un melancólico silencio.

—"Una pasion noble, continuó diciendo el anciano, un amor puro os condujeron hácia este " solitario asilo.... amigo mio, el amor es tam- " bien el que á vos me ha guiado: sí, el amor, " orígen de toda virtud, principio de toda accion " benéfica.... ¡Oh! añadió, comprendo la inmen- " sidad de vuestro infortunio al saber que habeis

" perdido á la que amábais.... Si por estas co-
" sas juzgáseis que tengo mas fortaleza que vos,
" mucho os engañaríais.... tan débil como vos me
" manifestaria ante la desgracia. Creo que se
" me desgarraria el corazon si llegase vez en
" que no me fuese permitido amar á Dios y ha-
" cer bien á mis semejantes.... Ya veis que lo
" único en que os aventaje es en que el objeto
" de mis afectos es imperecedero.

"El acento del anciano era tierno, y al mismo tiempo persuasivo.... Paréceme que el lenguaje del católico y el protestante tienen la misma diferencia entre sí que la que hay entre el corazon y el frio raciocinio. Cuando hubo hablado descubríle en toda su desnudez mi alma; escuchóme con atencion y lástima. Pero cuando le revelé el proyecto que habia formado de acabar yo mismo con mis dias, ví brillar en sus ojos una súbita llama. "¿Pero quiero, habíale dicho,
" continuar sustentando el peso de una existen-
" cia infeliz y angustiada? ¿De qué sirvo sobre
" la tierra? . . ."

—"¡Desventurado! esclamó en un esceso de virtuosa ira; "¿quién eres tú para citar ante tu
" tribunal á la Providencia?" Y el octagenario arrojaba centellas por los ojos.

"A poco siguió diciendo con afabilidad: "Ami-
" go mio, sois mi hermano. Veo que sois muy
" infortunado, y que estais á punto de cometer
" un enorme crímen, y no me apartaré de vues-
" tro lado. . . ."

"Aquel santo anciano supo enseñorearse de mi alma. Referíle la historia de mis desdichas,

comuniquéle los ensueños que en mi infancia formara, los quiméricos proyectos que en mis juveniles años hiciera, y las ilusiones que abrigara en mi mente en todas las diversas épocas de mi vida. La relacion de mis desgracias hizo en él una sensacion fuerte.... Escuchóme silencioso, y parecióme que se entregaba á una meditacion profunda; transcurrióse un dia, y durante él no cesó de manifestarme el interés mas afectuoso; logró ir gradualmente calmando los desenfrenados ímpetus de mi alma; y luego que me juzgó capaz de prestar oido á la razon, dirigióse á mí en estos términos:

"Habeis cometido, hijo mio, enormes faltas, y
" ese infortunio que nos persigue es la expia-
" cion de vuestros errores. Os ha herido sin
" compasion la sociedad, porque habeis sido el
" mas temible de sus enemigos.

"El orgullo y la ambicion han sido los que han
" dado orígen á vuestras desdichas.

"Creísteis que habiais venido á la tierra pa-
" ra representar un papel escelso.... y en vez
" de esperar á que la Providencia os eligiese
" para llevar á cabo sus designios, inconsidera-
" damente os precipitásteis á un abismo de de-
" sesperados deseos.... Quiero creer que as-
" pirábais á elevaros sirviendo á vuestra patria;
" pero una ambicion del género de la que os do-
" mina, jamás se sacia. La miseria de todo un
" pueblo basta apenas á satisfacerla. ¡Qué! ¿de-
" berá el edificio social á cada paso desplomar-
" se, para que tengan los ánimos audaces y po-
" tentes que lo reedifiquen, motivos de adquirir
" esplendor y gloria?...

"Rara vez acontece que las pasiones ambicio-
" sas se dediquen á estirpar de las sociedades,
" los males de que positivamente adolecen.....
" Abundan glorias eminentes.... glorias inmacu-
" ladas son las que faltan.

"La historia nos ha transmitido los nombres
" afamados de todos aquellos que, reyes ó dés-
" potas, guerreros ó legisladores, han conmovi-
" do succesivamente, por espacio de cincuenta
" siglos, el globo.... ¿pero cuántos nombres nos
" presenta que sean eminentes y puros como el
" santo, como el inmortal nombre de Washing-
" ton?

"Desechad de vos, hijo mio, ese vuestro ince-
" sante desasosiego.... los sentimientos que lo
" producen no carecen de elevacion; pero tam-
" bien contienen un escesivo orgullo.... No son
" los mas útiles á la sociedad, aquellos hombres
" que consuman esos grandes actos que ideá-
" bais.... Los acontecimientos importantes se
" operan con arreglo á los designios del Ser Su-
" premo, y no por obra de los hombres.... y los
" hombres que en ellos toman parte, mas bien
" obran por adquirir celebridad, que porque les
" anime el amor patrio.

"La senda que se proponen recorrer, está lle-
" na de escollos....

"El pobre labrador, que no ambiciona mas que
" tener una ópima cosecha, hace poco bien, es
" cierto, pero tampoco se halla en la posibilidad
" de hacer mal; su horizonte no se dilata mas
" allá del estremo del surco, que con su arado
forma.

" Cuando las vastas pasiones de Mirabeau se " arrojan á la liza política, ¿ qué dique habrá " que pueda contenerlas? ¿ qué gloria bastará pa- " ra saciar aquel coloso hambriento de esplen- " dor y de fama?

"En cuanto á la celebridad literaria que am- " bicionábais, ¡cuán pocos son los ingenios que " gozan, en las letras, de una gloria digna de " desearse! ¡Decidme si no es mucho mejor " morir ignorado del mundo, que haber escri- " to esas páginas impías en que se burla Biron " de la humanidad y en que escarnece al Ser " Supremo!

"Tambien es el orgullo el que nos estravía, " cuando nos induce á buscar en este mundo " una felicidad quimérica; dirigimos una mirada " de desden á todo aquel que se contenta con la " condicion modesta que le ha deparado el des- " tino; juzgamos que es suficiente aquello para " su ambicion limitada; pero para nosotros mis- " mos alimentamos vastos deseos....

" Y sin embargo, hijo mio, ¡cuán pequeña es " la diferencia que existe entre la felicidad de " un hombre y la de otro hombre!

"¿Dónde está el sér que por grande que sea " su indigencia, no haya encontrado, durante su " vida, un pedazo de pan que le alimente, una " muger que le ame, un Dios que preste oido á " sus preces? Y sin embargo, en esto se cifra to- " da la existencia del hombre.

"Los males que se padecen en la tierra, pro- " vienen de que se quiere contener dentro del

" corazon, una dósis de felicidad mayor de la
" que en él cabe.

"Otro movimiento del orgullo es aquel que,
" haciéndonos concebir quiméricos designios, nos
" induce á desviarnos con desden, del sendero
" que todos los demas recorren para llegar á la
" ventura.

"Tambien os confesaré, que el mundo está
" plagado de defectos; ¡está muy distante aún,
" de la perfeccion, á la cual le hará llegar la ley
" de Cristo!

"Bien sé que una alma ardiente, impetuosa,
" no encuentra en la sociedad sino obstáculos y
" tropiezos; pero desengañaos, amigo mio; esas
" trabas que paralizan vuestros impulsos, esas
" cadenas que os agobian, son soportables y lle-
" vaderas para la muchedumbre.... la mayor
" parte de los hombres no siente ese noble ar-
" dimiento que os anima, ni esos sublimes rap-
" tos de entusiasmo; la condicion de la generali-
" dad es la mediania, y la sociedad forma leyes
" con el fin de ponerse á cubierto de los males
" que suele ocasionarla esa sed de gloria y de
" los esplendores del ingenio, que deslumbran su
" vista y la molestan....

"Por otra parte, esos vehementes impulsos
" del ánimo, esos raptos, ese entusiasmo, ¿son
" por ventura duraderos en los mismos séres de
" que proceden?.... Permitidme que os diga,
" amado niño, que hasta esa felicidad inmensa
" de que esperábais disfrutar en este páramo,
" con el digno objeto de vuestros desvelos, era
una ilusion de vuestra mente, y quizá la mas
uel de cuantas jamás tuvísteis....

"En la edad en que dominan las ardientes pa-
" siones sobre nosotros, la vida de dos séres que
" se aman, vuélvese toda amistad, ternura, des-
" prendimiento, cambio recíproco de generosos
" sentimientos.... entonces, las únicas riquezas
" que se prodigan, son aquellas que encierra el
" alma.... Dos séres que se hacen una mútua
" cesion de esos tesoros del corazon, de ningun
" bien carecen, de ningun mortal necesitan; go-
" zan de una felicidad que tiene su orígen en sí
" propios, y de nada ni al mundo, ni á la fortu-
" na, son deudores.

"Pero la época de esta ardiente fiebre de la
" mente de esta existencia espiritual del alma,
" es muy efímera. Es una hora fugaz de encan-
" to que tenemos en el dia inmenso de la vida...
" Y cuando se ha transcurrido esta hora, las pa-
" siones del hombre, semejantes á las aguas del
" Océano despues de la borrasca, vuelven á to-
" mar su nivel.... Las grandes ideas que an-
" tes exaltaran su ánimo, los sentimientos que
" hacian que su corazon con fuerza se agitase,
" no se reproducen ya en su imaginacion sino
" como imágenes brillantes ó como agradables
" recuerdos.... Ahí le tenemos vuelto á los há-
" bitos y á las exigencias de la existencia posi-
" tiva.

"¡Mas ay! ¿me atreveré á decirlo? Acontece
" á veces que los séres mas afectuosos pierdan,
" con los años, una parte de su benevolencia. No
" parece sino que el alma se endurece como su-
" cede con el cuerpo, y que con la ancianidad
" todo se agota, ¡¡hasta el manantial de aque-

" amor que se desprende de un corazon benéfico
" á torrentes!! La union que está fundada en ilu-
" siones, se apoya sobre una base sumamente
" frágil....

"Es enorme vuestra desdicha, querido hijo, y
" aquí me teneis penetrado de su inmensidad.
" ¡¡¡Pero decidme cuál habria sido vuestra suer-
" te si despues de haber alcanzado el fin á que
" os dirigíais con esfuerzo, hubiéseis visto des-
" vanecerse tan ansiada dicha, de igual modo qué
" se desvanecieran todos los quiméricos proyec-
" tos que durante vuestra vida formásteis!!!

"Una catástrofe terrible os ha evitado aquel
" horrible desengaño.... y maldecis á la socie-
" dad americana, cuyas preocupaciones origina-
" ron el destierro de María y la condujeron al
" sepulcro.... Esa vuestra queja es muy justa....
" Es cierto que los americanos persiguen sin
" conmiseracion á una desventurada raza. Sí,
" esa preocupacion que condena á la esclavitud
" ó á la infamia á tres millones de individuos de
" la especie humana, es indigna de un pueblo li-
" bre é ilustrado. ¿Pero debereis, á consecuen-
" cia de esos desórdenes, dirigir imprecaciones
" contra el cielo? Amigo mio, esa misma iniqui-
" dad de los hombres me bastaria para creer en
" la justicia del Ser Supremo.

"Las mismas pasiones que contra la sociedad
" os predispusieron, fueron las que fascinaron
" vuestros ojos y os hicieron ver que era un es-
" tado de perfeccion la vida salvaje.

"Mucho tiempo he vivido entre los indígenas;
ignoro quiénes eran sus progenitores; pero,

" habiendo degenerado mucho de lo que fuera
" en su condicion primitiva, en la cual quizá no
" carecieron de grandeza, los de nuestros dias
" no poseen ni las ventajas que puede prestar
" la vida inculta, ni los beneficios que la civili-
" zada presenta.

"Desprendeos de esa errónea opinion en que
" estais, sobre que el valor individual de cada
" hombre se aprecia mejor entre los salvajes
" que en los paises cultos.

"Si los pueblos que se hallan adelantados en
" la senda de la civilizacion dan á la riqueza
" demasiado influjo, tambien los pueblos salva-
" jes conceden á la fuerza física una importancia
" inmensa.

"Haciendo escepcion de algunos casos aisla-
" dos y raros, en que acontece que la medianía
" domine, todas las sociedades, tanto de Europa
" como de América, están regidas por superio-
" ridades intelectuales. Los hombres cultos con-
" sideran como una circunstancia insignificante
" la robustez del cuerpo, si no se abriga dentro
" de este cuerpo una alma grande; entre los in-
" dígenas es al contrario; de nada vale la ener-
" gía moral si no está unida al vigor físico; de
" suerte que ven con desden un corazon vasto
" cuando un cuerpo débil lo contiene.

"Por otra parte, la vida salvaje es una exis-
" tencia de egoismo.... En estas selvas, donde
" la naturaleza es tan hermosa, sofócanse sus
" mas lastimeros ayes.... El hombre enfermo,
" el mutilado, aquel que tiene estraviada la ra-
" zon, en vano solicitan de sus semejantes un

" socorro. . . . Estos escuhan con desden el ge-
" mido de esos infortunados, porque conside-
" ran que no merecen existir desde el punto en
" que perdieron el vigor físico.

"En los paises civilizados no todos los infor-
" tunios, es cierto, encuentran un apoyo; pero
" todos pueden esperarlo . . . . ¡y cuántas he-
" ridas hay que la caridad pública cicatriza! ¡cuan-
" tos dolores se mitigan ante la religion y la
" beneficencia!

"Finalmente, amigo mio, esa existencia, del
" todo material, del indígena, ¿hállase por ven-
" tura de acuerdo con el destino para el cual el
" hombre fué creado? ¿No echais de ver que
" aquel en quien la imaginacion domina al cuer-
" po, se aproxima mas á la naturaleza divina de
" que emana, de aquella suprema inteligencia
" de la cual es como un destello? . . .

"Querido hijo mio, todo se ha vuelto error y
" exageracion en vuestros juicios.

"Las primeras impresiones que produjera en
" vos la América, fueron demasiado favorables á
" ella, y de aquí procede que por conclusion la
" hayais juzgado con una severidad injusta.

"Este pueblo, que carece de un brillo que des-
" lumbre, es un gran pueblo, sin embargo; no sé
" si podrá jamas existir nacion que contenga un
" número mayor de venturosas existencias. . . .
" Nada de este pais os agrada, porque nada atrae
" vuestras miradas, porque ni tiene esplendor ni
" sombras, puntos elevados ni abismos. . . . y hé
" aquí precisamentente la razon por qué está
" bien hallada en él la mayoría.

"Quizá me inculpareis á vuestra vez, de que " tambien me entrego á bellas ilusiones; pero he " cifrado en este pueblo una esperanza de mi " anciana vida.... Cuando contemplo la multi- " tud de sectas protestantes, de que los Esta- " dos-Unidos están plagados, y las divisiones " que en ellas se introducen; la frivolidad de las " unas, y los absurdos en que están fundadas " las otras (1); cuando, por otra parte, fijo mis " ojos en el catolicismo, y observo que es eter- " namente invariable, y que se ostenta inaltera- " ble en el seno de las sociedades que varían, y " de las sectas que con rapidez se succeden, " atrayéndose incesantemente prosélitos, al pa- " so que con relacion á las demas comuniones, " aun las mas protegidas, permanecen estaciona- " rias; cuando le veo, en fin, ir adquiriendo de " dia en dia mas incremento en esta tierra de li- " bertad, á semejanza de un anciano que, des- " pues de un dilatado destierro volviese á po- " ner la planta en su patria.... no puedo menos " de creer, que la religion católica es el culto " que habrá de dominar en este pais con el tiem- " po.... y esta idea ilumina con grata luz mis " ancianos dias."

"Dijo el socerdote, y levántose. "Amigo mio, " añadió, no os quedeis en estos lugares....Ved " que al cabo llegareis á prestar oido á los fu- " nestos consejos que sugiera la soledad y la " desgracia.

(1) Véase la conclusion del tomo, la segunda parte del apéndice titulada: "Nota sobre el movimiento religioso de los Estados-Unidos."

—"Padre mio, esclamé, me habeis libertado " de cometer un enorme crímen.... pero no me " pidais que haga un sacrificio, que es superior " á mis fuerzas. Mientras corra una gota de san- " gre por mis venas, no se podrá disipar mi pe- " na. ¿Y quién querriais, si me apartase del de- " sierto, que vigilase esta cabaña, monumento " sacro de mis pesares? ¿No estais viendo que „ el americano, ávido de oro, pasa por sobre la " osamenta el arado, para fecundizar la tierra?... " ¡Ah! ¡¡no permitiré que se cometa profanacion " tamaña!!

"Viendo que me mostraba firme en la resolucion que tomara, separóse el anciano de mí, diciéndome:

"No os olvideis, hijo mio, de que á poca dis- " tancia de aquí teneis un amigo muy afectuoso; " ¡ojalá viniéseis á verme algun dia.... pero " querido hijo," añadió indicándome su cabeza cana, "ved que no debeis diferir por mucho tiem- " po vuestra visita...."

"Y dicho esto, se alejó el anciano, llevándose consigo mis bendiciones, y dejando profundas impresiones en mi alma.

"Continuaba agobiándome la desdicha; pero ya no me dominaba la impiedad, porque acababa de ver á la divinidad sobre la tierra, representada por aquel anciano venerable. Considerábame menos aislado desde que hubo descendido la religion á mi alma, y el aspecto apacible y resignado de la virtud me habia hecho cobrar aliento.

"El dia siguiente fué de bullicioso regocijo para las dos tribus indígenas que se hallaban

reunidas en estas selvas. El bajel que conducia á los Cheroquíes y que dejara al frente del fuerte Gratiot, Nelson, acababa de llegar á Saginaw, y los Otawas habian depuesto sus armas á consecuencia de los esfuerzos del padre de María. Encontrábase reunida la nacion entera de los Cheroquíes, y condescendieron los Otawas en darles asilo en sus terrenos. Celebróse un tratado de alianza, y estableciόse la armonía entre ambas tribus. Domiciliόse entre aquellos salvajes Nelson, y empleó todo el fervor de su alma para conservarlos unidos y enseñarles las verdades del cristianismo. Procuró atraerme á su lado, pero yo no quise apartarme de mi soledad ni del sepulcro de María.

EPÍLOGO.

Dijo Ludovico: mas de una vez, durante su narracion, derramó lágrimas el viagero.—¡Oh, cuánto me conmueve vuestro infortunio! dijo el solitario; ¡qué! ¿por espacio de tantos años habeis vivido solo en este yermo?

—No he morado aquí constantemente, contestó Ludovico; me he propuesto varias veces abandonarlo; ¡pero en vano.... me he visto precisado á volverme.

"A los principios, la abundancia de mis lágrimas y el esceso de mi pesar hiciéronme creer que el fin de mi vida no estaba remoto; pero desvanecióseme esta última esperanza, y ya no tuve ni fuerza para gemir ni para conservar la existencia. Entonces continué arrastrando por estos sitios una vida mísera; parecíame horriblemente eterno el tiempo, y su duracion me agobiaba, porque no tenia quien hiciese rápido su

curso; poníame á recorrer al acaso esos circunvecinos bosques, en pos de nuevos lagos, de praderas vírgenes y de ignorados rios; ocupábame en cazar animales monteses que me servian de nutrimento; y algunas veces, en medio de mis errantes incursiones, súbitamente me detenia, apoyábame contra el tronco de algun árbol y me entregaba á la meditacion horas enteras; con el silencio de la soledad acumulábanse todos mis amargos recuerdos en mi mente. Aquella contemplacion del infortunio llegaba al cabo á ofuscarme la razon, y sumergíame entonces en un absoluto desaliento. Cuando volvia en sí mi aletargada inteligencia, parecíame, al recorrer de nuevo mis desdichas, que toda mi vida no habia sido sino un terrible ensueño que tuviera.... pero volvíame á encontrar en breve al frente de una realidad espantosa. Cien veces, dia con dia, apartábame de mi choza, y otras tantas volvíame á ella trayendo conmigo mis pesares, mi fastidio y el insoportable peso de mi aislamiento.

"Entonces la idea de la sociedad se reprodujo de nuevo en mi ánimo. Desde que un golpe fatal acibarára mi existencia, habia reflexionado detenidamente en los estravíos de mi juventud, y habia echado de ver cuán descabellados habian sido mis primeros designios. En tiempos pasados habia juzgado al mundo por entre ilusiones que cual vapor se disipáran.... los ensueños que durante mis juveniles años formara mi mente, se hallaban grabados en mi memoria; pero mi razon hoy los combatia; habia llegado á conocer que para ser idóneo á la sociedad, era necesario no

ver las cosas desde el punto de vista inmenso y sin límites, en el cual, antes de entonces, me colocara; que valia mas no contemplar sino un estrecho rincon del mundo, que recorrer con los ojos su conjunto de una manera vaga y confusa; y en fin, que la inteligencia y el poder humanos tienen límites que no deben salvar, so pena de no prestar toda aquella utilidad que pudieran.

Pues me habia desprendido de aquellas ilusiones que me habian hecho estraviar la senda; ¿por qué no me decidia á volver á vivir entre los hombres? . . Ya no era dable que me engañase acerca de la dosis de felicidad de que me pudiese presentar el mundo. . . . ademas, desechaba lejos de mí la idea de aquella ventura que en tiempos atrás contemplase, y sentia dentro de mí mismo todos los impulsos que conmueven á una alma recta y pura. "Por qué," decíame para mí, "¿porqué no habré de encontrar, en mis " relaciones con mis semejantes, algo de esa di- " cha sencilla y apacible que una buena con- " ciencia proporciona? ¿No existen consoladoras " simpatías donde quiera que hay hombres vir- " tuosos?"

Hallábase en tal disposicion mi alma, que sin duda me habria vuelto á Europa si, en la época misma que me sobrevino la horrible desgracia de que os he hecho relacion, otra desdicha no menos amarga que habia acontecido en mi familia, no hubiese combatido en mi ánimo la idea de mi regreso á Francia, haciéndome temer que me esperasen allí nuevas angustias. Supe que habia fallecido mi padre.

Acordéme entonces de Nelson. A poca distancia de mi morada, aquel digno ministro de la Iglesia presbiteriana trabajaba con fervor en la instruccion religiosa de los indígenas.... reflexioné en que podia unir mis esfuerzos á los suyos, y obrando de acuerdo con él operar la civilizacion de los Otawas y Cheroquíes.

Reuníme al padre de María y puse en ejecucion mi proyecto; empecé á enseñar á los indígenas aquellos principios que forman la base de toda sociedad civilizada; demostréles las ventajas de la vida agrícola, y el bienestar que las artes de industria procuran; empero contestábanme todos que era mas noble vivir por medio de la caza que del trabajo; y á pesar de que admiraban los portentos que opera el arte, no hubo uno solo que se quisiera transformar en artesano. Al paso que desdeñaban los indígenas mis teorías, lograba Nelson ir introduciendo en sus costumbres, por medio de los dogmas religiosos, á los cuales sin discusion se sometian, algunas salutíferas reformas. Entonces conocí que la religion, al paso que es la mejor filosofía que puedan tener los pueblos cultos, es tambien lo único que pueda ponerse al alcance de una poblacion ignorante, y parecióme que Nelson estaba mas al tanto que yo de las flaquezas de la inteligencia humana. Habria procurado imitarle, si en materia de religion no hubiese abrigado principios contrarios á los suyos, siendo yo católico y perteneciendo él á la secta presbiteriana. Profesando ambos opuestas doctrinas, habrian sido noscivos nuestros esfuerzos, porque en vez de estrechar los vínculos

los que debian ligar á los indígenas, habriamos depositado entre ellos un gérmen de confusion y de discordia. No me afligió el poco buen éxito que me dió por resultado esta primera tentativa, supuesto que me fué útil en cuanto á que me hizo adquirir otra conviccion mas, que vino á robustecer mis solitarias meditaciones.

Viendo que en nada podia servir á Nelson ni á los indígenas, acordéme del anciano que en mi soledad me visitara y cuyo religioso acento me contuviera en los momentos en que iba á precipitarme al abismo.... Inmediatamente corrí á verle.... Encontréle rodeado de la veneracion de aquellos entre quienes habia pasado su vida. Aquella prueba de la justicia humana me hizo cobrar mayor aliento.

Contraje en la sociedad algunas relaciones; asociéme á muchas empresas filantrópicas, y resolví formarme una existencia política. Entreguéme completamente á la vida positiva.... pero no tardé en echar de ver que no encontraria de aquel modo el bienestar por el cual ansiaba.

Cuando contemplaba que las obras del hombre salian siempre incompletas de sus manos; que los principios de la justicia y de la verdad eran incesantemente atropellados por las pasiones y el interés; que las tentativas mas nobles se encontraban, para llegar á su ejecucion, con innumerables tropiezos, y que las mejores instituciones que puedan idearse estaban plagadas de monstruosas imperfecciones, demostrábame la razon que aquello era lo que invariablemente debia esperar de toda sociedad compuesta de

hombres. Apesar de esto, aquel espectáculo heria desagradablemente mis ojos y pugnaba abiertamente con mis instintos.

Habia presenciado la felicidad sosegada y apacible de que disfrutaba el anciano que me libertaba de cometer un crímen, y emprendí hacer un estudio de su vida. La serenidad de su alma, y la tranquilidad de su ánimo, me parecian inestimables bienes. ¡Quizá procurando imitarle llegaria á gozar de igual ventura! Sin embargo, al entrar en contacto con aquel mortal, ante cuya virtud me inclinara como ante la imágen del Altísimo, creí percibir cierta pequeñez en su grandeza. Aquel sacerdote á quien la caridad hacia sublime y que empleaba la mitad de sus dias en actos de beneficencia, consagraba la otra mitad en ejercicios de devocion que me parecian mezquinos, minucio sos y pueriles. Sin duda hacia yo mal en abrigar aquella idea que aun interiormente conocia que era erróneo mi juicio; porque siendo la obra tan inmensa, ¿podian ser ínfimos los medios? Pero mis impresiones se sobreponian á mis raciocinios.

Despues de haber visto reducirse las inmensas proporciones de la virtud á consecuencia de las debilidades de la inteligencia, encontréla por otro lado viciada por algunos usos y necesidades sociales.

Ví á un hombre de costumbres corruptas, honrado con el voto de sus conciudadanos, tan solo porque poseia talentos políticos; otro llegó á hacerse personage importante al estado únicamen-

te, porque tenia algunas virtudes privadas. ¡Una doncella en quien habian cifrado su felicidad sus dignos y venerables padres, fué casada por ellos mismos con un anciano porque era rico!....

Demasiado bien conocia que todo aquello las flaquezas de la humanidad lo exigian. Tan pronto vemos que el bien parece depender de una vana fórmula, como contemplamos al vicio entrelazado con la virtud misma; pero no porque conocia la causa del mal dejaba este de disgustarme.

Por donde quiera encontraba los mismos defectos. Las sociedades de beneficencia de que era miembro, seguian, es cierto, las inspiraciones de la caridad mas pura; pero por una herida que llegásemos á sanar, mil habia á las cuales ningun remedio se aplicaba..... ¿Es éste todo el poder que haya sido concedido al hombre? Aprobaba la conducta de aquellos á quienes no arredraba un resultado tan mezquino, pero no me hallaba capaz de imitarles. En vano adoptaba todos los hábitos de la vida práctica y procuraba crearme en la sociedad algunos intereses; tedio y disgusto solo hallaba en ella.

Entonces arrojé sobre mí una mirada apacible y despreocupada; ya no dirigí á la sociedad la inculpacion de injusta, y cesé de declamar contra la miseria del hombre; pero al reflexionar en la época pasada de mi vida; al fijarme en los recuerdos que de mis años juveniles me quedaban, en mis constantes infortunios y en mis actuales impresiones, eché de ver una verdad; amargo y último fruto de los esperimentos en

que hubiera empleado mis dias, y esta fué la de que, con todo y que palpaba mis errores, todavía me hallaba sometido á su dominio; que, aun cuando me habia desprendido de las ilusiones que desde mi edad mas tierna abrigara, no habian cesado de serme gratas. Los primeros estravíos de mi ánimo me habian conducido á un mundo fantástico, donde por mucho tiempo me entregara á mil irrealizables proyectos; de suerte que habiéndoseme caido de los ojos la benda que me los cubria, aun cuando me encontraba en la posibilidad de juzgar al mundo imparcialmente, no podia inspirarme mas que disgusto.

Bien sabia que no debia esperarse sino mucho mal de los hombres, y sin embargo, no me era dable sobrellevar el aspecto de un mundo donde no ejercia el bien un dominio esclusivo. Muy distintamente percibia la imposibilidad de alcanzar el fin á que con vehemencia tendieran antes mis deseos, y habia desistido de andar en su busca; pero el objeto racional á que nos aconseja la prudencia que aspiremos, no me presentaba atractivo alguno; discernia qué género de felicidad es la que puede procurarse el hombre en la tierra, y sentíame, sin embargo, incapaz de gozar de ella..... Habia vivido tanto tiempo ausente de la sociedad, que ya no me podia adaptar á sus usos.... habia abrigado tantos ensueños de perfeccion ideal en mi mente, que ya no me era posible avenirme con las vias vulgares de la humanidad.... Veíame obligado á soportar el molesto yugo de la costumbre, cosa tan despreciable y al mismo tiempo tan influente.

Aquel disgusto para con el mundo no engendró en mí odio; consideraba natural que tuviesen los demas apego á esa sociedad en la cual me repugnaba pasar mi vida.

Concebia cómo podia gozar de felicidad la beneficencia al resignarse á contemplar calamidades, á las cuales no podia aplicar ningun remedio; cómo podia disfrutar de dicha la virtud que es con frecuencia tan limitada en sus miras y tan insuficiente en sus actos; pero que siempre labra la ventura del que la posee por medio de la pureza de las intenciones; comprendia, en fin, cómo una inteligencia superior que ejercia dominio sobre los hombres, podia gozar de satisfaccion, aunque, cuando las circunstancias lo exigian, tuviese que descender hasta ponerse al nivel de los entendimientos vulgares y de las nimiedades de la vida. Pero á pesar de que admitiese que esta especie de felicidad exista, yo para mí no la deseaba, porque habia concebido la idea de una dicha más grande, mas pura, mas completa; y no habiendo podido alcanzarla, desechaba la única posible, porque me parecia despreciable.

En vano me habia repetido cien veces á mí mismo, que pues me habia desprendido de mis ilusiones, era necesario que las entregase al olvido y que no fijase mis ojos sino en las realidades, entre las cuales me habia decidido á vivir.... Erame imposible apartar de mis ojos las brillantes imágenes cuya falacia conociera.

"Un espacio muy breve de tiempo bastó para que quedase convencido de que el mal de que adolecia no tenia remedio; eché de ver cuánta

era su magnitud, y resignéme. Volvíme á este desierto libre ya de desesperacion y de pasiones; á este desierto, único lugar que conviniese al estado en que se hallaba mi alma. No podia morar durante mas tiempo entre los hombres, y esta soledad siquiera me permitia entregarme esclusivamente á recuerdos que eran, es verdad, los mas dolorosos, pero tambien los mas placenteros de mi vida.

Y aquí me teneis que presento el original espectáculo de un hombre que se ha separado del mundo sin odiarlo; que retirado en un desierto, no cesa de pensar en sus semejantes, á quienes ama, y lejos de quienes, sin embargo, se vé precisado á pasar sus dias. Triste cosa es, á la verdad, sentir á cada paso deseos de vivir en sociedad y haber adqüirido esperiencia, por la conviccion de que ya no se puede morar en su seno. El primitivo orígen de todos mis errores consistió en haberme figurado al hombre mayor de lo que en realidad es.

Si el hombre pudiese contener en su inteligencia la generalidad de las cosas, hacer que tendiesen todos los actos de la humanidad á un solo principio, y establecer sobre la tierra, en virtud de su potestad, el imperio de la justicia y de la razon, entonces seria Dios y no hombre.

No está satisfecho el hombre con la dósis de inteligencia que se le ha concedido; querria que ésta tuviese de elevacion algunos grados mas siquiera.... ¿Pero qué tanta, á punto fijo, le bastaria? Si se diese oido á sus quejas en este respecto, á medida que mas subiese, desearia mas y

mas elevarse hasta llegar á la perfeccion moral del Sér Supremo; pero entonces cesaria de ser hombre.

Mi segundo error fué el de juzgar indigno del hombre el papel subalterno que su limitada naturaleza le designa.... Las pasiones mas nobles, los mas generosos sentimientos, no pueden moverse mas allá del estrecho círculo que á su poder está circunscrito; los resultados que llegan á obtener son pequeños, es cierto, pero sus esfuerzos son magnos. Aun cuando jamas haya podido el hombre llegar á la perfeccion, incesantemente aspira á ella; he aquí lo que constituye su grandeza; tal es el fin á que debe tender sobre la tierra. Yo percibo este fin mas distintamente que cualquiera otro de mis semejantes, y sin embargo, tengo menos posibilidad que nadie de alcanzarlo.—¡Desdichado de aquel que, por haberse formado una idea demasiadamente elevada de las facultades del hombre, acostumbra su mente á abrigar inmensos designios, á concebir proyectos sin límites, y á obtener resultados completos! todos sus esfuerzos se estrellarán contra el limitado poder del hombre, cómo contra una fatalidad invencible."

Detúvose aquí Ludovico. "Y desde vuestro " regreso al desierto, díjole el viagero, ¿habeis " pasado vuestros dias en ese aislamiento per- " pétuo?"

—Sí, contestóle Ludovico.... En mi primer periodo, la proximidad de Nelson y de los indígenas á quienes doctrinaba, hízome contraer algunas relaciones, las cuales no desdeñé, aunque

tampoco las solicitara; pero este último vínculo que me ligara al trato humano, en breve rompióse.

La armonía que entre los Otawas y Cheroquíes reinaba, alteróse al cabo. El invierno que se siguió á mi regreso á Saginaw fué sumamente crudo. Los lagos se cubrieron de un espeso hielo que originó la destruccion de los habitantes de las aguas. Encontrándose desprovistos de este medio de existencia los indígenas, quedaron reducidos, como único recurso, á sustentarse con los animales de las selvas; pero no tardaron éstos en ser tambien casi en su totalidad esterminados.

Acordáronse entonces los Otawas de que habia habido un tiempo en que su tribu fuese única pobladora de aquellas tierras, y consideraron, con fundamento, la venida de los Cheroquíes á ellas, como la causa principal de la miseria que padecian.... La fatal posicion que guardaban llenó sin duda al colmo su resentimiento.... Nelson hizo inútiles esfuerzos por conjurar la tempestad que veia á punto de desplomarse.... Llegó un dia en que los Otawas de todos los puntos del Michigan se reunieron en uno solo, que se hallaba á poca distancia de la parte que poblaban los Cheroquíes; dieron aquellos la señal de esterminio, y despues de una terrible lucha presenció Nelson la matanza, hasta del último de sus desventurados compañeros de su destierro.

No hay palabras con que describir la perfidia y crueldad con que se conducen durante la guerra esos hombres que en tiempos de paz son tan humanos y tan rectos....

Este acontecimiento horroroso acibaró el corazon de Nelson; el mas grato de sus deseos habia sido el de acabar sus dias en el seno de aquellos indígenas despues de haberles enseñado las verdades del Evangelio.... Pero cuando llegaron á faltarle aquellos infortunados por quienes todo lo dejara, abandonóle su estoicismo, y desprendióse del desierto y tomó la direccion de la Nueva-Inglaterra, su patria, donde continúa, segun he sabido despues, entregado á los primeros hábitos de su vida. Al salir de aquí empleó los mayores esfuerzos para lograr llevarme consigo, pero en vano; jamás volveré á separarme de Saginaw. Desde aquel dia deslízase mi vida con uniformidad y monotonia.... Ya está señalado mi sepulcro al lado del que encierra á María.

—¡Oh cuanto os compadezco! dijo el viagero; ¡debeis ser sumamente desventurado!

—Si, dijo Ludovico; es muy amarga mi desdicha; pero con fortaleza la sobrellevo... Mi mayor pena es la de pensar que nadie puede comprender mi desgracia; de suerte que no escito la conmiseracion de ninguno.... Por lo demás, ésta acibarada existencia no carece de algunos momentos de delicia; dia con dia visito el monumento objeto de mis adoraciones. Cada vez que allí me prosterno y oro, me engolfo en religiosos éxtasis, y creo oir sobre mi cabeza gozosos coros de celestiales voces, á las cuales contestan acentos tristes y misteriosos, que parecen exhalarse del sepulcro; aquellos gemidos terrenos y aquel alborozo que anuncia la bienaventu-

ranza del cielo, forman una indecible armonía. Fíjaseme en la mente, al escuchar aquellos consiertos, que mora entre los ángeles María, y que su idolatrada sombra me envia tan gratas ilusiones como para invitarme al delicioso festin de los inmortales.

Estas últimas palabras del solitario sumergieron al viagero en una meditacion profunda. . . .

Al dia siguiente se despidió de su huésped. Asegúrase que poco tiempo despues salió de Nueva-York con direccion al Havre. Al descubrir las costas de Francia que habia juzgado no volver á ver, lloró de júbilo; y cuando se halló en su amada patria, jamás se desprendió de su seno.

APÉNDICE.

I.

NOTA

sobre la condicion social y política que guardan los negros esclavos y la gente de color liberta.

La existencia de dos millones de esclavos en el seno de una nacion, en la cual ha llegado la igualdad social y política á su mas alto desarrollo; la influencia que ejerce la esclavitud en las costumbres de los hombres libres; la opresion que ésta hace pesar sobre los desventurados que gimen en la servidumbre; el peligro á que están espuestos aquellos mismos en favor de quienes está establecida; el color de la raza á que pertenecen los esclavos; el fenómeno de dos poblaciones que viven juntas y se tocan sin que jamás se confunda una con otra ni aun se mezclen; las graves coliciones á las cuales éste contacto ha dado ya

orígen; las crisis mas graves aún que puede ocasionar en lo futuro; todas estas causas concurren á comprobar cuánto importa conocer la suerte de los esclavos, y de la gente de color que no lo es, que existen en los Estados-Unidos. He procurado, en el curso de esta obra, presentar un cuadro de las consecuencias morales que produce la esclavitud sobre la gente de color emancipada; ahora intento dar una idea de la condicion social que guarda la que se halla en el estado de servidumbre. Este exámen naturalmente me conducirá á investigar cuáles son los signos característicos de la esclavitud americana.

Despues de haber manifestado en qué términos está la esclavitud organizada, averiguaré si puede semejante plaga desterrarse; en qué sentido está la opinion pública, sobre este particular, en los Estados-Unidos; manifestaré qué medios son los que se han propuesto adoptar allí para dar libertad á los negros, y cuáles son las dificultades que se oponen á esta providencia; y en fin, diré cual es bajo este respecto el porvenir probable de la sociedad americana.

---

§. I.

Condicion que guarda en los Estados-Unidos todo negro esclavo.

Parece sumamente fácil, á primera vista, definir la condicion del esclavo. En vez de

una enumeracion de los derechos de que goza, ¿no basta decir que ningunos en lo absoluto posee? Supuesto que no tiene, en la sociedad, representacion alguna, ¿no ha dicho la ley cuanto acerca de él tenia que decir con el simple hecho de declararlo esclavo? Y sin embargo, no es esta materia tan sencilla como desde luego parece; en todas las sociedades se necesitan muchas leyes para asegurar á hombres libres el ejercicio de su independencia; pues de igual modo tiene que dictar el legislador muchas disposiciones para crear esclavos, es decir, para distituir á ciertos hombres de sus derechos naturales y de sus facultades morales, cambiar la condicion en que Dios los pusiera, y sustituir á una naturaleza que es susceptible de perfeccionarse un estado que la degrade y que conserve incesantemente encadenados un cuerpo y una alma cuyo destino era el de ser libres.

Los derechos de que puede gozar el hombre en toda sociedad sistemada, son de tres géneros: políticos, civiles y naturales. Hé aquí derechos cuyo goce procura por todos los medios posibles la legislacion garantizar al hombre libre, pero que se afana en rehusar al esclavo empleando para ello cuantas vias pone á su alcance el artificio.

Por lo que hace á los derechos políticos, la simple razon desde luego nos indica que no debe disfrutar de ellos el esclavo. No debe querer ciertamente la sociedad que tome parte en su gobierno, ni en la formacion de sus leyes aquel á quien este gobierno y estas leyes habrán de opri-

mir sin descanso. Sobre este punto la tarea del legislador es tanto mas fácil, cuanto que ya tiene trazada muy distintamente su marcha; los derechos políticos, sea cual fuere el ensanche que tengan, constituyen, en todos los paises, una especie de privilegio; y pues entre los ciudadanos libres no es general su goce, tanto mas fácil es privar de ellos á los esclavos; con no concedérselos basta.

De aquí es que todas las leyes de aquellos Estados que forman la Union americana, donde la esclavitud está en vigor, nada acerca de este particular dicen; el silencio que guardan es una esclusion suficiente.

No es menos preciso despojar al esclavo de todos los derechos civiles.

De suerte que el esclavo, pues tiene dueño, no podrá casarse; ¿permitiría la ley que se formase un vínculo que podria el amo romper con solo su voluntad ó por un capricho? Los hijos del esclavo pertenecen al amo, como las crias de los animales: luego el esclavo no puede tener sobre sus hijos facultad alguna paterna. Nada puede poseer con el carácter de propietario, supuesto que él mismo es una propiedad agena luego se halla en la imposibilidad de vender y comprar; de suerte que todos aquellos contratos por medio de los cuales se adquiere una propiedad y se conserva, le están vedados.

Las leyes americanas se limitan, en lo general, á declarar nulo todo contrato en que haya intervenido un esclavo; sin embargo, hay casos en que apoya esta prohibicion con un castigo: de acuerdo con este principio, al dar por nula toda

venta ó compra que hiciere un esclavo, la ley de la Carolina del Sur decreta la confiscacion de los objetos que hayan dado ocasion al contrato (1). El código de la Luisiana contiene una disposicion análoga (2). La ley del Tenesí condena á la pena del látigo al esclavo que se haya hecho reo de este delito, y á una multa al hombre libre que haya celebrado con él contrato (3).

Por lo demas, sean cuales fueren el rigor y la generalidad de las prohibiciones que condenan á una muerte civil al esclavo, fácilmente se concebirá que no tiene el legislador que luchar con obstáculo alguno para establecerlas. Téngase presente que aquí se trata de derechos que constan escritos en las leyes. Es verdad que el principio de ellos es anterior á la legislacion que los declara; pero la ley, aun cuando no los instituye, los proclama, y al tiempo de reconocerlos en los hombres libres le es fácil disputarlos á aquellos á quienes quiere despojar de ellos.

Hasta aquí marcha el legislador por una senda en que encuentra pocos obstáculos que le detengan. Ya ha salvado un espacio considerable sin duda, supuesto que deja colocado al esclavo en una condicion que le destituye de patria, de sociedad y de familia; pero no ha concluido aún su obra.

---

(1) V. Brevard's Digest of South Carolina, v. Slaves, p. 238.

(2) V. Digesto de las leyes de la Luisiana, de 1828, v. Código sobre los negros, § 38.

(3) V. Statute Laws of Tennessee, 1831, v. Slaves, p. 316 y 318. Leyes de 1788 y 1819.

Despues de haber arrebatado al negro sus derechos de americano, de padre y de esposo, es necesario despojarle de aquellos que la naturaleza misma le diera; aquí es donde se empiezan á presentar obstáculos graves.

Hállase encadenado el esclavo; pero el amor á la libertad, ¿de qué manera podrá quitársele? No hará uso de su inteligencia en pro del Estado ni en bien de la poblacion en que mora; ¿pero qué paso se dará para anonadar esa inteligencia que puede poner en accion para quebrantar sus cadenas? No podrá casarse; ¿pero qué título daremos á las relaciones que con una muger contrae? Esas relaciones existen, y ninguno puede destruirlas; constituyen una parte de la fortuna del amo, supuesto que es un esclavo mas que posee cada hijo que de esta union vaya naciendo; ¿cómo puede ser que haya padres é hijos, hermanos y hermanas sin afecciones é intereses de familia? En una palabra, ¿cómo se podrá conseguir que deje el esclavo de ser hombre?

Las dificultades que pulsa el legislador se multiplican, á medida que, pasando del despojo de los derechos civiles al de los derechos naturales, sale de la esfera de las ficciones para irse mas y mas introduciendo en la esfera de las realidades. Su primer cuidado, al declarar que es esclavo el negro, ha sido el de clasificarlo entre los objetos materiales. Los esclavos están calificados de bienes muebles en las leyes de la Carolina del Sur, y son considerados como inmuebles en el Estado de la Luisiana.

Pero por mas que declare la ley que un hom-

bre es un mueble, un fruto ó efecto de comercio, no es sino un objeto que piensa y concibe; todos sus esfuerzos á fin de materiarizarlo son estériles, porque contiene elementos morales que nada es capaz de destruir: hé aquí las facultades cuyo desarollo es esencialísimo contener. Todas las leyes relativas á la esclavitud prohiben que se dé instruccion á los esclavos; no solo les está vedado concurrir á las escuelas públicas, sino que aun está prohibido á sus amos que les comuniquen los conocimientos mas elementales. Una ley existe en la Carolina del Sur, que impone la pena de una multa de cien libras esterlinas al amo que enseñe á escribir á sus esclavos: no es mas grave la pena cuando los mata (1). De suerte que los impulsos para llegar á la perfeccion, la mas noble de las humanas facultades, se

(1) And whereas the having of slaves taught to write, or suffering them to be employed in writing, may be attended with great inconveniencies; *be it enacted*, that all and every person and persons whatsoever, who shall he reafter teach or cause any slave or slaves to be taught to write, every such person shall, for every offense, forfeit the sum of one hundred pounds current money. (V. Brevard's digest, t. 2º, v. Slaves, § 53.)

And if any person shall, on a sudden heat or passion, or by undue correction *kill* his own slave or the slave of any other person, he shall forfeit the sum of three hundred and fifty pounds current money. And in case any person or persons shall wilfully cut out the tongue, put out the eye, castrate or cruelly scald, burn or deprive any slave of any limb or member, or shall inflict any other cruel punishment, other than by whipping, or beating with a horse whip, cow-skin, switch or small stick, or by puting irons on, or confining or imprisoning such slave; every such person shall, for every such offence, forfeit the sum of one hundred pounds current money. (V. idem. § 45.)

sofocan en el esclavo que se encuentra de este modo en la imposibilidad de cumplir respecto de sí mismo con el deber que se ha impuesto á todo ser inteligente sobre que incesantemente tienda hácia su perfeccion moral.

La ley se esfuerza en degradar al esclavo; sin embargo, un instinto de dignidad le hace detestar la servidumbre en que gime, y un instinto mas noble todavía le hace suspirar por su libertad. Se le encadena; ¡pero si logra romper sus cadenas, hételo ahí libre.... es decir, en estado de abierta rebeldía contra la sociedad y las leyes que le habian condenado á ser eternamente esclavo!

Todos los Estados americanos del Sur están de acuerdo sobre poner fuera de la ley al negro fugitivo. La ley de la Carolina del Sur dice que cualquiera puede asirse de él, prenderle y aplicarle inmediatamente la pena del látigo (1). La de la Luisiana dice terminantemente, que es lícito hacer fuego sobre los esclavos prófugos que no se detengan cuando se les persigue (2). El código del Tenesí declara que el homicidio que se cometa en un esclavo á quien se haya mandado presentarse, es un acto legal *(it is lawful)* (3); la misma ley añade, que el esclavo que se encuentre en este caso puede ser muerto impunemente por cualquiera y del modo que á bien se tenga, sin que la persona que tal haga deba temer que

(1) V. Brevard's Digest, t. 2º, v. Slaves, § 12, p. 231.
(2) V. Digesto de las leyes de la Luisiana, Código relativo á los negros, t. 1º, § 35.
(3) V. Leyes del Tenesí, de 1831, t. 1º, p. 321.

se le compela á comparecer ante justicia. (1). Estas leyes conceden igualmente prémios á los ciudadanos que se apoderen del esclavo que se hubiere fugado (2); alientan á los denunciantes y les aseguran un prémio por su delacion (3). La ley de la Carolina del Sur, sobre la materia, va mas lejos: decreta una pena terrible, tanto contra el esclavo prófugo como contra toda persona, sea cual fuere, que haya protegido su fuga; con arreglo á ella, tanto el uno como el otro incurren en pena de muerte (4).

Todas las fuerzas sociales se ponen en uso para apoderarse del negro que ha tomado la fuga. Cuando este ha logrado salvar el límite de los Estados donde la esclavitud está en ejercicio, y pone la planta en uno de aquellos donde no existen mas que hombres libres, quizá creerá que ha vuelto á entrar en posesion de sus derechos naturales; pero no tarda en desvanecérsele esta esperanza. Los Estados de la América del Norte que han abolido la servidumbre, repelen

(1) For any person whatsoever and by such ways and means as he or she shall thimk fit. (V. idem.)

(2) V. Leyes de la Luisiana, Código relativo á los negros, art. 27 y 36, t. 1°, p. 229.—Leyes del Tenesí, t. 1°, p. 321, § 28.—Leyes de la Carolina del Sur, Brevard's Digest, t. 2°, p. 232, § 16.

(3) Leyes de la Carolina del Sur, idem p. 236, § 31.

(4) V. Brevard's Digest, § 59, 60, 61 y 62, t. 2°, p. 245. En los Estados de la Luisiana y el Tenesí, cuando se prende á un esclavo prófugo, si no lo reclama su amo en un término designado, se pone en venta en la plaza pública y se adjudica al que mas diere. El importe de la venta se invierte en los gastos de cárcel y justicia. (Leyes de la Luisiana, Código relativo á los negros; § 29.—Leyes del Tenesí, t. 1°, p. 323.)

de su seno á los esclavos que andan fugitivos, y los ponen á disposicion de aquel que como dueño de ellos los reclame (1).

Hé aquí como la sociedad despliega todo su vigor y pone en uso los mas terribles de sus derechos para apoderarse del esclavo y castigarlo por haber seguido los impulsos del sentimiento mas natural al hombre y mas inviolable, cual es el amor á la libertad.

Ya teneis ahí al esclavo vuelto á su servidumbre; se le ha castigado por la criminal tentativa que hizo de recobrar su independencia; ahora va á trabajar para que se enriquezca su amo, quien al cabo consiguió domarlo. Pero todavía tienen muchos obstáculos que vencer, muchas dificultades que superar, tanto el legislador como el posesor de negros. Ya se han sofocado en el esclavo dos nobles facultades de su ser, y son la susceptibilidad que tiene de alcanzar la perfeccion moral, y su amor á la libertad; pero no se ha destruido en él lo que todavía le queda que constituye al hombre.

En vano prohibe el amo á su negro que tenga contacto alguno con la sociedad civil; en vano hace todos los posibles esfuerzos para degradar-

(1) No person held to service or labour in one state under the laws thereof, escaping into another, shall, in consequence of any law or regulation therein, be discharged from such service or labour; but *shall be delivered up* on claim of the party to whom such service or labour may by due. (V. Constitucion de los Estados-Unidos, art. 4º, secc. 2ª, § 3º—V. tambien los Estatutos revisados del Estado de Nueva-York, t. 2º, cap. 9º, tít. 1º, § 6º—Pensylvania Purdon's Digest.

le y embrutecerle; un punto hay que sirve de término á todas estas prohibiciones y tentativas, y es aquel en que el interés del amo comienza. Este, despues de haber ligado los miembros de su esclavo, se vé en la necesidad de desatárselos á fin de que se dedique al trabajo; por mucho que quiera embrutecerle, necesita que se conserve en él cierta dosis de inteligencia; porque esta circunstancia es la que constituye su mayor mérito y aumenta su valor, pues sin ella no tendria mas precio que cualquier otro animal de carga; finalmente, aunque haya declarado que es un objeto material el negro, conserva con él relaciones personales que origina la servidumbre misma; de suerte que el esclavo, á quien se ha querido aislar de la vida social, se vé en la imperiosa necesidad, á fin de servir á su amo, de entrar en relaciones con un mundo en el cual no tiene, es cierto, representacion alguna, en que no aparece sino por voluntad agena; pero donde se le hace sin embargo cargar con la responsabilidad moral que pertenece á los séres inteligentes.

Aquí volvemos á encontrar al hombre, y tienen que reconocer su existencia aquellos mismos que procuraron anonadarle. De suerte que por grande que sea la degradacion á que quiera someterse el esclavo, necesita tener libertad física para trabajar, inteligencia para poder servir á su amo, y relaciones sociales con éste y con el mundo para cumplir con los deberes que le impone la sevidumbre.

Pero si es negligente en el trabajo; si es falto

de obediencia para con su amo; si se revela, y si en las relaciones que tiene con los hombres libres comete delitos, ¿cuál es la conducta que se deba observar para con él en semejantes casos? —Se le imponen castigos.—¿Cómo? ¿con arreglo á qué principios? ¿á qué clase de castigos se les somete?

Aquí es particularmente donde se presenta al legislador una multitud de tropiezos.

Supuesto que la ley previene que exista un amo y un esclavo; supuesto que cria dos séres de una naturaleza absolutamente disímbola, síguese de aquí la imposibilidad de que establezca relaciones entre el esclavo y el amo, ó entre aquel y los hombres libres, bajo bases de reciprocidad; y entonces, apartándose de esta regla, que es el único fundamento equitativo en que las sociedades humanas puedan apoyarse, ejércese una arbitrariedad completa y llega el caso de que todos los principios se violen. De consiguiente, sucederá que el crímen de un amo que mate á su esclavo no será igual al del esclavo que dé á su amo la muerte; la misma diferencia existirá entre el homicidio que cometa un esclavo en la persona de cualquier hombre libre, y el que perpetre un hombre libre en la persona de cualquier esclavo.

En todas las leyes de los Estados que forman la Union americana, decrétase pena capital contra el esclavo que mate á su amo; pero hay muchas de ellas que solo condenan á una simple multa al amo que mate á su esclavo (1).

(1) V. leyes de la Carolina del Sur, Brevard's Digest, § 43 y 45, tom. 2º v. Slaves, pág. 240.

Las vias de hecho, las violencias que pueda ejercer cualquier amo contra su negro, hállanse autorizadas por las leyes americanas (1); pero condénase en ellas á pena de muerte al negro que aplique golpes á su amo. Las de la Luisiana decretan asimismo pena capital contra el esclavo que cometa la menor via de hecho para con el niño de un blanco (2).

Obsérvanse iguales distinciones en las relaciones de los esclavos para con las personas libres. Asi es que, en la Carolina del Sur, el blanco que hiere á un negro incurre en pena de una multa de cuarenta chelines; pero el negro esclavo que hiere á un hombre libre, es castigado con la muerte (3). Cuando el negro llega á herir á un blanco en defensa de su amo, no tiene pena alguna; pero sufre el castigo consiguiente cuando hiere en defensa propia (4).

Ninguna ley existe en que se designe castigo por las injurias que haga un hombre libre á un esclavo; échase de ver desde luego que no merece reprension tan leve falta; pero en las leyes del Tenesí se decreta pena de látigo contra todo esclavo que dirija la menor injuria verbal á una persona de color blanco (5).

---

(1) V. id. § 45.

[2] V. el Digesto de las leyes de la Luisiana, ley de 21 de Febrero de 1814, tom. 1°, pág. 244.

[3] Brevard's Digest., v. Slaves, § 13 y 28, pág. 231 y 235.—V. igualmente las leyes de la Luisiana, v. código de los negros, § 18.

[4] V. 28, id.

[5] V. Statute laws ot Tennessee, v. Slaves, tom. 1°, pág. 315, ley de 1806.

Estas diferencias no son anomalías, sino una consecuencia lógica del principio sobre el cual la esclavitud está sistemada. ¡Circunstancia estraña! esfuerzanse las leyes de los Estados-Unidos en transformar al negro en bruto, y al mismo tiempo le condenan á los castigos mas severos que se pudiesen aplicar al mas inteligente de los séres. Es menos culpable que el resto de los hombres, supuesto que es menos ilustrado que el mas ignorante de entre ellos, y sin embargo, se le imponen mayores castigos. Tal es el imperio de la necesidad: es evidente que la escala de los delitos no puede ser la misma respecto del esclavo que del libre.

No es menos diversa la escala de las penas; y sobre este punto es mucho mas dificil al legislador dar el debido lleno á sus tareas.

No solo no deben aplicarse á los esclavos las gradaciones penales establecidas para los libres, porque mas tiene que temer la sociedad de aquellos á quienes oprime, que de aquellos á quienes protege; hay una indispensable necesidad de cambiar, respecto del esclavo, la naturaleza misma de las penas.

El castigo que las leyes americanas aplican á los blancos, es de tres géneros: multa, prision perpétua ó temporal, y muerte: el primero ataca en su propiedad al hombre; el segundo en su libertad, y el tercero en su existencia.

Por lo que hace á multa, bien vemos que ninguna se puede imponer al esclavo; supuesto que nada posee, no puede sufrir, en su propiedad, menoscabo.

La prision es tambien una pena poco á propósito por su naturaleza misma, para la condicion del esclavo. ¿Qué importa la privacion de la libertad al que está sumergido en la servidumbre? Sin embargo, aquí es necesario que distingamos. ¿Se trata de prision temporal y de una duracion corta? Semejante castigo será poco temible para el esclavo, pues no verá en él sino un cambio material de posicion, circunstancia que siempre contempla como una esperanza el desventurado: por el contrario, preferirá la vida ociosa de una cárcel á un afanoso trabajo que ningunos bienes le produce. El castigo recaerá verdaderamente sobre el amo que carecerá del trabajo de su esclavo, y que resentirá un perjuicio tanto mas grave, cuanto sea de mayor duracion la pena.

¿Se trata de prision por vida? Desde luego se concibe que toda reclusion perpétua es una pena grave aun para el esclavo que no tiene libertad que perder. Pero aquí se presenta otro tropiezo; la detencion perpétua hace que quede privado el amo de su esclavo; sentenciar al esclavo á este castigo, es lo mismo que arruinar al amo.

Esta objecion adquiere mayor fuerza todavía respecto de la pena de muerte; decretarla contra el esclavo, es destruir la propiedad del amo. De consiguiente, no hay pena, de aquellos que ponen las leyes en uso para castigar á los libres, que se pueda aplicar á los esclavos; la muerte misma que es el recurso á que apela por lo comun todo género de tiranía, es perjudicial en este caso al posesor de negros.

Sin embargo, en las leyes americanas que tié-

nen relaciones con los esclavos, encuéntranse con frecuencia disposiciones en que se decreta contra ellos la pena de muerte y de prision perpétua; aun hay veces que aplican estos castigos los tribunales, pero son muy raros estos casos; no se procede en estos términos sino cuando el esclavo se hace reo de algun grave atentado en contra de la tranquilidad pública; entonces exige una reparacion la sociedad que se ve ofendida, se apodera del negro, le sentencia al patíbulo ó á prision perpétua; y como en virtud de esta providencia priva al amo de su esclavo, le paga su valor. "Todo esclavo, dice la ley, que fuese " condenado á muerte ó á prision por vida, será " pagado de los fondos del tesoro público. El " importe de esta indemnizacion no podrá esce- " der de trescientos pesos (1)." En circunstancias de este género entran en pugna intereses de una estraña naturaleza, y ejercen en contra de la justicia una lamentable influencia. El amo, antes de desprenderse para con los tribunales de su negro, examina detenidamente su delito y no lo delata sino en el caso de que lo juzgue acreedor á pena capital; porque no debiendo ser indemnizado sino en virtud de esta circunstancia, no encuentra interes alguno en abandonar su esclavo á los jueces, si considera que aquel no debe ser condenado á muerte. La sociedad, por una parte, como tiene que comprar el derecho de hacer-

(1) V. Digesto de [illegible] de [illegible]una, v. Código relativo á los negr[illegible] [illegible]lmente las leyes de la Carolina [illegible]ves, t. 2°, § 23.

se justicia á sí propia, no lo ejerce sino con una estremada reserva; evita la efusion de sangre, no por humanidad sino por economía; y al paso que es interes del amo que en el castigo de su negro se muestre la sociedad inflexible, el de ésta es tener indulgencia. El amo no se halla en buena disposicion para entregar su esclavo á la justicia sino en un caso; y es, cuando aquel es anciano y débil, porque entonces espera que el fallo á muerte del negro inútil le valdrá una indemnizacion equivalente al valor de un buen negro; pero la sociedad deja chasqueado al fraude, pues por no pagar la indemnizacion absuelve al negro; de suerte que el esclavo, cuya desdicha ni á su amo ni á la sociedad conmueven, no debe su salvacion sino á los cálculos de la avaricia.

Lo que antecede esplica aquella ley singular de la Luisiana, en que se dice que la pena de prision que se aplique á un esclavo no podrá esceder de ocho dias, á no ser que sea perpétua. " Esceptúandose aquellos casos, dice, en que se " sentencie á prision por vida al esclavo, no po- " drán los jurados, convocados para juzgar los " crímenes y delitos de aquellos, condenarlos á " la pena de prision por mas de ocho dias (1).

El interes que oculta esta disposicion es muy fácil de percibirse. La prision temporal, pues, hace carecer al amo del trabajo de sus negros, y le ocasiona un vejámen que en manera alguna se le compensa; es para él el peor de todos los

1 V. Digesto de las leyes de la Luisiana, ley de 19 de Marzo de 1816, § 6, t. 1 , p. 246.

castigos. Es cierto que la prision perpétua le arrebata por siempre á su esclavo; pero poco le importa supuesto que le indemniza la sociedad pagándoselo.

Fácilmente se podrá concebir ahora que hay un obstáculo que se opone á que se decrete con mas frecuencia contra los esclavos pena capital ó de una prision de mucho tiempo; en efecto, si fuese muy repetida la aplicacion de esos castigos, arruinaríase al posesor de negros ó á la sociedad.

Y sin embargo, necesítanse penas para castigar al esclavo.... penas severas de las cuales se pueda hacer uso cada dia, cada instante. ¿Cuáles serán éstas?

Hé aquí como conduce la necesidad al uso de los castigos corporales, es decir, de aquellos que instantáneamente y sin pérdida de tiempo se aplican, que no ocasionan desembolso alguno al amo ni á la sociedad, y que aun cuando hacen padecer al esclavo agudos dolores, no le impiden que vuelva inmediatamente á dedicarse á sus tareas. Estas penas consisten en el látigo, el sello, la picota y la mutilacion de algun miembro. Pero hé aquí otro tropiezo para el legislador en cuanto á las disposiciones que habrá de dictar con respecto á este último castigo, porque es indispensable que queden sanos é intactos los brazos del esclavo.

Tales son, á la verdad, las penas adaptables á la esclavitud; son las únicas que pueden coadyuvar á su conservacion, y sin ellas se destruiria. Las leyes de los Estados-Unidos se ve

en la necesidad de recurrir á ellas. En el Tenesí no existen mas que tres castigos ademas de la pena de muerte; estos son, el látigo, la picota y la mutilacion. La pena que se aplica al testigo falso es digna de una particular mencion: se ata al reo á la picota, sobre el poste de la cual se clava una de sus orejas; despues de una hora de pública esposicion se le corta esta oreja; en seguida se le clava la otra, y despues de haber estado otra hora á la vergüenza, igualmente se le corta (1).

Por lo demas, la picota, la mutilacion y el sello son penas de que no se hace uso con frecuencia en los Estados donde está con vigor la servidumbre, porque exigen para su aplicacion cuidados, originan dificultades y ocasionan alguna pérdida de tiempo. El látigo es el único castigo que ninguno de estos inconvenientes presenta; desgarra el cuerpo del esclavo y no le pone en riesgo de perder la vida; sirve de correccion al negro sin causar á su amo perjuicio, y es, en fin, la verdadera pena á propósito para la servidumbre. Estas son tambien las razones porque las leyes americanas invocan incesantemente su apoyo (2).

Hace poco que vimos al legislador en la necesidad de atribuir al esclavo distinta criminalidad que al libre; acabamos tambien de demos-

(1) V. Statute laws of Tennessee, t. 1º. v. Slaves, p. 315.

(2) Brevard's Digest, v. Slaves.—Leyes de la Luisiana, v. Código relativo á los negros.—Leyes del Tenesí, v. Slaves.

trar que ninguna de las penas que son aplicables al hombre libre podian apropiarse á los esclavos, y que, para castigar á estos últimos, se tiene que recurrir á un rigor escesivo.

Ahora, pues, queda ya definido el crímen del esclavo y determinada la naturaleza de su castigo; fáltanos saber quién habrá de aplicar este castigo; con arreglo á qué principios deberá el negro ser juzgado, y si durante su proceso gozará de las garantias con que en todos los paises civilizados, vemos escudado al infeliz á quien se acusa.

Arrojemos sobre las leyes americanas una ojeada, y veremos al legislador impelido, de necesidad en necesidad, á la violacion de todos los principios. La primera regla que existe en materia criminal, es la de que nadie puede ser juzgado sino por sus iguales. Echase de ver desde luego la imposibilidad que hay de aplicar esta máxima de equidad á los esclavos; porque autorizar tal paso seria poner la suerte del amo en manos del esclavo: de consiguiente, en todo caso, sea cual fuere, los libres son los que forman el jurado á quien está cometido el encargo de juzgar y los esclavos (1); de suerte que el negro acusado, tiene que temer, en su proceso, no solo la parcialidad con que es natural que se conduzca contra el esclavo el hombre libre, sino aun la antipatía que el blanco tiene declarada al negro.

(1) V. leyes del Tenesi, t. 1º, v. Slaves, p. 346.—Brevard's Digest, v. Slaves.—Luisiana, Código relativo á los negros.

de este modo, las funciones de parte, juez y verdugo.

Estas son y estas deben ser las leyes de represion contra los esclavos. La observancia de los principios del derecho comun seria funesta respecto de la esclavitud, como son igualmente impracticables las fórmulas que la justicia ordinaria prescribe. Si todas las faltas que comete un negro se fuesen á someter al exámen de los jueces, toda la vida del amo se consumiria en presentaciones; agreguemos á esto que la sentencia de un tribunal es algunas veces dudosa y siempre tardía. Luego es indispensable que vea el esclavo amagando incesantemente su cabeza un castigo cruel é inevitable, y que este castigo hiera á aquel á quien se sospecha criminal, aun cuando se corra riesgo, por castigar á un criminal, de castigar á un inocente.

La justicia y los tribunales se conservan, pues, ignorantes de los medios de correccion que se ponen en práctica para reprimir á los esclavos; este es asunto particular del amo para con sus negros. Cuando sucede que estos son de una condicion dócil, disfruta el amo en paz de sus tareas y del embrutecimiento en que yacen; si no trabajan con empeño, azótalos cual si fuesen béstias de carga. Estos castigos reservados no aparecen en los archivos de los tribunales; no son dignos los que los reciben de los gastos y el trabajo que resultarian de la formacion de una sumaria; de suerte que el que consulte la historia de los tribunales, poquísimos procesos encontrará en ellos que tengan relacion con los negros;

pero que recorra los campos, y oirá los ayes del dolor y de la desdicha: hé aquí el único testimonio que exista de los padecimientos á que están condenados los esclavos.

De suerte que para establecer la servidumbre, es preciso, no solo privar al hombre de todo derecho político y civil, sino aun despojarle de sus derechos naturales y hollar los mas inviolables principios.

Uno solo de sus derechos es el que se deja puramente al esclavo; su culto: y esto es porque se sabe que la religion infunde aliento y resignacion á los hombres. Sin embargo, sobre este mismo punto tenemos á la Carolina del Sur que se muestra llena de prudentes restricciones: no permite que los negros dirijan á Dios sus oraciones sino en horas determinadas, ni que asistan á las congregaciones religiosas de los blancos. El esclavo no debe oir las preces que elevan al Criador los libres (1).

¿Qué mas insigne testimonio puede existir en favor de la libertad del hombre, que esa imposibilidad de organizar la servidumbre sin ultrajar todas las sacrosantas leyes de la moral y de la humanidad?

(1) V. Leyes de la Carolina del Sur, Brevard's Digest, v. Slaves, § 100.

§ II.

Signos característicos de la esclavitud de los Estados-Unidos.

Acabo de manifestar el rigor que se ha puesto en uso, y las crueldades que se han empleado en los Estados-Unidos para instituir y conservar allí la servidumbre. Paréceme, ademas, que nada hay en ese rigor y esas crueldades que se pueda juzgar como esclusivo á la esclavitud americana. Es igual en todas partes la servidumbre, y produce, donde quiera que se la establezca, las mismas iniquidades y tiranías.

Aquellos que, á la vez que admiten el principio de la esclavitud, quieren que se haga llevadero el yugo que la es consiguiente, que se dé una poca mas de holgura al esclavo, que se proporcione algun descanso á su cuerpo y se introduzcan algunas luces en su ánimo; aquellos, repito, que así opinan, abundan en humanidad, pero carecen totalmente de lógica. Por lo que á mí toca, juzgo que ó se debe proscribir la esclavitud, ó conservarla en toda su dureza.

Mitigar las penas del esclavo, es hacerle mas dolorosas aquellas bajo las cuales gime; el beneficio que se le hace no le sirve sino como una escitacion á la rebeldía. ¿Con qué objeto habrá de instruirsele? ¿para que llegue mejor á conocer su condicion mísera? ¿para que á medida que se vaya su inteligencia desarrollando, haga esfuerzos mejor combinados para quebrantar sus

cadenas? Cuando existe la esclavitud en un pais no se pueden relajar los vínculos que lo oprimen sin que corra riesgo la vida del amo y del esclavo; la del amo por medio de la rebelion del esclavo; la del esclavo por medio del castigo del amo.

De suerte que las declamaciones en que por todas partes se prorrumpe con motivo de la barbárie que ejercen los amos para con sus esclavos en los Estados-Unidos y otros paises, son poco fundadas. No es el mal trato que dan los americanos á sus esclavos, lo que se les debe tener á mal, sino la esclavitud misma. Pero ya que admitimos el principio, debemos tambien admitir esas consecuencias que lamentamos, supuesto que son inevitables.

Otros individuos hay que, queriendo justificar á la servidumbre y disculpar los horrores que consigo trae, elogian la humanidad con que tratan los americanos á sus negros; éstos carecen á la vez de verdad y de lógica. Si el posesor de esclavos fuese humano y justo, dejaria de ser amo; el dominio que sobre sus negros ejerce, es una constante y forzosa violacion de todas las leyes morales y humanas.

Pero la esclavitud americana, á pesar de que se apoya sobre la misma base que toda servidumbre del hombre para con el hombre, tiene sin embargo algunos rasgos particulares que la distinguen.

Entre los antiguos, el esclavo servia mas bien para dar realce á su señor que para que ostentase éste dominio: era una necesidad de lujo y uno de los signos esteriores del poder. El es-

clavo americano, por el contrario, está destinado á servir á su amo y no á dar esplendor á su persona; jamas es un objeto de ostentacion, sino un instrumento de que saca utilidad su amo. En los tiempos de la antigüedad, el esclavo se afanaba á la vez que en procurar placeres á su amo, en labrar su fortuna. El negro, pura y esclusivamente, coopera á los intereses materiales del americano.

Jefferson, á pesar de no ser afecto á la esclavitud, se empeña en demostrar cuán feliz es la suerte de los negros comparándola con la condicion de los esclavos romanos; y despues de describir el carácter apacible de los dueños de haciendas en los Estados-Unidos, cita el ejemplo de Vedio Polion, que condenó á uno de sus esclavos á servir de pasto á las murenas de su tanque, en castigo de haber destruido un vaso de cristal (1).

No sé si la prueba que en este pasage presenta Jefferson es admisible. Es cierto que el hacendado de los Estados-Unidos se manifestaria poco severo para con el esclavo que destruyese un objeto de lujo; ¿pero mostraria igual indulgencia respecto de aquel que destruyera un objeto de una utilidad positiva? Lo ignoro; pero lo que sí hay de cierto es, que la ley de la Carolina del Sur decreta pena de muerte contra el esclavo que ocasione perjuicio en su plantío (2).

Por lo demas, sí creo que en efecto la vida de los negros en América no corra tanto riesgo

(1) V. Notas sobre la Virginia, de Thomas Jefferson.
(2) V. Brevard's Digest, t. 2°, p. 233, § 20.

como la de los esclavos entre los antiguos. En Roma, los ricos se burlaban de la vida de sus esclavos, con tanta indiferencia, como pudieran ver una superfluidad de lujo ó un objeto de moda. Un capricho, un esceso de ira, y muchas veces un depravado instinto, bastaron para cortar el hilo de muchas existencias. No se abrigan las mismas pasiones en el alma de un posesor de esclavos americano; para él su negro tiene el valor material que tienen los objetos útiles; y como ninguna pasion violenta le domina, al aspecto de sus esclavos que trabajan para que lucre, no le anima otro instinto que el de conservarlos.

El habitante de los Estados-Unidos que posee negros, no pasa en sus haciendas una vida brillante ni se muestra jamás en el poblado seguido de un numeroso séquito de esclavos. La labranza de su terreno es una empresa industrial, y sus esclavos son los instrumentos de que se sirve para su cultivo. Los cuida de igual modo que cuidara sus máquinas un fabricante. Les alimenta y vigila que de nada carezcan, como quien continuamente registrase las piezas de un ingenio para que no se entorpezcan, y á fin de que se conserven en buen estado; calcula el vigor de cada uno, hace trabajar incesantemente á los mas robustos, y deja que descansen aquellos á quienes un ejercicio mas prolongado destruiria. No es esta una tiranía de sangre y de suplicios, sino la mas sistemática y reflexiva que jamás amo haya ejercido sobre su esclavo.

Sin embargo, bajo un punto de vista diverso,

¿no es mas rigorosa la esclavitud americana que, la servidumbre de los antiguos?

En los Estados-Unidos, el espíritu calculista y positivo del amo le impele á dos distintos fines: el primero es, el de que trabaje lo mas posible su esclavo; el segundo, hacer el menor desembolso que sea dable para proveer á su sustento. El problema que tiene que resolver, es, cómo podrá conservar la vida del negro alimentándole parcamente, y cómo le hará trabajar con teson sin que las fuerzas se le agoten. Con facilidad se concibe que esta consideracion pone al amo en una difícil alternativa, porque querria que su negro no descansase, y teme sin embargo que un trabajo constante le destruya. Con frecuencia acontece en los Estados-Unidos al propietario de esclavos, lo que sucede al industrial, que por haber fatigado demasiadamente los resortes de una máquina, los vé romperse. Como estos cálculos de avaro ponen término á muchas vidas, las leyes americanas han tenido que prescribir el mínimum de la racion diaria que debe recibir el esclavo, y establecer penas severas contra los que lleguen á infringir esta disposicion (1). Por lo demás, estas leyes tan solo sirven para patentizar el mal sin remediarlo: porque, ¿de qué medios se puede servir el esclavo para obtener justicia por la mayor ó me-

(1) Leyes de la Carolina, Brevard's Digest, v. Slaves, § 46, t. 2º, p. 141.—Leyes de la Luisiana, Código relativo á los negros, art. 1º, secc. 3ª, t. 1º p. 220.—Leyes del Tenesí, t. 1º, v. Slaves, p. 321.

nor tiranía que se le imponga? En general la queja que exhala le atrae un aumento de padecimientos; y cuando por rareza llega á presentarse á un tribunal, se encuentra con que los que lo componen son sus enemigos naturales y amigos de su adversario.

De consiguiente, paréceme que me fundo al decir que en los Estados-Unidos el esclavo no tiene que temer aquellas destructoras violencias de que los esclavos de la antiguedad eran con tanta frecuencia víctimas. Su vida está segura, pero quizá es mucho mas mísera su condicion diaria.

Aun hay otro punto en que uno y otro discrepan: el esclavo antiguo contribuia las mas veces á formentar los vicios de su amo; á desempeñar bien este servicio de inmoralidad era á lo que se dedicaba su inteligencia.

El esclavo americano jamás tiene que prestar servicios de semejante naturaleza; raras veces es otra su ocupacion que el cultivo de la tierra, y las costumbres de su amo son intachables. El negro es estúpido; encuéntrase mas embrutecido que el esclavo romano, pero su corazon es menos depravado.

---

§. III.

¿Se puede abolir en los Estados-Unidos la esclavitud de los negros?

No se puede hablar acerca de la esclavitud sin convenir en que su institucion en una socie-

dad cualquiera, es, á la vez que un borron, una desgracia.

Existe en los Estados-Unidos esta plaga; pero no la debemos imputar á los americanos de nuestros dias, porque la heredaron de sus abuelos. Una parte de la Union ha llegado ya á libertarse de ella. Todos los Estados de la Nueva Inglaterra, Nuava-York y la Pensilvania, no tienen esclavos en el dia (1). Ahora, preguntamos: ¿podrá llevarse á efecto esta abolicion en los Estados del Sur, así como se ha operado en los del Norte?

Antes de que pasemos á examinar esta gran cuestion, preciso es que manifestemos que en los Estados-Unidos, la opinion general tiende abiertamente á la emancipacion de la raza negra.

Concurren á producir este efecto muchas causas morales.

En primer lugar, las creencias religiosas que estan difundidos por todos los Estados-Unidos.

Muchas sectas hay allí que manifiestan un ferviente entusiasmo por la causa de la libertad humana. Los esfuerzos que hacen los hombres piadosos sobre este punto, son incesantes, infatigables, y la influencia que ejercen, aunque insensible, échase de ver sin embargo.

A propósito de esto, pregúntase si la esclavitud puede durar por mucho tiempo en el seno de una sociedad de cristianos. El cristianismo es la igualdad moral del hombre; y admitido es-

(1) V. la tabla estadística que está á continuacion de esta nota.

te principio, es tan difícil no llegar á la igualdad social, cuanto parece imposible, existiendo ésta, que no se llegue á la igualdad política. Los legisladores de la Carolina del Sur conocieron muy bien todo el alcance que podia tener el principio moral, cuyo gérmen encierra el cristianismo, pues en uno de los primeros artículos del código que establece la esclavitud y la organiza, tuvieron la precaucion de declarar terminantemente que si recibe el bautismo un esclavo, no por este simple hecho quedará libre (1).

Tampoco se puede negar que los progresos de la civilizacion contribuyen incesantemente á que la esclavitud desaparezca. En este respecto influye sobre América la misma Europa. El americano, cuyo orgullo se resiste obstinadamente á reconocer superioridad alguna, se afecta dolorosamente de que tengan ese reproche que dirigir á su pais los demas pueblos.

Finalmente, una causa moral existe, que influye mas quizá que cualquiera otra en la sociedad americana, para escitarla á la emancipacion de los negros; esta es la opinion que mas y mas se generaliza de que los Estados donde está abolida la esclavitud, son mas ricos y gozan de mayor prosperidad que aquellos en que aun se conserva; y ésta opinion se apoya en un hecho positivo que proviene de esto: en los Estados donde está la esclavitud en ejercicio, los hombres libres no trabajan, porque siendo el trabajo el atribu-

(1) Leyes de la Carolina del Sur, Brevard's Digest, t. 2°. v. Slaves, § 3°, p. 229.

to del esclavo, aparece degradante á sus ojos. De aquí se sigue que en aquellos Estados viven entregados á la ociosidad los blancos al lado de los negros, que son los únicos que trabajan. O hablando en otros términos, diremos: que la parte de la poblacion mas inteligente, la mas enérgica y capaz de enriquecer al pais, permanece inerte y estéril, al paso que el trabajo productivo es obra de otra parte de la poblacion, vulgar, ignorante, que se entrega á sus tareas sin gusto, porque ningun interes tiene en ellas.

Mas de una vez oí á muchos habitantes del Sur, dueños de esclavos, quejarse por esta razon de la existencia de la esclavitud, y hacer votos porque se aboliese.

Luego no se puede negar que tiende en los Estados-Unidos la opinion pública á la total estincion de la servidumbre.

Pero ¿podrá esa abolicion llevarse á cabo? Dirijamos una ojeada sobre las diversas objeciones que á ello se presentan.

Primera objecion.—Diremos, en primer lugar, que hay personas que de la esclavitud de los negros forman una cuestion de hecho y no de principio. La raza africana, dicen, es inferior á la europea: luego los negros están, por su naturaleza misma, destinados á servir á los blancos.

No discutiré aquí la cuestion sobre si son superiores los blancos á los negros; es un punto acerca del cual están divididos muchos ingenios: para profundizarlo era necesario que tuviera mayores luces de las que con relacion á la materia

poseo. Me limitaré, pues, á presentar sobre el particular algunas ligeras observaciones.

En general decídese la cuestion de superioridad por medio de un solo hecho; pónese un blanco al frente de un negro, y se dice: "Aquel es " mas inteligente que éste." Pero preséntase aquí un principio de error, y consiste en querer confundir la raza con el individuo. Supongo que sea constante el hecho de superioridad intelectual del europeo de nuestros dias; la cuestion aun no está resuelta.

En efecto, ¿no podrá suceder que tenga el negro una inteligencia igual en su principio á la del blanco, y que haya degenerado en virtud de algunas causas accidentales? Cuando á consecuencia de cierto estado social se ha visto la poblacion negra sometida á una condicion degradante que por espacio de muchos siglos, de padres á hijos se ha ido trasmitiendo; cuando se la ha sujetado á una vida absolutamente material que es susceptible de destruir á toda humana inteligencia, ¿no debe resultar para las generaciones que se succeden una alteracion progresiva de las facultades morales, cuya alteracion, cuando ha llegado á cierto grado, toma el caracter de una organizacion especial, y que se considera como el estado natural del negro, no siendo sino un estravío que de él ha sufrido? Esta cuestion, que no hago mas que presentar, se halla tratada detenidamente y con maestría en una obra de dos tomos, que se titula: *Natural and physical history of man, by Richard.*

Despues de haber indicado el error en el cual

se puede incidir al comparar dos razas que marchan desde hace muchos siglos por opuestas sendas, la una hácia la perfeccion moral y la otra hácia el embrutecimiento, agregaré que no es menos defectuoso el paralelo que entre los individuos se establece. ¿Cómo, en efecto, podremos exigir al negro, cuya inteligencia nada ha despertado desde que existe, el mismo desarrollo de facultades que en el blanco es el fruto de una educacion liberal y temprana?

Por lo demas, en breve nos presentará un desengaño el esperimento que se está haciendo en los Estados de la Union donde la esclavitud está abolida. En Boston, en Nueva-York y en Filadelfia, hay escuelas públicas para los hijos de los negros, fundadas con arreglo á los mismos principios que las de los blancos; y en todos estos puntos ví emitir la opinion de que los niños de color manifiestan una aptitud para el trabajo, y una capacidad del todo iguales á los blancos. Por mucho tiempo se creyó en los Estados-Unidos que los negros no tenian suficiente inteligencia, ni aun para dedicarse al tráfico; y sin embargo, hay en los Estados del Norte, en el dia, una infinidad de hombres de color que por sí propios se han labrado grandes fortunas mercantiles. Por mucho tiempo se pensó tambien que el negro habia sido destinado por el Creador á tener eternamente inclinada su frente hácia la tierra que para su señor cultiva; pero un rico industrial del Kentucky me aseguró que era un error notorio, y que los hijos de los negros á quienes se hace aprender oficio, trabajan tan bien como lo puedan hacer los blancos.

Luego la cuestion de superioridad del blanco sobre el negro es susceptible de debate. Por lo demás, aun suponiendo que fuese incontestable, ¿resultaria de ella la consecuencia que se deduce? ¿Porque se reconociese en el habitante de Europa un grado mas de inteligencia que en el individuo que ha nacido en Africa, deberiamos concluir que habia destinado la naturaleza al segundo á ser esclavo del primero? ¿Cuál seria el punto á que nos condujese tan descabellada teoria?

Tambien entre los blancos se observa desigualdad de inteligencias: ¿y deberá ser el menos ilustrado esclavo de aquel que mas luces posea? ¿Quién habrá de calificar la mayor ó menor magnitud de las inteligencias?.... No; el valor moral del hombre no consiste solamente en su ánimo; en el alma es donde particularmente reside. Despues de haber probado que el negro tiene menos comprension que el blanco, todavía seria necesario demostrar que aquel tiene sensaciones menos vivas que éste, que es menos capaz de hacer sacrificios y de abrigar generosidad y virtud en el alma.

Semejante teoría no puede resistir al exámen. Si se aplica á los blancos entre sí, aparecerá ridícula; si se limita á los negros, se mostrará tanto mas odiosa cuanto que comprende á toda una raza, á la cual condena en masa á soportar la mas espantosa de las desdichas.

Hé aquí, pues, que esta primera objecion no tiene fuerza.

Segunda objecion.—Pero otros hay que dicen:

" Necesitamos negros que cultiven nuestros ter-
" renos; los hombres nacidos en Africa son los
" únicos que puedan dedicarse sin riesgo, bajo
" los rayos de un sol ardiente, á las recias tareas
" de la labranza; y pues no podemos carecer de
" esclavos, es indispensable que la esclavitud se
" conserve."

Estos son los términos en que se espresa el hacendado americano, quien, como lo vemos, reduce su cuestion á la de su interés personal. A este interés se uniria, es cierto, el de la prosperidad misma del pais, si hubiere exactitud en decir que no se pueden cultivar los terrenos del Sur sino con el auxilio de los negros.

Acerca de este punto, obsérvase en el Sur una divergencia de opinion considerable. Es muy cierto que á medida que se acercan al trópico los blancos, se hace mas y mas peligroso para ellos el trabajo que impenden bajo el sol ardiente del estio; ¿pero hasta dónde se entiende este riesgo que corren? ¿no podria la costumbre hacer que desapareciese? ¿en qué grado de latitud cemienza? ¿en la Virginia ó en la Lusiana? ¿á los 4 grados ó á los 31?

Hé aquí las cuestiones que se debaten en América, y á las cuales se dan contradictorias soluciones. Cuando recorrí los Estados del Sur, con bastante frecuencia oí decir que si la esclavitud de los negros se abolia, vendria por tierra la riqueza agrícola de las demarcaciones meridionales.

Sin embargo, hoy mismo está presetándose en el Maryland un hecho que es capaz de hacer

vacilar la fé demasiado grande que se podia prestar á tales asertos.

El Maryland, Estado donde se halla la esclavitud en observancia, está situado entre 38 y 39 grados de latitud, en medio de los Estados del Norte, donde todos los hombres son libres; y los del Sur, donde está en vigor la servidumbre. Ahora bien: hemos de estar en que hará apenas algunos años que la opinion general que en el Maryland se tuviese, era la de que el trabajo de los negros era indispensable para la cultura del terreno, y se habria sofocado el aliento de cualquiera que hubiese emitido un sentir contrario. Sin embargo, á la época en que atravesé por aquel rumbo (Octubre de 1831), la opinion habia variado completamente sobre este punto. No encuentro mejor medio de dar á conocer esta revolucion que en el espíritu público se operara, que citando á la letra lo que me decia en Baltimore un hombre de pensamientos elevados y que ocupa un lugar distinguido en la sociedad americana.

"No hay," decíame, "un solo individuo en todo "el Maryland, que no desee hoy la abolicion "de la esclavitud, con tanto ahinco como desea- "ba su conservacion en otro tiempo.

"Está probado que sin inconveniente alguno "pueden los blancos dedicarse á los trabajos de "la agricultura, en los cuales antes se creia que "solo se podian ocupar los negros.

"Tan luego como este hecho se supo, vínose "á establecer en el Maryland un gran número "de peones y agricultores blancos, y entonces

" hicimos otro descubrimiento no menos impor-
" tante; y es, el de que tan luego como se esta-
" blece una competencia entre trabajadores es-
" clavos y libres, es segura la ruina del que se
" sirve de esclavos para sus tareas. El trabajo
" del agricultor que se afana para su particular
" adelanto, y el del peon libre que lo hace en be-
" neficio de otro por un salario, producen la mi-
" tad mas que el del esclavo que desempeña sus
" tareas solo para que lucre su amo y sin tener
" en ellas interes personal alguno. Resulta de
" esto que los precios de los objetos que son
" frutos del trabajo del hombre libre, son la mi-
" tad de lo que antes eran, de suerte, que lo que
" valia dos pesos cuando no habia entre nosotros
" mas trabajadores que los negros, no cuesta
" hoy sino uno solo. Sin embargo, el que ob-
" tiene el mismo renglon por medio de los afa-
" nes de los esclavos, se vé en la necesidad de
" vender á igual precio, y entonces pierde, por-
" que gana la mitad menos que antes y no dejan
" de ser los mismos sus gastos; es decir, que
" tiene que mantener á sus negros y á las fami-
" lias de estos, cuidar de ellos en su infancia,
" en su vejez y durante sus enfermedades, y el
" trabajo de estos es menos lucrativo que el de
" los hombres libres (1)."

---

(1) Solo hay un ramo de cultivo en el Maryland, para el cual se pueda todavia hacer uso sin perjuicio de los esclavos; este ramo es el del tabaco. La cultura de esta planta exige una multitud de cuidados prolijos, y para ellos se necesita un inmenso número de brazos: con mugeres y niños es bastante para el efecto: lo que im-

Tampoco puedo terminar esta materia sin trasladar aquí lo que me decia sobre la esclavitud de los negros un hombre justamente célebre en América, Charles Carroll, uno de los que suscribieron la declaracion de independencia, y el que por mas tiempo gozara de su gloriosa obra (1).

"Es un error," me decia, "creer que se nece-
" sita de los negros para la cultura de ciertas
" plantas, como son la caña dulce, el arroz y el
" tabaco. Estoy convencido de que facilmente
" se acostumbrarian los blancos á cultivarlas por
" sí mismos, si se decidiesen á ello. Quizá cos-
" taríales trabajo al principio acostumbrarse al
" cambio que en sus hábitos introducian; pero
" no tardaria en hacérseles llevadera esta faena,
" y luego que se hiciesen al clima y se aplicasen
" al trabajo que los negros desempeñan, echa-
" rian de ver que adelantaban en sus tareas dos
" veces mas que los esclavos."

Cuando el Sr. Charles Carroll me hablaba de este modo, hallábase domiciliado en una estension de terreno que contenia trescientos negros.

---

porta es, que sean muchos, y las familias de los negros, que son en lo general muy numerosas, son á propósito para este objeto. Por lo demas, aunque es cierto que todavía son útiles los negros para este cultivo, no son indispensables, pues lo mismo que hacen ellos podrian hacer los blancos. Lo único que se puede decir es, que hecho con esclavos, todavía procura una ganancia, al paso que ninguna deja aplicada á las demás industrias agrícolas.

(1) Ví al Sr. Charles Carroll á fines de 1831, y el año siguiente ya no existia. Murió el 10 de Noviembre de 1832, á la edad de 96 años.

No concluiré de todo lo que llevo espuesto, que la objecion que se ha presentado en el Sur contra el trabajo de los blancos, carezca totalmente de fundamento; pero en fin, ¿no me será lícito pensar que muchos Estados del Sur que han considerado hasta hoy la esclavitud como una necesidad indispensable, llegarán á conocer su error como respecto del Maryland ha sucedido? De dia en dia se van haciendo mas y mas fáciles y frecuentes las comunicaciones mútuas de los Estados: ¿no llegará á estenderse hasta el Sur la revolucion moral que se ha operado en Baltimore? Los Estados del Mediodia que antes se dedicaban esclusivamente á la agricultura, se empiezan á aplicar á la industria; las fábricas que se han establecido en el Sur, necesitarán sostener la competencia con las del Norte; esto es, que tendrán que espender sus productos al mismo precio que los den estas, y entonces se verán en la imposibilidad de servirse de los esclavos, supuesto que está demostrado que los trabajadores de esta clase no pueden dar la misma utilidad que los libres. Donde quiera que se presente un operario libre, viene la esclavitud por tierra. Finalmente, queda evidentemente demostrado que (económicamente hablando) la esclavitud es perjudicial cuando deja de ser necesaria, segun el sentir de los mismos que antes la habian creido indispensable. Pero preséntanse contra la estincion de la esclavitud objeciones de naturaleza mas grave que aquellas que se apoyan en la mayor ó menor utilidad que pueda producir el trabajo del negro á los blancos.

Tercera objecion.—Supongamos admitido el principio de abolicion; ¿cuál será el medio que se emplee para llevarlo á efecto?

Para llegar á este fin hay dos sistemas: primero, emancipar desde hoy á todos los esclavos: segundo, solamente abolir el principio de esclavitud y declarar libres á los hijos que en lo sucesivo fueren naciendo de los esclavos. En el primer caso desaparece desde luego la servidumbre, y, desde el punto en que se promulgue la ley, solo se compondrá de libres la sociedad americana. En el segundo queda la esclavitud en tal estado; los que son esclavos continúan siéndolo, no sirviendo la emancipacion sino para las generaciones futuras.

Estos dos sistemas, tan sencillos uno y otro en su teoría, se encuentran en su ejecucion con dificultades que les son comunes.

En primer lugar, al declarar libres á los esclavos ó á sus descendientes, exigen la equidad que el gobierno reembolse á sus dueños el valor que les costaron: la indemnizacion es la primera condicion á que se debe someter la medida de que tratamos, supuesto que el esclavo es una propiedad de su señor.

Preguntamos ahora: ¿cómo podrá operarse este rescate?

El gobierno americano está, segun se dice, en la mejor disposicion para efectuarlo, porque la deuda pública de los Estados-Unidos está cubierta: además de esto, las rentas del gobierno federal ascienden anualmente á la cantidad de ciento cincuenta y nueve millones de francos. De esta

suma, consúmense catorce millones en los gastos de la administracion federal; luego quedan ochenta y cinco millones que anteriormente se dedicaban á la amortizacion de la deuda, y que en la actualidad podrian emplearse en el rescato de los negros esclavos (1).

Muchas veces oí proponer este medio para obtener esta emancipacion absoluta; ¡pero cuántos obstáculos aún se pulsan! En primer lugar, observemos que es vicioso el punto de partida; es cierto que los Estados-Unidos ya no tienen deuda pública que satisfacer; pero tan luego como se vieron exonerados de ella, introdujeron una considerable reduccion en sus impuestos, que son el órigen de sus rentas. Luego no es esxacto decir que el gobierno federal recauda anualmente ochenta y cinco millones, que podia emplear en el rescate de los negros.

Pero supongamos que tiene en efecto á su disposicion esta suma, y veamos si se puede esperar que haga de ella el uso que se quiere.

Habria en los Estados-Unidos, segun consta en el último censo de aquella poblacion que se formó en 1830, dos millones y nueve mil esclavos; ahora bien, suponiendo que haya de reducir á cien pesos el valor medio de cada negro, por incluirse á las mugeres, niños y ancianos, resultaria que el rescate de dos millones y nueve mil esclavos costaria mas de mil millones de

(1) V. *National Calendar* de 1833.—V, Public revenues and expenditures.

francos (1). A esta suma seria necesario agregar la del valor de doscientos mil esclavos que deben haber nacido, por lo bajo, desde 1830 á la fecha (2), y cuyo rescate aumentaria en ciento once millones mas los millones que anteceden. Dando por cierto que el gobierno federal pudiese y quisiese aplicar anualmente, al rescate de negros, una suma de ochenta y cinco millones, no podria con esta cantidad rescatar cada año mas que ciento sesenta mil esclavos; seria pues necesario que se dedicase la misma cantidad, al propio objeto, por espacio de catorce años, para rescatar el número total de esclavos en la actualidad existentes. Aun no es todo. Estos dos millones y nueve mil esclavos que hoy existen, diariamente se multiplican; y suponiendo que su aumento sea en lo venidero proporcionado á lo que fué hasta aquí, formará el de sesenta mil, poco mas ó menos, cada año; será pues necesario consumir cuarenta y siete millones de francos, no en conseguir la diminucion de los esclavos, sino únicamente para evitar su aumento; y estos cuarenta y siete millones forman mas de la mitad de la suma destinada al rescate.

Ya vemos que la magnitud y la duracion del sa-

---

(1) 200.900.000 pesos, ó sea 1.064.770.000 de francos.

(2) Digo que 200.000 por lo bajo, porque, como se puede observar, en la tabla estadística que se acompaña, la poblacion esclava se aumenta en toda la Union en proporcion de un 30 por 100 cada diez años. Es de atenderse á que han transcurrido cuatro años desde que se formó el censo en que consta ser de 2.009.000 el número de esclavos entonces existentes.

crificio pecuniario que el gobierno de los Estados-Unidos tendria que imponerse, solo pueden compararse con la insuficiencia del mismo sacrificio. ¿Y se creerá posible que el gobierno americano emprenda semejante tarea con el auxilio de tal medio?

No sé si un pueblo que por sí propio se gobierne, hará jamás tamaño sacrificio sin una necesidad urgente. Las masas que siempre despliegan tanta habilidad y poder cuando se trata de curar los males de que en la actualidad adolecen, tienen muy poca prevision con relacion á las desgracias venideras. La esclavitud que puede, á la verdad, llegar á ser en lo futuro para la Union entera una causa de discordia y de agitacion, no afecta hoy de un modo sensible sino á una parte del pais, y ésta es el rumbo del Sur; ni puede admitirse que los Estados del Norte, donde no hay esclavos en el dia, movidos de interés en favor de los Estados meridionales, y por una vaga prevision de un peligro incierto, se presten á que se dediquen al rescate de los esclavos del Sur sumas considerables, que empleadas en bien de la comunidad, podrán producirla ventajas reales é inmediatas. Paréceme que esperar del gobierno federal de los Estados-Unidos tal sacrificio, es desconocer las reglas que el interés personal observa, y no tomar en cuenta el carácter americano ni los principios con arreglo á los cuales se concluye la democracia.

Mas el obstáculo que resulta de lo exorbitante de la suma que se tendria que dedicar al rescate de los esclavos, no es la única que se pulse.

Supongamos esta dificultad vencida.

Cuarta objecion.—¿Qué sucederá con los negros luego que se les haya emancipado? ¿El paso de darles libertad quedará solo limitado á quebrantar las cadenas que los oprimen? ¿Se permitirá que disfruten de esa libertad que se les concede, al lado de sus amos? Si los que se hallaban ayer sumergidos en la servidumbre se encuentra hoy con fuerzas poco mas ó menos iguales, al frente de los que fueron sus tiranos, ¿no debe temerse que se sigan de esta mutacion funestas coliciones?

Ya vemos que no está toda la dificultad cifrada en el rescate de los negros, sino que es necesario aun, despues de emanciparlos, hallar el medio de hacerles desaparecer de la sociedad en cuyo seno fueron esclavos.

Acerca de este particular dos medios se han propuesto.

El primero, es el de Jefferson (1), que opina que abolida que sea la esclavitud se dé á los negros una porcion del territorio americano, que habiten separados de los blancos. Desde luego salta á los ojos lo que tiene semejante sistema de impolítico y de vicioso. Su consecuencia inmediata seria establecer en el territorio de los Estados-Unidos dos distintas sociedades formadas de dos razas que secretamente se detestan, y cuya antipatía se manifestarian abiertamente en lo futuro; seria crear una nacion vecina y enemiga de los Estados-Unidos, que hasta hoy han te-

1) Notas sobre la Virginia, p. 119.

nido la felicidad de carecer de enemigos y de vecinos.

Pero desde que Jefferson propuso esta manera singular de separar á los negros de los blancos, se ha encontrado otro medio que no puede decirse que adolezca de los mismos inconvenientes.

Se ha fundado en Liberia en la costa de Africa (á los 6 grados de latitud boreal) una colonia de negros libertos; se han formado varias sociedades filantrópicas para el establecimiento, vigilancia y conservacion de esta colonia, que ya prospera. A principios de año del 1834, contenia tres mil habitantes, todos los cuales eran negros libres y libertos emigrados de los Estados-Unidos.

Hé aquí, si la emancipacion general de los negros fuese posible y pudiese trasladárseles á Liberia, un bien sin ninguna mezcla de mal. ¿Pero podrá efectuarse el trasporte de los libertos bajo plan tan vasto? Además de los gastos de redencion que ya me supongo cubiertos, los de trasporte serian tambien considerables; se tiene averiguado que para un trasporte de esta clase se tendria que desembolsar 30 pesos por cada negro; de suerte que para dos millones de negros, se pagaria la cantidad de trescientos diez y ocho millones de francos que se debe agregar á los mil doscientos millones anteriores. De suerte que mientras mas á fondo se examina la cuestion, mayores obstáculos se pulsan.

Ahora quiero tambien suponer que estas primeras dificultades están vencidas; quiero admi

tir que el gobierno de la Union esté dispuesto á hacer, para la emancipacion de los negros del Sur, el inmenso sacrificio que dejo indicado, sin que los Estados del Norte, á los cuales interesa por ahora, muy poco, la cuestion, se opongan asimismo admito que existe un medio de trasladar á la poblacion emancipada fuera del territorio americano; superados estos obstáculos, quedaria todavía que vencer el mas grave de todos, cual es la voluntad de los Estados del Sur, en cuyo seno existen los esclavos.

Quinta objecion.—Segun la constitucion americana, la abolicion de la esclavitud en el Sur, no podria practicarse sino en virtud de un acto que emanase de aquellos Estados, ó seria por lo menos necesario, si tomaba á su cargo el gobierno federal la emancipacion de los negros, obtener para dar tal paso, la aquiescencia de los Estados que están interesados en ella (1). Ahora, ignoro como podrán pensar ni conducirse acerca de este particular en lo futuro, los Estados del Sur; pero sí me parece incuestionable que hoy, teniendo en consideracion la disposicion en que

(1) V. la constitucion de los Estados-Unidos. Las facultades del congreso están limitadas á los casos que la constitucion enuncia. Entre estos casos, que en la seccion 8ª se enumeran, no se halla el derecho de abolir la esclavitud en los Estados donde está establecida; por el contrario, muchos artículos hay en la constitucion en los cuales se reconoce terminantemente la servidumbre, y entre ellos el § 3º de la secc. 2ª, art. 4º.—Finalmente, el art. 10 del suplemento á la constitucion, dice que aquellas facultades que no estuvieren espresamente concedidas al gobierno general de los Estados-Unidos, quedan reservadas en particular á los Estados.

se hallan allí los ánimos y los intereses,no habria individuo que no se opusiese á la emancipacion de los negros, aun cuando debidamente se indemnizase.

Por lo pronto se puede asegurar que la súbita transicion del estado de servidumbre al de libertad de los negros, seria para los propietarios de esclavos un momento de peligrosa crisis.

En vano se nos dice que los negros, en el hecho de recibir la libertad, no tienen ya agravio alguno que vengar contra la sociedad ni contra sus amos; yo contesto que conservan en la memoria la tiranía que para con ellos se ejerciera, y que el destino de los opresos es mostrarse sumisos cuando son débiles, y vengarse cuando llegan á hacerse fuertes; ahora bien, en el punto en que adquiere su libertad, es cuando se vuelve fuerte el esclavo.

No es verosímil que los americanos que habitan los Estados donde hay esclavos, se sometan por voluntad propia á las peligrosas probabilidades que acarrearia la emancipacion de los negros, con el objeto de evitar á sus remotos descendientes la posibilidad de una lucha entre ambas razas.

Tanta menos razon hay para que lo hagan, cuanto que, ademas de lo temible que es la medida, padecerian gran menoscabo sus inteses materiales. Todas las riquezas,todas las fortunas de los Estados del Sur, están cifradas, por ahora, en el trabajo de los esclavos;no habria indemnizacion pecuniaria, por amplia que fuese,

al desprenderse de sus esclavos; hallaríase, pagandoles, con un capital del cual no sabria hacer uso. Mas adelante, sin duda, pondríanse en planta nuevas empresas, daríase diverso laborío á las tierras; pero la supresion de los esclavos seria, para la generacion contemporánea, el orígen de un inmenso trastorno en los intereses materiales.

Preguntamos si es creible que una generacion entera se someta á semejante ruina, porque disfruten de mayor bien las generaciones futuras. —No; y es dudoso que se impusiese tan costoso sacrificio aun echando de ver los riesgos que actualmente corre. No hay cosa mas dificil de concebir que el abandono que haga una masa numerosa de hombres de sus intereses materiales con la intencion de evitar el peligro. El peligro que actualmente se teme, no es sino una futura desgracia, y el sacrificio por el contrario, seria una calamidad presente.

Pero se nos dice que en mucha parte quedan sin vigor estas objeciones si, al declarar libres á los hijos que en lo succesivo tengan los negros, se conserva en la servidumbre á los esclavos que hayan nacido antes del decreto de abolicion. En esta hipótesis, los que estinguen la esclavitud conservan sus esclavos, y la generacion venidera no puede quejarse de las consecuencias de la emancipacion, porque no conoció las comodidades que procuraba la servidumbre.

Este sistema atenua en efecto las objeciones, pero no las destruye del todo. ¿No introducirá un principio de insurreccion entre los esclavos, el hecho de declarar libres á los hijos que de

ellos nazcan, al paso que se conserva á los padres en la servidumbre? Grandes esfuerzos se hacen por persuadir al esclavo de que no es igual á los blancos, y de que esta desigualdad es la que da origen á la esclavitud; ¿en qué quedaria esta ficcion cuando se palpase una realidad que la contradigese? ¿cómo podria prestarse á obedecer el negro teniendo á la vista á su hijo, investido con el derecho de resistirse?

Por otra parte, suponer que los americanos del Sur quieran anonadar los derechos de sus hijos á trueque de conservar ellos intactos los suyos, es atribuirles un egoismo exagerado. Tan sorprendente seria que hiciesen el gran sacrificio de que tratamos en favor de las generaciones futuras y remotas, como que sacrificasen á su interes particular el de sus descendientes inmediatos, porque el sentimiento paternal se puede casi llamar egoismo. Luego es seguro que se manifestarán los padres tan renuentes á permitir una providencia ruinosa para sus hijos, como á dar un paso que ocasione la ruina de ellos mismos.

Sin embargo, sobre este particular presentaríaseme el ejemplo de los Estados del Norte de la Union, que han abolido la esclavitud para lo futuro, esto es, para los negros que en lo succesivo nazcan, dejando esclavos á los que lo eran antes de la promulgacion de la ley relativa; y se me preguntará la razon por qué no pudieran hacer los Estados del Sur lo mismo.

Sobre este punto la contestacion me parece fácil. En primer lugar es constante que en el

Norte jamas llegó á ejercerse la esclavitud muy en grande. Cuando la Pensilvania, Nueva-York y los demas Estados septentrionales, abolieron la esclavitud, no contenian sino un número insignificante de esclavos en su seno. Para no citar sino un ejemplo, diré, que cuando en 1799 abolió Nueva-York la esclavitud, solo contaba tres esclavos por cada cien habitantes libres; de suerte que se pudo emancipar de un golpe á los negros ó declarar libres á los hijos que en lo succesivo tuviesen, sin temer consecuencia alguna funesta del principio de libertad que de improviso se difundia por entre los esclavos. Los posesores de negros no formaban en la poblacion sino una fraccion imperceptible, y era general la opinion de que cesase de haber esclavos para que nada hubiera que pudiese dar un aspecto de bajeza al trabajo que es el orígen de la riqueza. Cuando abolieron para lo futuro los Estados del Norte la servidumbre de la raza negra, no tuvieron que hacer un sacrificio; la mayoría, á la cual esta abolicion beneficiaba, impuso la ley al menor número, á pesar de que le convenia que se conservase.

Ahora bien, ¿qué comparacion podremos hacer entre los Estados del Norte y los del Sur, en que los esclavos son iguales, y aun quizá superiores en número á la gente libre (1), y donde por otra parte, la mayoría, y acaso la totalidad de los habitantes, tiene interes en que el sistema de esclavitud subsista?

(1) V. la tabla estadística que se halla al fin de esta nota.

Ya vemos que hasta ahora la disparidad es completa; ¿pero será posible que no podamos esperar que se opere con el tiempo algun cambio en la posicion que hoy guardan los Estados del Sur, ni concebir la idea de que, así como están interesados hoy en que la esclavitud subsista, llegue dia en que su abolicion les convenga? Estoy firmemente persuadido de que esta abolicion tarde ó temprano tendrá efecto, y manifesté mas arriba las razones en que me fundo; pero tambien creo que la esclavitud, en el Sur, durará todavía mucho tiempo, y acerca de esto paréceme útil resumir las diferencias materiales que hacen imposible toda comparacion entre lo que acontezca en el Sur y lo que sucedió en el Norte.

Es indudable que la temperatura fria de los Estados del Septentrion es perjudicial á la raza africana, al paso que el cálido clima de la demarcacion del Sur la es benéfico; en los primemeros decae y desmerece, en tanto que prospera y se reproduce abundantemente en la segunda.

De suerte, que la gente negra, que tendia naturalmente á su diminucion en los Estados donde la esclavitud está abolida, halla por el contrario, en el clima de la demarcacion meridional en que la esclavitud se conserva, un orígen de aumento.

En el Norte, la esclavitud era evidentemente perjudicial al mayor número, y los habitantes del Sur están en la duda todavía de si no les es indispensable. La servidumbre fué siempre una

superflicidad para el Norte, para y el Sur, al menos hasta ahora, siempre fué útil. Para los habitantes del Norte era únicamente un accesorio; en el Sur está relacionada con el carácter, con las costumbres y con todos los intereses. Los Estados libres no tuvieron mas que dictar una ley para suprimirla; los Estados donde hay esclavos tendrian que cambiar toda una condicion social para abolirla.

La actividad, el amor que tienen los habitantes del Norte al trabajo, el fervor religioso que anima á los presbiterianos de la Nueva Inglaterra, el rigorismo de los cuákeros de la Pensilvania, todo contribuia en los Estados septentrionales á que desapareciese de allí la servidumbre. No sucede lo mismo en el Sur; los Estados meridionales tienen creencias, pero no pasiones religiosas; muchos de entre ellos, como el Alabama, el Mississipi y la Georgia, se hallan en una condicion casi bárbara, y sus habitantes son, como todos los del Mediodia, inclinados á la indolencia y á la ociosidad. De suerte que, con respecto á la esclavitud, no existe en el Sur ninguna de aquellas causas que cooperaron á su estincion en el Norte.

Los Estados del Sur están muy distantes todavía de proceder á la emancipacion de los negros.

Y sin embargo, aun cuando quieren que la servidumbre subsista, cáusales terror la idea de las consecuencias que podrá producir en lo venidero. El aumento progresivo del número de esclavos que tienen en su seno, es á propósito para inquietarles; en la Carolina del Sur y

[illegible] superior al
[illegible] aumento es
[illegible] hecho mismo.
[illegible] negros con los
[illegible] extension del ter-
[illegible] gobierno fede-
[illegible] Estados, síguese de
[illegible] de los esclavos
[illegible] reproducion; y co-
[illegible] Estados del Sur, no se
[illegible] proporcion que la negra,
[illegible] tiempo dado, la gente es
[illegible] superior en numero á la
[illegible]

[illegible] los Estados de la demar-
[illegible] Union americana la tem-
[illegible] para con-
[illegible]

[illegible]
rte, que la [illegible]
e á su diminu[illegible] Mississipi [illegible]
avitud está [illegible] negros [illegible]
el clima de la [illegible] Tenesi, el
esclavitud se [illegible]

[illegible]
Norte, la esclavitud [illegible]
al mayor número [illegible]
stán en la duda toda[illegible]
able. La servidumbre [illegible]

sesor de mas ó menos. En el Maryland, en el distrito de Colombia y en la Virginia, donde comienzan á dedicarse los hombres libres al trabajo, se emancipa á muchos esclavos y se vende de ellos á los Estados mas meridionales cuantos se puede. La Luisiana, la Carolina del Sur, el Mississipi y la Florida, que encuentran hasta hoy un inmenso lucro en la labranza, por medio de esclavos, de sus terrenos á ninguno emancipan, y por el contrario, se empeñan en estar incesantemente aumentando su número. Con frecuencia acontece que estos Estados, aterrados por la idea del porvenir, promulguen leyes prohibiendo la compra de esclavos en los otros paises de la Union. Al atravesar yo la Luisiana (1832), acababa de espedir aquella legislatura un decreto, en el cual se prohibia toda compra de negros de los Estados limítrofes; pero estas disposiciones generalmente no se obedecen. Con frecuencia se observa que los mismos legisladores son los primeros que las infringen; su particular interés como hacendados, les hace comprar esclavos, despues de haber prohibido, en bien del interés procomunal, esta especie de tráfico.

En resúmen, cuando se atiende al movimiento intelectual que agita al mundo; á la mancha que imprime en una nacion [illegible] tencia de la esclavitud en su seno, segu[illegible]on de los demas pueblos; á las rápidas [illegible]e han hec[illegible] ya en los Estados-Un[illegible]rales, respecto á la servid[illegible] progresos de la eman[illegible] del Norte al Sur inces[illegible]

Luisiana, el número de negros es ya superior al de los blancos (1), y la causa de su aumento es quizá mas grave todavía que el hecho mismo. Hallándose prohibido el tráfico de negros con los paises estrangeros en toda la estension del territorio de la Union, no solo por el gobierno federal, sino aun por todos los Estados, síguese de aquí que el aumento del número de los esclavos no puede provenir sino de su reproducion; y como la raza blanca, en los Estados del Sur, no se multiplica en la misma proporcion que la negra, es evidente que en un tiempo dado, la gente esclava será infinitamente superior en número á la gente libre (2).

A pesar de que ven los Estados de la demarcacion meridional de la Union americana la tempestad que se les prepara, nada hacen para conjurarla; puramente se ocupa cada cual en combatir ó en patrocinar el aumento del número de esclavos, segun conoce que le conviene ser po-

---

(1) Tabla estadística que se encontrará á la conclusion de esta nota.

(2) Es cierto que los Estados del Sur como la Luisiana, la Carolina del Sur y el Mississipí, que es donde se hace mas notable el aumento de los negros, compran esclavos en los Estados vecinos, como son el Tenesí, el Kentucky, la Virginia y el Maryland; he aquí una causa de aumento independiente de la multiplicacion que resulta de la reproduccion de la raza. Pero lo que prueba que no es esta la única causa del aumento, es que en los Estados contiguos, el número de esclavos tambien se acrece; y aun en aquellos en que mengua, como la Virginia, el Marylad, &c., no se le ve disminuir en igual proporcion que en los demas aumenta. V. la tabla estadística.

sesor de mas ó menos. En el Maryland, en el distrito de Colombia y en la Virginia, donde comienzan á dedicarse los hombres libres al trabajo, se emancipa á muchos esclavos y se vende de ellos á los Estados mas meridionales cuantos se puede. La Luisiana, la Carolina del Sur, el Mississipi y la Florida, que encuentran hasta hoy un inmenso lucro en la labranza, por medio de esclavos, de sus terrenos á ninguno emancipan, y por el contrario, se empeñan en estar incesantemente aumentando su número. Con frecuencia acontece que estos Estados, aterrados por la idea del porvenir, promulguen leyes prohibiendo la compra de esclavos en los otros paises de la Union. Al atravesar yo la Luisiana (1832), acababa de espedir aquella legislatura un decreto, en el cual se prohibia toda compra de negros de los Estados limítrofes; pero estas disposiciones generalmente no se obedecen. Con frecuencia se observa que los mismos legisladores son los primeros que las infringen; su particular interés como hacendados, les hace comprar esclavos, despues de haber prohibido, en bien del interés procomunal, esta especie de tráfico.

En resúmen, cuando se atiende al movimiento intelectual que agita al mundo; á la mancha que imprime en una nacion la existencia de la esclavitud en su seno, segun la opinion de los demas pueblos; á las rápidas conquistas que han hecho ya en los Estados-Uuidos las ideas liberales, con respecto á la servidumbre de los negros; á los progresos de la emancipacion que en su marcha del Norte al Sur incesantemente gana terreno; á

la necesidad en que tarde ó temprano se hallarán los Estados meridionales de sustituir el trabajo del hombre libre al de los esclavos, so pena de aparecer inferiores á los Estados del Septentrion; atendiendo á todos estos hechos, es imposible no preveer que habrá una época mas ó menos cercana, en que totalmente desaparezca la esclavitud de la América del Norte.

Pero esta emancipacion ¿en qué términos habrá de operarse? ¿cuáles serán sus medios y sus consecuencias? ¿qué suerte correrán tanto los amos como los libertos? Hé aquí lo que nadie se atreve á resolver de antemano.

Existe en América una circunstancia que es acaso mas grave todavía que la servidumbre, y es la raza misma á que los esclavos pertenecen. La sociedad americana, con sus negros, se halla en una situacion muy diversa de la que guardaron aquellas sociedades de la antigüedad que tuvieron esclavos. El color de los esclavos americanos hace que completamente varíen las consecuencias de la emancipacion. Antiguamente al liberto blanco nada le quedaba de esclavo; el liberto negro casi nada tiene de hombre libre. De nada sirve á los negros la libertad, si en la opinion no han de cesar de ser esclavos. Las costumbres tienen mas poder que las leyes; el negro esclavo era considerado como un sér inferior ó degradado; el liberto hereda la degradacion del esclavo. El color negro perpetúa la memoria de la servidumbre, y forma un obstáculo que eternamente se opondrá á la mezcla de las dos razas.

Esas preocupaciones y esa repugnancia son tan estremas, que en los Estados del Norte, á pesar de su mayor ilustracion, reina la misma antipatía de una raza para con la otra; y lo que aun hay mas digno de notarse es, que muchos de aquellos Estados confirman la inferioridad de los negros en sus leyes.

No parece estraño que en los Estados donde está en todo su vigor el sistema de la servidumbre, no sean tratados los negros libertos bajo el mismo pié que la gente blanca; de suerte que nadie verá con sorpresa el artículo de una ley de la Luisiana, que dice:

"La gente de color libre no deberá, en ningun "caso, insultar ni golpear á la blanca, ni ten- "drá la pretension de igualarse á ella; por el "contrario, un hombre de color no deberá ha- "blar á cualquier individuo de raza blanca ni "contestarle sino con acatamiento, so pena de "prision, segun la gravedad de los casos (1)."

Ni tampoco causará estrañeza saber que en los susodichos Estados está prohibido todo enlace matrimonial entre blancos y personas de color libres ó esclavas (2).

Pero lo que sí quizá parecerá estraordinario es, que hasta en el rumbo septentrional haya vedado por mucho tiempo la ley misma el matrimonio entre blancos y personas de color. La ley del Massachusetts, por ejemplo, declaraba nulo todo enlace de este género, y condenaba á multa

(1) V. Digesto de las leyes de la Luisiana, t. 1º, p. 231.

(2) V. Statute laws of Tennessee, t. 1º, p. 220.

al magistrado que autorizase el acto (1). Esta ley no vino á quedar abolida hasta el año de 1830.

Por lo demás, aun cuando esta union no se hallase prohibida por las leyes, pugnan contra ella las costumbres; un antemural de hierro se verá eternamente interpuesto entre los blancos y los negros.

Aunque ambas razas habitan el mismo territorio y moran en los propios lugares, tienen una existencia civil distinta. Cada una de ella tiene sus escuelas, sus templos y sus cementerios aparte. En todos aquellos lugares públicos á los cuales es inevitable que las dos á la vez concurrran, no se confunden, porque se ha preparado á cada cual, de antemano, sus lugares. De igual modo se las separa en los estrados de los tribunales, en los hospicios y en las cárceles. La libertad de que gozan los negros no les presenta ninguno de los beneficios que la vida social procura. La misma preocupacion que les colma de menospreeio, les prohibe ejercitarse en la mayor parte de las profesiones. No hay quien se pueda formar una exacta idea de los obstáculos que, en los Estados-Unidos, tiene que superar un negro para labrar fortuna; por todas partes halla tropiezos, y ni un solo apoyo. De suerte que la domesticidad es la condicion casi forzosa á que tiene que limitarse la mayor parte de los negros libres.

En la vida política es mas sensible todavía la

(1) V. General laws of Massachusetts, t. 1º, p. 259.

separacion de ambas razas. Aunque son admirables los negros, segun principio, á los empleos, ninguno desempeñan; no hay ejemplo de que un negro ó mulato haya desempeñado en los Estados-Unidos una funcion pública. Las leyes, en lo general, de los Estados del Norte, reconocen en la gente de color, libre, los mismos derechos políticos que en los blancos; pero en ninguna parte se les permite el ejercicio de ellos. Hace algun tiempo, que con motivo de una eleccion, varios individuos de color, libres, de Filadelfia, intentaron ejercer sus derechos políticos; pero fueron arrojados del salon al cual entraban con el objeto de depositar sus sufragios, y se vieron precisados á desprenderse del ejercicio de un derecho cuyo principio no se les disputaba. Desde aquel suceso no volvieron á pretender ejercer acto tan legítimo. Triste es decirlo, pero no tiene otro partido que tomar la poblacion negra, á la cual en tanto grado se oprime, que el de someterse á su destino y sobrellevar la tiranía sin quejarse. En estas últimas épocas ha habido hombres que, animados de la intencion mas pura y de la mayor filantropía, han procurado efectuar la fusion de los negros con los blancos por medio de matrimonios mútuos. Pero estos ensayos irritaron el orgullo americano y ocasionaron dos insurrecciones, de que Nueva-York y Filadelfia fueron teatro en el mes de Julio de 1834.

No hay vez que los negros libertos manifiesten una intencion directa ó indirecta de nivelarse con los blancos, que estos no se subleven desde l' go en masa para reprimir tamaña audacia

sin embargo, acontecen estos hechos en los Estados mas ilustrados, mas religiosos de la Union, donde hace mucho tiempo que está abolida la servidumbre. Y en vista de estos datos, ¿habrá quien pueda dudar de que el antemural que separa á las dos razas es indestructible?

En lo general, los negros libres del Norte sobrellevan con bastante resignacion su desdicha; ¿pero és creible que se sometiesen á tantas humillaciónes, á tantas injusticias, si formasen mas crecido número? En los Estados del Septentrion constituyen tan solo una imperceptible minoría. ¿Qué sucederia si como en el Sur se viesen en número igual ó superior al de los blancos? Lo que hoy está pasando en el Norte, puede hacer presentir cuál será el porvenir del Sur. Si es cierto que las generosas tentativas que se han hecho para trasportar de América á la costa de Africa á los negros libertos, jamas podrán producir sino resultados parciales, tambien desgraciadamente lo es que vendrá dia en que los Estados meridionales de la Union abriguen en su seno dos razas enemigas, diversas por el color, separadas una de otra por una preocupacion invencible, y una de las cuales corresponderá con ódio al menosprecio de su contraria. Hé aquí, es necesario convenir en ello, la ancha llaga que lacera el corazon de la sociedad americana.

¿De qué manera se resolverá este gran problema político? ¿Deberemos preveer una crísis de esterminio para lo futuro? ¿En qué época ocurrirá esta crísis? ¿quiénes serán los que sucumban? ¿De que los blancos del Sur se hallen en pose-

sion de las fuerzas que la civilizacion y la costumbre del dominio dan al hombre, y de la seguridad en que deben estar de que contarán con el apoyo de los Estados del Norte, donde se está estinguiendo la raza negra deberá seguirse que los negros sucumban en la liza si llega á empeñarse la lucha? Nadie hay que pueda contestar á estas preguntas. Todos vemos que se está acumulando la borrasca, oimos á lo lejos el rumor del trueno, pero ninguno es capaz de predecir sobre quien habrá de desprenderse el rayo.

TABLAS COMPARATIVAS

De la poblacion libre y esclava existente en los Estados-Unidos desde 1790 hasta 1830.

Número 1.—1790.

NOMBRES DE LOS ESTADOS.	POBLAC. LIBRE EN 1790.	POBLAC. ESCLAVA EN 1790.	PROPORCION EN QUE HAN ESTADO LOS ESCLAVOS A LA POBLACION LIBRE.
Maine	96,540	0,	0,
Nuevo Hamphshire,	181,885	158	112 escl. por cada 1,000 libr.
Vermont,	85,512	17	2 „ 10.000
Masachusets,	378,787	0,	0,
Rhode-Island	67,825	952	13 „ 1,000
Conecticut	235,187	2,759	12 „ 1,000
Nueva-York	318,796	21,324	7 „ 100
Nuevo Jersey,	172,716	(11,423	6 „ 100
Pensilvania,	430,136	3,737	9 „ 1,000
Delaware,	50,207	8,887	15 „ 100
Maryland	216,092	103,036	32 „ 100
Virginia,	454,183	293,427	38 „ 100
Carolina septentrional,	293,379	100,572	26 „ 100
Carolina meridional,	141,979	107,094	43 „ 160
Georgia	53,284	29,264	35 „ 100
Alabama,	0,	0,	0,
Mississip,	0,	0,	0,
Luisianai,	0,	0,	0,
Tenesi,	0,	0,	0,
Kentucy,	61,847	11'830	26 „ 100
Ohio,	0,	0,	0,
Indiana,	0,	0,	0,
Illinois,	0,	0,	0,
Missouri,	0,	0,	0,
Distrito de Colombia,	0,	0,	0,
Florida,	0,	0,	0,
Michigan,	0,	0,	0,
Arkansas	0,	0,	0,
TOTAL,	3,231,429	697,807	
	Se halla inclusa en esta suma la gente de color libre de nacimiento, ó sea los libertos.		

OBSERVACIONES.

En 1790, los Estados que tienen mayor número de esclavos son:

1.° La Carolina meridional, que cuenta 43 esclavos por cada 100 hombres libres.
2.° La Virginia, que cuenta 38 por cada 100
3.° La Georgia 35 „ 100
4.° El Maryland 32 „ 100
5.° La Carolina septntrional 26 „ 100
6.° El Keutuckye 26 „ 100

En el año de 1790, ya no hay esclaves en el Masachusets ni en el Maine, y solo 7 por cada 100 hombres libres en el Estado de Nueva-York, y 9 por cada 1.000 en el de Pensilvania. En cuanto á los Estados del Sur, no se ve figurar en algunos de ellos número alguno de esclavos, por dos razónes: la primera, por carencia de documentos estadisticos, en cuyo caso está la Luisiana, que no formaba en esta época parte de la Union; y la segunda, porque no tenian poblacion entonces los Estados respecto de los cuales no aparece guarismo, cuales son el Misseuri, el Arkansas, &c.

Este lugar es á propósito para hacer ver que la esclavitud, que hoy se vá estinguiendo en el Norte, no habia nacido todavia en algunas partes del territorio del Sur. Mas adelante la varémos nacer y desarrollarse en estos últimos, y desaparecer en los otros para no volver á presentarse.

Número 3.—1810.

NOMBRES DE LOS ESTADOS.	POBLAC. LIBRE EN 1810.	POBLAC. ESCLAVA EN 1810.	PROPORCION DE LOS ESCLAVOS A LA SUMA TOTAL DE LA POBLACION.
Maine	228,705	0,	0,
Nuevo Hampshire	214.460	0,	0,
Vermont	217,895	0,	0,
Masachusets	472,040	0,	0,
Rhode-Island	76,828	103	13 escl. por cada 10,000libres
Conecticat	261,638	310	11 „ 10,000
Nueva-York	944,032	15,017	15 „ 1,000
Nuevo Jersey	238,706	10,851	4 „ 100
Pensilvania	809,296	795	10 „ 10,000
Delaware	68,497	4,117	6 „ 100
Maryland	273,044	111,502	29 „ 100
Virginia	582,104	392,518	40 „ 100
Carolina septentrional	386,676	168,824	30 „ 100
Carolina meridional	318,750	196,365	47 „ 100
Georgia	147,215	105,218	41 „ 100
Alabama y Missisipi	23,270	17,088	42 „ 100
Luisiana	41,296	34,660	45 „ 100
Tenesi	217,192	44,535	17 „ 100
Kentucky	325,950	80,561	19 „ 100
Ohio	230,760	0,	0,
Indiana	24,283	237	9 „ 1,000
Illinois	12,114	168	13 „ 1,000
Missouri	16,772	3,011	15 „ 100
Distrito de Colombia	18,628	5,395	22 „ 100
Florida	0,	0,	0,
Michigan	4,762	0,	0,
Arkansas	1,062	0,	0,
TOTAL	6.048,450	1.191,364	
De 1800 á 1810 el aumento de poblacion libre ha sido el de 2.035,566, ó sea 45 por 100 en 10 años, ó bien 4½ por 100 anual.	Hállase inclusa en esta suma la gente de color libre de nacimiento, ó sea los libertos.	De 1800 á 1810, la poblacion esclava ha tenido un aumento de 298,393, esto es, de 33 por 100 en 10 años ó sea poco mas 3 por 100 al año.	

OBSERVACIONES.

Clasificacion de los Estados que tienen mayor número de esclavos

1.° La Carolina meridional tiene 47 esclavos por cada 100 libres.
2.° La Luiciana ..... 45 id.
3.° El Alabama y El Mississipi ..... 42 id.
4.° La Georgia ..... 41 id.
5.° La Virginia ..... 40 id.
6.° La Carolina Septentrional ..... 30 id.
7.° El Maryland ..... 29 id.

8.° El distrito de Colombia.....22 por cada 100 libres.
9.° El Kentucky .....19 id.
10.° El Tenesi.....17 id.
11.° El Missouri .....15 id.
12.° El Illinois .....13 id.
13.° El Delaware..... 6 id,
14.° El Nuevo Jorsey..... 4 id,

De 1800 á 1810, la Gorgia, el Alabama y el Misisipi han tenido de aumento 5 esclavos por cada 100 hombres libres

La Carolina y el Tenesi. 4 escl. id.
La Virginia 3 id.
La Carol. sep. 2 id,
El Kentucky. 1 id,

El número de esclavos se ha quedado estacionario en el distrito de Colombia.

Disminuye en los Estados siguientes:

En el Delaware ha habido 4 esclavos menos por cada 100 libres,
En el Nuevo Jersey.....2 id,
En el Maryland .....1 id,

La esclavitud desaparece casi totalmente de los Estados de Nueva-York y Pensilvania en los cuales no figura sino por fracciones imperceptibles.

NOTA.—En esta época nacen en dos Estados nuevos, el Illinois y Misuri La esclavitud que se establece en ambos se estinguirá en el primero á poco de haber aparecido, pero se estenderá en el segundo. Al mismo tiempo se ve presentarse en escena al Estado de Ohio, el cual, estando apenas en su cuna, cuenta ya con 230,760 habitantes y ni un solo esclavo, La ley del Estado, desde su origen ha prohibido la servidumbre, Missouri que no teania una urgente necesidad de servirse de esclavos, habrá de lamentar por mucho tiempo no haber imitado al Ohio,

[illegible]

[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]

[illegible]

Classification [illegible]

1 = Le Caroline [illegible] ... 5 [illegible]
2 = Le [illegible] ... 4
3 = Le Géorgie ... 4
4 = La Virginie ... 3
5 = L[illegible]
  E Missouri ...
6 = Le Caroline septentrionale ... 3
7 = [illegible] ... 2

8.°	El Kentuky.....	22	esclavos por	cada 100 libres.
9.°	El Tenesi.....	19	„ „	id.
	El distrito de Colombia.....			
10.°	El Misouri.....	14	„ „	id.
11.°	El Arkansas.....	11	„ „	id.
12.°	El Delaware.....	6	„ „	id.
13.°	El N. Jersey.....	3	„ „	id.
14.°	El Illinois.....	16	„ „	1000

Del año 1810 al de 1820, la Carolina meridional ha tenido el aumento de 4 esclavos por 100 hombres libres.

La Georgia y el Kentuky 3 sobre 100.

La Carolina septentrional y el Tenesi 2 sobre 100.

El número de esclavos del Misuri, la Luisiana y el Delaware, permanece estacionario.

Se nota diminucion en los Estados siguientes:

El Alabama y el Mississipi, tienen de menos 5 esclavos por cada 100 libres.

El Maryland y el Distrito de Colombia, 3 por cada 100 libres.

La Virginia y Nuevo Jersey, 1 por cada 100 libres.

Aparece la esclavitud en el Estado naciente de Arkansas.

Número 5.—1830.

NOMBRES DE LOS ESTADOS.	POBLAC. LIBRE. EN 1830.	POBLAC. ESCLAVA EN 1830.	PROPORCION DE LOS ESCLAVOS AL NUMERO TOTAL DE LA POBLACION.
Maine	399,955	2	1 esc. sobre 200,000 libres.
Nuevo Hampshire	269,398	3	1 100,000
Vermont	280,652	0	0
Massachusets	610,408	1	1 600,000
Rhode-Island	97,199	17	1 10,000
Conecticut	297,650	25	8 10,000
Nueva-York	1,918,533	75	3 100,000
Nuevo Jersey	318,569	2,254	7 1,000
Pensilvania	1,347,830	403	3 10,000
Delaware	73,456	3,292	4 100
Maryland	344,046	102,046	23 100
Virginia	741,654	469,654	38 100
Carolina septentrional	492,386	245,601	33 100
Carolina meridional	265,784	315,401	54 100
Georgia	299,292	217,531	42 100
Alabama	191,978	117,549	37 100
Mississipi	70,062	65,659	48 100
Luisiana	106,151	109,588	51 100
Tenesi	540,301	141,603	20 100
Kentucky	522,704	165,213	24 100
Ohio	937,903	0	0
Indiana	343,031	0	0
Illinois	157,455	0	0 (*)
Misuri	115,364	25,081	17 100
Distrito de Colombia	33,715	6,119	15 100
Territorio de la Florida	19,229	15,501	44 100
Territorio del Michigan	31,607	32	1 100
Territorio de Arkansas	25,812	4,576	14 100
TOTAL	10,856,989 (**)	2,009,031	

Nota—Se hallan comprendidos en la suma de 10,856,989 que compone la poblacion libre, 319,599 individuos color libertos ó nacidos de padres libertos.

Del año de 1820 al de 830, el aumento de esclas. ha sido el de 470,967 esto es, el de 29 por 100 en 10 años, ó sea poco menos de 3 por 100 al año

(*) Hay en el Illinois 747 negros en estado de domesticidad legale, es decir, en servidumbre vitalicia, sin que por esto sean esclavos.

(**) Del año de 1820 al de 1830 el aumento de pobiacion libre ha sido el de 1,756,022, esto es, el de 34 por 100 en 10 años, ó sea un poco mas de 3 por 100 el año.

OBSERVACIONES.

Clasificacion de los Estados que tienen mayor número de esclavos.

1º	La Carolina meridional	54	esclavos sobre 100 libres.
2º	La Luisiana	51	id.
3º	El Mississipi	48	id.
4º	La Florida	44	id.
5º	La Georgia	42	id.
6º	La Virginia	38	id.
7º	El Alabama	37	id.
8º	La Carolina sept.	33	id.
9º	El Kentucki	24	id.
10º	El Maryland	23	id.
11º	Tenesi,	20	id.
12º	El Missouri	17	id.
13º	El Dist. de Colombia	15	id.
14º	El Territ. de Ark.	14	id.
15º	El Delaware	4	id.
16º	Nuevo Jersey	7	id.
			1,000

Del año 1820 al de 1830, el Mississipi ha tenido de aumento 11 esclavos sobre 100 libres.

La Luisiana	6	id. sobre	100.
La Carolina meridional y el Arkansas	3		id.
El Kentucky y el Missouri	2		id.
La Carolina sept. y el Tenesi	1		id.

El número de esclavos permanece estacionario en el Alabama.

Disminuye en los Estados siguientes:

El Distrito de Colombia tiene de menos	4,	sobre 100 libres.
El Maryland	3,	id.
La Georgia y el Delaware	2,	id.
La Virginia	1,	id.

Con relacion á la Florida, este es el primer dato estadístico que se tiene: nos presenta 44 esclavos sobre 100 habitantes.

Al reconocer las diversas tablas que anteceden, se habrá notado que durante los años á que se refieren, la esclavitud ha hecho inútiles esfuerzos para entronizarse en el Norte. Se la vé disminuir rápidamente en los Estados que están situados mas allá de los 40 grados de latitud. En los Estados que están entre los 40 y 36 grados de latitud, permanecen casi estacionarios; sin embargo, se nota que declina. Por el contrario, se aumenta y desarrolla con rapidez en la mayor parte de los Estados que se hallan entre los 34 y 30 grados. En la Carolina meridional y la Luisiana, el número de esclavos es ya mayor que el de la gente libre.

II.

NOTA

Sobre el movimiento religioso que se nota en los Estados-Unidos.

He hablado con frecuencia, en el curso de esta obra, de las diversas rentas religiosas que existen en los Estados-Unidos. En algunos pasages he indicado los sentimientos que animan entre sí á las diversas congregaciones que forman, y en otros he hecho alusion á su gran número; tambien he intentado manifestar la influencia que ejercen las ideas religiosas en la conservacion de las instituciones políticas.

A fin de amplificar las diversas ideas que sobre el particular he presentado, creo deber poner á la vista, al lector, un bosquejo muy compendiado del movimiento religioso que se opera en los Estados-Unidos.

Las principales sectas religiosas que hay establecidas en la América del Norte, son las de los metodistas, episcopales, anabatistas, católicos, presbiterianos, cuákeros ó amigos, universalistas, congregacionalistas, unitarios, reformados holandeses, reformados alemanes, moravos, luteranos evangelistas, &c. Los anabatistas se dividen en calvinistas ó socios, memnonistas, emancipistas, cuákeros, &c. La congregacion protestante mas numerosa es la de los metodistas; constaba de quinientos cincuenta mil miem-

OBSERVACIONES.

Clasificacion de los Estados que tienen mayor número de esclavos.

1º	La Carolina meridional	54	esclavos sobre 100 libres.
2º	La Luisiana.	51	id.
3º	El Mississipi.	48	id.
4º	La Florida.	44	id.
5º	La Georgia.	42	id.
6º	La Virginia	38	id.
7º	El Alabama.	37	id.
8º	La Carolina sept.	33	id.
9º	El Kentucki	24	id.
10º	El Maryland.	23	id.
11º	Tenesi,	20	id.
12º	El Missouri.	17	id.
13º	El Dist. de Colombia.	15	id.
14º	El Territ. de Ark.	14	id.
15º	El Delaware.	4	id.
16º	Nuevo Jersey.	7	1.000

Del año 1820 al de 1830, el Mississipi ha tenido de aumento 11 esclavos sobre 100 libres.

La Luisiana.	6	id. sobre	100.
La Carolina meridional y el Arkansas.	3		id.
El Kentucky y el Missouri	2		id.
La Carolina sept. y el Tenesi.	1		id.

El número de esclavos permanece estacionario en el Alabama.

Disminuye en los Estados siguientes:

El Distrito de Colombia tiene de menos	4,	sobre 100 libres.
El Maryland.	3,	id.
La Georgia y el Delaware.	2,	id.
La Virginia.	1,	id.

Con relacion á la Florida, este es el primer dato estadistico que se tiene: nos presenta 44 esclavos sobre 100 habitantes.

Al reconocer las diversas tablas que anteceden, se habrá notado que durante los años á que se refieren, la esclavitud ha hecho inútiles esfuerzos para entronizarse en el Norte. Se la vé disminuir rápidamente en los Estados que están situados mas allá de los 40 grados de latitud. En los Estados que están entre los 40 y 36 grados de latitud, permanecen casi estacionarios; sin embargo, se nota que declina. Por el contrario, se aumenta y desarrolla con rapidez en la mayor parte de los Estados que se hallan entre los 34 y 30 grados. En la Carolina meridional y la Luisiana, el número de esclavos es ya mayor que el de la gente libre.

NOTA

Sobre el [illegible] religioso que se nota en [illegible] Estados-Unidos.

He hablado con frecuencia, en el curso de esta obra, de las diversas [illegible] religiosas que existen en los Estados-Unidos. [illegible] entre si á las diversas [illegible] en otros [illegible] también [illegible] que ejercen las [illegible] religiosas en la conservacion de las instituciones políticas.

A fin de [illegible] las diversas ideas [illegible] poner á la vista [illegible] del [illegible] religioso que se [illegible] en los Estados-Unidos.

Las [illegible] religiosas que [illegible]

bros á principios del año 1834. Ignórase el número exacto de los individuos de que se componen las demas comuniones.

Voy á examinar, en primer lugar, las relaciones que guardan entre sí estos diversos cultos, y despues examinaré las que tienen con el Estado.

---

§ I.

Relacion que tienen entre sí los cultos.

Al hablar de sectas religiosas en este sentido, es necesario, en primer lugar, hacer una distincion entre los miembros de las congregaciones y sus ministros.

En general se ve reinar entre los miembros de las diversas comuniones una armonía completa; la benevolencia mútua que observan entre sí los americanos no se altera por su disentimiento en cuanto á creencias religiosas. Es cierto que la preponderancia de una congregacion y la elocuencia de un predicador inspira á las demas comunidades que no han podido profesar, ó cuyos oradores lucen menos, algunos sentimientos de envidia; pero semejantes impresiones son efímeras, y no dejan tras sí resentimiento alguno: no llega la rivalidad hasta el odio.

Por lo que hace á los ministros de los cultos opuestos, careceriamos de exactitud si dijésemos que se tienen antipatía unos á otros; pero sí podemos asentar, al menos, que no son entre sí

muy benévolos, y la razon principal consiste en que el mayor ó menor progreso de sus iglesias no es solo una cuestion de amor propio para ellos, sino que tambien es asunto en que va su interes de por medio. En general, los emolumentos del ministro son mas ó menos considerables, segun la mayor ó menor importancia de la sociedad que dirige. Al decir esto, únicamente me refiero á los cultos protestantes, que son los que forman en América la religion de la mayoría. Los ministros protestantes no constituyen un clero sometido á grados gerárquicos y á la vigilancia de una potestad superior; la única autoridad de que dependen es la de la comuni'ad que les elige, y nada influye en las elecciones de la congregacion que necesita nombrar ministro; puede tomar al que le plazca. El ministro, por su parte, no necesita graduarse en teología, pasar por ningun exámen, ni dedicarse á estudio alguno especial á fin de hacerse apto para las funciones eclesiásticas: tal es la ley. Por lo demas, casi todos aquellos que quieren ejercer el santo ministerio, se someten á una especie de prueba. En todas las ciudades populosas existe una reunion de personas ilustradas, cuya mision es la de examinar á los aspirantes. Todo el que desee obtener su título se presenta á esta junta, dice un sermon en su presencia, y los miembros de ella le espiden un certificado arreglado á la mayor ó menor aptitud que le consideren. En lo general en esta clase de documentos se habla en términos laudatorios del interesado, quien, provisto de su certificado, ofrece sus servicios á la pri-

mera congregacion religiosa que sepa que necesita de ministro, y ésta desde luego le admite como tal, habiendo casos en que ni aun su justificante se le exija. El ministro manifiesta, para facilitar su admision, una piedad suma, un fervor vehemente; levanta los ojos al cielo aplicándose sendos golpes al pecho, y en vista de estas demostraciones, que no siempre son sinceras, la reunion de particulares que necesita predicador, le declara *ministro*.

Esta facilidad que hay entre los americanos de llegar al sacerdocio, presta al ministerio protestante un carácter particular que lo distingue del de las demas sectas; resulta de esta circunstancia, que todo individuo puede, sin estudio alguno preparatorio, hacerse sacerdote. El ministerio religioso viene á ser una carrera que se puede adoptar á cualquiera edad, y sean cuales fueren la posicion que guarde y las circunstancias en que se encuentre el individuo. Quizá vereis alguno á la cabeza de una congregacion respetable que antes fué comerciante, y que á consecuencia del mal estado de sus asuntos se os ha transformado en ministro: otro vereis, por el contrario, que habia empezado por el sacerdocio; pero que luego que hubo logrado reunir algun peculio, se dedicó al comercio. En el sentir de la mayoría, el ministerio religioso es una verdadera carrera industrial. El ministro protestante en nada absolutamente se asemeja al cura católico.—En lo general, éste se consagra esclusivamente á su parroquia; pasa toda su vida en el seno de las mismas personas sobre las

cuales ejerce, no solo la influencia de su santo carácter, sino aun el ascendiente de sus virtudes; no es una profesion á la que se dedica, sino un deber con el cual cumple.—La existencia del ministro protestante es móvil en su esencia; nada le encadena á una congregacion cuando le llama su interes á otra; pertenece de derecho á aquella comunidad que mejor le paga. Al atravesar el Canadá, donde la religion católica es la que domina, se me citó el ejemplo de un cura que, por no separarse de sus feligreses, acababa de renunciar el arzobispado; mas de un metodista ó anabatista abandonaria su iglesia tan luego como viese la posibilidad de ganar cien pesos mas en otra. No hay cosa mas rara que encontrar un ministro protestante que se haya envejecido en el ejercicio de sus funciones. El principal fin á que tiende el americano al emprender la carrera del sacerdocio, es el de labrar su bienestar, el de su muger y de sus hijos; cuando ha mejorado en lo material su condicion, logró su objeto; entonces se retira de los negocios. Cuando llega la ancianidad, descansa.

Fácil es de deducir la consecuencia de estos hechos. Las relaciones que tienen entre sí los ministros de las diversas sectas protestantes, son parecidas á las que conservan los individuos que ejercen profesiones semejantes. No intentan mútuamente perjudicarse, porque es útil á todos aquel principio de que cada cual debe libremente ejercer su industria; pero sostienen una verdadera concurrencia, de la cual resultan perjuicios de intereses privados, que necesariamente

suscitan en el ánimo de los que los resienten sentimientos poco cristianos. Fácilmente comprenderá el lector que no quiero decir con lo espuesto que todos los ministros protestantes de América tengan el carácter industrial con que los pinto: muchos encontré cuya fé sincera, cuyo vehemente fervor, solo á su caridad y á su despego de las cosas terrenas eran comparables; pero los rasgos que aquí presento son aplicables á la moyoría.

He dicho que domina entre todos los miembros de las diversas congregaciones religiosas una grande benevolencia, y que las mezquinas pasiones á que da orígen el progreso de las unas y la decadencia de las otras, se reducen á algunos movimientos de amor propio satisfecho, ó de descontento que jamas llega al grado de odio. Sin embargo, este hecho general tiene dos escepciones.

La primera es, el sentimiento que manifiestan los protestantes, y en particular los presbiterianos á los católicos.

Entre las innumerables sectas que en los Estados-Unidos existen, el catolicismo es el único culto cuyo principio sea contrario á aquel en que las demas están fundadas. Emana de una autoridad superior, al paso que proceden de la razon los otros. El catolicismo es el mismo en América que en las demas partes del mundo; reconoce plenamente la superioridad de la corte de Roma, no solo en lo relativo á los dogmas de la fé, sino aun en todo aquello que concierne á la administracion de la Iglesia. Los Estados-Uni-

dos están divididos en once diócesis, cada una de las cuales tiene su obispo (1). Cuando hay vacante un obispado, se reune el clero, procede á la eleccion de los candidatos y transmite sus nombres al Papa, que es á quien compete hacer la eleccion. Podria elegir á aquel cuyo nombre figura al último en la lista que se le envia; pero ordinariamente elige al que está primero, y aun á veces á alguno de los otros. A los obispos toca elegir á los curas, de suerte que no toma parte alguna en estas elecciones la comunidad de los fieles.

Como el Estado no toma intervencion alguna en los asuntos religiosos, todos los miembros de la sociedad católica contribuyen, segun su fortuna, al sostenimiento del clero y á las necesidades del culto. El medio que generalmente se emplea para cubrir los gastos que estas atenciones exigen, es el de hacer pagar una retribucion bastante considerable á todas aquellas personas que, en el recinto de la iglesia, ocupan los escaños (2). Como únicamente los ricos son los que pueden soportar estos desembolsos, admítese

(1) Las cabeceras de estas diócesis son Boston, Nueva-York, Filadelfia, Baltimore, Charleston, Movila, Nueva-Orleans, Bardstown, Cincinati, San Luis y Detroit.

(2) Hay en la catedral de Baltimore escaños que se han vendido hasta en la cantidad de 1,500 pesos. El precio comun de un escaño es el de 500 á 1,000 francos. Ademas del costo principal del asiento, el dueño tiene que pagar anualmente 20, 30 ó 40 pesos por la conservacion de su derecho. Considérase como una distincion en la sociedad, la posesion de estos asientos; hay disputas por su adquisicion, y las familias hacen grandes sacrificios pecuniarios por obtenerlos.

gratis á los pobres en el templo, y ocupan asientos que se les tienen ya reservados. Cuando los fondos que producen estos asientos no bastan para cubrir los gastos de la iglesia, se recurre á impuestos estraordinarios que jamas se niega á satisfacer la comunidad católica.

La unidad del catolicismo, el principio de la autoridad de que procede, la inmovilidad de sus doctrinas en el seno de las sectas protestantes que se dividen, y de sus doctrinas que son opuestas entre sí, á pesar de que parten de un principio comun á todas, cual es el de derecho de discusion y exámen; todas estas causas tienden á escitar entre los protestantes cierta predisposicion contra los católicos.

La religion católica posee ademas una circunstancia que la es particular, y que aumenta estas disposiciones antipáticas, y es la susceptibilidad que tiene de atraerse prosélitos.

En el Maryland, los principales colegios están dirigidos por sacerdotes ó religiosos católicos, siendo protestante la mayoría de sus educandos. Los que se hallan al frente de aquellos establecimientos, aplican sin duda con mas prudencia los medios de que se sirven para influir en el ánimo de sus discípulos; pero esta influencia es inevitable. En las instituciones de niños se ejerce con mas seguridad todavía.

El clero católico jamas se opone al matrimonio entre católicos y protestantes. Se ha hecho una observacion en América, y es la de que los primeros nunca abandonan su religion para adoptar la protestante de su muger; y por el contra-

rio, no pocas veces acontece que los protestantes que se enlazan con católicas, abracen la religion de éstas. En todo caso, cuando es católica la muger, tambien lo son los hijos, porque á aquella está cometido el cuidado de educarlos En todos los puntos de los Estados-Unidos hace los mismos esfuerzos el catolicismo para propagarse. De este modo se encuentra en contraposicion directa de principios con ciertas sectas que reprueban el proselitismo, porque juzgan que afecta la libertad de conciencia (por ejemplo los cuákeros), y pugna con todas.

El catolicismo se atrae partidarios, no solo por el fervor de sus ministros, sino aun por la naturaleza misma de su doctrina. Es útil á la vez á las inteligencias superiores, porque las presenta una autoridad que puede resolver sus dudas, y á los entendimientos vulgares que son incapaces de elegirse creencias, y que jamas tendrán principios sobre que fundar una religion, si ésta no se les presenta ya formada. Al contrario de las congregaciones protestantes, que constituyen sociedades selectas, cuyos miembros, en lo general, son de una misma clase y guardan todos una misma posicion social, las comuniones católicas reciben en su seno indistintamente á personas de todas clases y condiciones. Entre ellos el pobre es igual al rico, el esclavo á su señor, el negro al blanco; es la religion de las masas.

A todas estas causas puédese agregar un hecho que debe necesariamente influir en el destino que está reservado en los Estados-Unidos al ca-

malévolas esparcieron el rumor, por el público, de que se habia escapado una jóven religiosa del convento de que se trata; que las superioras del establecimiento la habian hecho volver á él valiéndose de la mala fé y del engaño, y que despues se habia desaparecido la jóven sin que se supiese cuál habia sido su paradero.

Este relato era una completa ficcion. Cierto era que algunos dias antes una de las pupilas del establecimiento se habia salido de él furtivamente; pero habíala vuelto á conducir á él el obispo de Boston, sin imponerla para ello violencia alguna moral ni física. Habíasela dejado en plena libertad de salir del convento, si á su vuelta á él aun persistia en su primer designio; y aprovechándose de aquella oportunidad que la presentaban, se habia salido en efecto del establecimiento.

Sin embargo, el pueblo da crédito con facilidad á hechos que están de acuerdo con sus pasiones. El 11 de Agosto de 1834, como á las once de la noche, á una señal que con anticipacion se tenia concertada, una partida de hombres enmascarados ó con el rostro pintado de negro, se arroja sobre el convento de las Ursulinas, derriba las puertas, lanza de él desnudas á cuantas personas lo habitaban, tanto religiosas como pupilas, é incendia el edificio que en el transcurso de unas cuantas horas fué completamente destruido por las llamas (1).

(1) V. Todos los periódicos americanos de Agosto de 1834.

Hé dicho que el principio de mútua benevolencia que conservan en los Estados-Unidos los miembros de las distintas sectas que allí existen, tenian dos escepciones. Acabo de manifestar la primera, que es la antipatía que tienen los protestantes á los católicos; la segunda es la predisposicion en que todas las sectas cristianas están contra los unitarios.

Los unitarios son los filósofos de los Estados-Unidos. Todo el mundo, en América, por respeto á la opinion, se vé en la precision de tener un culto; aquellos que de ninguno quieren depender, se agregan en lo general, á los unitarios. En Francia, la filosofía del siglo XVIII atacó, sin disfraz, á la religion y sus ministros. Ocupóse en América en proseguir las mismas tareas, pero se ve en la necesidad de ocultarse con un velo de religion para ocultar tras él sus tendencias, y la doctrina unitaria es la que le sirve de manto. Hé aquí cuales son en los Estados-Unidos los principales puntos en que se apoya esta doctrina.

Los unitarios creen:

1º En un Dios que forma una sola persona y no tres.

2º Que la Biblia no procede de Dios directamente, sino que es obra del hombre, en la cual da cuenta de la revelacion.

3º Que Jesucristo no es un Dios, sino agente de un Dios.

4º Que no hay Espíritu Santo.

5º Que Jesucristo vino al mundo

tar ejemplos de virtud á los hombres, y no á expiar con su muerte los pecados de éstos.

6º Que no existe la *mancha original* en el hombre; que nace bueno y no tiene mas que hacer que perfeccionarse.

7º Que no está condenado á un castigo eterno el perverso.

8º Que para llegar á gozar de una bienaventuranza perpetua, no deben los hombres cifrar sus esperanzas en Jesucristo, sino en sus buenas obras.

9º Que la observancia del domingo no es necesaria, &c. &c.

Esta doctrina, que ataca desde sus cimientos al cristianismo, no es, por otra parte, sino una consecuencia del protestantismo, que desechando todo principio de obediencia, sostiene que cada creencia debe someterse al escrutinio de la razon. De aquí resulta que se puede inculpar á los presbiterianos de poco lógicos, cuando reprochan á los unitarios su falta de creencia en ciertas cosas, al paso que ellos se han arrojado el derecho de desechar ciertas creencias. Los presbiterianos quisieran sostener el edificio que han minado; los unitarios juzgan mas racional dejarlo caer despues de haber atacado sus cimientos. Todas las sectas disidentes, aun cuando niegan algunos dogmas, sobre los mas de ellos estan de acuerdo; pero la iglesia unitaria todos completamente los desecha.—A decir verdad, no puede denominarse un culto el unitario, sino una filosofia; forma el eslabon que une al protestan-

con la religion natural. Es el último pun-

to á que puede llegar la razon humana, cuando, habiéndose desprendido del catolicismo, se coloca en la base de la religion cristiana, va subiendo por todos los grados del protestantismo hasta las mas elevadas regiones de la filosofia, y habiendo llegado allí, se pone á recorrer aquel espacio á riesgo de que en él se pierda.

Apenas hará veinte ó veinticinco años, que la secta de los unitarios, que está conocida en Europa bajo la denominacion *Sociniaria*, se introdujo en los Estados-Unidos. Boston fué su cuna, y es el punto donde hoy se desarrolla bajo la influencia del reverendo doctor Channing, el mas elocuente predicador y uno de los escritores que haya en los Estados-Unidos de mas nota.—La doctrina unitaria hace de dia en dia mas progresos en las ciudades populosas, que es donde primero llega á penetrar, ordinariamente, el espíritu filosófico; pero tiene poca aceptacion entre los habitantes del campo, á quienes anima en lo general un grande fervor religioso.

Los presbiterianos son los adversarios mas encarnizados que pueden tener los unitarios. Hé aquí cómo se espresa, hablando de estos últimos, una obra periódica que publican en Boston los presbiterianos. El autor del artículo en cuestion, indica las numerosas diferencias que distinguen á los unitarios del resto de los protestantes, y añade: "Mientras estas divergencias subsistan, " no puede haber union verdaderamente cristia- " na entre el culto de ellos y el nuestro; y cual- " quier esfuerzo que se intentase para estable- " cer entre ellos y nosotros una armonía que no

" seria sino aparente, solo atraia perjuicio á " ambos. Una y otra religion son diversas en su " creencia; no deben, pues, confundirse los que " las profesan; y pues no pueden marchar juntos, " vale mas que cada cual recorra, separadamen- " te, su senda. Una division completa, mayor " todavía, si es posible, de la que ya existe, en " vez de aumentar las desavenencias, contribuirá, " atendiendo al actual estado de cosas, á evitar- " las; y lejos de perjudicar á ninguna de las par- " tes, resultará en provecho de ambas (1)."

Voy á reproducir los términos en que un dia me esplicaba un presbiteriano la animosidad que anima á su secta en contra de la de los unitaros:

"Los diversos cultos que hay entre nosotros," me decia, "mútuamente se toleran, porque aun- " que haya entre ellos divergencias, tienen todos " una base comun, cual es la divinidad de Jesu- " cristo.... pero los unitarios, con el hecho de " negar la divinidad de Cristo y todos los demas " dogmas que estan generalmente adoptados, " han transformado en filosofia al cristianismo: " ahora bien; es necesario tener presente que la " religion y la filosofia no pueden hermanarse; " porque ésta es enemiga de toda creencia; refu- " ta, no una parte del culto, sino el culto entero; " de suerte que la cuestion que entre ella y la " religion se agita, es de vida ó muerte." En vista de esto, facilmente se concebirá la razon de esa antipatía que anima á todas las sectas religiosas en contra de los unitarios. De entre to-

(1) Spirit of the pilgrim, July, 1831.

dos los católicos que en los Estados-Unidos existen, los cristianos son acaso los que menos se afecten de los progresos que pueda hacer allí el socianismo: juzgan que con el transcurso del tiempo no llegará á haber en América sino dos religiones; y que estas serán el catolicismo, esto es, el cristianismo fundado en la autoridad del Papa, y el diezmo, ó sea la religion natural fundada en la razon. Creen ademas, que siendo necesario un culto esterior á los hombres, y no exigiendo la religion natural ninguno, todos aquellos que se desprendan del cristianismo para entregarse á la filosofia, se dirigiran á la religion cristiana por la senda del catolicismo.

Ya vemos que la antipatía que tienen las sectas protestantes á los unitarios, y el odio que profesan á los católicos, proceden de causas opuestas; tienen á mal á éstos que todo lo crean, y á aquellos que no crean nada; echan en cara á los segundos que prohiban ejercer el derecho de exámen, y reprueban el abuso de él en los primeros.

Entre estos dos puntos estremos, entre el catolicismo y la secta unitaria, existe un inmenso espacio que ocupa una infinidad de otras diversas sectas; mil intermedias gradaciones se observan entre la autoridad de la Iglesia y la razon, entre la fé y la incertidumbre; nótanse mil tentativas que hace el pensamiento por elevarse á desconocidas regiones, donde no les es dado penetrar, y mil ensayos del orgullo que todo lo quiere saber. Por todos estos escalones sube el espíritu humano, impelido algunas veces por no-

bilísimas pasiones; ora le precipita en el error su amor á la verdad, ora le arrastran á la insensatez las sugestiones de la razon.

Seria, á la verdad, un espectáculo lleno de lecciones filosóficas el que nos presentase un cuadro en que viésemos reunidos todos esos estravíos, todas esas flaquezas de la inteligencia humana, que incesantemente se agita en derredor de un círculo, sin poder jamas encontrar este un punto estremo que busca. No serian pequeños nuestro asombro y nuestro rubor si viésemos desarrollarse los anillos de la prolongada cadena que liga entre sí á todas estas aberraciones.

Aunque no ha sido mi plan poner en obra esta pintura, no puedo menos de hacer aquí una descripcion de los principales rasgos que presenta una secta protestante, cuyas doctrinas me han parecido de lo mas estravagante, por no decir de lo mas absurdo. Al hacer estas observaciones no me aparto de la materia que ahora me ocupa, porque fácilmente se concibe cuánto influyen los principios y las doctrinas de una secta en sus relaciones con las demas congregaciones.

Existe en los Estados-Unidos una secta que se denomina de cuákeros *shakers*, es decir, temblones. Esta secta que fundó en el siglo pasado una muger llamada Ana Lee, se compone de un número igual de hombres y mugeres; estos individuos de ambos sexos viven juntos bajo un mismo techo; circunstancia cuya causa se ignora, porque hemos de estar en que observan voto de castidad, tanto los unos como las otras.

La sociedad está establecida bajo el principio

de comunidad de bienes; cada cual trabaja en el beneficio de todos. Los hombres se dedican al cultivo de terrenos que pertenecen á la asociacion, y las mugeres á las faenas propias de su sexo.

Aquellos que nada traen al ingresar á la comunidad, disfrutan del mismo beneficio que los que mas trageron á ella. Por lo demas, la asociacion parece ser á todos provechosa. Cada cual adquiere por su medio un gran bienestar material, atendiéndose á que la existencia en comun es siempre menos costosa que la existencia individual.

Véamos ahora cuál es su doctrina religiosa.

"Un detenido exámen de los libros santos, di-
" cen, manifiesta que estaba anunciada la venida
" de un segundo Mesías, y que este segundo Me-
" sías debia aparecer en el año de 1761. Este
" Mesías es Ana Lee (fundadora de la secta); y
" estais obligados á reconocerla, porque no po-
" deis negar la verdad de lo que los sagrados li-
" bros anuncian. Ahora bien, nosotros decimos
" que el Mesías cuya aparicion se anunció para
" el año de 1761, es Ana Lee. Probadnos lo con-
" trario, pues de otro modo tendreis que reco-
" nocer que la única religion verdadera es la
" nuestra.

"Hemos adoptado el celibato de hombres y
" mugeres, porque Ana Lee vino á anunciar al
" mundo que está éste tan corrupto, que debe
" acabarse; de suerte que contribuyendo á este
" resultado, auxiliamos á la Providencia en sus
" designios.

Tantas veces oí hablar en términos irrisorios de las ceremonias que constituyen el culto esterior de los cuákeros *temblones*, que por mí propio quise verlos.

A corta distancia de Albany, en Niscayuma, hállase una congregacion de cuákeros, la cual visité un dia en que debian celebrar su solemnidad religiosa.

Encuéntrase establecida la asociacion en medio de un bosque, y las inmediaciones de su asilo presentan el aspecto mas agreste que pueda darse; sin embargo, como dista poco del poblado, no hay vez que se anuncie una festividad de *temblones*, que no se vea el desierto y sus cercanías poblado de una multitud de curiosos, tanto americanos como estrangeros, á quienes atrae allí la fama que han adquirido aquellos originales solitarios.

Una parte del salon donde se celebra su culto está destinado al público; la parte restante, que es mas elevada, forma una especie de teatro sobre el cual se hace la seremonia. Acababa de ocupar mi lugar entre numerosos espectadores que allí habia, cuando ví presentarse en escena á varias mugeres, ancianas unas, otras jóvenes, y algunas, en fin, que se hallaban todavía en la infancia. Estaban vestidas de blanco, y el trage era igual en todas; cubríales la cabeza un sombrerillo gris de ala doblada. Adelantáronse con pasos contados unas tras otras, sentáronse á la derecha de los espectadores, estendieron un pañuelo blanco sobre sus rodillas, pusieron sobre él sus manos con una prolijidad estrema, y en esta actitud conservaronse inmóviles.

A poco apareciéronse los hombres vestidos todos de color morado violeta, y trayendo cada cual cubierta la cabeza con un gran sombrero de ala ancha y tendida. Con grave continente desfilaron y fuéronse á sentar frente á frente de las mugeres. Despues de una silenciosa pausa que duró por espacio de algunos instantes, tanto hombres como mugeres se levantaron, se miraron por cinco minutos cara á cara sin proferir una palabra; en seguida uno de los cuákeros se desprendió de la fila, dirigióse al público para esplicarle el objeto de la ceremonia que era, dijo, la de glorificar al Señor, y concluyó solicitando de los espectadores que no se riesen de lo que iban á ver y oir.

Apenas hubo acabado de hablar, cuando con discordantes voces entonaron todos un himno religioso, balanceando sus cuerpos, sacudiendo sus manos, y agitando sus brazos de la mas estraña manera al tiempo que cantaban. La duracion de estos ejercicios es de sobre una hora: durante este tiempo se repiten bajo la misma forma, aunque con algunas modificaciones.

Ya sabe el lector que esos gritos, esos bamboleos, tienen á la gloria de Dios por objeto, y que el entusiasmo religioso es el que escita todos esos movimientos del cuerpo; pues sepa ahora que al agitarse, al cantar, los cuákeros mas y mas se animan; auméntase su exaltacion y manifiéstase con mayor vehemencia... Entonces se les vé bailar en desórden en medio de ruidosos clamores y de frenéticas contorsiones. Tan pronto vereis que una docena de hombres é gual

número de mugeres, puestos en fila con las manos levantadas á la altura del pecho, y sacudiéndolas sin cesar, parecen dirigir á los demas, como contemplareis, á quince ó veinte individuos que, inmóviles en medio de la escena, ven en su derredor cómo bailan y cantan los otros con un entusiasmo inaudito; este es el último grado á que la inspiracion pueda elevarse.

Todo esto se ahuyenta con suma gravedad, y con entera buena fé, á lo menos en lo ostensible. En muchas de aquellas cabezas que con tanta insensatez se agitan, se ostentan las canas. Nada de aquella grotesca ceremonia mueve á risa, porque toda ella infunde lástima.

Repentinamente cesa el clamoreo, paralízanse los movimientos; en medio de un silencio profundo aparece un anciano, y dirigiéndose á los espectadores, les dice: "Un interés mundano, " una vana curiosidad os han atraido á estos lu- " gares; ¡ojalá cuando de ellos os alejeis, lle- " veis en vuestras almas salutíferas impresio- " nes! ¿ Quién hay de entre vosotros, por muy " venturoso que sea, que pueda comparar su fe- " licidad á la nuestra? Esta no consiste en la " riqueza, ni tampoco en los placeres sensuales; " en la inteligencia está particularmente cifra- " da. Agítanse en vano los hombres en descu- " brir á la verdad; nosotros somos los únicos que " la hayamos encontrado en la tierra."

Algunas veces he oido poner en duda la pureza de costumbres de los *Shakers*, y sostener que aun cuando todos los hombres y todas las mugeres del universo se consagrasen al *celibato*

que ellos observan, no se acabaria el mundo; pero no es comun que se ataque sobre este particular á los temblones; se les dirige otro reproche que me parece todavía mas fundado, y es el de que carecen de buena fé los gefes de la asociacion. Como se puede ingresar á la sociedad con bienes ó sin ellos, la verdadera ventaja es de parte de aquellos que nada poseen al entrar á ella; de suerte que los engañados son los ricos.

Por lo demas, no concebimos distintamente qué haya en esta congregacion que pueda inducir á nadie á pertenecer sinceramente á ella. El cuáker shaker no se desprende completamente del mundo; conserva con sus semejantes todas aquellas relaciones que pueden ser útiles á su bienestar.

Comprendo como puede el monge de la Trapa aislarse de la sociedad, consagrase al retiro y pasar su vida cavando su sepulcro; el premio moral que recibe consiste en la magnitud misma del sacrificio á que se entrega; ¿pero qué mérito puede encontrar en sí mismo el solitario que disfruta de una parte de las ventajas que ofrece el mundo, y sin saber por qué desecha la otra?

Si nos fuese dable escudriñar lo que en los corazones pasa, quizá veriamos que la vanidad es el móvil principal de los *temblones*. ¿No será, por ventura, precisamente la estravagancia misma de su culto lo que á él les adhiera? La mayor parte de los cuákeros es gente de capacidad bastante mediana; todos sin embargo tienen su

escena, y para esta escena hay un público; ¿quién se ocuparia de ellos si no llamasen la atencion con sus absurdos? Las formas bajo las cuales se ostenta el orgullo del hombre, son infinitas.

Sea de esto lo que fuere, á la vista de espectáculo semejante no puede uno menos de lamentar la miseria del hombre y la debilidad de su razon.

Las demas sectas protestantes hacen irrision con frecuencia del culto de los shakers.

¿Pero es acaso la comunidad de los temblones la única que se haya entregado á lamentables estravíos?

La otra secta de los cuákeros que así propiamente se denomina, ha comprendido mejor que ninguna de las demas lo que hay de moral en el hombre; ninguna ha llevado mas lejos que ella la práctica de la libertad civil y religiosa y de la igualdad que debe reinar entre los humanos. A ella debe la Pensilvania la austeridad y sencillez de sus costumbres, y aun cuando vaya allí la secta en decadencia, mucho habrá de dominar todavía en aquel Estado su salutífera influencia. Sin embargo, ¿habrá algo que sea mas absurdo y mas contrario á la naturaleza que uno de los principales dogmas que en la enunciada comunidad se observan?

El Evangelio dice, que el que reciba una bofetada en un carrillo, debe presentar el otro; el cristianismo recomienda la paz y la mansedumbre; y de aquí deducen los cuákeros que no se debe hacer resistencia á ataque alguno, aun cuando trate de la defensa de la vida. Cierta vez

dirigí á un cuákero la pregunta de si repeleria con la fuerza á un asesino que intentase darle la muerte, y me contestó que la teoría de su secta exigia que no se opusiese á tal ataque semejante resistencia.

He ahí, pues, á toda una poblacion ilustrada y recta, á la cual, una errónea interpretacion de la palabra Dios, induce á violar la primera y mas sagrada de las leyes de la naturaleza, como es la de la conservacion de sí mismo.

¿No es cierto que es doloroso ver como se estravia la inteligencia humana, ya en los socinianos por sus dudas, ya en los temblones por su ridícula doctrina, ya en los cuákeros por su desatinada teoría? Tal parece que no puede el hombre hacer uso de su razon sino dedicándola á actos que revelen su insuficiencia y su locura.

Hasta aquí llegará mi exámen sobre las divergencias que las sectas protestantes presentan; bástame decir sobre este asunto, que todas las mencionadas sectas cuyas doctrinas hasta lo infinito se diversifican, comenzando por la comunidad de los cuákeros, cuya teoría les previene que se han de dejar matar sin defenderse, y terminando con los shekers, cuyos principios son los de festinar la conclusion del mundo, todas tienen un punto comun al cual concurren. Este punto es la moral pura que cada cual profesa.

El presbiterianismo, cuyas rencorosas pasiones manifesté hace poco, es quizá la mas fecunda en buenas obras de entre todas las congregaciones protestantes. El fanatismo es el origen de mu-

chos crímenes, pero engendra tambien muchas virtudes.

No pocas veces se ha ridiculizado á la comunidad de los metodistas, cuyos errantes predicadores hacen retumbar en los bosques americanos los clamores que les arranca el entusiasmo y los aullidos que en fuerza de la inspiracion exhalan; pero su fervor, mas vehemente que ilustrado, es siempre sincero. ¿No les vemos arrojarse, con riesgo de la vida, á las mas incultas regiones, para hacer oir la palabra evangélica en ellas? ¿Qué seria, sin aquellos piadosos peregrinos, de los habitantes de los Estados de Occidente, cuyas diseminadas mansiones se encuentran tan lejanas de toda iglesia? Esos metodistas que recorren el desierto, son los que mejor que nadie difunden la civilizacion, y los que por medio del consuelo aplican el remedio mas eficaz á las heridas del infortunio.

Todos esos cultos están fundados sobre una moral pura, porque proceden todos ellos del cristianismo. Hállanse divididos á consecuencia de las contrarias doctrinas que enuncian; pero hay un fuerte vínculo que entre sí los liga, cual es el de la virtud.

---

§ II.

Relacion que tienen los cultos con el Estado.

En ninguna parte se halla mejor establecida que en la América del Norte la separacion de la [illegible]a para con el Estado.

Todas las constituciones de los Estados-Unidos proclaman la libertad de conciencia, la libertad é igualdad de cultos.

"Todos los hombres, dice la ley de la Pensil-
" vania, han recibido de la naturaleza el derecho
" imprescriptible de adorar al Todopoderoso se-
" gun las inspiraciones de su conciencia, y á na-
" die puede legalmente obligarse á que instituya
" ó sostenga contra su voluntad ningun culto ni
" ministerio religioso, sean éstos cuales fueren.
" No hay autoridad humana que pueda en nin-
" gun caso intervenir en las cuestiones de con-
" ciencia y coartar las facultades del alma (1).

"Entre los derechos naturales, dice la ley de
" otro Estado, hay algunos que son inalienables
" por su misma naturaleza, porque no existe un
" equivalente para ellos; tales son los derechos
" de conciencia (2)."

De suerte que en los Estados-Unidos no se conoce religion del Estado, religion que declare la ley ser la que deba profesar la mayoría, ni hay culto que sobre los demas tenga preeminencia: consérvase estraño á todos el Estado. Cada congregacion religiosa se rige en los términos que la convengan; nombra sus ministros, impone contribuciones á sus miembros y arregla sus gastos sin dar cuenta alguna de ello á la autori-

(1) Constitucion de la Pensilvania, art. 9º § 3º

(2) V. la constitucion del N. Hampshire, art. 5º y 6º —V. tambien las constituciones de los demas Estados: la del Maine, art. 1º § 3º; la de Nueva-York, art. 7º § 3º; la del Ohío, art. 8º § 3º; la de Vermont. art. 3º; la del Delaware, art. 1º; la del Maryland, art. 33; la del Misouri, art. 5º, &c., &c.

dad política, que por su parte ninguna tampoco la pide.

Hay un gran número de Estados en los cuales están declarados por la ley los ministros de los cultos, sea cual fuere la secta á que pertenecieren, inhábiles para desempeñar toda funcion civil y militar; "atendiendo á que, dice la constitucion de Nueva-York, los ministros del Evan- " gelio están consagrados, por su carrera, al " servicio de Dios y al cuidado de las almas, y " á que nada debe distraerles de los importan- " tes deberes que su ministerio les impone (1)."

Hé aquí, pues, como quedan los ministros de la Iglesia escluidos de la vida política. Desde luego, en vista de ésto, se concibe que no cuenta el gobierno con el apoyo de los ministros de ninguna secta ni de los de congregacion alguna.

Pues dejo espuestos ya los principios generales, paso á indicar algunas escepciones.

La constitucion del Massachusetts proclama la libertad de cultos en el sentido de que no ejercerá persecucion contra ninguno; pero solo reconoce al cristianismo en la comprension del Estado, y á las sectas protestantes es á las que esclusivamente protege. (2).

Segun los términos en que esta constitucion se espresa, los consejos que no cooperen debidamente á los gastos que exiga la conservacion de su respectivo culto protestante, serán com-

(1) V. la constitucion de Nueva-York, art. 7º § 4º

(2) V. la constitucion del Massachusetts, art. 2º y 3º

pelidos á hacerlo por medio de una órden de la legislatura (1).

La contribucion que se colecte en virtud de esta providencia, podrála aplicar cada cual al sostenimiento de la secta á que pertenezca; pero nadie se podrá escusar de exhibir lo que le corresponda, so pretesto de que ningun culto practica (2).

La constitucion del Maryland tambien declara que todos los cultos son libres, y que nadie está obligado á contribuir á la conservacion de una Iglesia determinada. Sin embargo, otorga á la legislatura el derecho de establecer, segun las circunstancias, un impuesto general para el sostenimiento de la religion cristiana (3).

La constitucion del Vermon solo á los cultos cristianos reconoce, y dice testualmente que toda congregacion cristiana deberá celebrar el sábado, ó sea el dia del Señor, y observar el culto religioso que le parezca mas conforme con la voluntad de Dios manifestada por medio de la revelacion (4).

Algunas veces las constituciones americanas prestan á los cultos religiosos un apoyo indirecto: la ley del Maryland, por ejemplo, declara que para ser admisible á cualesquiera funciones públicas es necesario ser cristiano (5). En el

(1) V. id., art. 3º
(2) V. id., art. 8º
(3) V. la constitucion del Maryland, art. 33.
(4) V. la constitucion del Vermont.
(5) Constitucion del Maryland, art. 35.

Nuevo-Jersey es necesario ser protestante (1). La constitucion de la Pensilvania exige que se crea en la existencia de Dios y en una vida futura de castigos y prémios (2).

Las disposiciones que quedan indicadas son las únicas protecciones legales que presta el Estado, en la América del Norte, á un culto religioso determinado.

Fuera de estas dos escepciones, no existe mas contacto entre la Iglesia y el Estado que el de que toda congregacion religiosa recibe, al formarse, la sancion de la legislatura, que se llama en inglés *incorporation*. Pero esta no es precisamente una autorizacion legal, porque el poder de autorizar la existencia de las asociaciones y congregaciones religiosas, traeria consigo el derecho de defenderlas, y no pertenece este derecho á las legislaturas de los Estados americanos: á decir verdad, no está la *incorporacion* establecida en beneficio del Estado, sino en bien de la asociacion que se forma; tiene por objeto investirla del derecho de comparecer en justicia, de poseer con el carácter de propietaria, dar y recibir, &c.; y da entrada en la vida civil á una sociedad que podrá obrar como individuo, en vez de estar sujeta puramete á la accion de cada uno de sus miembros.

---

(1) Constitucion del Nuevo-Jersey, art. 18. Este artículo dice que todo *protestante*, de cualquiera denominacion que fuere, es admisible á los cargos y funciones públicas. Con el hecho de nombrar á éstos, quedan escluidos los demas.

(2) Constitucion de la Pensilvania, art. 4°

Sea cual fuere la mayor ó menor proteccion que las leyes de los Estados concedan á tal ó cual secta religiosa, puede decirse, por lo menos en los términos mas generales y absolutos, que en la América del Norte no existe clero formando un cuerpo políticamente constituido y reconocido como tal por el Estado, ó por la fuerza de la costumbre.

Pero aun cuando los ministros del culto sean absolutamente estraños á la administracion del Estado, no lo es la religion.

Esta, en América, es no solo una institucion moral, sino tambien una institucion política. No hay constitucion americana que no recomiende á los ciudadanos el ejercicio de un culto religioso, por ser la doble salvaguardia de las buenas costumbres y de las libertades públicas. No hay ley en los Estados-Unidos que autorice en manera alguna el ateismo. Hé aquí cómo se espresa sobre este particular la constitucion del Massachusetts; "Es un derecho y tambien un " deber el que tiene todo hombre en sociedad, " de adorar públicamente y en épocas determi- " nadas al Ser Supremo, Creador de cuanto " existe, Omnipotente y soberanamente bueno.... " Como la felicidad de un pueblo, el buen órden " y la conservacion del poder civil, dependen " esencialmente de la piedad, de la religion y de " la moral; y como la moral, la religion y la pie- " dad no pueden difundirse entre un pueblo sino " mediante la institucion de un culto esterior " dirigido á la Divinidad, y en virtud de estable- " cimientos públicos morales y religiosos; por

" estas razones el pueblo de esta república, de-
" seoso de que su bienestar vaya en aumento y
" de asegurar la conservacion de su gobierno..."
Siguen las disposiciones en favor de la religion. . . . (1)

La constitucion del Nuevo Hampshire tiene un preámbulo religioso de la misma naturaleza (2).

La del Ohío proclama la religion, la moral y la institucion, por ser circunstancias indispensables á un buen gobernante y propias para procurar su felicidad á los hombres (3).

Estos principios religiosos con que están encabezadas todas las constituciones de los Estados-Unidos, se encuentran tambien en las leyes, en todos los decretos del gobierno, en las proclamas de los funcionarios públicos, y en fin, en todos aquellos actos en que se manifiesta la relacion que hay entre gobernantes y gobernados. No hay en América una sola solemnidad pública que no comience por alguna invocacion piadosa. He visto en Washington abrirse con una oracion, una sesion del senado, y la festividad con que se celebra el aniversario de la declaracion de independencia, consiste en una ceremonia completamente religiosa.

Ya queda manifestado que la ley, aun cuando no admite el predominio ni aun la existencia de clero alguno, sí reconoce el ascendiente de la religion.

---

[1] Art. 2º y 3º de la constitucion del Massachusetts.
[2] Art. 4º 5º y 6º de la constitucion del N. Hampshire.
[3] Constitucion del Ohío, art. 8º § 8º

Fáltame agregar, que las sectas, á pesar de conservarse estrañas el movimiento de los partidos, están lejos de manifestarse indiferentes á los intereses políticos del pais y á su gobierno; todas toman el mas vivo interés en la conservacion de aquellas instituciones, y las protegen por medio de la palabra que profieren sus ministros en el púlpito, y aun en el seno de las asambleas políticas. La religion cristiana es constantemente en América, un auxiliar de la libertad.

Uno de los principios que profesa el legislador de los Estados-Unidos, es el de que es de absoluta necesidad tener religion para ser un buen ciudadano; y de aquí procede la regla que con mucha razon hay establecida, sobre que es indispensable que cada cual sea buen ciudadano para que sea capaz de cumplir debidamente con sus deberes para con Dios. Todas las sectas rivalizan sobre este punto en consagrarse con fervor al sostenimiento de estos principios; de suerte que el catolicismo, de igual modo que las comuniones protestantes, viven en perfecta armonía en las instituciones americanas; se desarrolla y toma cuerpo bajo este régimen de igualdad, teniendo la fortuna de no verse en aquel pais, en la obligacion de proteger al gobierno, ni en la necesidad de que este le proteja.

Solo una congregacion hay en América que esté en pugna con las leyes del pais, y es la de los cuákeros.

El mismo principio que les prohibe que se opongan á los ataques de un agresor, cualquiera les induce á juzgar que no tiene la sociedad de-

recho alguno para repeler con la fuerza los acometimientos de un enemigo: ¡jamás se hubiera creido que tan anti-social teoría fuese parto de una secta tan moral y tan pura! El hecho es que los cuákeros se rehusan á formar parte de la milicia americana, y mucho menos de su ejército.—"De suerte, que segun vosotros," decia yo un dia á un cuákero de Filadelfia, "una nacion, " viéndose atacada por otro pueblo que intenta " destruir su existencia, no tiene derecho á de- " fenderse."—"No, no lo tiene," contestóme el cuákero: "la guerra, la resistencia y la violencia " son contrarias al espíritu evangélico. Cuando " encontramos en los libros santos un principio, " no nos limitamos á admirarlo, sino que lo po- " nemos en práctica. Cristo manda á los hom- " bres que vivan en paz; luego hacerse la guer- " ra es desobedecer sus preceptos. Llega nues- " tra conviccion sobre este particular á tal gra- " do, que jamas tomaremos las armas, sea cual " fuere la autoridad que intente obligarnos á " ello. En 1812, cuando la Inglaterra y los Es- " tados-Unidos empeñaron guerra, muchos cuá- " keros de Filadelfia que fueron nombrados pa- " ra marchar contra el enemigo, se negaron á " dar cumplimiento á tal mandato, fundándose " en los principios de su religion que se los " prohibe. Hízoseles comparecer ante los tribu- " nales, que los condenaron á pagar multas de " consideracion, las cuales no satisfacieron; en- " tonces embargáronse y vendiéronse sus bie- " nes, y los que ningunos tenian fueron encar- " celados. Aun cuando tuviésemos á nuestra

" disposicion cuantos tesoros contiene el uni-
" verso, de ninguna manera pagariamos cual-
" quier multa que por tal motivo se nos impu-
" siese. Con el hecho de pagarla convendria-
" mos en cierto modo en que hemos hecho mal:
" el acto de arrojársenos á la cárcel es una vio-
" lencia, á la cual cedemos, y en que no tiene
" nuestra voluntad parte alguna." No me ocuparé de rebatir este raciocinio, porque el vicio de que adolece con bastante facilidad se percibe. La autoridad pide á los ciudadanos que se armen para defender á la nacion; pero una secta religiosa niega en este punto su obediencia al poder, por solo la razon de que ha recomendado la paz y la mansedumbre el Evangelio; de suerte que un precepto sublime que impusiera Dios, lo transforman los hombres en un crímen, porque creyéndolo observar desoyen la voz del patriotismo.

Por lo demas, debo manifestar que los cuákeros no son enemigos de las instituciones americanas ni del gobierno republicano de los Estados-Unidos; por el contrario, no existe secta mas democrática que la que forman; pero no hay asociacion con la cual no pugnen por el principio de que la primera ley de todo ser existente, sea individuo ó cuerpo social, es la de proveer á su propia conservacion, y por consiguiente la de defenderse.

Acabo de dejar espuestas las relaciones que, segun las leyes americanas, tienen los cultos con el Estado. . . . Pero sobre este punto son las leyes mucho menos fuertes que las costumbres.

causas ocultas. El objeto de esta nota es el de iluminar la cuestion.

Los cambios, por los cuales pasan las naciones, se van operando gradualmente, al paso que las generaciones se suceden; es pues, tarea sumamente dificil la de encontrar en la vida de un pueblo, siguiéndola año por año, la historia de sus transformaciones sucesivas. Pero si examinais á este mismo pueblo en dos épocas distintas, remota una de otra, la diferencia que habrá entre ambas os saltará desde luego á los ojos. Partiendo de este principio, me ha parecido que en vez de examinar el curso del tiempo y seguir las huellas que han ido en él dejando las mutaciones que se han operado paulatinamente en el estado social y político de los indígenas, llegaria con mas rapidez á un resultado mas concluyente, si lograba dar á conocer lo que eran hace doscientos años los indígenas y lo que son en nuestros dias. Para instruirme con relacion al primer punto, he consultado á los autores ingleses y franceses que me ha parecido que podian prestarme mas luces; me he servido del capitan John Smith y de Beverley por lo que toca á la Virginia, de John Lawson en cuanto á ambas Carolinas, de William Smith por lo que respeta al Estado de Nueva-York, de Despratz en lo tocante á la Luisiana, y en lo que concierne al Canadá de Lahontan y de Charlevoix.

Acerca de la condicion que actualmente guardan, he tomado mis apuntes de los viages que se han hecho por órden del gobierno america-

no, de las noticias oficiales que se han presentado sobre el particular al congreso, de los informes de algunos testigos oculares, y en fin, de la observacion que por mí propio he hecho. Porque he contemplado de cerca á muchas de las desventuradas naciones que me propongo dar á conocer, y me he podido cerciorar de si son exactos los colores de que se hace uso para pintarlas.

---

§ I.

Estado antiguo.

Voy á hablar de algunas naciones que, aunque eran poco numerosas, ocupaban un espacio tan dilatado casi como la mitad de la Europa. Observábanse entre ellas, en la época á la cual quiero trasportar la atencion de mis lectores, similitudes y diferencias que es de necesidad marcar.

Todos los pueblos que habitaban las costas orientales de la América del Norte, cuando se empezaron á trasladar los europeos á ellas, vivian en un estado social análogo; el medio de su subsistencia comun era el de la caza. No por esto se crea qne les fuese totalmente desconocida la agricultura; pero ninguno de ellos habia llegado todavía á sacar de los frutos de la tierra su único principal sustento. Todos los datos que poseo están de acuerdo sobre este punto. En derredor de la cabaña donde morabá el

gefe de familia, veianse algunos plantíos de maiz cuyo cultivo formaba la ocupacion de sus mugeres y de sus hijos. Cada año ausentábase de aquella su residencia el propietario, y marchábase ora solo, ora acompañado de los suyos, hácia una region las mas veces remota, donde se entregaba, por espacio de muchos meses, al ejercicio de la caza.

"Durante los meses de Marzo y Abril (1)," dice hablando de los indígenas de la Virginia el capitan Smith, que escribia en 1606, "se alimentan principalmente de su pesca. Compónense sus comidas de pavos silvestres y de ardillas. En Junio siembran su maiz y se sustentan particularmente con vellotas, avellanas y peces; á fin de diversificar estas comidas, procuran dividirse en partidas poco numerosas, y se alimentan con peces, animales monteses, cangrejos, ostras y tortugas. Cuando llega la época de la caza, forman cuadrillas lo mismo que los tártaros, y se trasladan con sus familias á los lugares mas desiertos ó cerca de los nacimientos de los rios, donde es abundante la caza. Compónense en lo general estas espediciones de dos ó trescientos individuos.

Todos los autores que han hablado de los indígenas del Norte, se espresan en los propios términos.

Todos los pueblos á que me refiero eran, pues, agricultores por casualidad y por escepcion; pero examinando el conjunto de sus hábi-

(1) The general History of Virginia and New En- by John Smith: impresa en Londres, 1627.

tos, bien se puede decir que constituian naciones de cazadores; todas las relaciones que pudieran hacerse acerca de los pueblos que se dedicaban esclusivamente á este ejercicio, les son aplicables.

Entre ellos el espíritu nacional se cifraba mas bien en los hombres que en el terreno. Fundábase el patriotismo en las costumbres; en las tradiciones muy poco se apegaba á la tierra, ó por mejor decir, adheríanle al suelo únicamente los recuerdos que el terreno en sus ánimos reproducia. El salvage no amaba á la region donde naciera, sino porque le presentaba la memoria de sus padres que en ella habian vivido, y la idea de que sus venerables restos reposaban en ella todavía. En tanto que habitaba su territorio una nacion indígena, tributaba á los huesos de sus antepasados muestras estraordinarias de respeto. Cuando se veia en la neeesidad de emigrar, recogíalos con prolijo cuidado, guardábalos en pieles, y cuando sentia el indígena que el peso de ellos gravitaba sobre sus hombros, alejábanse sin sentimiento: llevábanse á toda su pátria consigo. "En cada lugarejo, dice hablando de los indígenas Lawson (1), en la pág. 182, "encuéntrase una hermosa cabaña que está erigida á espensas del público y con mucho cuidado se conserva; contiene los cuerpos de los principales de entre los indígenas muertos hace muchos siglos, y se les vé cubiertos de sus mas vistosos vestidos. Los indígenas respetan aquel

(1) The History of Carolina, by John Lawson: impresa en Londres, en 1718.

monumento y le tributan adoraciones, y mejor querrian perder cuanto poseen que permitir que fuesen profanados."

Cuando una tribu indígena se ausenta de su pais para domiciliarse en otra parte, nunca deja de llevarse consigo estos restos. "Todavía sucede en nuestros dias, en que el amor pátrio se va estinguiendo entre los indígenas, así como van perdiendo todas sus demas cualidades, que la primera contestacion que dé un indígena á los blancos que solicitan comprar sus tierras, dicen los Sres. Clark y Lewis en el informe oficial que al gobierno federal remitieron, sea esta:— No venderémos un lugar donde descansan las cenizas de nuestros abuelos."

El espíritu de propiedad, que hace que el agricultor tome en cierto modo raices en los campos donde recoge sus cosechas, no exístia en ninguna de las naciones de la América del Norte en la época de su descubrimiento; de suerte que se les vé variar de domicilio con una facilidad para nosotros inconcebible.

De modo que los europeos no encontraron, por decirlo así, en la América del Norte, pueblo alguno que se digese originario del lugar que ocupaba al tiempo que se operó su descubrimiento. Los Natchez creian que sus antepasados eran oráculos del territorio mexicano; los Iroqueses se acordaban de haber atravesado en tiempos pasados el Mississipí. Lahontan y Charlevoix dicen que la mayor parte de las tribus indígenas que habian habitado anteriormente las inmediaciones del territorio que entonces ocu-

paba la confederacion iroquesa, habian creido deber ir á domiciliarse mas lejos, en direccion del Norte y el Oeste.

A esta causa es necesario que atribuyamos la facilidad que tuvieron y que tienen aún los europeos, de establecerse en el territorio de estos salvages. El interes particular no les impele á defenderlo, y la masa de la nacion no puede percibir, á primera vista, qué perjuicio pueda ocasionarla un reducido número de estranjeros que llega á establecerse en medio de los campos incultos y que saca de la tierra una subsistencia que no procuran obtener los indígenas mismos. Esto es lo que hizo decir al Sr. Bell en un informe que dió al congreso el 4 de Febrero de 1830, (documento legislativo núm. 227): "Parece que antes de la venida de los europeos á América, jamas habian concebido la idea los salvages de que pudiese ser la tierra un objeto de venta." Y si se reconoce la historia de nuestros primeros establecimientos, se verá en ella que jamas consideraban los naturales á los europeos como usurpadores, cuando se cercioraban de que no ocupaban sus terrenos con la intencion de hacerles daño.

Este estado social producia, entre todas las naciones salvages que lo habian adoptado, consecuencias análogas. No conociendo la riqueza inmoviliaria, no sacando de la tierra sino una pequeñísima parte de su subsistencia, podian abandonar el penoso trabajo de la labranza á las mugeres y á los niños, reservándose los hombres el divertido ejercicio de la caza.

"Los hombres," dice John Smith refiriéndose á los indígenas de la Nueva Inglaterra, "se ocupan con especialidad en la caza," (pág. 240).

El mismo autor dice, aludiendo á los salvages de la Virginia: "Los hombres dedican el tiempo esclusivamente á la pesca, la caza, la guerra y otros ejercicios varoniles, y consideran como vergonzoso que se les vea ocuparse en tareas propias de mugeres; de esto resulta que estén muchas veces las mugeres agobiadas de trabajo, y los hombres ociosos. La ocupacion de las mugeres y de los niños es la de hacer esteras y cestas, condimentar los alimentos, sembrar el maiz y cosecharlo."

"Las mugeres de los Iroqueses," dice William Smith en la pág. 78 de su obra, "son las que cultivan el campo, y los hombres van á la caza." —"Los indígenas jamás trabajan," dice Lawson hablando de los de la Carolina (pág. 174). De aquí proviene esa relacion íntima, que no ha podido destruir el tiempo, entre las ideas de trabajo sedentario, y particularmente el de la cultura de la tierra, y las de debilidad, dependencia, obediencia é inferioridad. De suerte que los primeros europeos que desembarcaron en las costas de la América del Norte, hallaron establecida entre todos los salvages la opinion de que la labranza de la tierra se debe dejar á las mugeres, á los niños y á los esclavos, y que la caza y la guerra son los únicos ejercicios que puedan ser dignos de un hombre; opinion que, pues dominaba á la vez en un gran número de diversas naciones, no podia emanar sino de un estado so-

cial que fuese comun á todas ellas. No teniendo apego á lugar alguno determinado en virtud de la posesion y de la cultura de la tierra; teniendo que andar vagando una parte del año en persecucion de los animales monteses, de los cuales queria hacer presa, no era dable al indígena de la América del Norte recoger un resultado de las varias observaciones que acerca de los individuos hiciese combinar entre sí las consecuencias que de idénticos hechos dedujese, y forman de todo ello un cuerpo de principios ê ideas generales; en una palabra, no podia crear ese conjunto de conocimientos que llamamos ciencia. Aquel género de vida que tenian, no permitia que un mismo hombre se dedicase por mucho tiempo á una sola empresa y detenidamente la estudiase: oponíase con mayor razon todavía á que muchas generaciones se ocupasen sin intermision en los mismos objetos y se trasmitiesen unas á otras el resultado de sus pesquizas. Entre ellos habia llegado ya la humanidad á su vejez, aun cuando fuese jóven el hombre, y la civilizacion no tenia domicilio en el cual fijarse por la razon de que no tiene el cazador una mansion determinada. Luego todas aquellas naciones indígenas debian presentar el aspecto de pueblos muy poco adelantados todavía en la senda del progreso intelectual, no por el motivo de que habitaban la América en vez de vivir en la Europa; no porque la tez de los individuos que los formaban en lugar de blanca fuese cobriza, sino porque habian todos ellos adoptado un estado social que no permite á la civilizacion s

un limitado desarrollo. Ninguna de las naciones del continente septentrional americano habia inventado la escritura, aunque muchas de entre ellas tenian geroglíficos que podian hasta cierto punto reemplazarla.

"Estos indígenas," dice Beverley (1), (los de la Virginia), "no poseen género alguno de escritura; pero cuando tienen alguna comunicacion que hacer, se sirven de ciertos geroglíficos ó figuras que representan aves, cuadrúpedos ú otros objetos propios para dar á entender los diferentes pensamientos que se proponen espresar." Lo mismo dice Lehontan con relacion á los iroqueses, y aun presenta como modelo el relato de una espedicion que está significada en los propios términos. Véase la página 191 del tomo 2º de su obra.

Ninguna de aquellas naciones habia descubierto metales, ni conocia el secreto de elaborarlos. "Antes de que se apareciesen los ingleses por aquel rumbo," dice Beverley hablando de los salvages de la Virginia, "ninguna idea tenian los indígenas del hierro ni del acero."

La misma observacion es aplicable á todas las tribus de aquel continente. Las ciencias mas necesarias, el arte de edificar casas, de construir embarcaciones, de hacerse vestidos con que cubrir la desnudez, no habian salvado, entre ellos, el límite á que pueden llegar la industria, y los esfuerzos de un hombre que vive aislado, ó á los

(1) Historia de la Virginia por Beverley, de 1583 á 1700 V. p. 258.

de una generacion, cuyas ideas no han tenido tiempo de desarrollarse.

"Los indígenas," dice en 1806 el capitan John Smith, en la pág. 30 de su obra, "se visten en invierno de pieles con pelo, y con otras que no lo tienen durante el estío; los mas notables de entre ellos andan cubiertos de largos mantos de la misma materia, que se asemejan en su forma á las capas de los irlandeses. Las mas veces vénse adornados estos mantos con bordados de granos de cobre, y muchos hay que están pintados. Las casas de estos salvajes están construidas á manera de enramadas; se componen de árboles tiernos encorvados y ligado unos á otros; hállanse tan prolijamente cubiertos de esteras y de cortezas de árboles, que ni el viento ni la lluvia puéden atravesar por ellos; pero enciérrase en el interior un humo insoportable. "Los edificios públicos estaban con mas grandeza y arte. El mismo Smith habla en la pág. 37 de una casa destinada á guardar el tesoro del rey. La longitud de aquel palacio era de cincuenta á sesenta varas [yards], y á sus cuatro ángulos tenia mal formadas y toscas estátuas. "Las casas de los Iroqueses, dice William Smith en la pág. 78, se componen de algunas estacas elevadas en tierra y cubiertas con cortèzas de árboles, en cuya parte superior se deja una abertura para que tenga salida el humo. En cualquier punto donde se reune un número considerable de estas chozas, construyen un fortin cuadrado pero sin bastiones, y solo circuido por palizadas."

Los afectos no necesitan, para desarrollarse,

del mismo ejercicio succesivo que las ideas. El estado social de los que subsisten de la caza ejerce sin embargo en el alma de éstos una influencia, que si no es igual, es al menos tan inevitable como la que ejerce en sus ánimos.

Hay ciertos afectos que para recibir todo su desarrollo exigen ociosidad, tiempo, tranquilidad, uso de lo supérfluo, y que se haya convertido en hábito conservar en continua accion á la inteligencia. Estos se desconocen casi entre pueblos cazadores, como lo eran los americanos del Norte.

El amor, esa pasion esclusiva, meditabunda, entusiasta, sensual y material á la vez; esa pasion que tan gran papel representa en la vida de los hombres cultos, casi nunca venia á perturbar la existencia del salvaje. "Los indígenas, dice Lahontan en la pág. 131 del tom. 2º, jamas conocieron lo que se llama amor entre nosotros; con tal tranquilidad aman, que se podria considerar el amor de ellos como una simple benevolencia. No son susceptibles de celos".—"Los salvajes, dice ademas, no gustan sino de la guerra y de la caza; no toman muger hasta la edad de treinta años, porque creen que el trato con el otro sexo de tal manera los enerva, que les quita mucha parte del vigor que necesitan tener para sus dilatadas incursiones y para correr en pos del enemigo.

Otros efectos hay, por el contrario, tan inherentes al corazon humano, que siempre se encuentran en él, sea cual fuere la posicion que ocupe el hombre. Estos últimos se manifiestan

con tanta mayor energía, cuanto que es mas reducido su número; tanto mas vehementes cuanto que el ánimo, hallándose menos ocupado y mas inculto, no paraliza por medio de la duda los movimientos del corazon ni la accion de la voluntad. Estos afectos habian adquirido entre los americanos del Norte un grado de intensidad desconocido á las naciones civilizadas del antiguo mundo. La ira, la venganza, la soberbia, el patriotismo se ostentan en ellos bajo formas tan terribles cuales en ninguna otra parte se ha visto ejemplo.

El estado social en que vivian daba tambien orígen entre las tribus indígenas á cierto número de vicios y virtudes que era mas ó menos crecido entre los pueblos que habitaban entonces el litoral del continente, pero que era estensivo á todos.

Las indígenas de la América septentrional poseian pocos bienes, y, circunstancia notable, no conocian aquellos que tanto apreciamos porque nos sirven para que todos los demas obtengamos: era, pues, raro encontrar entre ellos esas viles pasiones que engendra la codicia; casi desconocian el latrocinio. "El latrocinio, dice Lawson en la pág. 178, es vicio sumamente raro entre los indígenas." "Los salvajes, dice Lahontan, no sabiendo lo que es *lo tuyo y lo mío*, superioridad ni subordinacion, ni los ladrones ni los enemigos particulares son de temer entre ellos, de lo cual resulta que dia y noche conservan abiertas sus chozas."

Mas bien la ira y la venganza que la ambicion,

eran las que hacian estallar la guerra en el seno de las tribus indígenas. "Por rareza sucede, dice John Smith, que se hagan guerra los indígenas por obtener terrenos ó adquirir bienes.

Los salvajes estaban siempre dispuestos á prestarse mútuamente auxilio cuando la necesidad lo exigia, porque entre sí todos eran iguales y porque estaban espuestos á las mismas desdichas.

"Estos indígenas, dice Lawson en la pág. 235, son mas benévolos para con nosotros, que no lo somos nosotros con relacion á ellos; nos proporcionan víveres cuando nos trasladamos á su seno, al paso que nosotros dejamos que á nuestras puertas perezcan de hambre."

"Los indígenas," dice el mismo autor en la pág. 178, "son muy caritativos los unos para con los otros. Cuando alguno de ellos ha sufrido alguna pérdida considerable, se dá un banquete, á la conclusion del cual uno de los convidados, tomando la palabra, pone en conocimiento de la reunion, por ejemplo, que la casa de fulano se incendió y que todo cuanto poseia fué destruido. Luego que ha acabado de hablar el que lo hace, cada uno de los concurrentes se apresura en hacer obsequio al que padeció, de tales ó cuáles objetos. Idéntico auxilio se presta al que necesita levantar una choza ó construir una simple canoa."

Entre ellos la hospitalidad era altamente respetada y jamas dejaban de ejercerla. "Los salvajes reciben con suma benevolencia á los estranjeros," dice William Smith, en la pág. 80,

hablando de los Iroqueses. "Cuando se aproxima á una aldea un estrajero," dice Beverley en la pág. 256, "el gefe de ella sale á recibirle y le suplica que tome asiento sobre esteras que se ha tenido el cuidado traer. Fuman, conversan por un rato, y en seguida entran en la aldea; allí se lavan los pies al estranjero y se le sirve la comida; si el recien llegado es algun jóven de alta distincion, se eligen dos doncellas para que duerman á su lado. Estas creerian faltar á los deberes de la hospitalidad, si opusiesen la menor resistencia á los deseos del hospedado; y cediendo, de ninguna manera se las considera deshonradas."

Como ninguno de los pueblos de la América del Norte pasaba una existencia sedentaria, todos ignoraban el arte de dar, por medio de la escritura, una forma fija y duradera al pensamiento. No se conocia entre ellos lo que nosotros denominamos leyes. No solo no tenian legislacion escrita, sino que aun no se hallaban las relaciones mútuas de los hombres sujetos á ningun principio uniforme y estable, que emanase de la voluntad legislativa de la sociedad.

Estos salvajes no eran tan bárbaros, sin embargo, como habria podido creerse. Cuando la soberania nacional no se espresa por medio de las leyes, ejércese indirectamente en virtud de las costumbres. Cuando están bien fundadas éstas, fórmase una especie de civilizacion en el seno mismo de la barbárie, y establécese la sociedad entre hombres á quienes se habria juzga-

do á primera vista incapaces de ligarse con vínculos sociales.

Ya dejo hecha mencion del respeto con que trataban á los estraños los indígenas; ya he hablado de su hospitalidad y de sus benévolas costumbres. He llamado asimismo la atencion hácia el patriótico culto que tributaban á los restos de sus abuelos. Pero no era éste el único uso que uniese entre sí á las generaciones, en despecho de los hábitos inconstantes y de la ignorancia de aquellos pueblos.

"Los indígenas de la Virginia," dice John Smith en la pág. 35, "tienen la costumbre de erigir especies de altares de piedra en los puntos donde ha habido algun acontecimiento importante. Cuando os encontrais con alguna de estas piedras, no dejan de referiros con motivo de qué suceso fué colocada en aquel parage, y tienen el mayor cuidado de que de generacion en generacion se vaya transmitiendo el conocimiento de estos hechos."

"Cuando muere un indígena de las Carolinas," dice Lawson en la pág. 180, "despues de quedar sepultado el cadáver, pónese á hacer el panegírico del difunto el médico ó el sacerdote; celebra su valor, vigor y destreza, refiere el número de enemigos que mató ó hizo cautivos, asegura que era un gran cazador, y que amaba con pasion á su pais; en seguida pasa á hacer la enumeracion de sus riquezas, manifiesta cuántas mugeres y cuántos hijos tenia, y cuáles eran sus armas.... Despues de haber colmado de alabanzas al muerto, se dirige el orador á los

concurrentes: "A vosotros toca, les dice, ocupar el lugar de aquel á quien hemos perdido, siguiendo los ejemplos que os deja; obrad como él y estád seguros de que os reunireis á él en la patria de las almas, en la cual encontrareis ganados en abundancia, compañeras de una hermosa y una juventud eternas, y donde jamas tendreis hambre, frio ni cansancio." Dicho esto se pone á relatar historias que se conservan en la nacion tradicionalmente; refiere que en tal año hubo una guerra en que sus compatriotas fueron vencedores, y dice los nombres de los caudillos que en aquella época se distinguieron.

Aun cuando las mas veces tenian los poderes políticos, entre los indígenas, muy poca fuerza, la edad y los vínculos de la sangre servian de un freno salutífero á las acciones de los hombres. Todos los autores antiguos que han escrito sobre la América del Norte nos hablan del ascendiente de que gozaba la ancianidad entre ellos. En aquellos tiempos ejercia una grande autoridad el padre de familia.

Hablando de la educacion de los indígenas, dice Dupratz en la pág. 312 del tomo 2º de su obra: "Como desde sus tiernos años se les amenaza con el viejo, si son tercos ó hacen alguna travesura, lo cual por rareza sucede, temen á éste y le respetan mas que á ninguna otra persona. Este viejo es el individuo mas avanzado en años de la familia, bisabuelo ó tatarabuelo de ella las mas veces, porque estos naturales tienen ordinariamente una vida muy dilatada; y aun cuando no se les encanece el cabello sino cuan-

son bisabuelos, se ha visto á algunos que se han conservado solteros llegar á tal grado de ancianidad, que no pudiendo sostenerles ya sus piernas, no porque padezcan de otra enfermedad ó dolencia que la vejez, ha tenido que sacárseles de su choza á tomar sol, ó á practicar otros actos necesarios, por estraños que jamás se niegan á prestar á la senectud estos auxilios. Los que tienen familia son tan venerados por ella, que los considera como jueces; sus consejos se reciben como preceptos. Cualquier anciano, gefe de familia, recibe el título de padre por todos los miembros de ella, tanto biznietos como tataranietos. Con frecuencia hacen uso los naturales de la voz padre, hablando del gefe de la familia á que pertenecen; y cuando quieren hacer relacion del que les dió el ser, dicen que fulano es su verdadero padre. Véase la *Historia de la Luisiana* por Dupratz.

Los indígenas tenian ademas muchas costumbres que hacian menos dolorosos los males que origina la guerra y ponian un coto al vasto campo que tenian abierto para abandonarse á la violencia. Consúltese á Beverley y se verá que los indígenas de la Virginia, en el acto de celebrar algun tratado, hacian uso de ciertas ceremonias que tendian á grabar indeleblemente en los ánimos la memoria del mútuo compromiso que se contraia, haciéndolo de aquel modo mas inviolable. Todos los autores que atrás dejo citados hablan de aquel misterioso símbolo de la concordia y la amistad, esto es, del *calumeto*, especie de larga pipa que en todos los desiertos

de la América del Norte servia de introduccion al estraño, y aun como salvaguardia á los enemigos. Lahontan, teniendo que hacer un viage de estudio por entre las naciones que moraban hácia las confluencias del Mississipi, ató á la proa de su embarcacion el calumeto, y navegó tranquilamente por medio de los pueblos salvajes que cubrian las márgenes de aquellos rios.

La condicion de la muger era entre todos los indígenas, poco mas ó menos, la misma; era mas bien una sirvienta que una compañera del hombre. Aquella sociedad no habia dado al matrimonio ese carácter estable y sacrosanto con que lo han revestido los pueblos civilizados y sedentarios. Los usos de los indígenas hacian que se permitiese ó tolerase la poligamia; entre todos ellos ocupaba la muger una posicion inferior. "A las mugeres, dice John Smith en la pág. 240, se las tiene en la servidumbre. Cuando Powahatan, uno de los reyes del Sur, se pone á la mesa, sus mugeres son quienes le sirven. Una le trae el agua para que se lave las manos, otra se las enjuga con una planchita de plumas que hace oficio de toalla (V. la pág. 38.) "Powahatan, añade el mismo autor, tiene tantas mugeres cuantas desea. "Por el mas leve motivo de disgusto, dice Lawson, pueden despedir estos indígenas á su muger, y tomar otra." (V. la página 35).

En cuanto á la moral propiamente dicha, es dificil formarse una exacta idea de lo que era en la época á que nos referimos.

Lawson asienta, pág. 35, que en su tiempo

(1700), reinaba la mayor corrupcion entre las mugeres indígenas. Beverley, que en el mismo periodo escribia, presenta como virtuosas á estas mismas salvajes, y asegura que entre ellas la infidelidad conyugal se consideraba como un crímen irremisible. (V. pág. 235). William Smith manifiesta haber oido decir que las Iroquesas eran sobremanera disolutas, y Lahontan, á la vez que conviene en que se abandonaban con facilidad á un hombre antes de tomar marido, asegura que respetaban con la mayor escrupulosidad el vínculo del matrimonio desde el punto en que lo contraian. (V. pág. 80).

En medio de todas las supersticiones á que se entregaban estos salvajes, fácilmente se percibia cierto número de ideas sencillas y exactas, las cuales dominaban en todas la diversas naciones que poblaban el continente. Los indígenas reconocian un Sér Supremo inmaterial que denominaban el Grande Espíritu; creíanle omnipotente, eterno, criador de cuanto existe y autor de todos los bienes. Al lado de este Dios colocaban un génio maléfico á que creian que estaba abandonada una parte del destino de los hombres, y le dirigian oraciones, no inspiradas por el amor, sino por el miedo.

"Hay en los cielos," decian á Beverley los indígenas (pág. 272), "un benéfico Dios cuya benigna influencia por toda la tierra se difunde. Su escelencia es inconcebible; posee toda la felicidad posible; su duracion es eterna y sus perfecciones son sin límites; goza de una paz y un reposo perdurable." "Preguntéles entonces,

añade Beverley, "por qué adoraban al diablo en vez de dirigirse á este Dios. Contestáronme que indudablemente Dios era el dispensador de todos los bienes, pero que sobre todos los hombres indistintamente los derramaba; que no se ocupaba de los humanos ni fijaba su atencion en lo que tuviesen ó no tuviesen, sino que les abandonaba á su libre albedrío, y les dejaba que se procurasen lo mas que pudiesen de los bienes que de su liberalidad emanan; que de consiguiente era inútil temerle y adorarle, al paso que si no aplacaban al espíritu malévolo, les arrebataria todos los dones de que Dios les habia colmado, y les enviaria la peste y el hambre, porque ese espíritu maligno estaba sin cesar pendiente de los asuntos de los hombres."

Las mismas nociones de Dios, mas ó menos confusas, se encontraban entre todos los pueblos del continente. Todos aquellos salvajes reconocian la inmortalidad del alma y admitian el dogma *social* sobre los castigos y los premios del otro mundo; pero en ninguno de los pueblos que formaban habian pasado la imaginacion mas allá de un paraiso y un infierno absolutamente materiales.

"Los indígenas," dice Lawson en la pág. 180, "creen que el hombre virtuoso se trasportará despues de su muerte á la region de los espíritus, donde no sentirán frio; hambre ni cansancio; que allí tendrán contínuamente á su disposicion tiernas y hermosas vírgenes, y caza que jamas se acaba; que los perversos, por el contrario, aquellos que durante su vida fueron

perezosos, ladrones, malos cazadores; en fin, aquellos que no fueron de utilidad alguna á la nacion, no encontrarán en el otro mundo mas que hambre, desazon y frio; no tendrán otra compañía que mugeres viejas y culebras, y solo viandas fétidas por alimento."

"Los indígenas," dice Beverley, pág. 274, "se han ideado un paraiso y un infierno del todo materiales: por una parte se figuran un lindo clima, abundante caza y doncellas jóvenes y hermosas, y por la otra pestíferos pantanos, culebras y mugeres viejas."

Las observaciones que dejo hechas, son aplicables, como por lo espuesto se concibe, á todas las naciones indígenas que encontraron los europeos ocupando los territorios de la América del Norte, cuando á aquellas playas se trasladaron. Sin embargo, habia entre aquellos pueblos algunas diferencias, y estas son las que ahora voy á manifestar.

Las que mas llaman la atencion refiérense á su forma de gobierno: veíase entonces en el Nuevo Mundo, y en el seno de un estado social bárbaro, un espectáculo semejante al que se habia presentado en el otro emisferio entre pueblos cuya condicion social era diversa y cuya civilizacion iba en progreso. Al Norte del continente dominaba la libertad, y en el Sur imperaba la servidumbre, si puede llamarse servidumbre la especie de incompleta sujecion que á un pueblo cazador puede imponerse. En el Mediodia se habia llevado á la perfeccion el arte de gobernar sobre vasallos, y en el Norte la ciencia

de gobernarse por sí propio. Los europeos encontraron establecidas en la Georgia, la Carolina y la Virginia, entre los pueblos poco numerosos que habitaban aquella parte del continente, algunas monarquías hereditarias. Hallaron poderes políticos que, combinándose diestramente con la autoridad religiosa, formaban teocracias absolutas.

"Aunque estos indígenas, dice hablando de los virginianos, John Smith en la pág. 37, "son muy bárbaros, tienen gobierno; y estos pueblos en la obediencia que tributan á sus magistrados, se manifiestan superiores á muchas naciones civilizadas. La forma bajo la cual se les rige es la monárquica; no hay sino uno solo que mande; hállase subalternado á éste en crecido número de gobernantes. El caudillo que hoy tienen se llama Powahatan; tocóle por herencia una parte de sus dominios. Colócanse todas las noches centinelas en derredor de su morada. Tiene un tesoro que consta de pieles y de diminutas partículas de vidrio.... No hay mas ley que su voluntad, y ésta debe ser acatada. Sus vasallos le respetan mas que á rey, porque le juzgan semidios. Los gefes sus subalternos, á quienes se dá la denominacion de Werowances, deben gobernar sujetándose á la costumbre. Todos los indígenas pagan á Powahatan un tributo de pieles, pavos silvestres y maiz." Hé aquí en qué términos refiere Smith una audiencia solemne que le dió Powahatan: "Estaba el rey sentado, dice, sobre un lecho de esteras, teniendo á su lado un cojin de cuero bordado con perlas y pe-

dacillos de piedras blancas á la manera de los adornos de los salvajes; tenia puesto un vestido de piel tan ancho como una capa irlandesa; sentada á la inmediacion de sus piés estaba una muger bonita y jóven. A cada lado de la cabaña veíase á veinte de sus concubinas; tenian la cabeza y los hombros pintados de encarnado y adornado con collares al cuello. Delante de aquellas mugeres estaban sentados los personages mas notables de la nacion; habia detras de ellos de cuatrocientas á quinientas personas. Teníase mandado, so pena de muerte, que se nos tratase con respeto. Ademas, este mismo príncipe, que de una manera tan absoluta disponia de sus vasallos y que gustaba de ostentarse circundado de una grandeza tan agreste; aquel mismo hombre, dice John Smith, proveia á sus necesidades por sí propio, hacia sus vestidos, construia su arco y sus flechas, é iba á la pesca y á la caza como el ínfimo de sus compatriotas. Encontraránse indefectiblemente estos contrastes en los pueblos que, sin admitir las propiedades raices, se sometan á la autoridad absoluta de un caudillo.

"Los indígenas, dice Beverley en la pág. 239, forman entre sí comunidades. Reúnense en una poblacion cincuenta y hasta quinientas familias, y cada una de estas poblaciones constituye un reino. Acontece algunas veces que un solo rey sea posesor de muchas ciudades; pero aun en este caso tiene su virey cada una de ellas, quien ejerce á la vez las funciones de gobernante, juez y paga al soberano un tributo.

"Entre estos indígenas, dice el mismo Beverley, hay dos títulos honoríficos; llaman *cocharouse* á aquel que tiene á su cargo la direccion de los asuntos civiles, y werowance al gefe militar."

He dicho que entre los indígenas del Sur se mezclaba la religion al poder y lo apoyaba. Este es un hecho que se observa en todo pueblo meridional, bien sea civilizado ó bárbaro. Entre los salvajes de que me ocupo, las formas del culto eran infinitamente mas marcadas que en el Norte. Tenian altares, templos, ceremonias anuales y una corporacion de sacerdotes separada del resto de la poblacion. Estúdiese á los autores que dejo citados, y se verá que en aquella parte del continente el dominio político y la religion se mezclaban incesantemente y confundian sus intereses. "Tienen tal veneracion á este lugar, dice John Smith en la pág. 35, hablando de un templo, que los reyes y los sacerdotes son los únicos que se atreven á penetrar en él.

"Los indígenas embalsaman á sus reyes, dice Beverley en la pág. 396, y los conservan en un templo que debe cuidar de dia y de noche un sacerdote. Estos salvajes, dice tambien el mismo autor en la pág. 288, jamas acometen una empresa sin consultar antes á sus sacerdotes."

A lo que parece la autoridad política de este clero salvaje se establecia principalmente por medio de una especie de iniciacion de que hablan á la vez John Smith y Beverley, aunque en términos algo diversos. "Cada quince ó diez y seis años," dice este último en la pág. 284, "el gobernador de la ciudad hace eleccion de cierto

número de jóvenes que pertenecen á lo mejor de la poblacion, á quienes conducen los sacerdotes á los montes y allí los tienen durante muchos meses consecutivos. Se les somete á un régimen muy estracto y se les hace beber una decocion de plantas que los priva de la razon por espacio de algun tiempo. Cuando vuelven á su estado natural, han olvidado, ó lo fingen, cuanto anteriormente sabian, y es necesario que de nuevo se les eduque. Muchos mueren en esta prueba. Los indígenas asientan que se sirven de este medio violento con el fin de estirpar en la juventud las malas impresiones de la infancia. Sostienen que de este modo están mas aptos para administrar equitativamente justicia sin que influya en ellos consideracion alguna de amistad ó de parentezco."

Pero en el seno de la gran nacion de los Natchez era donde la autoridad civil y el poder religioso se habian unido mejor, y combinado con mas sabiduria sus esfuerzos.

El gobierno de los Natchez era á la vez despótico y teocrático.

"Estos pueblos," dice Du Pratz, "están acostumbrados á tener tan completa sumision á sus soberanos, que la autoridad que sobre ellos ejercen es un verdadero despotismo que solo puede compararse al de los primeros emperadores otomanos; son, como estos, dueños absolutos de los bienes y de las vidas de sus vasallos, de los cuales disponen á su antojo; su voluntad es su razon." (V. tom. 2º, pág. 352.)

Este despotismo procedia, segun la tradic-

cion de los Natchez, de un orígen del todo divino. Para mejor manifestarlo, voy á referir en qué términos esplicó un caudillo de la nacion de los Natchez, á Du Pratz, la procedencia de esta autoridad absoluta: "Hace muchísimos años que se apareció entre nosotros un hombre con su muger, que bajó del sol. No vayais á figuraros que estuviésemos en la creencia de que era hijo del sol, ni de que el sol pudiese tener muger de quien naciesen hijos; pero cuando se descubrió á uno y otro estaban todavía tan resplandecientes, que sin dificultad se creyó que venian del sol. Aquel hombre nos dijo, que habiendo visto desde arriba que no nos gobernábamos bien, que carecíamos de Señor, y que cada uno de nosotros se juzgaba bastante capaz para regir á los demas al paso que no sabia conducirse á sí mismo, habia tomado el partido de bajar para enseñarnos á vivir mejor.... Los ancianos se reunieron y resolvieron entre sí que, pues aquel hombre tenia el necesario talento para ensañarles la manera en que convenia que se condujesen, era necesario reconocerle por soberano." (V. Du Pratz, pág 333).

Aquel hombre, á quien se suponia bajado del sol, habiendo sido reconocido por soberano, dió principio á su obra, estableciendo en pro de su familia el poder hereditario. (V. Du Pratz, pág. 334). En seguida mandó que se construyese un templo, en el cual únicamente tendrian derecho á penetrar los príncipes y las princesas (es decir, los soles varones y los soles hembras), para que hablasen al espíritu; que se con

pétuamente en este templo un fuego que había hecho bajar del sol, y que eligiese de entre los individuos de la nacion á ocho hombres puros que lo vigilasen y procurasen su conservacion noche y dia. Decretóse que la negligencia en el cumplimiento de este deber seria castigada con la muerte. (V. idem., pág. 335). Manifiesta el propio autor, que las festividades de estos indígenas eran á la vez políticas y religiosas, y que sus caudillos ó soles ejercian en ellas una especie de sacerdocio.

Al paso que los indígenas del Sur se sometian al poder divino y absoluto del príncipe, reinaba en el Norte una libertad casi sin límites. Los europeos encontraron en aquella parte del continente pueblos que tenian, en todo ó en parte, formas republicanas. Entre ellos consultábase á la nacion, ó al menos, á los pricipales miembros de ella, sobre todas las empresas de importancia. La autoridad de los caudillos era limitada, y pasaba rara vez del padre al hijo. Podria decirse que la sociedad se gobernaba por sí propia. Entre las naciones que poblaban el Norte, solo citaré la de los Iroqueses, que era, sin disputa, la mas notable del continente. Eran los Iroqueses en el Septentrion lo que los Natchez en el Mediodia. De igual modo que estos, habian llevado á su perfeccion y complemento el sistema político que habian admitido y practicaban las tribus circunvecinas.

El estado social de los Iroqueses, era el mismo en que vivian todas las demas naciones del continente; lo mismo que estas, formaban un pue-

blo de cazadores, no tenian conocimiento alguno de ciencias ni artes, y se les regia con arreglo á sus costumbres y su carácter, y no en virtud de leyes; presentaban, pues, los principales rasgos de la civilizacion indígena, pero solo habian adoptado de ella lo mas notable; no se parecian á los europeos, y sin embargo, diferian de las otras naciones del continente americano; en fin, á ningun pueblo del mundo se asemejaban.

Ya he dicho que formaban un pueblo cazador los Iroqueses; sin embargo, su vida era menos errante que la de los demas indígenas de la América del Norte; componíanse sus poblaciones de cabañas mas sólidas y mejor construidas que las que encontrarán los europeos en aquella parte del Nuevo Mundo. "Los pueblos á los cuales hemos dado nosotros la denominacion de Iroqueses," dice Charlevoix en la pág. 421 del tomo 1º, "se llaman en lengua indígena *Agonnousionni*, es decir, *constructores de cabañas*, porque en efecto, las que fabrican son mucho mas sólidas que las que hacen los mas de los salvajes." El gran número de esclavos que durante las guerras adquirian, les ponia en la posibilidad de cultivar mayor porcion de terreno que sus vecinos; la fertilidad de su suelo les hacia recoger ópimas cosechas, y en breve aprendieron de los europeos el arte de criar ganados. "Llegado que hubimos al pais de los Iroqueses," dice Lahontan en la pág. 101 del tom. 1º, "nos entretuvimos por espacio de cinco ó seis dias, en recoger maiz de los campos que se hallaban á la inmediacion de algunas poblaciones. En estas enco-

tramos caballos, bueyes, gallinas y un gran número de cochinos.

Aun cuando se hubiesen desprendido de sus hábitos de cazadores, eran pues, los pueblos iroqueses, los mas sedentarios del continente; de suerte, que sus costumbres presentaban mayor estabilidad que las de los otros, y su teoría social era mas sábia.

Los pueblos á los cuales dieron los franceses la denominacion de iroqueses, formaban una confederacion de seis distintas naciones, cada una de las cuales cuidaba de sus propios negocios. Todos los años nombraba cada cual sus diputados, quienes se reunian en un punto determinado con el objeto de discutir sobre las empresas que les eran comunes, y resolver lo concerniente acerca de ellas. Cada una de aquellas pequeñas repúblicas constituia una democracia, á cuya cabeza se hallaban naturalmente colocados aquellos individuos que de entre sus conciudadanos se distinguian por su edad y por sus hazañas.

"Los Iroqueses," dice Lahontan en la pág. 50 del tom. 1º, "forman cinco naciones á semejanza, poco mas ó menos, de los Estados de la confederacion Suiza, las cuales tienen diversos nombres aunque pertenecen á una misma nacion, y estan ligadas entre sí por idénticos intereses. Dan el nombre de los cinco lugares á las cinco poblaciones que, todos los años, se envian mútuamente diputados que celebren la festividad de la union y fumen el gran calumeto de las Cinco Naciones."—Hablando William Smith de este mismo pueblo, dice: "Aunque no podia esperar-

se que el pueblo á que aludo tuviese política alguna sistemada que tendiese á la conservacion de la armonía interior y proveyese á la defensa del Estado contra los ataques esteriores; sin embargo, la hay y mas acertada de lo que pudiera pensarse.... Todos sus negocios públicos, ya sean relativos á la paz ó á la guerra, están bajo la direccion de sus *sachems* ó caudillos. Cualquier individuo que se haya distinguido por sus proezas y por sus desvelos en pro del bien público, puede estar seguro de contar con el aprecio de sus compatriotas, de gozar de supremacía en los consejos y de entenderse con la ejecucion del plan concertado para llevar á mayor ventura á su patria: todo el que posea estas cualidades es reconocido como sachem, sin que preceda nombramiento ni ceremonia. Como no existe otro sendero, por el cual puedan elevarse á esta dignidad los hombres, jamas pueden alcanzarla aquellos en cuyo celo y actividad por el bien público se observa tibieza. Ha habido personas que la han creido hereditaria; pero nada tienen en qué fundarse: es cierto que los servicios que presta un padre atraen respeto hácia sus hijos; pero si ningun mérito personal poseen, jamas tomarán parte en el gobierno; y si forzosamente lo intentasen, tal acto seria una mancha que para siempre se imprimirian. Algunas veces acontece que los hijos de aquellos que se han distinguido por su patriotismo, escitados por la consideracion de su nacimiento y por los principios de virtud, que con empeño se les inspira, procuran imitar los hechos de sus padres

y llegan á obtener los honores que á estos se dispensaron; y hé aquí lo que acaso ha dado lugar á creer que el título y la autoridad de sachems eran hereditarios. Cada cual de estas repúblicas tiene sus gefes particulares que oyen las cuestiones que en pleno consejo se suscitan, y las deciden; y aun cuando no tengan ministros que hagan que se dé cumplimiento á sus fallos, no dejan de ser obedecidos porque temen los contendientes el desprecio público que no acatándolos se atraerian.... La condicion misma de este pueblo le pone á cubierto de las facciones que con tanta frecuencia se forman en los paises que están regidos por gobiernos populares. ¿Cómo pudiera organizar un bando un hombre que no tuviese á su disposicion honores, riquezas ni autoridad que dispensar? Todos los negocios que tienen relacion con el interes procomunal, se arreglan en la asamblea general de los gefes de cada nacion, que se celebra por lo comun en Onondaga, que es el punto central del pais. Pueden obrar por sí cuando se presenta un caso fortuito; pero entonces no están obligadas á cooperar las demas naciones, á no ser que lo permitan sus respectivos pueblos [1]."

La organizacion federal que habian adoptado los Iroqueses, el gobierno sistemado y libre al cual se habian sometido, les daban inmensas ventajas sobre sus vecinos. Sus agrestes virtudes, y aun sus vicios, les hacian aparecer en alto grado preponderantes.

(1) V. la Historia del Estado de Nueva-York, por William Smith, 2ª parte.

Ya hemos visto que los indígenas, en lo general, consideraban la caza y la guerra como los únicos trabajos á que dignamente pudiese dedicarse el hombre; pero hallábase esta opinion mas arraigada en los Iroqueses que en ninguno de los demas pueblos. "Quizá no hay nacion en el mundo," dice Willian Smith en la pág. 74, "que conozca la verdadera gloria militar mejor que éstos indígenas." "Las Cinco Naciones," dice en otro pasage, "están entregadas esclusivamente á la guerra; no se perdona medio alguno de aquellos que pueden aumentar el valor del pueblo, que no se ponga en práctica. En ninguna parte se mostraron las costumbres heroicas en mas alto relieve, que entre estos bárbaros." "Cuando un ejército vuelve de la guerra," dice Smith en la pág. 82, "un dia antes de entrar en el lugar toman la delantera dos heraldos, y cuando están á tal distancia que pueda oírseles, arrojan un grito cuya modulacion anuncia que la noticia que traen es favorable ó adversa: en el primer caso reúnense los habitantes del lugar, y disponen un banquete para obsequiar á los vencedores, quienes llegan entretanto precedidos de un hombre que viene cargando una pértiga que tiene á su estremidad un arco, del cual penden los cráneos de los enemigos que han destruido. Los padres de los vencedores, sus mugeres, sus hijos, todos llegan á su encuentro y les tributan mil respetos. Concluidos que son los parabienes, uno de los guerreros hace la relacion de lo acontecido; todos le prestan atento oido, y el relato se termina con un baile salvaje."

"Una partida de Iroqueses bajaba del Mississipí con el objeto de ir á hacer la guerra á uno de los pueblos que habitan en cierto punto de una de las márgenes de este rio," dice Lahontan en la pág. 168 del tom. 1º; "otra partida de Nadonessi, que remontaba las mismas aguas yendo á la caza, se encontró con estos Iroqueses á la inmediacion de un islote, que á consecuencia de este suceso se ha denominado despues Isla de los Encuentros. Jamás se habian visto ambos pueblos. ¿Quiénes sois? gritaron los Iroqueses. —Nadonessi; contestóseles.—¿Dónde vais? volvieron á preguntar los Iroqueses.—A cazar toros; dijeron los Nadonessi; y vosotros, ¿qué objeto llevais?—Nosotros vamos á cazar hombres; respondieron con altaneria los Iroqueses.—Pues bien, repusieron los Nadonessi; no vayais adelante supuesto que aquí teneis hombres. A esta provocacion las dos partidas desembarcaron, cada cual por distinto lado de la isla, é inmediatamente se arremetieron."

Todos los pueblos cazadores encuentran en sus operaciones diarias, motivos que les hacen amar mas y mas su independencia; pero jamás vieron los europeos en el Nuevo Mundo apego á la libertad, mas arrogante, que el que estos salvajes manifestaron.

"Los Iroqueses," dice Lahontan en la pág. 31 del tom. 1º de su obra, "se mofan de las amenazas de nuestros reyes y gobernantes, y totalmente desconocen lo que llamamos *dependencia;* no pueden ni siquiera oir pronunciar esta voz terrible. Se consideran como soberanos, y no reco-

hacen mas señor que Dios á quien llaman el Grande Espíritu."

—En 1684, habiendo dicho un embiado del gobernador de Nueva-York en un discurso que dirigió á los Iroqueses, que era representante del legítimo soberano de ellos, el orador de éstos contestó: *Ononthio* [el francés] es mi padre; *Corlar* [el ingles] es mi hermano, y esto porque yo lo he querido; pero ni uno ni otro es mi amo; el autor del mundo me dió la tierra donde moro, y soy libre. A los dos respeto, pero ninguno de ambos tiene derecho á mandarme. (Charlevoix, tomo 2º, página 317).

El mismo año, habiendo querido los franceses impedir á los Iroqueses que traficasen con los ingleses, los indígenas, por el conducto de su orador, contestaron: Nacimos libres; ni de *Ononthio* ni de *Corlar* dependemos; podemos ir donde se nos antoje, llevarnos con nosotros á quien nos plazca y comprar y vender lo que en voluntad nos viniese. Si son vuestros esclavos vuestros aliados, tratadles como tales. (William Smith, pág. 170).

Viviendo entregado á una aristocrática holganza, ó á las fatigas mezcladas de gloria que son inherentes al egercicio de la caza y á la carrera de las armas, el salvaje tiene una idea muy alta de sí mismo; pero jamas se vió mas obstinado orgullo que el que ostentaban estos indígenas medio desnudos bajo sus cabañas de cortezas, de árboles y sumergidos en la mísera vida que pasaban en el retiro de sus selvas. "En 1682, habiendo querido el gobernador general del Ca-

dá entrar en tratados de paz con los Iroqueses," dice Charlevoix en la pág. 281 del tom. 2º, "éstos le mandaron decir que exigian que viniese él mismo á su pais á practicar las negociaciones."

El amor á la venganza es un vicio que parece ser inherente á la naturaleza inculta; pero los Iroqueses se dejaron llevar de esta pasion á un grado que no tiene igual en la historia de la vida humana.

Casi todas las naciones de la América del Norte acostumbraban quemar á sus prisioneros de guerra; pero los indígenas de que me ocupo, llevaron en las mismas circunstancias la barbárie á escesos de crueldad que apenas pueden concebirse.

En el año 1689, habiendo llegado á saber los Iroqueses que los franceses se habian apoderado de sus embajadores y que habian matado traidoramente á muchos de ellos, trasladáronse en número de mil doscientos, á la Isla de Monte Real, y cometieron allí espantosas crueldades: abrieron el vientre á las mugeres embarazadas y estrageron el fruto que en él llevaban; atravesaron con asadores á los niños, vivos, y obligaron á las madres á que les diesen vueltas hasta que estuviesen asados; inventaron una infinidad de inauditos suplicios, y doscientas personas de toda edad y de ambos secsos perecieron en menos de una hora en medio de los mas horribles tormentos. (Charlevoix, pág. 404).

Cuando se pone á un prisionero en manos de alguna muger que ha perdido alguno de sus deudos en la guerra, esta, antes de entregarle al suplicio, invoca los manes de aquel de cuya muer-

te va á tomar venganza. "Acercate," dice á la sombra del difunto, "en breve quedarás satisfecha; tengo preparado un banquete: ¡bebe á grandes tragos esa bebida que van á servirte! recibe el sacrificio que te tributo con inmolar á este guerrero; será quemado y puesto en la caldera; se le aplicarán las hachas ardiendo, se le arrancará el pelo, y se beberá en su cráneo; deja, pues, de quejarte, porque vas á quedar completamente satisfecho." (Charlevoix, pág. 364).

Al paso que la naturaleza inculta está sujeta á estas horribles pasiones que hacen descender al hombre á la ínfima condicion que puedan ocupar las criaturas, algunas veces, sin embargo, obsérvanse en ella admirables rasgos que parecen transformar al hombre en un ser superior á sus semejantes: no se mostraban aquellos mismos Iroqueses menos estraordinarios en su generosidad, mansedumbre, grandeza de alma y entereza, que en sus iras; eran tan estremados en la práctica de las virtudes de la naturaleza salvage, como en sus vicios.

En 1787 cayó en poder de los franceses cierto número de Iroqueses y fueron tratados con una inhumanidad escesiva. Lahontan, que es quien refiere este hecho, [tom. 1º pág. 94] habiendo conocido entre los cautivos á un hombre que en otro tiempo le habia hospedado, le ofreció que mitigaria el rigor de su suerte; pero el salvaje le contestó que no queria que se le diese mejor alimento ni trato que los que recibiesen sus camaradas. Los Cinco Lugares nos vengarán, dijo, y conservarán eternamente en su alma un

justo resentimiento por la tiranía que contra nosotros se ejerce.

En 1687 el gobernador del Canadá mandó al padre Samberville al pais de los Iroqueses con el fin de que indujece á estos salvajes á que enviasen á sus principales caudillos á la colonia para que se pudiese entrar con ellos en convenios. Apenas hubieron llegado los indígenas al punto al cual se les citara, cuando se les encadenó y se les envió á Francia para que sirviesen en las galeras. Entre tanto el padre Lamberville, ignorando á qué traicion se le habia hecho ser instrumento, se habia quedado con los Iroqueses. Tan luego como hubieron éstos recibido la noticia de lo acaecido, mandaron llamar al religioso los ancianos, y despues de haberle impuesto del hecho con toda la energía de que es capaz el que está poseido de los primeros movimientos de una indignacion justa, cuando esperaba el eclesiástico ser víctima del furor que en todos los semblantes se revelaba, uno de los ancianos le dirigió la palabra en estos términos, segun él mismo nos los transmitió, dice Charlevoix: "No hay razon que no nos autorize á tratarte como enemigo, pero no podemos resolvernos á esto. Demasiado te conocemos para estar persuadidos de que tu corazon no ha tomado parte en la traicion que nos has hecho, y no somos tan injustos que te castiguemos por un crímen de que te juzgamos inocente y que á la par que nosotros indudablemente detestas; y aun cuando tú has servido de instrumento para que se cometa, estamos convencidos de que esa

misma idea es para tí un tormento; no es, pues, conveniente que te estés aquí por mas tiempo, pues quizá no todos te harian igual justicia que nosotros; y cuando hayan entonado nuestros jóvenes el canto de guerra, ya no te considerarán sino como un pérfido que ha condenado á nuestros caudillos á una dolorosa é indigna servidumbre, y darán rienda suelta á su furor, del cual no podriamos libertarte." (Charlevoix, tomo 2º pág. 345.)

Ya hemos visto con cuánta inhumanidad trataban estos salvajes á sus prisioneros. Sin embargo, siempre hay cierto número de éstos á quienes se perdona y que la nacion adopta; éstos tienen tanto motivo para elogiar la generosidad de los vencedores, cuanto tienen los otros para quejarse de su barbárie.

"Desde el punto en que se adopta á un prisionero, dice Charlevoix en la pág. 363 del tom. 1º, se le conduce á la cabaña donde debe vivir y se le despoja de sus ligaduras; en seguida se pone á calentar agua para lavarle las heridas y curárselas. Nada se omite de lo que le pueda hacer olvidar los padecimientos que ha tenido; se le da de comer, se le viste con aseo, y en fin, se hace lo que no se haria por un hijo de la familia ni por aquel á quien el prisionero *resucita*, segun la manera en que aquellos salvajes se espresan. Algunos dias despues se da un banquete en el cual se le aplica con toda solemnidad el nombre del individuo á quien reemplaza, cuyos derechos, desde aquel momento, en toda su estension ad-

quiere, y cuyas obligaciones absolutamente contrae."

Tambien algunas veces se unian á los horrores del suplicio, escenas de una inconcebible delicia, rara mescolanza que solo podia comprender el corazon de aquellos estraordinarios salvajes. "Antes de inmolar á los prisioneros, dice el mismo repetido Charlevoix en la pág. 364 del tom. 5º de su obra, se les sirve la mejor comida posible, se les habla con el mayor cariño, se les dan los títulos de hijos, hermanos ó sobrinos, segun el grado de parentesco que tenia la persona cuyos manes deben aplacar con su muerte, y aun hay veces que se les dan doncellas que les sirvan de mugeres durante el tiempo que les queda de vida. De estas tiernísimas caricias se pasa á los últimos escesos que pueda sugerir el furor."

Todos los pueblos cazadores y aguerridos tienen poco temor á la muerte y menosprecian el dolor; pero los Iroqueses llevaron el desprecio de la vida á un grado, ostentaron en los tormentos tan estoica tranquilidad, indiferencia tan heróica cual nunca vimos, ni aun en la antigüedad un solo ejemplo. He dicho que los Iroqueses hacian padecer á sus prisioneros horribles tormentos; pero desisto de describir los que se hacia sufrir á ellos, y el esfuerzo casi sobrenatural que ostentaban en medio de las hogueras que para consumirlos se encendian. Cuantos han hablado de aquel pueblo, tanto ingleses como franceses, están conformes sobre este punto; todos citan numerosos ejemplos en apoyo de lo que dicen.

"En el año de 1.696 hicieron los franceses una escursion en el pais de los Iroqueses. Los salvajes, se retiraron á lo mas recóndito de los bosques despues de haber incendiado sus poblaciones; no pudieron apoderarse los invasores sino de un anciano que se dice tenia mas de cien años, quien no habia podido ó no habia querido huir, sino que esperaba la muerte con la misma intrepidez que aquellos antiguos romanos de la época de la captura de Roma por los Galos. Abandonósele á los indígenas que no tenian alianza con los Iroqueses. Jamás acaso hubo un hombre que fuese tratado con mayor barbárie ni que manifestase mas energia y grandeza. Debió sin duda ser un singularísimo espectáculo el que presentaron mas de cuatrocientos hombres encarnizados contra un decrépito anciano á quien no pudieron hacer exhalar un gemido y que no cesó, mientras tuvo aliento, de echar en cara á los indígenas el haberse hecho esclavos de los franceses de quienes habló con el mayor desprecio. Unicamente se escapó una queja do sus labios cuando vió que uno de sus enemigos, movido de compasion, le descargó dos ó tres golpes con su daga para acabarle. Mejor harias, díjole, con no apresurar mi muerte, porque no habrias podido contemplar mas tiempo y habrias aprendido de mí á morir como hombre." (Charlevoix, tom. 3º pág. 153). William Smith refiere casi de la misma manera el propio suceso en la pág. 201.

Lahontan refiere en la pág. 234 del tomo 1º que habiendo caido en poder de los franceses dos

iroqueses, en 1692, y habiendo sido conducidos á Quebec, se juzgó conveniente, por via de represalias, condenarles á ser quemados. Algunas almas caritativas que lo supieron, dieron aviso de ello á los dos salvajes, é hicieron por arrojar un cuchillo dentro de la prision en que se hallaban. Uno de ambos prisioneros se lo enterró en el pecho y murió en el acto. Vinieron algunos jóvenes hurones por el otro, y condujéronle á la inmediacion de la ciudad, á un parage donde se habia tenido la precaucion de preparar un gran monton de leña. Arrojóse á la muerte con mas indiferencia, prosigue diciendo Lahontan que era testigo presencial del hecho, que la que hubiese manifestado en idéntica circunstancia Sócrates. Durante el suplicio no cesó de cantar que era aguerrido, esforzado é intrépido; que el mas cruel genero de muerte no seria bastante para alterarle el brio; que no ecsistia tormento que fuese capaz de hacerle exalar un gemido; que su compañero habia sido un cobarde en matarse por temor del tormento que le esperaba, y en fin, aun cuando lo quemaban tenia el consuelo de haber hecho lo mismo con muchos fraceses y hurones. Todo lo que decia era cierto, prosigue diciendo Lahontan, y particularmente lo relativo á su entereza; porque puedo juraros con toda verdad que no arrojó una lágrima ni un quejido; por el contrario, mientras padeció las mas horribles torturas, las cuales duraron tres horas, no cesó de cantar un momento.

Los Iroqueses no eran solo temidos de sus

vecinos en razon á su ferocidad y esfuerzo; otras causas habia que les daban superioridad sobre estos. De todos los indígenas que habitaban la América del Norte, estos eran los que con mas teson llevaban á cabo sus designios, y los que empleaban una política mas astuta. No habia pueblo del cual se hubiese apoderado en tanto grado el espíritu de conquista, ni que al igual de ellos poseyese esa elocuencia militar que inflama el alma en los combates.

Todos los autores que dejo citados hablan con admiracion de esta elocuencia salvaje. "Los Iroqueses, dice William Smith en la pág. 87, aprecian en mucho la elocuencia y hacen de ella un esmerado estudio. No hay cosa que tanto les agrade como el método, ni nada hay que mas les indisponga que un discurso desarreglado por el trabajo que cuesta á la memoria conservarlo. Son concisos en su locucion y hacen mucho uso de las metáforas." "No creo, dice Charlevoix en la pág. 361 del tom. 1º, "que los que hayan visto á aquellos bárbaros de cerca me echen en cara haber supuesto en sus discursos una elevacion, un patético y una energia de que carezcan... Todavía se observan en nuestros dias, entre los indígenas, algunos indicios de aquella elocuencia natural é inculta que caracterizaba á sus progenitores." En la obra del Sr. Schoolcraft, pág. 245, se encuentra el siguiente relato: "Cuando en 1811 celebraron los indígenas americanos un consejo en Vincenas, punto de la Indiana que está situado hácia las márgenes del Wabash, Tecumseh, afamado caudillo indígena, despues

de haber pronunciado un vehementísimo discurso quiso sentarse, pero no encontró á su inmediacion asiento alguno. El general Harrison, que representaba á los Estados-Unidos en el consejo, reparando en esta circunstancia, se apresuró en mandar que se le trajese una silla é invitóle á que lo ocupase.—Vuestro padre, díjole el intérprete, os ruega que ocupeis esa silla.—¡Mi padre! contestó el arrogante indígena; mi padre es el Sol, mi madre es la tierra, y en su seno será donde descanse.—Y al decir esto sentóse por tierra del modo que lo acostumbran los indígenas."

En vista de estas cualidades, no debe parecer estraña la preponderancia que por mucho tiempo ejercieron los Iroqueses sobre todos los pueblos que los circundaban. Formaban una república, siempre dispuesta á la pelea como lo estaban Esparta y Roma, para la cual no habia mayor placer ni mejor ejercicio que la guerra, y que sacrificaba en ella cada año una parte de su poblacion que continuamente reponia por medio de los prisioneros que caian en sus manos y adoptaba. Luchando sin cesar con todas las naciones salvajes que habia colocado en sus fronteras la fortuna, no cesaron los Iroqueses de ensanchar sus límites destruyendo cuanto obstáculo se les presentaba, hasta la llegada de los europeos.

He acabado de describir el estado político y social en que vivian las tribus indígenas de la América del Norte cuando los europeos la descubrieron y durante medio siglo despues de este descubrimiento.

En la época á que me refiero ninguna de las tribus salvajes que ocupaban el continente habia abandonado las costumbres que son inherentes á los que viven de la caza, de suerte que todas las observaciones relativas á los pueblos, que subsisten esclusivamente de este ramo les eran aplicables. No habia hecho la civilizacion entre ninguna de aquellas naciones notables progresos; hallábanse en una suma imperfeccion las artes; la sociedad estaba en su infancia, mas ya sin embargo existia. Las tradiciones, las costumbres, los usos, el caracter, sometian al yugo social á aquellos hombres á quienes volvia errantes y desenfrenados el mismo género de vida que adoptaran é introducian una especie de condicion civilizada en el seno de la barbárie. He demostrado que entre aquellas naciones incultas se observaban los mismos fenómenos que por todas partes ha presentado la raza humana. La mas completa igualdad dominaba entre los indígenas. El estado social en que vivian era eminentemente democrático, esto es, se prestaba con igual facilidad al mas duro despotismo que á la libertad mas completa. Combinado en el Mediodia con cierta molicie del cuerpo y del ánimo, con cierta vehemencia de imaginacion que eran inherentes al clima, dió orígen al gobierno teocrático de los Natchez. Unido en el Septentrion á la actividad, á aquella desasosegada energía que el rigor de las estaciones ocasiona, dió márgen á la creacion de la confederacion de las repúblicas iroquesas.

Aquí cierro el libro de la historia. Dejo que

ciento cincuenta años trascurran, y dirijiendo mis ojos hácia esos mismos salvajes cuyo retrato poco antes hice, voy á procurar descubrir los cambios que les ha hecho sufrir el trascurso del tiempo.

§ II.

Beverley decia en 1700, en la pág. 315 de su obra: "Se van estinguiendo los naturales de la Virginia, aun cuando hay todavía muchos pueblos que tienen sus nombres."

Hoy no se ve la huella siquiera de estos salvajes; ha desaparecido hasta el último.

Los franceses de la Luisiana han destruido completamente á la gran nacion de los Natchez.

En el año de 1831, al atravesar los cantones del Estado de Nueva-York comarcanos con el lago Ontario, encontréme con algunos indígenas andrajosos que discurrian por el camino pidiendo limosna á los viandantes. Quise saber á qué raza pertenecian y se me dijo que aquellos eran los últimos iroqueses que quedaban.

El territorio que entonces recorria era en efecto el que en otro tiempo ocuparan las seis naciones; encontrábanse á cada paso vestigios de los antiguos dueños de aquel suelo, pero habian desaparecido éstos.

Es facil indicar, en pocas palabras, las distintas causas á las cuales se debe atribuir esta gran destruccion de todas las naciones salvajes.

"Los ingleses fueron los primeros," dice Beverley en la pág. 310, "que enseñaron á los salvajes á tener aprecio á las pieles y á cambiarlas. Antes de esto, no se servian de ellas sino para su uso." En otro pasage dice Beverley, pág. 230, que en la época en que escribia, (1700) ya habian aprendido los indígenas de la Virginia á servirse de la mayor parte de los lienzos europeos para abrigarse durante el invierno. "Estamos muy distantes de aquel tiempo," decian los tres Cass y Clark en un informe oficial pág. 23 (documentos legislativos, núm. 117) "en que podian los indigenas proveer á su subsistencia y vestido sin tener necesidad de ocurrir al auxilio de los hombres civilizados." Lawson, Beverley, Du Pratz, Lahontan y Charlevoix están de acuerdo en que desde el orígen de las colonias se ha hecho con los indígenas un inmenso comercio de aguardiente.

Cualquiera que medite en el corto número de hechos que acabo de esponer encontrará en ellos esa causa de ruina que investigamos. Antes de la llegada de los europeos al continente americano, se procura el salvaje por sí mismo todos aquellos objetos que necesita; no aprecia las pieles de los animales sino como materia de abrigo; bástanle sus bosques porque en ellos encuentra lo que es necesario á su existencia; nada mas desea; vive en ellos en una especie de abundancia y en los mismos se multiplica. Luego como [illegible] en contacto con los indígenas, [illegible] gustos nuevos. A- [illegible] bajo los lienzos

europeos. Los licores fermentados le presentan un orígen de estraños goces que se adoptan de una manera singular á su tosca naturaleza. Se le ofrecen armas homicidas en cuyo manejo en breve se le instruye; y como su vida errante, sus costumbres de cazador y las preocupaciones á que dan orígen, no le permiten aprender á fabricar esos inestimables objetos que se le han hecho necesarios, cae en la dependencia de los europeos y se vuelve tributario de ellos. Pero en su clase de cazador es pobre; en cambio de los bienes que codicia no tiene mas que ofrecer que las pieles de los animales monteses. Desde entonces tiene que cazar, no solo para sostenerse, sino para hacerse de estos objetos de un lujo bárbaro. Los animales se escasean; pronto vendrá tiempo en que no se les pueda alcanzar sino sirviéndose de armas de fuego, y es indispensable matar mayor número de ellos para conseguir estas armas. El remedio da aumento al mal, y el mal hace mas dificil de encontrar el remedio. "Ya no se puede cazar al oso, á la cabra montés ó al castor sino con fusiles;" dicen los Sres. Clark y Cass en la pág. 24. Poco á poco se desminuyen los recursos con que contaba, para subsistir, el salvaje, y sus necesidades se multiplican. Entonces se ve cercado de penalidades que sus antepasados no conocian, y para ponerse á cubierto de ellas huye ó perece. Como jamas tuvo apego á su suelo, como no dejó en la region que habitaba ningun monumento estable que atestiguase su existencia, piérdense sus huellas en el espacio de unos

cuantos años; su nombre apenas le sobrevive; deja tan pocos recuerdos de sí como si jamas hubiera existido.

Hízose inevitable esta destruccion desde el punto en que se obstinaron los indígenas en conservar en el estado social de cazadores.

Entre todas las tribus salvajes que cubrian la superficie de la América del Norte, no se conoce hasta hoy sino un pequeñísimo número que haya intentado someter su carácter á las costumbres de los pueblos agrícolas, esto es, á las de aquellos que hacen producir á la tierra al paso que consumen sus frutos: forman este número los Chikasaes, los Chartaws, los Creeks, y particularmente los Cheroquíes. Estas cuatro naciones ocupan el rumbo Meridional de los Estados-Unidos, hállanse situados entre los Estados de la Georgia del Alabama y del Mississipí. En 1830 se calculaba ser su poblacion la de 75.000 individuos. En la época de la guerra de independencia hubo un número de anglo-americanos del Sur que, por haber tomado partido en favor de la madre patria, se vieron en la necesidad de espatriarse y fueron á buscar asilo entre los indígenas á que me refiero. No tardaron estos europeos en adquirir una grande influencia, se casaron entre los salvajes é introdujeron en su seno nuestras ideas y nuestras artes.

En 1830, [4 de Febrero), el Sr. Belt, relator de la comision de la cámara de representantes relativa á negocios de indígenas, deser

términos siguientes, en la pág. 24, el estado que guardaban los Cheroquíes.

"La poblacion de lo que se denomina la nacion de los Cheroquíes y que ocupa la parte oriental del Mississipí, puede calcularse en el número de 12,000 almas; poco mas ó menos, incluyéndose en él á 250 individuos de raza blanca (de ambos sexos) que se han relacionado con las familias indígenas, y 1,200 esclavos negros que llevaron allí los europeos; los demas son de raza mista é indígenas de sangre pura." El relator agrega que la inteligencia y la riqueza están concentradas en los mestizos. "En cuanto al resto de la poblacion, dice, los que lo componen aparecen semejantes en un todo á sus hermanos los del desierto; tienen lo mismo que aquellos, una irresistible propension á la indolencia; son igualmente imprévidos y muestran la propia pasion desenfrenada por los licores espirituosos.

Suponiendo que el cuadro que se nos presenta sea exacto, lo cual podemos con fundamento dudar al ver la vehemencia con que ataca el Sr. Bell en todo su informe los derechos de la infortunada raza indígena, suponiendo, repito, que no carezca de exactitud el cuadro, él mismo nos hace concebir que si hubiese tenido tiempo para desarrollarse esa civilizacion imperfecta á la larga habria producido infaliblemente sus frutos.

Mas arriba dije, al hablar del estado en que antiguamente vivian, que aun cuando los indígenas de la América del Norte habian adoptado un estado social idéntico y tenian por ejercicio es-

clusivo la caza, no por esto habia tomado en todos la sociedad política la misma forma. En el Sur la autoridad política estaba depositada en pocas manos, y en el Norte el pueblo todo tenia participio en el gobierno: todavía se observan en nuestros dias estas diferencias. Ahora, como entonces, la mayor parte de las naciones del Sur obedecen á un solo caudillo ó á una oligarquía muy absoluta: ahora bien, siendo los hombres que componen ese cuerpo selecto entre los Cheroquíes y que ejercen esa autoridad ilimitada, civilizadas y tomando interes en que penetren las luces al seno de la nacion á cuya cabeza se hallan colocados, me parece incuestionable que lograrian su objeto si se les dejase el tiempo que indispensablemente necesitan para llevar á cabo su obra; pero no es esto lo que sucede: los terrenos donde moran estos desventurados indígenas están situados en los límites de los Estados que ya dejo referidos; hoy estos Estados los reclaman como su herencia, y la Union coopera á que tengan logro sus designios con el hecho de ofrecer á los indígenas que quieran abandonar el pais que les trasportará á sus espensas á una vasta region que está situada hácia la márgen derecha del Mississipí, [Arkansas], en la cual podrán vivir á cubierto de la tiranía de los blancos. La porcion mas ilustrada de entre los indígenas no se quiere prestar á esta medida; pero la masa de la nacion, que ha conservado una parte de las costumbres errantes que son peculiares á los cazadores, se resuelve con facilidad á dar tal paso, se ve de nuevo desterra

á vastos desiertos, lejos del foco de la civilizacion, y vuelve á ser tan salvaje como en otros tiempos lo era. Hé aquí en qué términos destruye de dia en dia el gobierno americano la obra que el de los Cheroquíes intentaba llevar á efecto; de suerte, que mientras este último atrae hácia la civilizacion á los salvajes, aquel les sumerge mas y mas en la barbárie. No es dudoso el resultado que habrá de tener esta lucha; fácil es de preveer que en una época nada remota esos indígenas á quienes se traslada hácia la márgen derecha del Mississipí, abandonarán el arado para volver á tomar el hacha y el fusil, y de nuevo se procurarán su única subsistencia por medio del improductivo ejercicio de la caza.

Las tribus de los Chikasaes, Chacsaws, Creeks y Cheroquíes son las únicas que hayan manifestado alguna propension á adoptar la vida de los pueblos agrícolas. Todos los demas han conservado con singular tenacidad las costumbres de sus antepasados, y sin tener ni su disposicion intelectual ni sus recursos se obstinan todavia en vivir como ellos.

Si abrazamos de una sola ojeada á todos los indígenas que habitan la América del Norte en nuestros dias, fácilmente percibiremos que han conservado en su generalidad el estado social en que hace doscientos años vivian. A semejanza de sus progenitores cifran su subsistencia casi esclusivamente en la caza; tienen, con muy corta diferencia, el mismo género de vida que el capitan Smith describia en 1606; sin embargo, se han operado en ellos inmensos cámbios. ¿Cuándo éstos? ¿qué causa los ha producido?

Ya tengo dicho que carecian de leyes los indígenas, que no se hallaban gobernados sino en virtud de sus tradiciones, de sus costumbres, de sus afectos y de su caracter; mientras mas estabilidad tenia todo esto, mientras mas metodizado estaba, tanto mas fuerte era la sociedad, de tanta mas tranquilidad gozaba.

Cambiando las opiniones, alterando las costumbres y modificando el carácter, es como los europeos han producido la revolucion de que tratamos.

El contacto de los indígenas con los europeos, ejerció en aquellos una influencia directa y otra indirecta, igualmente funestas ambas.

El indígena, no obstante su orgullo, siente en el fondo de su alma que la raza blanca ha adquirido sobre la suya, una preponderancia incontestable; y el ejemplo de los europeos, á quienes desprecia, ejerce, sin embargo, una grande influencia en sus opiniones y conducta; y la desgracia ha querido que los únicos seres civilizados con quienes estuviesen los salvages ordinariamente en contacto, fuesen precisamente los mas depravados de entre los blancos.

He dicho que se hacia muy en grande el comercio de peleteria con los indígenas. Los europeos que sirven de corredores para este género de tráfico, son, en su mayoría, aventureros sin luces ni recursos, que encuentran en la libertad desenfrenada de los bosques una compensacion al penoso ejercicio á que se dedican. Estos estrangeros no hacen conocer al indígena de América sino los vicios de Europa, y lo mas lamen-

table todavía es, que le ponen en contacto con aquellos vicios europeos que, teniendo una grande analogía con los propios, facilmente se combinan con éstos. No le enseñan la delicada depravacion de nuestras clases superiores; el indígena no la comprenderia y no habria peligro en que no la conociese; pero le hacen ver que los hombres civilizados son mas violentos, mas enemigos de toda ley, mas desalmados, y en una palabra, mas salvages que el salvage mismo. Sin embargo, esos salvages de Europa osténtansele instruidos, ricos y prepotentes. Entonces opérase en la conciencia del indígena una revolucion increible; dominale la duda de si esos vicios que demasiado bien comprende, y que desprecia, serán las causas primordiales de esa superioridad que admira; y si no la producen, no le parecen al menos un obstáculo que á la adquisicion de ella se oponga.

Por muy perniciosa que haya sido esta accion directa que ha ejercido la proximidad de los blancos en la suerte de sus indígenas, su accion indirecta ha sido mas perjudicial todavía.

Ya he dicho de qué manera la proximidad de los europeos habia hecho que la condicion de los indígenas fuese mas mísera de lo que lo era antes de su aparicion en aquellas regiones, y cómo haciendo que se disminuyesen sus recursos habia aumentado sus necesidades; pero no ha podido presentar una idea de los males á que estan entregados hoy esos desventurados.

"Acontece con los indígenas," dicen los Sres. Clark y Cass en su informe oficial, "y en parti-

" cular con los del Nor-Oeste, que solo un tra-
" bajo excesivo les puede bastar para proveer á
" su sustento y vestido y tambien á los de sus
" familias. Dias enteros emplea en buscar ca-
" za sin encontrarla, y entretanto sus familias
" tienen que mantenerse con raices, con corte-
" zas de árboles ó perecen. *Muchos de estos sal-*
" *vajes se mueren de hambre en el invierno.*" (1)

Pero las Memorias de Tanner (2) son las que debe leer el que quiera formarse una idea de la horrible miseria á que están espuestos estos salvajes. Aquellos con quienes estuvo el autor citado se encuentran sin cesar en riesgo de morirse de hambre. Una serie de casualidades es la que prolonga su existencia y no hay invierno en que no sean algunos víctimas de su situacion desesperada. "Hacia un tiempo exesivamen-
" frio," dice en un pasage de la pág. 227, "y
" esta circunstancia aumentó nuestras padeci-
" mientos. La primera desgracia que tuvimos

---

(1) Estos indígenas, [los Chipeways], dice Mackenney, [Sketches of a Tour to the Lakes], son tan imprévidos, que pasan las tres cuartas partes de su vida en la penuria, y no hay año que no mueran de hambre muchos de ellos. Pág. 376.

(2) Tanner fué un europeo á quien se robaron á la edad de siete años los indígenas, y que, despues de haber vivido treinta años entre ellos, volvió á la sociedad y escribió sus memorias bajo el título de *Tanner's narrative*. Se asegura que el Sr. Ernesto de Blasseville, autor de la preciosa obra titulada: *Historia de las colonias penales de la Inglaterra en la Australia*: debe de publicarse dentro de poco otra obra muy interesante sobre las tribus indígenas de la América del Norte, en la cual presentará numerosos estractos de las memorias de Tanner.

" fué la de una muger todavía jóven que murió
" de hambre; no tardó el hermano de ésta en ver-
" se atarcado del delirio que precede á esta es-
" pecie de muerte, y perdió igualmente la vida."

"Este hombre," dice mas adelante, en la pág. 230, hablando de un Ojibleway "siguió la suer-
" te que estaba reservada á un inmenso número
" de sus compatriotas; murió de hambre."

El mismo Tanner nos informa en la pág. 288 de que desde la edad mas tierna se enseña á los individuos de ambos sexos á vivir en una rigorosa abstinencia. Anímaseles á que sobre este punto hagan ensayo de sus fuerzas interesando en ello su amor propio. "Poder soportar un ayuno de muchos dias," dice, "es una distincion muy envidiada." La religion misma de aquellas gentes prescribe, entre sus preceptos, el ayuno; en el delirio de un hombre en ayunas; es donde se encuentra el porvenir. Semejantes usos, opiniones y costumbres hablan por sí mismas y hacen inútil cuanto mas pudiera decir sobre este punto.

Estas calamidades espantosas son las que nos presentan la causa casi única de las revoluciones morales y políticas que se han operado en los indígenas de la América del Norte. Los europeos han transformado al indígena en un ser muy diverso de lo que era, haciéndolo mil veces mas desventurado que sus abuelos.

Ya he manifestado que aun cuando no estaban los indígenas apegados al suelo en que vivian, como acontece con los pueblos agrícolas, no por

eso dejaban de tener amor pátrio; lo único que sucedia era que lo cifraban en menor número de objetos. Y como este sentimiento les era mas necesario aun que á los demas hombres, producia entre ellos, como en todas partes, admirables efectos.

Las costumbres inherentes á la caza tienden á aislar al individuo del resto de sus semejantes, á reducir su sociedad á la familia que posee, y puesto que interrumpe la comunicacion entre los hombres, á destruir á la civilizacion en su orígen. La adhesion que tenian los indígenas á sus tribus tendia por el contrario, á atraer entre sí á un gran número de ellos, y les permitia que difundiesen en la comunidad de que eran miembros las pocas luces que les dejaba adquirir el género de vida que tenian. Aquel instinto de la pátria contribuia á que se desarrollasen las cualidades de su corazon á la vez que su inteligencia; al mezquino egoismo que el interes individual engendra se substituia un egoismo mas grande y noble. Ya hemos visto á qué sublimes virtudes daba algunas veces orígen. Los indígenas, reunidos de este modo, ejercian ademas unos para con otros la censura, de suerte que el freno de la opinion pública les contenia, freno que siempre será salutífero aun en el seno de las sociedades corruptas, porque la mayoría de los hombres, sean cuales fueren sus elementos, rinde infaliblemente homenage á la rectitud y á la justicia.

Hoy el espíritu nacional no existe ya, por de-

cirlo así, entre los indígenas de América, apenas se observan con relacion á él, algunos débiles resquicios. De aquellos salvajes que poblaron antes el vasto espacio en que hoy vemos comprendidos los establecimientos europeos, unos han muerto de hambre y de miseria, otros han retrocedido y se han dispersado á lo lejos, huyendo siempre de la civilizacion que les oprime. Entre estos salvages, mutilados restos que quedan de un pueblo en otros tiempos prepotente, muchos andan vagando, entregados al acaso, por los desiertos reducidos á un simple individuo ó á una única familia, y se creen exonerados de todos sus deberes para con sus semejantes de quienes ningun ausilio esperan, y otros se han incorporado á las naciones con que se han encontrado en su tránsito, á pesar de no tener sus mismos usos sus opiniones ni sus recuerdos. Aun en aquellas naciones á que se unen, y á las cuales el contacto de los europeos no ha destruido aun ó puesto en fuga, encuéntrase el vínculo social relajado; ya la miseria ha obligado á los individuos que las componen á desviarse unos de otros para encontrar con mas facilidad los medios de conservar la vida; la necesidad ha debilitado ya en su corazon aquel afecto hácia la patria que, como todos los demas afectos necesita, para producirse de un modo duradero, combinarse con un bienestar de cualquiera especie. Acosados incesantemente por el temor de morirse de hambre ó de frio, ¿cómo pudieran estos desdichados ocuparse de los intereses generales de su pais? ¿Qué orgullo nacional puede

tener el mísero que fallece entregado á las angustias de la pobreza? (1).

La misma causa que debilitara entre los indígenas al amor patrio, fué la que alteró sus costumbres, desnaturalizó sus sentimientos y modificó sus opiniones.

Ya hemos visto cuán patético culto tributaban á los muertos los salvajes de hace dos siglos, y qué veneracion supersticiosa tenian á sus cenizas; no hay cosa que introduzca mas moralidad entre los hombres y que mejor les prepare á la civilizacion, que el respeto á los muertos: la memoria que queda de los que dejaron de existir, ejerce siempre una grande y útil influencia en los vivientes. Nuestros antepasados forman, para nosotros, como una generacion de hombres mas perfectos, mas grandes que aquella que componen los que actualmente nos rodean, y ante la cual nos vemos obligados en cierto modo, á corregirnos. Solo en el seno de una sociedad estable y apacible, puede fijar su imperio el respeto á los restos mortales del hombre. Los indígenas de nuestros dias han perdido casi enteramente esta costumbre; muchos de ellos se han visto en la necesidad de huir del pais que contenia los huesos de sus antepasados, y que varian los usos que les legaron. Agitados por la necesidad del tiempo presente y los temores del porvenir, el pasado y sus recuerdos no ejercen ya poder al-

(1) En las Memorias de Tanner vemos que se asocian mas bien con el fin de cazar que porque algun espíritu nacional les anime.

guno en ellos. La misma causa opera en las naciones que aun no han abandonado sus territorios. El indígena no tiene otros testigos, por lo comun, de los últimos instantes de su vida, que su familia; con frecuencia sucede que muere solitario, que fallezca distante del lugar que habita, en medio de los desiertos donde le ha sido necesario penetrar en persecucion de su presa. Se arroja precipitadamente un puñado de tierra sobre su cadáver, y cada cual se aleja sin pérdida de tiempo, porque tiene que buscar incesantemente los medios de conservar una vida siempre precaria.

Ya queda manifestado, por medio de las citas que de John Smith, Lawson y Beverley he hecho, con cuánta benevolencia los indígenas de hace doscientos años acogian á los estrangeros, y con qué caridad se ausiliaban unos á otros. Aquellos hospitalarios usos, aquellas amables virtudes, procedian del género de vida que tenian los salvajes, y aun se encuentra en nuestros dias uno que otro resquicio de aquellas benéficas propensiones: por rareza se ve que cierre un indígena su choza al que le vaya á pedir asilo, y que se niegue á participar de sus escasísimos recursos con otro que esté sumergido en mayor miseria. Tanner refiere en la pág. 45 de sus Memorias, que encontrándose á punto de morir de necesidad tanto él como su familia, se dió con un indígena á quien no conocia, perteneciente á una raza que le era estraña; éste le acogió en su cabaña y le proveyó de todo lo que necesitaba. Tal es aun en el dia, agrega Tanner, la costumbre de

los salvajes que viven lejos de los blancos. Otra vez, habiendo perdido á su gefe una familia, ofreciéronse todos los indígenas á ir á cazar para sustentarla. Mas adelante tambien refiere Tanner, que habiendo llegado á situarse á gran distancia de los europeos, hizo un depósito de sus pieles y las dejó en punto donde intentaba volver á tomarlas. "Aun cuando los indígenas que viven en aquella region remota," dice, "hubiesen descubierto aquel depósito, no lo habrian tomado; todavía las pieles no han llegado á ser para ellos tan preciosas que les inciten á cometer un latrocinio." (V. págs. 65 y 89).

Sin embargo, no sucede lo mismo en el dia; con frecuencia se encuentra hoy una acogida inhospitalaria en los desiertos de América de igual modo que en nuestros paises civilizados, circunstancia que no se habria podido temer en otro tiempo, y se multiplican los robos. El esceso de las necesidades arrebata poco á poco á los indígenas hasta aquellas sencillas é incultas virtudes que su estado social originaba.

La religion forma el mayor vínculo social que hayan podido descubrir los hombres. Los salvajes de nuestra época han conservado sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma algunas de las nociones que sus antepasados tenian; pero cada dia se vuelven mas y mas confusas estas nociones (1). Con facilidad puede esplicar-

(1) Los Dacotas creen que despues de su muerte sus almas van al Tebé, mansion de los muertos. Para llegar allí tienen que pasar sobre una roca que tiene un filo casi tan delgado como el de un cuchillo. Los que

se esta circunstancia: en todos los pueblos, pero en particular entre los salvajes, el culto forma la parte mas substancial y mas sólida de la religion. Los indígenas de hace dos siglos tenian templos, altares, ceremonias, y en fin, una reunion de sacerdotes. Los salvajes de nuestros dias no tienen holganzas ni tampoco la posibilidad de erigir monumentos ni crear instituciones permanentes; no viven el tiempo suficiente en un mismo lugar, no son bastante numerosas sus tribus para adoptar la práctica periódica de ciertas ceremonias ni hacer eleccion de ciertas preces. Ademas, el hombre para entregarse á la contemplacion del mundo venidero necesita de cierta tranquilidad de cuerpo y de espíritu, y de ésta carecen totalmente los salvages de nuestros dias: bajo este respecto, como igualmente bajo los demas, se han sumergido en mayor barbarie que la en que vivian sus progenitores.

Ya no se conoce que tuvieron religion sino en algunas incoherentes supersticiones que han engendrado las impresiones del dia y las necesida-

---

no pueden por cima de él caminar derecho y caen, van á dar á la region del espíritu malo donde constantemente se les ocupa en recoger leña y acarrear agua, recibiendo de un amo cruel el mas duro trato.

Por el contrario, los que pasan la roca sin contratiempo, hacen un dilatado viage, durante el cual recorren todos los lugares habitados por las almas de los que les han precedido; allí encuentran lumbreras al lado de las cuales descansan, hasta que al cabo llegan á la mansion del Grande Espíritu. En esta última region encuentran los pueblos donde moran los muertos y espíritus que les indican la residencia de sus amigos y de sus parientes á quienes se les reune. Pasan una vida tranquila y placentera, cazando búfalos; sembrando maiz y cosechándolo.

des del momento. Cuando un indígena cae enfermo se figura que le han echado algun sortilegio y envia regalos al que juzga es su hechicero á fin de conseguir que no le prive de la vida (1). Si tiene hambre se pone á rogar al Grande Espíritu que le revele durante el sueño en qué parage hay caza. Forma una imágen del animal que quiere matar, y despues de haber hecho conjuros la atraviesa con un instrumento punzante. Aquellos pueblos no tienen sacerdotes ya, sino adivinos, y no se sirven de ellos sino cuando adolecen de alguna enfermedad ó padecen hambres (2).

He dicho que el género de vida que pasaban los indígenas de la América del Norte, debia necesariamente impedirles hacer progresos de alguna consideracion en las artes. Sin embargo, los indígenas de que bablé en la primera parte de esta nota llegaron á levantar edificios bastante espaciosos. Reinaba algunas veces entre ellos un lujo bárbaro que indicaba que gozaban de comodidades y de holganza; no sucede ya lo mismo en el dia. "Todavía no hace mucho tiempo, dicen los Sres. Clark y Cass, que se solia ver á " los indígenas vestidos con pieles de castor, pe- " ro ya hoy no se observa esto. El valor en que " pudiera vender semejante vestido el salvaje " seria bastante para que vistiese á toda su fa- " milia." Al ver á los indígenas de nuestra época cubiertos con géneros de lana y haciendo uso

(1) V. Tanner, pág. 165.
(2) V. idem, p. 285.

de nuestras armas, podriase creer á primera vista que empieza á penetrar la civilizacion entre estos bárbaros; pero esto es un error: todos esos objetos son de fábrica europea; manifiestan el grado de perfeccion á que han llegado nuestras artes; pero ningunas luces nos dan acerca de las artes de los indígenas. Estos, en todo aquello que producen son inferiores á sus abuelos; al entregarse á una vida mas errante y mas mísera han perdido el gusto de construir de una manera grande y duradera. El salvaje levanta con precipitacion una especie de cubil que no le presta mas comodidad que la de guarecerle de la inclemencia de las estaciones; pero con eso está satisfecho. Si nos referimos al cultivo de la tierra podremos espresarnos en iguales términos: sin domicilio fijo, ignora hoy en qué campo le será posible sembrar su maiz, ni si tendrá tiempo de cosecharlo. De suerte que cada vez se reduce mas y mas á la caza, y mientras mas se le escasea mas tiene que considerarla como el único recurso de que subsista. Todos aquellos hombres que tienen una existencia precaria y agitada, son imprévidos por naturaleza: el acaso representa forzosamente tan gran papel en la vida que pasan, que se ven en ánimo de abandonarle espontáneamente la direccion de toda ella; pero jamas esta imprevision de los indígenas, fruto natural de su estado social, se manifestó mas estremado que en nuestros dias. Percíbese á cada paso entre ellos aquel efecto estraordinario que se deja ver muy de tarde en tarde entre los hombres civilizados que de im-

proviso ven por siempre perdida la esperanza de poder dirigir su propia suerte. Todas las marinas de Europa han visto ejemplos de tripulaciones que, á punto de ser tragadas por el abismo, emplean en orgías y en una hilaridad insana los momentos de vida que les quedan; lo mismo sucede con los indígenas. Tantos son sus males que se vuelven insensibles á ellos; sin porvenir, sin tener seguridad de cómo pasarán siquiera el dia inmediato, se abandonan con un desenfreno salvaje á los goces del tiempo presente, dejando á la fortuna el cuidado, si quiere hacer un esfuerzo mas en favor de ellos, de libertarlos de sí propios. "El gusto á los licores espirituosos continúa siendo cada dia mayor entre los indígenas;" dice el Sr. Schoolcraft en la pág. 387.

Ya hemos observado con cuánta dificultad subsistian durante el invierno los indígenas. Cuando empieza el estío, dirígense á los puntos á que concurren los traficantes europeos, y en vez de cambiar sus peleterias por objetos que les puendan ser útiles, las truecan casi siempre por aguardiente y se entregan á espantosas orgías para consolarse de las privaciones y de los males que han padecido. "Aquí," dice Tanner en la pág. 57, "los indígenas gastaron en cortísimo tiempo el producto de todas las peleterías que habian acopiado de una dilatada y abundante caza que tuvimos. En un dia vendimos cien pieles de castor para procurarnos aguardiente." En otro pasage pág. 70, dice: "En solo un dia cambiamos ciento veinte pie'

)en apenas las huellas de aquella especie de
bierno.

Esta influencia, que manifiesta un resto de
)ral entre los pueblos bárbaros, casi entera-
:nte ha desaparecido. En las asambleas na-
)nales, la fuerza y no la razon, es la que im-
ra: desprécianse en ellas los consejos de la es-
riencia, y los impulsos de la juventud son los
.e dominan. "Se puede asegurar que en nues-
)s dias," dicen los Sres. Clark y Cass, "no
)y gobierno entre las tribus del septentrion y
Occidente. La costumbre y la opinion son
s que únicamente conservan á los habitantes
aquellos rumbos en una especie de estado so-
)l bárbaro. Antiguamente los ancianos ó fun-
)narios civiles poseian una autoridad positiva;
ro no sucede así desde hace mucho tiempo, y
)enas se encuentran hoy resquicios del primi-
vo órden de cosas. Cuando se reunen los in-
genas para deliberar sobre sus asuntos proco-
unales, forman democracias puras en que cada
.al reclama un igual derecho á opinar y votar;
n embargo, en lo general presiden estas deli-
:raciones los ancianos; pero los jóvenes y los
ierreros son los que ejercen una verdadera su-
:emacia. Ninguna medida puede adoptarse
)n seguridad sin la aprobacion de éstos. En
mejante estado social, en que las pasiones do-
inan, muy pronto daria fin el tomahawk con toda
ntativa que tendiese á dirigir la opinion pública
á contrariarla. La esperiencia, pues, agre-
an los mismos autores, les ha hecho ver la ne-
:sidad en que están de que todos sus tratados

estén firmados por los jóvenes guerreros que se hallen presentes. Es necesario, sobre todo, cerciorarse de la aprobacion de la mayoría de los indígenas." (V. los Informes al Congreso).

Suele suceder, sin embargo, entre las tribus de salvajes á que acabo de referirme, que ciertos individuos lleguen á ejercer sobre sus semejantes mayor influencia que los demas. Pero esta influencia no se apoya en base alguna duradera, se adquiere por decirlo así, en virtud de la casualidad, se ejerce en circunstancias determinadas y jamas se estiende sino á un reducido número de objetos.

—"El indígena," dice Tanner en la pág. 125, "que manda cualquiera reunion de gente armada, no tiene ascendiente alguno sobre los que le acompañan; no ejerce en ellos sino una influencia personal." "En esta vez," dice en otra parte (pág. 172), me eligieron por gefe; como no era otro el objeto que el de buscar con qué subsistir, conociendo que era yo buen cazador tuvieron razon en hacerlo."

Los hombres de que se componen aquellas naciones de salvajes viven demasiado dispersos para poder contraer el hábito de comun obediencia; impídeles prestarse á género alguno de dominio su propia miseria. Nada se puede esperar de ellos ni nada tienen ellos que perder, y de aquí procede que dificilmente se encuentra entre estas naciones indígenas del Norte algo que tenga siquiera una ligera semejanza de sociedad organizada. No cuenta en ellas con mas proteccion el individuo que la que por sí pueda

procurarse; como sucede con el que vive en completo estado de naturaleza; de aquí resulta que el libro de Tanner esté tan lleno de relaciones de actos de violencia y de desenfrenados desórdenes, como de penalidades y de miseria. No hay tribu de aquellas en la cual exista autoridad alguna que haga oficios de mediadora entre el fuerte y el débil, entre el ofensor y el ofendido. Han perdido hasta la idea de este poder tutelar los indígenas. Cuando un salvaje del Norte es víctima de un crímen, si es mas fuerte se venga, emprende la fuga si es mas débil; pero en ninguno de estos dos casos le sugiere su imaginacion la existencia de un poder social. En esto, como en todo lo demas, las opiniones se subordinan á las costumbres y á las leyes.

"El indígena," dice Tanner en la pág. 208, "siempre espera que la ofensa que hace será vengada por aquel á quien la infiriera, y el que no tomase venganza de una injuria no inspiraria sino desprecio."

Ya tiene á la vista el lector las dos partes que forman el cuadro ahora que juzgue.

Hace dos siglos que los indígenas de la América del Norte constituian tribus de cazadores; hace doscientos años que tenian un domicilio fijo, costumbres de un origen remoto, tradiciones que respetaban y medios seguros de subsistencia; la tranquilidad de cuerpo y ànimo de que gozaban, prueba de que tenian comodidades les ponia en la posibilidad, en su condicion de cazadores de disfrutar de toda aquella felicidad, de ostentar toda aquella grandeza de que sea suceptible el estado social en que vivian.

Hoy, al parecer, todo subsiste bajo el mismo pié que antes. Aquellas mismas tribus viven todavía de la caza y conservan los hábitos que son inherentes á este género de vida. Sin embargo, los indígenas de nuestros dias en nada se asemejan á sus atepasados.

Los europeos, al diseminar á los indígenas por desiertos que no conocen, al interrumpir sus tradiciones, al introducir confusion en sus recuerdos, al destruir sus costumbres, al alterar su carácter les han precipitado á las consecuencias mas funestas de la vida de los cazadores. Hé aquí que el contacto con los hombres cultos, ilustrados y dedicados á la labranza ha vuelto á los indígenas mas errantes y mas cerriles de lo que en otro tiempo lo fueron.

FIN DEL APENDICE.

NOTAS.

(1).—*Imponer respeto á las hordas de indios bárbaros.*

El ejército de los Estados-Unidos, se compone de seis mil hombres, que entran voluntariamente al servicio y que lo tienen siempre en completa fuerza. La poblacion americana, encuentra en esto la ventaja de no verse espuesta á las levas; pero hay un inconveniente para el pais y es el de que se componga el ejército de hombres sin moralidad, que emprenden la carrera de las armas, no por patriotismo, sino por interés; no como un sendero que conduce á la gloria, sino como un medio de subsistencia.

Este hecho, que en sí mismo es un mal, engendra en los Estados-Unidos pocas consecuencias graves.

Como no tiene guerras que sostener la Union americana, obsérvanse pocas deserciones en el ejército; porque el que voluntariamente se engancha, solo se deserta cuando se halla al frente del peligro. Cuando está para trabarse alguna lucha contra los indígenas, la desercion es bastante crecida; pero no ponen en ningun riesgo al pais, por ser las fuerzas de éste tan superiores á las del

contrario. En el interior es acàso todavía menos este inconveniente.

Seis mil hombres dispersos en un territorio tan grande como media Europa, son imperceptibles; sin embargo, todavía se les tiene distantes de la poblacion civilizada. Ocupan varias fortalezas en el Norte y en el Oeste de América, y van ganando terreno en las selvas, morada de los indìgenas, á medida que va aproximándose á ellas la poblacion americana. Desde luego se concibe que un ejército de esta clase no puede ser perjudicial en el interior á las buenas costumbres, ni inspirar á la libertad recelo. Hay una escuela militar, (West point), que es donde se forman los oficiales; de allí se toman todos. Los individuos de la clase de soldado hasta la de sargento, jamas ascienden á oficiales. Necesítanse empeños para que un jóven pueda entrar á estudiar en West point; pero para salir de allí de oficial, tiene que sufrir un exámen. Un capitan tiene un sueldo fijo de 1,200 pesos, el cual, con la gratificacion que se le pasa por alojamiento, forrajes, &c., asciende á la cantidad total de 1,800.

(2).—*Preparábanse en Nueva-York fuertes conmociones.*

Los sucesos acontecidos en Nueva-York en Julio de 1834, forman la materia del Capítulo XIII de esta obra, titulado *El Motin.* Despues de la ficcion, cuyo fondo es en todas sus partes verìdico, he juzgado deber colocar una relacion pormenorizada de lo acontecido.

El principio de esclavitud fué abolido en el Estado de Nueva-York, desde el año de 1799; pero aquellos de los negros que cesaron de ser esclavos, no se volvieron, por este hecho, iguales á los blancos. El color de los libertos trae incesantemente á la memoria, la condicion en que ellos ó sus antecesores vivieron. Pero la poblacion negra, habiendo llegado á ser libre, aspira á la igual-

dad, y este es el grân motivo de contienda, que existe entre ambas razas, en el Norte de los Estados-Unidos.

Mientras los negros libertos se muestran sumisos y respetuosos para con los blancos, mientras no intentan salir de la posicion de inferioridad que guardan con respecto á los últimos, pueden estar seguros de que cuentan con proteccion y apoyo. En este caso, no ve en ellos el americano, sino á desdichados á quienes la religion y la humanidad le ordenan que ausilie. Pero tan luego como ostentan propensiones de igualarse á los blancos, irrítase el orgullo de éstos, y la compasion que les inspiraba la desgracia se convierte en ódio y menosprecio.

Siendo muy reducido el número de negros que hay en los Estados de la demarcacion Septentrional, se someten éstos con resignacion, en lo general, á todas las exigencias que inspira á los americanos el orgullo. No se llega á empeñar lucha alguna, porque aceptan los oprimidos el menosprecio y la tiranía; de suerte que el choque grave de que la ciudad de Nueva-York fué teatro en Julio de 1834, no acaeció sino á consecuencia de circunstancias del todo estraordinarias. No existen, en el Estado de Nueva-York, sino 44,870 personas de color por 1.913,000 blancos, de modo que no puede abrigarse en la imaginacion de aquellos ni éstos, la idea de empeñar una lucha; en la de los primeros, porque son muy débiles, en la de los segundos, porque son demasiado fuertes. Existe, en verdad, entre la misma poblacion blanca, un partido que trabaja en establecer la igualdad completa de los negros. Este partido, que se compone de filántropos sinceros, de hombres religiosos, de metodistas y de presbiterianos fervorosos, ataca con infatigable teson esa preocupacion á consecuencia de la cual, se ven seperados los negros de los blancos. Se les denomina *abolicionistas* porque tienden á que se estinga la esclavitud por donde quiera que se encuentre, y *amalgamistas* porque intentan operar la mezcla de ambas razas

por medio de matrimonios mútuos. Han organizado una sociedad bajo el título de: *Anti Slevery Society* (sociedad contra la esclavitud), y han fundado un periódico que sostiene las doctrinas de la asociacion. Este partido posee la fuerza que procuran una conviccion íntima, un recto fin y pasiones nobles, pero es poco numeroso todavia.

Mucho tiempo transcurió sin que las reclamaciones que elevaban en favor de los desventurados, que tomára bajo su patrocinio, suscitasen ira entre los individuos del partido contrario; pero á principios del año 34 ya no se oyeron con indiferencia.

En primer lugar no puede negarse que se sintieron en América, aun en los Estados donde no hay esclavitud, las concecuencias de la emancipacion de los negros en las colonias de la Inglaterra. Era muy natural que la gente de color, que no ha adquirido todavia mas que la mitad de los derechos á que aspira, se afectase fuertemente de una revolucion social, que á su inmediacion se operaba y que se consumaba en favor de séres que en todo eran iguales á ella. Hizo impresion, no solo en los negros, sino aun en los partidarios que tenian entre los individuos de raza blanca. Estos, en vez de contener los impulsos de la poblacion negra, los alentaron, sin considerar que si bien habian tolerado los americanos sus esfuerzos en favor de la raza opuesta, cuando solo á vanas palabras se limitáran, debian excitar con vehemencia sus pasiones, tan luego como apareciesen realizables. Viendo este movimiento, que no era entonces sino moral é intelectual, conocieron los americanos toda la necesidad que habia de sofocarlo desde su orígen; y un gran número de ellos que hasta entonces habia oido sin irritarse las teorías de los *abolicionistas*, pasó repentinamente de la tolerancia á la hostilidad.

Algunos buenos resultados que obtuvieron los negros

y sus partidarios, vinieron á recrudecer esta mala disposicion de los ánimos.

Los casamientos mútuos son, sin disputa, el medio mas seguro, si no el mejor, de operar la fusion entre la raza blanca y la negra; son tambien el mas patente indicio de igualdad, y he aquí la causa porque esta clase de uniones, irritan mas que cualquiera otro paso, el ánima de los americanos.

A principios del año 34, aconteció que el reverendo Bériac-Gruen, ministro del cultó, celébrase en Utica el enlace matrimonial de un negro con una doncella que era blanca de color, aunque negra de orígen. Este hecho escitó en la ciudad una especie de sublevacion popular, y fué causa de que el reverendo fuese ahorcado en efigie en la plaza (1).

Poco tiempo despues, algunos ministros presbiterianos, casaron, en la ciudad misma de Nueva-York, á varios blancos con personas de color. Este triunfo que se ganó á las preocupaciones, alentó á los negros é irritó á sus enemigos en sumo grado.

Llegó el mes de Julio de 1834, época en la cual celebran los americanos el aniversario de su declaracion de independencia, cuyo acto presta ocasion á largos discursos, en que se habla mucho de la libertad y de los imprescriptibles derechos del hombre. Llegan á oido de los negros algunas de esta declamaciones, y no dejan de recordarles sus partidarios, que la raza negra, tiene una libertad tan sagrada y derechos tan inviolables, como los que pueda tener la blanca.

El 7 de Julio del año á que nos referimos, uno de los americanos protectores de los negros, publicó en un periódico una carta, en que decia: que á pesar de una dominante preocupacion que él menospreciaba, se proponia tomar á una jóven de color por esposa (2). En

(1) V, el National Intelligencer del 4 de Febrero de 1834.
(2) New York Commercial Advertiser, 7 de Julio 4 de 1834.

aquel mismo dia se celebró una junta en *Chatam-Chapel*, compuesta de gente de color, y se pronunciaron varios discursos en su seno, que no tenian mas asunto, que la igualdad entre blancos y negros y la abolicion de la esclavitud, en toda la estension de la Union. Por una desgraciada casualidad, los miembros de la sociedad de música sacra, que se reunian en aquel mismo local ordinariamente, quisieron ocuparlo precisamente en los momentos en que celebraba su sesion la junta de africanos. De esto se originó un desagradable altercado que no fué de larga duracion, pero que puso en mayor ecsasperacion á los ánimos de ambos partidos. Al mismo tiempo hízose circular por el público un folleto en contra de la servidumbre, al principio del cual se veia un pequeño grabado que representaba un traficante en negros, arrebatando á un esclavo de los brazos de su muger y de sus hijos y haciéndolo caminar por delante de él á latigazos. Nada se omitia en aquella publicacion de lo que pudiese excitar la indignacion de los negros y exaltar el fervor de sus defensores. Convocóse á otra reunion en *Chatam-Chapel*, para de allí á tres dias, esto es, para el 9 de Julio, cuyo objeto era el de sostener la causa de la raza negra, y se invitó á los blancos partidarios de ella á que asistiesen.

Empezáronse entonces á manifestar en la opinion pública vehementes impulsos de ira. Espresóse unánimemente la prensa con encono en contra de la gente de color, y satirizó acrimoniosamente á los blancos, que ultrajaban su propia dignidad, hasta el grado de comprometerse por defender á una sociedad de viles negros. Los periódicos llamaban á los negros *the coloured gentlemen*, á las negras *the ladies of colour*, y colmaban de sarcasmos al filántropo blanco, que habia publicado su propósito de casarse con una muger de color. Entre tanto que se disponia á ir á celebrar su sesion la junta de *Catam-Chapel*. Organizábase una oposicion formidable,

y todo presagiaba que con motivo de la reunion, se operaria un terrible choque. Es de notarse que en los momentos en que estos hechos acontecian, hacia en Nueva-York un calor escesivo. Los dias 9, 10 y 11 de Julio, fueron en los Estados-Unidos los mas calorosos del año 34. No dejan de tener relacion los grados de la temperatura con los movimientos populares (1). El dia acordado (9 de Julio) veíase la capilla *Chatam* circundada por una numerosa turba; pero la policía, previendo que se iba á empeñar una lucha, habia prohibido la reunion de la junta, de suerte que la sesion no pudo llegar á celebrarse. Sin embargo, habia cierto número de individuos entre los que componian aquella muchedumbre, que, habiendo solo concurrido allí por la esperanza del desórden, no podian estar conformes con retirarse sin haber hecho antes algun perjuicio. La hora en que esto sucedia era la de la comedia; alguien sugirió á la multitud que en el teatro de Bowery habia un actor ingles llamado Farren, á quien se acusaba de haber hablado mal del pueblo americano. *¡A Bowery! ¡vamos á Bowery!* clamaron muchas veces; y la turba en masa se dirigió inmediatamente al teatro que, un instante despues presentaba una escena de confusion y de desórden. Consumado este acto vuelven en sí los sediciosos y acuérdanse del motivo principal que les habia puesto en movimiento.

Entre los que con mas entusiasmo patrocinaban á los negros, encontrábase un americano llamado Arthur Tappan (2). Sabíase que recibia gentes de color en su casa, y aun algunas veces habíase atrevido á presentarse

(1) Un periódico americano dice los nombres de una multitud de personas que murieron sofocadas de calor en la sedicion del 10 de Julio.

(2) No sé si el Sr. Arthur Tappan de Nueva-York es de la misma familia que los Sres. John Tappan, y*** Tappan de Boston. Conocí á estos últimos durante mi permanencia en la Nueva Inglaterra, y declaro que jamas tuve comunicacion con personas cuyo carácter y virtudes me inspirasen mayor respeto.

en público en su compañia. Oyóse una voz que dijo: "*¡A la casa de Arthur Tappan!*" é inmediatamente marchó en aquella direccion la turba. Llegado que hubieron á la casa los sediciosos, hicieron pedazos las ventanas, derribaron las puertas, y no encontrando á nadie se apoderaron de los muebles, arrojáronlos á la calle y los quemaron. Entre tanto apareciόse la policía, y se empeñó una lucha durante la cual, se vió succesivamente el pueblo ya vencedor y ya vencido, hasta que á las dos de la mañana cesó el combate; tál fué la jornada del 9. El dia siguiente tomó la sedicion un aspecto mas grave todavia. Súpose que habia tomado la determinacion el pueblo de destruir los almacenes que tenia Arthur Tappan en Pear Street, y atacar la morada del reverendo doctor Cox, ministro presbiteriano, que era adicto á los negros y á su causa. En efecto, el 10 en la noche se dirige la muchedumbre hácia la iglesia del doctor Cox, arroja proyectiles contra las ventanas y las puertas, y se retira para encaminarse al domicilio del ministro presbiteriano; pero el doctor Cox, habiendo tenido aviso anticipado de los peligros que le amagaban, se habia ausentado de Nueva-York con su familia. Entonces los sediciosos emprendieron demoler la casa, y ya lo habian puesto por obra cuando se presentó un destacamento de milicianos, que la autoridad enviaba para que aplacase el alboroto; el pueblo se hizo fuerte detras de trincheras que habia formado de algunos carros y carretones volcándolos, y trató de resistirse; pero despues de un combate algo reñido se retiró. En aquel mismo dia, habia sufrido los mismos ataques y violencias otra iglesia de la gente de color, que estaba situada á la inmediacion de Laight-Street, cuya demolicion habian resuelto los rebeldes. Otra numerosa turba se habia reunido tambien á las inmediaciones de la capilla Chatam, pero se dispersó sin alboroto, luego que protestaron los dueños de aquel edificio, que jamas permitirian que se formasen

en él, reuniones, que tuviesen por objeto la abolicion de la servidumbre. A media noche habia vuelto á reinar el órden; pero se anunciaban para el dia siguiente, 11 de Julio, movimientos mas sérios.

Parece fuera de toda duda, que si durante los acontecimientos de las mañanas de los dias 10 y 11, hubiese tomado la autoridad medidas enérgicas, no habria tenido efecto el movimiento sedicioso que se preparaba. Habria bastado con dar órden á la milicia, de que repeliese á la fuerza ó hiciese uso contra los rebeldes, de todas sus armas *sin escepcion alguna.*

Un periódico que en aquellos momentos parecia formar el órgano del partido del órden, se espresaba, el 10 en la noche, en estos términos:

"Es de necesidad que semejante estado de cosas ten-
" ga término. No se debe tolerar que una sociedad
" culta como la nuestra se vea, noche con noche, mo-
" lestada por reuniones ilegales y sediciosas, sea cual
" fuere la causa que las ocasione. Si la autoridad civil
" carece de la necesaria energía para reprimir esos es-
" cesos, póngase á la fuerza militar en uso, y si se echa
" mano de la fuerza armada es indispensable que ésta
" *obre.* Un vano simulacro de soledades que se forman
" ante los facciosos, y que tranquilamente los ven entre-
" garse al desórden sin contrariarlos, tan solo sirve para
" que tome el mal mayor incremento. Declaramos,
" pues, sin vacilar, que si la necesidad exige que se em-
" plee á la fuerza militar, y si á una órden de la autori-
" dad civil no se dispersa inmediatamente el populacho,
" es necesario hacerle fuego *(they should be fired u-*
" *pon* (1)."

Sin embargo, ni era numeroso ni era fuerte el partido de los que querian que se empleasen estos medios enérgicos de represion. Si el movimiento de que se

(1) New York American de 11 de Julio, 1834.

trata, hubiese sido puramente político, habríase visto desde luego á la mayoría servirse de todo su poder para esterminar á la menoria. Pero en la cicunstancia á que aludimos, hallábanse divididos los habitantes de Nueva-York entre dos contrarias impresiones. Sus metódicas costumbres, sus ideas de legalidad y la necesidad de que la tranquilidad pública se restableciese les inspiraban fuertes deseos de que la sedicion fuese sofocada; pero la suerte de las víctimas no excitaba en ellos interes alguno. A decir verdad, la mayoría aprobaba con todo gusto, aunque en secreto, los desórdenes á que se entregaba la minoría; y sin embargo, el respeto que á los principios profesaba, su amor al órden y tambien el pudor, la obligaban á combatirlos. Esta estraña situacion esplica por qué eran tan suaves las medidas que tomaba la autoridad civil en contra de la insurreccion.

Desde la mañana del 11 púsose en movimiento á numerosas masas de milicianos; pero se sabia que no se les habia dado órden, de que si habia otra nueva sublevacion, hiciesen fuego sobre el pueblo. No era, como se ha dicho, la circunstancia de hallarse ausente el gobernador, lo que se oponia á que se hiciese uso de armas de fuego, contra los rebeldes. El corregidor de Nueva-York tiene incuestionablemente el derecho de dictar esta providencia; pero no creyó deber conducirse de este modo.

En los almacenes de Arthur Tappan fué donde ejercieron sus primeras violencias los sediciosos. Arrojaron fuertes descargas de piedras sobre las vidrieras del edificio y se disponian á cometer actos mas serios todavia, cuando la llegada de los milicianos les puso en fuga. En la noche, á eso de las nueve, una frenética muchedumbre atacó la iglesia del doctor Cox, que ya habia sido asaltada la víspera; arrojáronse mil proyectiles contra sus paredes, y aunque se presentó la policía fué rechazada por el pueblo. En aquellos momentos

otra gavilla de sediciosos se entregaba, por distinto rumbo, á desórdenes mas criminales é impíos; en Spring Street, el templo del reverendo doctor Ludlow cuyo entusiasmo en favor de la causa de los negros le comitaba el encono de los facciosos, se ve invadida; hace pedazos la plebe las ventanas, derriba las puertas, demuele las paredes, y las ruinas y escombros del edificio religioso sirven para formar parapetos detras de los cuales se hacen fuertes los sediciosos. Empeñase un combate serio entre el populacho y la milicia, se toca á rebato, se pone toda la ciudad en alarma, y despues de muchas alternativas de victoria y pérdida logran triunfar los milicianos. Retíranse de allí los sediciosos, pero es para ir á acometer por otra parte nuevos actos de destruccion.

Dirígense al domicilio del reverendo doctor Ludlow, rompen las puertas y ventanas, entran en él y se abandonan á todo género de escesos. En aquellos instantes, la iglesia de los negros que está situada en *Centre-Street*, era presa del furor del pueblo. Habíase esparcido el rumor de que el ministro de aquel templo, el reverendo Peter Williams, tan recomendable por sus virtudes como por su carácter religioso, habia casado á un individuo de color con una blanca (1), y apenas se supo este hecho cuando la exasperacion de la multitud llegó á su colmo. Arrancó puertas y ventanas é hízolas pedazos en medio de los aplausos de los espectadores; apoderóse de cuanto habia en el interior del templo y lo arrojó á la calle. En breve las casas inmediatas que ocupaban familias de color se vieron asaltadas; la turba hizo pedazos las ventanas, forzó las puertas, destruyó las paredes, se apoderó de los muebles y los quemó; en otros varios puntos de la ciudad reprodujéronse estos escesos; varios templos se profanaron, y en fin, cuanto pertenecia

(1) Mercantile advertiser and New-York Advocate de 12 de Julio de 1834.

á la gente de color fué atacado. No se tuvo mas consideracion á las personas de los negros que la que con sus propiedades se tuviera; en cualquier punto donde un individuo de la raza aparecia, desde luego se le asaltaba. Entre tanto estaban todos dominados por el terror y se ocultaban. El populacho, cuyo estúpido furor ordinariamente le sugiere alguna ingeniosa idea, viendo que no podia dar con los negros exige que todos los habitantes de la poblacion iluminen sus casas. Deferente á la órden del pueblo, aparece una negra á la ventana de su morada con el intento de iluminarla, y cae sobre ella una granizada de piedras. Muchas familias de color, temiendo correr la misma suerte, no iluminan las suyas, y el pueblo, deduciendo de este hecho que hay negros en ellas, las ataca y destruye (1).

En obsequio de la justicia, diremos, que al ver aquel impío vandalismo la inmensa mayoría de los americanos, y aun los mismos que el dia anterior simpatizáran con los destructores, se sintieron dominados de disgusto y horror. Todos los que en la poblacion tenian intereses que perder se sobrecogieron de espanto. Operóse en el ánimo del público una reaccion general, no en favor de los negros, pero sí en contra de sus opresores. Echóse de ver el peligro que se corria si se dejaba por mas tiempo á la ciudad abandonada á una plebe desenfrenada y sacrílega. Súpose que se proponian los sediciosos continuar al dia siguiente sus violencias hasta dejar totalmente destruidos los templos y los establecimientos de educacion de los negros. El corregidor de la ciudad dió las órdenes mas rigurosas á la milicia. La prensa se espresó con suma acrimonia refiriéndose á los rebeldes. "Mátese *como á perros* á los que manifiesten la mas leve propension al desórden," decia un periódico el 11 de Julio, [*The Evening Post*]. La mi-

(1) New-York American de 12 de Julio de 1834.

licia marchó llena de ardimiento en contra de los revoltosos, y desde luego quedó vencida la sedicion para no volver á erguir ya la frente. El dia siguiente dió cuenta el corregidor de sus actos al consejo de la ciudad. Confesó que hasta el último dia habia juzgado suficientes para reprimir el levantamiento las providencias que habia dictado, pero que los sucesos posteriores le habian hecho conocer su ineficacia; esta sincera confesion de un error que habia tenido tan lamentables consecuencias bastó para que quedase justificado el funcionario. El corregidor no habia hecho mas que seguir los movimientos de la opinion pública que, cuando la sedicion estalló habia considerado que no llegaria á hacerse indispensable que se empleasen medidas fuertes para aplacarla; pues era contra la gente de color todo su encono. Conservóse esta esperanza todo el tiempo posible, de suerte que nadie inculpó á los magistrados por haber participado del error en que estuviera el público.

Cuando se hubo terminado la lucha, cada cual de los partidos procuró eludir la responsabilidad de ella. La mayoría de la poblacion habia pedido que se reprimiese á los facciosos; pero tan luego como la sedicion tomó un carácter alarmante para la ciudad, el mayor número de sus vecinos se afanó en hacer responsables de la insurreccion y de sus consecuencias morales á las víctimas. Los revoltosos, decíase, eran sin duda criminales por haber faltado á las leyes; pero tambien habian sido provocados por los negros y sus partidarios. Llegó á tal grado en un periódico el estravío á que la pasion nos arrastra, que pidió que se juzgase al Sr. Tappan y al doctor Cox á quienes la insurreccion arruinára.

Algunos habia que aun cuando no se manifestaban tan severos en contra de los partidarios de la raza negra, sí se mostraban muy indulgentes para con sus enemigos. La prensa cooperó admirablemente

disposiciones tomasen cuerpo sugiriendo argumentos á individuos que no tenian sino pasiones.

La verdadera causa de la animadversion contra los negros procedia, como ya antes lo llevamos dicho, de que la gente de color pretendiese igualarse á los blancos, pretension que lastimaba el amor propio de éstos; pero es necesario convenir en que ningun sentimiento de orgullo nos autoriza á mostrar ódio á los demas ni á ejercer sobre ellos venganza. Ninguna justicia tenian los americanos en decir: Hemos tolerado que se hiera en nuestras ciudades á los negros, hemos permitido que se destruyan sus moradas, que se profanen sus santos templos y se demuelan, porque habian tenido la audacia de querer igualársenos. Este lenguage, aun cuando era el de la verdad, habria manifestado un cinismo sumo.— Véamos cómo sacó de apuro á los americanos la prensa.

"Los partidarios de los negros, dijo, que quieren que " se considere á esta raza con igualdad á la raza blan- " ca, solicitan que en toda la estension de la Union que- " de la esclavitud abolida; pero pedir esto es querer que " se dicte una medida contraria á la constitucion de los " Estados-Unidos, porque en efecto, esta constitucion " concede á los Estados la libertad de conservar la es- " clavitud cuanto tiempo les plazca. El Norte y el Sur " tienen intereses diversos; los del Sur están cifrados " en la servidumbre, y si el Norte se obstina en que és- " ta se ha de estinguir en aquel rumbo intenta dar un " paso hostil y nocivo á la union mútua de los Esta- " dos. Luego solo siendo enemigo de la Union se pue- " de abogar por la emancipacion de los negros."

La consecuencia natural de este argumento, es, que todo buen ciudadano debia, en los Estados-Unidos, sostener el sistema de la esclavitud, y que no habria enemigos mas declarados del pais que aquellos que la desaprobasen: De manera que, segun esto, los sediciosos que por espacio de tres dias se habian entregado á

los mas inicuos é impíos desórdenes, habian obrado impelidos por un sentimiento bueno en sí mismo, y por el contrario, aquellos que, movidos por su filantropía en favor de una desventurada raza, habian exitado la indignacion de los blancos, eran traidores á la patria. Tales son las consecuencias que se deducen de un sofisma.

Es indudable, que los Estados del rumbo meridional de la Union, tienen derecho á estinguir ó no la esclavitud que existe en seno; pero tambien los habitantes del septentrion, tienen el de llamar la atencion hácia los vicios de que adolece cualquiera ley montruosa. ¡Con que destruyeron entre ellos la servidumbre y se les habia de prohibir que deseasen su estincion en una inmediata comarca! No intentan dictar una ley, sino puramente anunciar sus votos; si se les considera criminales por esto, ¿dónde está el derecho de discusion, esa libertad de pensar y escribir de que disfrutan? ¿Cesará de existir ese derecho cuando se trate de ejercerlo atacando á la mas monstruosa de las instituciones conocidas? ¡¡Los americanos toleran que un vil folletista publique en letras de molde que el presidente que los rige es un miserable, un estafador, un asesino, y un hombre recto, poseido de una conviccion íntima, no tendrá la libertad de decir á sus conciudanos que es sensible ver á una entera raza de hombres condenada á perdurable servidumbre, que la naturaleza se irrita al contemplar al hijo arrebatado del seno de la madre, al marido del lado de su compañera, al hombre lacerado por la mano de su semejante, y que lo que hay de mas doloroso todavía es que se cometan con autorizacion de la ley estos horrores!! Finalmente, ¿débese hollar sin misericordia al negro liberto del Norte tan solo porque aspira á ejercer sus derechos de hombre libre, por la única razon de que en la demarcacion meridional del pais hay todavía esclavos?

—El 12 de Julio, es decir, el siguiente dia á aquel en que la sedicion quedó aplacada, la sociedad Anti-Slavery publicó la manifestacion siguiente:

1º Negamos tener intencion alguna de fomentar los enlaces matrimoniales entre blancos y gente de color, ó sugerirlos.

2º Negamos que sea nuestro, y completamente desaprobamos el lenguage en que se espresa un folleto que se ha hecho circular por la ciudad últimamente y que, tiende, á excitar á la desobediencia á las leyes.

3º El principio que profesamos es el de que se debe obedecer á las leyes, por duras que sean, hasta que por medio de la persuacion se llegue á conseguir que se las reforme.

4º Negamos, como ya lo tenemos hecho, tener intencion alguna de operar la disolucion de la Union, violar la constitucion ó las leyes del pais, ni solicitar del congreso acto alguno que esceda á sus facultades constitucionales cual seria el de abolir por sí la esclavitud en todos los Estados de la Union (1).

Todo esto que acabamos de ver demuestra que, bajo el imperio de la soberania popular, existe una mayoría, cuyos impulsos son irresistibles, y que arruina, pulveriza, anonada todo lo que contrasta su poder y sirve de coto á sus pasiones.

Los acontecimientos que dejo referidos tuvieron un triste eco, algunos dias despues, en la ciudad de Filadelfia. El 11 de Agosto del mismo año, sin causa alguna ni pretesto, atacaron los blancos á los negros; empeñóse una vivísima lucha que duró medio dia. La ciudad y sus agentes desplegaron una grande energia contra la sedicion y lograron al fin calmarla; pero la parte negra de la poblacion quedó sumamente desalentada. Dos dias despues decia un periódico: "Duran-

(1) V. New York América de 4 de Julio 1834.

" te los dos dias últimamente transcurridos, los botes " de vapor de la carrera de Filadelfia al Estado del " Nuevo Jersey no han cesado de trasportar barcadas " de gente de color que, temiendo el riesgo que en esta " ciudad corria su vida ha resuelto refugiarse en otra " parte. Los negros han formado en la costa del Nue- " vo Jersey tiendas de campaña que les sirven de mo- " rada provisional mientras pueden encontrar ocupa- " cion en algun lugar donde su vida y libertad estén se- guras." (1)

He aquí cómo los negros que emancipa el Norte se ven allí tan oprimidos que tienen que trasladarse al Sur; de suerte, que solo en el seno de la esclavitud, encuentran asilo.

(3).—*Amalgamistas.*

Acerca del sentido de esta palabra véase la nota 2ª, pues en ella queda esplicada.

(4).—Los americanos consideran *las selvas* como el tipo de la *naturaleza inculta* (wilderness), y por consiguiente de la barbarie; por esta razon se dirigen contra los bosques todos sus ataques. El habitante del campo emplea la mitad de su vida luchando con su enemigo natural, que lo es la *selva*, y le persigue sin descanso; todavia son muy tiernos sus hijos y ya se les enseña el uso de la podadera y del hacha. No es pequeña la sorpresa que sobrecoge á un europeo, á quien tanto enagena el aspecto de un frondoso bosque, al ver la general aversion que tienen los americanos á la propagacion de los árboles; y son en esto tan estremados, que para embellecer sus casas de campo mandan destruir los árboles y la yerba que las rodea. No hay espectáculo mas lindo para ellos que el que presenta un edificio situado en un despejado plantío donde ni un solo árbol se per-

(1) Philadelphia Gazette de 14 de Agosto 1834.

ciba. Poco les importa que, careciendo de la sombra que la vejetacion procura, les abrasen los rayos del sol. La falta de bosques es, en su opinion, la *señal* de la civilizacion, y la abundancia de ellos una muestra de *barbárie*. No hay cosa que les choque mas una selva ni que con mayor entusiasmo contemplen que un terno en cultivo.

(5).—*La Isla del francés.*

Tal es, en efecto, el nombre de esta isla, y la descripcion que hace de ella el autor, en el testo, es en todas sus partes exacto. Tuve la curiosidad de pasar á ella, y la recorrí de estremo á estremo. Viénela el nombre que tiene, de haber vivido en ella, por mucho tiempo, una familia francesa que se refugió á los Estados-Unidos, despues de la revolucion de 1789. En aquella época estaban completamente incultas las orillas del lago y habitábalas una tribu de indígenas *oneidas*, de quienes tomó el lago la denominacion con que en el dia se le conoce. Refiérese, por tradicion, en aquel rumbo, que aquella familia infortunada que huia del trato de los hombres, tuvo que someterse á grande miseria, aislada en aquel solitario retiro. Encontré el parage donde estuvo construida su morada, en la parte oriental de la isla. Se la descubre por cierta variacion que se nota allí en el terreno, y por algunos árboles frutales que se ven á su inmediacion, de aquellos que exigen cultivo.

¿Deberé disculparme para con el lector de la satisfaccion con que recorrí aquella isla desierta, de haberla contemplado con detenimiento y de llamar la atencion hácia aquella insignificante escursion que hice?—A pesar de las naturales bellezas que posee, no me presentaba la las en sí, mas que un interés pasagero; pero tuvo en ella su mansion un hombre; y este hombre era francés, desgraciado y proscrito!

(6).—*Pepino el Breve.*

El lago *Pepino*, que atraviesa el Mississipí, recibió el nombre que tiene de los primeros franceses que esplora-ron aquella region que en nuestros dias apenas se cono-ce. No al acaso. ni por un simple capricho lo denomi-naron de este modo; parece, segun los viageros refieren, que es el lago de muy poca estension, y sin embargo, muy riesgoso, y la reunion de estas dos circunstancias, es la que hizo que se le aplicase el nombre de un rey que, á pesar de la pequeñez de su estatura, era un atle-ta formidable.

"Es chiquito, pero maligno," decian, refiriéndose al lago, los canadianos que lo bautizaron. Los poquísimos pobladores que tiene aquel terreno inculto, tanto indíge-nas, como ingleses y canadianos, continúan haciendo uso de este antiguo dicho francés, qué nos refiere el Ma-yor Long. (V. Primera espedidion, Viage al Lago Win-nipeck, al lago de los Bosques, &c. &c.)

(7).—*San Luis.*

Este era el nombre que habian dado los franceses al Mississipí; todavía existe en nuestros dias la ciudad de San Luis que está situada en el Estado del Illinois, á la orilla del Mississipí.

(8).—*Montmorenci.*

Cascada de Montmorenci, á dos leguas de Quebec.

(9).—Se alude á la cesion del Canadá, hecha en 1736, por Luis XV.

(10)—En 1830, un oso, habiendo estraviado la senda, atravesó cuan larga es la prolangada calle de Detroit. El habitante de aquella ciudad del desierto es sin em-bargo, en un todo, semejante al de Nueva-York.

(11).—Una de las principales causas de la uniformi

dad de costumbres que hay entre los americanos consiste en el espíritu emprendedor de los pobladores de la Nueva-Inglaterra, quienes esparciéndose por toda la Union son los que con mas empeño y resolucion se ejercitan en su desmonte é imponen por todas partes, de este modo, el mismo tipo de civilizacion.

Cuando contemplamos al Africa y al Asia cubiertos de distintos pueblos que viven aislados unos de otros, sin embargo de que se tocan, á los cuales un monte, un reducido valle ó un arroyo tan solo separan entre sí; cuando vemos que conserva cada cual las diversas costumbres que le son propias, y el carácter particular que los distingue, sobrecógenos suma sorpresa al observar el contraste que con ellos forma una nacion de 12 millones de habitantes esparcidos por una superficie que puede contener 150, quienes presentan un aspecto uniforme, están eternamente mezclados unos con otros, y por la completa semejanza de sus gustos, pasiones y hábitos, parecen no constituir sino una sola familia. Tal es la poderosa ifluencia que un mismo orígen, un idioma idéntico, igual culto y las propias instituciones políticas ejercen sobre las costumbres y el destino de los hombres.

(12).—*Me dan esta facultad nuestras leyes.*

Segun las leyes de los Estados-Unidos, todos los ministros del culto, sea cual fuere la secta á que pertenecieren, tienen la facultad de celebrar matrimonios; el acto practicado por ellos, tiene el mismo valor legal que si emanase de un juez de paz ó regidor.

(13).—Los ingleses distribuyen anualmente á los indígenas, cierto número de fusiles, carabinas, y cierta porcion de pólvora, balas y municiones. El invento aparente con que lo hacen, es el de conservarse en armonia con las tribus de salvages que habitan á las inmediaciones del Canadá; pero la razon verdadera y oculta que

los guia, es la de tener provistos de armas á los indìge-nas, que son enemigos naturales de los americanos, para que en todo caso de rompimiento con los Estados-Unidos, sirvan de ausiliares á la Inglaterra. A una época determinada del año, que es por el mes de Julio, se ve llegar de todas partes á los indígenas para asistir á esta distribucion que se practica en las fronteras del Alto Canadá.

(14).—La ciudad de Detroit está situada á la márgen derecha del rio del mismo nombre, cuya márgen forma la línea limítrofe de los Estados-Unidos. La orilla izquierda es canadiana, es decir, inglesa, y allí es donde se hace la distribucion de armas mencionada.

(15).—Los americanos no esperan á que esté poblada una region para abrir en ella caminos; comienzan formando los caminos por donde se han de trasladar á ella los pobladores.

(16).—*Chozas de madera.* (Log-Houses.)

(17).—Jamas concebí cómo al atravesar este rio, todo el hechizo que tienen nuestras impresiones cuando emanan de la naturaleza.

Los rios, las montañas, los valles del antiguo mundo, nada son sino en virtud de los recuerdos que en nuestra imaginacion reproducen. ¿Quién se acordaria del Jordan, que no tiene mas que cincuenta pies de anchura, quién de Sion, montecillo imperceptible, si no hubiese sido aquel la cuna de Moises y éste el sepulcro de David? ¿Quién repararia en el pequeño rio, cuyas corrientes se deslizan á la inmediacion de Esparta, si no se llamase *el Eurotas?* Los rios del desierto no tienen nombre, no presentan á la imaginacion la memoria de un solo héroe, el recuerdo de algun notable acontecimiento; admiramos la magestuosidad de sus aguas y el selvático

aspecto de sus márgenes; su hermosura y grandeza están concentradas en sí mismas. Sugieren á la imaginacion pocas ideas, pero llenan de impresiones el alma.

(18).—Me he servido en este pasage del nombre y carácter del padre Ricardo, que era un digno eclesiástico, frances de orígen, que conocí en Detroit. Entonces era mas que octogenario é inspiraba el mayor respeto, no tanto por su ancianidad cuanto por sus virtudes. Su eleccion como representante del Michigan al congreso de los Estados-Unidos es un hecho verídico.

FIN DE LAS NOTAS.

ADICION.

NOTA

Sobre el estado de las misiones de los Jesuitas entre los indígenas de la América del Norte.

Abolida la compañia de Jesus por Clemente XIV, algunos jesuitas naturales del Norte-América, abandonaron la Gran Bretaña para retirarse á su pátria, donde hasta entonces no habia habido mas eclesiásticos que ellos. Conducíalos el padre Juan Carroll, profeso de cuatro votos, quien no tardó en adquirirse el aprecio de esa inmortal generacion, que preparaba en silencio la libertad de su pais; Washigton y Franklin se hicieron desde luego sus amigos; Carroll su hermano, que trabajó de una manera tan eficaz en la constitucion de los Estados-Unidos, lo tomó por consejero; y la prevision y sabi-

del jesuita fueron tan apreciadas por los fundadores de la libertad americana, que lo invitaron á formar en su compañia la acta de la federacion. Profesando esos grandes hombres el culto protestante, nada era mas natural que el que procurasen consagrar su triunfo por la ley; pero el catolicismo con los padres de la Compania de Jesus se les presentaba tan tolerante y propio para civilizar á los salvajes, que no se negaron á asegurar en Juan Carroll el principio de la independencia religiosa. Admitióse á discutir las bases en union suya, y las estableció tan sólidamente, que nunca la libertad de cultos ha sido violada en los Estdos-Unidos. Los americanos se habian comprometido á conservarla; y jamas se han creido autorizados á traicionar sus juramentos, aun á vista de los progresos que los misioneros han hecho hacer á la fé romana.

Establecida la Union, el papa Pio VI, en 1789, dispuso dar un pastor á todos esos fieles dispersos en las ciudades y los bosques; y nombró á Juan Carroll, obispo de Baltimore, despues metropolitano de las demas diócesis, y últimamente legado apostólico, con otro jesuita Leonardo Neale, que le fué asignado por coadjutor. Ambos prelados, que no habian olvidado el instituto de San Ignacio, dirigieron el 25 de Mayo de 1803, la carta que sigue, al Padre Gruber, general de órden: la "Muy reverendo padre en Jesucristo: los que dirigimos la presente á vuesa paternidad, pertenecimos en otro tiempo á la Compañia de Jesus, y despues de su desgraciada caida, en 1773, regresamos á nuestra pátria, á

ejercer el sagrado ministerio con nuestros cohermanos; pues desde que el catolicismo penetró á estas regiones, los jesuitas han sido los únicos sacerdotes que han trabajado en ellas en la salvacion de las almas. Cuando en 1783 se separaron eternamente los Estados-Unidos de la Gran Bretaña, nuestro santísimo padre Pio VI, de feliz memoria, juzgo necesario sustraer á los fieles de la América, de la autoridad y jurisdiccion del vicario apostólico de Inglaterra, y sujetarlos á un obispo especial; á cuyo efecto estableció una nueva silla en Baltimore, concediendo al prelado que habia nombrado, jurisdiccion sobre el inmenso territorio de esta república. Desde esa fecha, multitud de sacerdotes, así seculares como regulares de diferentes órdenes, se han esparcido en las numerosas provincias de América, con provecho, como debiamos esperarlo, del feliz aumento de la verdadera fé. Pero ya no quedan actualmente de la Compañia de Jesus, sino trece sacerdotes, debilitados en su mayor parte por la edad, y consumidos de trabajos, los que residen principalmente en el Mariland y Pensilvania, provincias en que desde el principio fué plantada la religion católica, y donde ahora florece mas que en ninguna otra parte.

"Por cartas de muchos de nuestros padres de Europa, hemos llegado á saber con el mas vivo placer, que merced á una especie de milagro, la Compañia ha sido salvada y existe todavia en el territorio del emperador de la Rusia. Sabemos tambien que el Sumo Pontífice la reconoce, y que, por un breve, ha dado facultad á vuesa pa-

ternidad de admitir de nuevo á los que han pertenecido á la Compañía. Casi todos nuestros antiguos co-hermanos solicitan con ardor la gracia de renovar los votos que han hecho á Dios en el instituto, piden acabar su vida en su seno, y se proponen consagrar sus últimos dias á restablecer la Compañía, si así se los concede la Providencia.

"No ignora vuesa paternidad los esfuerzos que es necesario hacer para no resucitar un fantasma de la antigua Compañía: debe revivir, pero con su verdadera forma, su gobierno en toda sus cosas y su propio espíritu. Para conseguir este resultado, nos parece esencial que elija vuesa paternidad entre los miembros de la órden, un padre dotado de una estrema prudencia, versado en los negocios y lleno del espíritu de San Ignacio y de sus constituciones, á fin de que embiado acá por vuesa paternidad, disponga todo á su nombre y bajo su autoridad. En una palabra, debe gozar del poder que tenian los visitadores encargados por San Ignacio de ir á los pueblos distantes, como de San Francisco de Borja refiere el padre Gerónimo Natal, y nuestros anales hacen mencion de otros muchos.

"Si se encontrase en Inglaterra ó aquí alguno de la Compañía á quien pudiera confiarse esta mision, se evitarian los peligros de una larga navegacion; pero hablando con toda verdad, nosotros hemos estado ocupados en ministerios tan agenos del instituto, tenemos tan poca esperiencia de su gobierno, y es tan grande la falta de libros, de constituciones y aun de actas de las

congregaciones generales que hay entre nosotros, que no se encontraria ni aquí ni en Inglaterra jesuita alguno dotado del vigor, salud, y cualidades necesarias para desempeñar estas funciones. Nos parece, pues, conveniente, que venga uno de los padres que están al lado de vuesa paternidad, que conozca á fondo sus intenciones, y que sea bastante prudente para no emprender con precipitacion ninguna cosa, antes de haber estudiado el gobierno, las leyes, el espíritu de esta República y las costumbres del pueblo.

"Casi todos los bienes pertenecientes á la Compañía se han conservado, y son bastantes para la manutencion de treinta religiosos. Despues de la destruccion de la órden, una parte de estas propiedades ha sido dedicada al establecimiento de un colegio demasiado grande, en que se instruye á la juventud de las bellas letras. Cuando Pio VI quiso dar un obispo á este pais y posteriormente un coadjutor con derecho de succesion, escogió ambos entre los padres de la Compañía. Todos los eclesiásticos, sea cual fuere su culto, disfrutan en esta República una igual libertad; y ninguno impide á los regulares vivir conforme á sus constituciones, con tal que obedezcan á las leyes civiles. Sin embargo, en los contratos de toda clase, bueno es abstenerse del nombre de comunidad. Todos los bienes que poseen los religiosos, se juzgan pertenecer á los individuos; y si alguno sacude el yugo de la religion, lo hace impunemente en este mundo; no prestándose de ninguna manera

el brazo secular á hacerlo entrar en el camino de sus deberes.

"Tales son los deseos que nuestros co-hermanos solicitan que sean espuestos en su nombre á vuesa paternidad, y al hacerlo, rogamos del fondo de nuestro corazon á la Magestad Divina, que de esta manifestacion nazca la esperanza y un principio de ejecucion para reedificar la Compañia de Jesus; y que el mismo Señor conceda á vuesa paternidad la vida y fuerzas necesarias para llevar al cabo esta obra."

La dignidad de los dos prelados que firmaban esta carta, como que desaparecia para hacer brillar mas el carácter de los jesuitas, á cuyo nombre hablaban. Ellos son libres, independientes, colmados de honores; y aspirando á volver á sujetarse al yugo de la obediencia religiosa, no quieren ni aun prestar su nombre al restablecimiento de un instituto que les es tan amado: esponen su incapacidad para esta grande empresa, é imploran humildemente una luz mas viva que en la que en su juicio poseen. No se hizo aguardar mucho la respuesta del padre general, que pudiendo en virtud de la autorizacion de la Santa Sede, recibir en la Compañia á los antiguos padres y á los jóvenes que se presentasen, con la condicion, no obstante, de que en los reinos en que los príncipes rehusasen favorecer el deseo del papa, los jesuitas no llevasen el hábito de la órden ni viviesen en comunidad; y siendo esta prohibicion poco aplicable á los americanos, desde luego admitió á todos los que lo solicitaban El padre Molineux fué nombrado superior de la

mision, la que en espacio de algunos años contó entre sus predicadores, sus sábios y profesores, á los padres Antonio Kohlmann, Pedro Epinette, Juan Grassi, Adam Britt, Maximiliano de Rantzaw, Pedro Malou y Juan Henry. Todos debian ser á la vez apóstoles y personas doctas. Concentrados en el Maryland y la Pensilvania, veian descorrer delante de sí un vasto teatro de fatigas. El Ohío, el Kentucky, la Luisiana, el Missouri y las rancherías pobladas todavia de salvajes, tenian presentes en la memoria los servicios de los jesuitas: estas tribus, sobre todo, clamaban por los *padres prietos* (1), para que los fortificasen en la fé ó los condujesen á la felicidad por la civilizacion.

La dificultad del idioma inglés, que tanto trabajo cuesta aprender á los estranjeros, y sobre todo, el espíritu general de que el pais está animado, presentaban los mayores obstáculos. En efecto, no son estas unas provincias sepultadas en la ignorancia y la idolatría, ni unos hombres completamente privados de la educacion; y si bien á las estremidades del territorio se encuentran todavía indígenas que apenas saben lo que es Dios y la sociedad; pero los jesuitas no eran en tanto número ni bastante poderosos para consagrarse á estos peligros del apostolado. El metropolitano de Baltimore y los nuevos padres

(1) El original francés dice: "Les Robes noires," y hemos traducido "padres prietos," por ser este el nombre con que en nuestras tribus salvajes eran conocidos los jesuitas, y cuya honorífica y grata memoria todavía se conserva fresca entre ellas por la tradicion de sus mayores.—T.

habian tomado en consideracion el estado normal del pais; y antes de agotar sus últimas fuerzas en un combate decisivo á favor del catolicismo, conocieron lo importante que era formar herederos de su valor. En el centro mismo de la Union, en Georgetown, fundó Juan Carroll un colegio, en que los jóvenes aprenden al mismo tiempo la perseverancia religiosa y las bellas letras; y siendo esta la mas cara esperanza de los misioneros, se consagran casi enteramente á su prosperidad. Ademas predican, enseñan en medio de una poblacion civilizada; y á su pesar se encuentran hechos rivales de unos ministros protestantes ejercitados en las disputas religiosas y fuertes por su número. Era imposible á los jesuitas hacer reclutas en Europa, y sumamente dificil hacer nacer vocaciones entre los católicos de los Estados-Unidos; porque si bien éstos tienen una fé viva y un celo ardiente; pero de la misma situacion de su pais y de los principios que allí prevalecen, resulta una doble influencia á la que no les es dado sustraerse; pero que oponia por entonces un obstáculo invencible al sacerdocio.

Este pueblo nuevo en que la industria es una necesidad y será largo tiempo un lujo, dá á sus habitantes un carácter de actividad devorante, que es la palanca que hace mover la masa de la nacion, arrastra á la misma juventud, y convierte todas sus ideas, sus gustos y deseos hácia las empresas mas magníficas y aun las menos realizables. Al salir el americano de la infancia, se encuentra hecho hombre para la fortuna y los

peligros; tiene sed insaciable de felicidad y de goces materiales, y á fin de conquistarlos, la vida misma no le parece demasiado sacrificio. Este sentimiento de egoismo ha sido desenvuelto sobre una escala tan vasta, que se eleva hasta las proporciones del patriotismo mas ilustrado, y por su misma naturaleza debia oponerse á la renovacion de una milicia religiosa, que no tiene mas interés que la salvacion de las almas. Si la ambicion sofocaba las vocaciones en el corazon de los americanos, la forma política que constituye los Estados-Unidos, los alejaba mucho mas de la renuncia de sí mismos. La manera con que el gobierno ha sido allí fecundado dá en efecto bases tan amplias á la accion democrática, que el abuso se produce inevitablemente al lado del derecho. La libertad es un fruto que el hombre ansía en toda edad y en todas ocasiones; y los jóvenes americanos, nutridos desde la cuna en estas ideas de absoluta independencia, naturalmente han sido arrastrados á gozar de ella cuanto es posible; y aun mas allá. No enseñándoseles á distinguir la independencia nacional de la libertad individual, en su pasion de libre albedrío han confundido siempre estos dos principios opuestos; y el triunfo de uno ha llegado á ser un esceso, y una causa de ruina social para el otro.

Los niños en este pais no reconocen otro yugo que el de la autoridad paterna, ó el poder temporal de los maestros que se deriva de ella; y si sustraerse inmediatamente de ambos es un deseo innato al corazon del hombre, en América se le fomenta ó exalta por todas las tendencias de inde-

pendencia: y la poca severidad de los padres, ó la certeza de ver despreciados sus consejos, facilitan el impulso de este espíritu insubordinado. Este esceso de libertad, que especialmente obraba sobre la juventud indígena en los años mas inmediatos á su independencia, obró sobre la que ocurria de Europa á consagrarse al instituto de Loyola ó al sacerdocio. El aire de libertad que estos novicios sin esperiencia respiraban en los estados de la Union, precipitó á muchos otra vez al siglo; pero los jesuitas que todo lo habian previsto, perseveraron en su plan; y esta perseverancia al fin fué coronada del triunfo.

Cuando la victoria hubo dejado á los americanos señores de su pais, comprendió Juan Carroll que la religion católica debia tener tambien su iglesia y su casa de educacion, entre todos los templos que la libertad elevaba á cada culto; y al efecto fundó en la ribera del rio Potomak y casi á las puertas de Washington el colegio de Georgetown, la *Alma domus* de los jesuitas anglo-americanos. El congreso y los presidentes de los Estados-Unidos tomaron bajo su proteccion este establecimiento que, como la mayor parte de las residencias del instituto, se eleva sobre una colina, á fin de presentar á lo lejos el espectáculo tan moralmente útil, del templo del Altísimo hecho el signo visible de la proteccion celestial. Otras iglesias fueron tambien construidas por los cuidados de los padres; pues si solo tenian una débil esperanza de regenerarse, trabajaban en aumentar y popularizar el catolicismo que debia sobrevivir á la Compañia. Mar-

chando sobre las huellas del padre Hunder, asistian los últimos miembros que habian sobrevivido de la órden de Jesus al movimiento social que arrebataba al Norte-América, participaron de él como ciudadanos y dirigieron todos sus esfuerzos á hacerlo favorable al catolicismo. Los jesuitas habian trabajado eficazmente en civilizar á estos pueblos: los mismos protestantes, testigos de los beneficios pasados, les manifestaban su gratitud facilitándoles los medios de estenderse en el Maryland, en la Pensilvania, en los distritos de Columbia, de Filadelfia, de Boston y de Nueva-York.

En 1813, comenzaban á prosperar las misiones bajo la direccion del padre Grassi, cuando un incidente sério puso á los jesuitas en pugna con la ley. El caso era espinoso, porque se trataba del sigilo de la confesion. Robaron á un comerciante cierta cantidad de dinero; y aunque el ladron se escapó de las averiguaciones de la justicia, no pudiendo, como católico, librarse de los remordimientos de su conciencia, reveló su delito en el confesonario al padre Kohlmann, jesuita francés, nacido en Colmar á 13 de Julio de 1771, quien se encargó de restituir la cantidad robada. Desempeñó su deber; pero habiendo llegado la noticia á oidos de los jueces, lo citaron á su tribunal, declarándole que segun los términos de las leyes de la república, el que oculta el nombre del malhechor, es juzgado su cómplice y se hace responsable á la misma pena. Esta amenaza no intimidó á Kohlmann, quien ocurrió á la corte suprema de justicia, la que [illegible] sí el

negocio, que presentando las mismas dificultades, tenia en espectativa la atencion pública. Los protestantes se dividieron en partidos; unos por los jesuitas, otros á favor de la ley; y en estos debates, todos veian una cuestion de vida ó muerte para el catolicismo. El padre Kohlmann se presentó ante el supremo poder judicial, espuso elocuente y sabiamente el respeto tradicional debido al secreto de la confesion; su arenga conmovió á los protestantes, y llevó la conviccion á sus almas, y sucumbiendo al poder de su palabra, declaró la magistratura que la libertad de conciencia concedida á todos los ciudadanos, debia estenderse hasta el secreto confiado á los sacerdotes católicos en el tribunal de la Penitencia. Este era un triunfo que habia preparado el jesuita por su libro titulado: *Catholic question*, escrito para su defensa.

En 1815 quiso el gobierno recompensar tantos servicios. El colegio de Georgetown recibió el título y los privilegios de universidad, con estremo placer del Illmo. Carroll, que en el mismo año, á 2 de Diciembre, murió en los brazos del padre Grassi, teniendo ademas el mayor gozo este arzobispo octogenario, que habia visto tantas revoluciones, de morir, dejando á la compañía de Jesus en el camino de la prosperidad. Faltaba todavía otro suceso, no menos glorioso á un prelado que habia sabido tan sábiamente hacer proclamar la libertad religiosa. Acababa de erigirse un noviciado en White-Marsch, en el que habian entrado diez y nueve jóvenes, los que ocurrieron á los funerales del arzobispo; y esta

fué la vez primera que la ciudad de Baltimore vió pasear la Cruz por sus calles, y á los eclesiásticos vestidos con su trage de coro, entonar los cantos de la Iglesia. La multitud asistió á esta pompa fúnebre con un respetuoso silencio: habia peleado por la libertad, y la concedia á los demas con la estension que la deseaba para sí mismo.

Dos años despues falleció el padre Leonardo Néale, sucesor de Carroll en la silla metropolitana, dejando á seis de sus hermanos incorporados en la Compañia. El grano de mostaza iba desenvolviéndose. En 1818 los hijos de San Ignacio ascendian al número de ochenta y seis. El padre Kenney pronunciaba ante el congreso y el cuerpo diplomático la oracion fúnebre del duque de Berry. Los jesuitas tomaban una parte activa en todo el bien que se proyectaba: fundaban en Georgetown escuelas gratuitas, en que sin distincion de cultos educaban hasta trescientos niños, á quienes atraian á la fé por la sola fuerza del principio católico; cada semana abjuraban entre sus manos familias enteras el protestantismo, llegando á verse aun ministros anglicanos, superiores de la Universidad, renunciar á las ventajas de su puesto para escuchar la voz de Dios que los llamaba á la Compañia de Jesus (1).

(1) La conversion mas ruidosa fué la de Barber, pastor de la Iglesia reformada y rector del colegio de Conectitud, quien abrazó el catolicismo con toda su familia, y entró en el noviciado de los jesuitas. Su esposa fué admitida en el convento de la Visitacion, y quince años despues tuvo el gusto de ver á su hijo seguirlo á la misma Compañia.

A vista de tales resultados, el gobierno no se asustaba por los sucesos cuya marcha progresiva presenciaba, y antes exigió que los establecimientos de los jesuitas, así como los demas de educacion pública, recibiesen la retribucion que las familias están acostumbradas á pagar. Esta garantia de concurrencia legal con los demas maestros pareció á los padres que no podian admitirla sin ofensa de sus votos; sin embargo, consultaron á su general el padre Fortis, quien decidió la admitiesen, sujetándose á la obediencia debida á las leyes civiles; pero que para no relajar en nada el rigor de la pobreza religiosa, todas las cantidades que se les diesen bajo el título de retribuciones, fuesen distribuidas pública y nominalmente por cada uno de los profesores, á los pobres, á los hospitales y á las cárceles.

Luego que se anunció la resurreccion de los *padres prietos* entre las tribus errantes, reclamaron éstas á los presidentes de la Union los misioneros que habian bendecido á sus antepasados, implorando su auxilio para fecundar el desierto por sus preces, y civilizarlo por su educacion. Los negros de Santo Domingo siguieron el ejemplo que les habian dado los Osages. A 14 de Setiembre de 1823, escribia á los jesuitas, el abate Tournaire, misionero apostólico en Hayti la siguiente carta. "Durante muchos años, los padres del instituto dirigieron las misiones de este pais, en que fabricaron iglesias, é hicieron venerable con sus trabajos el nombre de jesuita, que entre los salvages fué tan honrado como el de un padre, que ha servido despues para hon-

rar á cualquiera sacerdote. Todavia hablan los negros viejos de sus buenas obras, y rezan diversos fragmentos de oraciones, único resto de esplendor y de piedad conservado en el corazon de estas pobres gentes, despues de tantas guerras civiles. Los jesuitas abandonaron el pais y con ellos desapareció la religion. Mirad si os es posible dejar perder cuatrocientas mil almas; si la piedad de los jesuitas puede dejar apagar aquí el recuerdo de este apostolado; si el horrible retrato que ha trazado el ódio; si las miras de la Francia sobre Santo Domingo, ú otras cualesquiera miserias enteramente terrenas pueden cerrar el cielo á estas almas redimidas de Jesucristo.

De los puntos mas opuestos, llegaban solicitudes tan vivas; y este clamor de un reconocimiento tradicional, que era un homenage pagado á la antigua Compañia de Jesus, se empeñaba la moderna en merecerlo. Pero cuando la solicitud de los negros llegó á los hijos de San Ignacio, se hallaban éstos ya comprometidos con un especie de concordato, con Gillermo Du-Bourg, obispo de Nueva-Orleans, que les habia encargado de evangelizar á los pueblos que habitan las orillas de Missouri y de los rios inmediatos; comision que habian aceptado los jesuitas. Francisco de Maillet, Pedro de Smet, Verreydt, Van-Asche, Clet, Smedts y Verhaegen, novicios recien llegados de la Bélgica, fueron nombrados para esta mision, llevando por superiores á los padres Cárlos Van Quickenborn y Temmermann, familiarizados ya con la lengua inglesa. Todos los

cursos, así del prelado, como de los discípu-
s del instituto, eran únicamente su celo; pero
s misioneros no desesperaron, sin embargo, de
Providencia. El padre Van Quickenborn se
so á mendigar en el pais; dirigióse á los pro-
stantes y á los católicos, asombrados de esta
novacion, y como era generalmente amado, la
ra que emprendia escitó el interés público, y
cogió en pocos dias bastantes limosnas para
cer el viage.

Esta escursion no careció de peligros. Los
dres tuvieron que atravezar inmensos terre-
s, y que hacer interminables rodeos, para ha-
r el camino, ó evitar el encuentro de las fie-
s; por mucho tiempo caminaron, unas veces á
é, y otras sobre débiles barcas, bajando ó su-
endo rios desconocidos. Arribaron, en fin, á
n Luis, donde los aguardaba otro género de
ueba. Estableciéronse en Florissant, en un
rreno inculto á la orilla del Missousi; y allí,
nfundidos todos en el mismo trabajo por la
isma necesidad, comenzaron á construir con
s manos, una habitacion de madera, y á pre-
rar los campos para el cultivo. En esta lati-
d, el clima es riguroso en invierno: los jesui-
s no estaban acostumbrados á un frio seme-
nte, ni á tan penosos trabajos; pero sabian muy
en que el término de estas fatigas, era el gran-
objeto de civilizacion que les proponia el cris-
nismo, y su perseverancia los hizo triunfar.
abiendo el padre Van Quickenborn echado los
mientos de esta mision, erigió un colegio y va-
as residencias; y penetró en lo interior del pais

pura enseñar el camino á sus sucesores. Al mismo tiempo que los padres belgas franqueaban estas costas al Evangelio, algunos jesuitas franceses, llamados por el obispo de Bardstown, se introducian á las soledades del Kentucky, y otros, bajo las órdenes de Purrell, obispo de Cincinati, se establecian en el Ohío. Era muy glorioso á los hijos de Loyola, salidos apenas del sepulcro, convocar á estas tribus y reunirlas de nuevo al pié de la Cruz; pero su limitado número no les permitia mandar al martirio ó á la muerte á tantos padres como suspiraban por este duro apostolado: así es que, el instituto se vió obligado á reducir á sistema los sacrificios individuales. La obediencia encadenaba á trabajos menos peligrosos; y los jesuitas no obtuvieron sino muy dificilmente el honor de ir á morir en medio de los salvages.

La causa de esta reserva es fácil de comprender, y su conocimiento honra á los jesuitas. En los Estados-Unidos, la poblacion blanca no católica, escede numéricamente á la de los indios. Rechazados éstos sin cesar por los blancos, con quienes jamas consienten mezclarse, siempre en guerra unos con los otros, las razas indias disminuyen incesantemente, y aun ellas mismas tienden á aniquilarse. Los jesuitas no pudieron jamas, ni aun en los dias mas prósperos de sus misiones, sujetarlos en masa á las necesidades y habitudes de la vida civilizada; y si se esceptúan de esta regla general algunas poblaciones en el Maine y del otro lado del Mississipí, el problema estaba resuelto por la esperiencia. En otro

tiempo para conservar el gérmen del cristianismo, suavizar las costumbres y atraer á los salvages á un progreso real, se necesitaba segregarlos de toda comunicacion con los blancos, y esta condicion era indispensable. Pero oponiéndose á este secuestro las leyes actualmente en vigor en los Estados-Unidos, que favorecen y proclaman el comercio entre ambas razas, se hace mas difícil que nunca el precaver á los indios de los vicios inherentes á su naturaleza. A vista de tales obstáculos, los jesuitas no han creido deber chocar con las imposibilidades morales y materiales que conocian tan bien; y quedando en su mano la alternativa prefirieron lo cierto á lo dudoso; se les habia acusado en otro tiempo de poetizar las misiones y de abrigar las ambiciones ó los crímenes del instituto, detras de esta página de historia de que todos confiesan el grandor y utilidad; los jesuitas no quisieron que pudiese dirigirse á la Compañia renaciente un reproche semejante: se les condenaba á ser hombres, y aguardando mejores dias, se resignaron ellos á las proporciones de la humanidad.

Perpetuar la fé en las generaciones católicas, atraer á la unidad á los sectarios por la discusion y convencimiento, y formar un clero nacional-véase el triple objeto que se propusieron. Abarcando en su idea los trabajos de los antiguos padres, viendo lo mucho que les faltaba para llegar á fecundar completamente este suelo, lo único á que aspiraban era á recoger cosechas cristianas. Contaban el pequeño número de fieles mezclados con una multitud de sectarios, y cre-

yeron que su primer deber era combatir donde el peligro aparecia mas inminente. El libre exámen, la independencia absoluta y el lujo, producian frecuentes apostasías y un libertinage desenfrenado; la falta de sacerdotes engendraba á la larga un sueño vecino de la muerte. A los ojos de los jesuitas, los americanos parecian destinados á representar mas tarde un papel importante en los negocios del mundo, y bajo este concepto apreciaron su industriosa actividad, su génio penetrante y siempre ávido de empresas gigantescas, y no obstante la incertidumbre de los cálculos humanos, concibieron la idea de que este pueblo estaba reservado á ejercer un influjo predominante sobre el resto del mundo. Disipada la ilusion del protestantismo, relajados los lazos de secta, la confusion de los principios, la instabilidad de los sistemas, las escisiones ruidosas y el deseo de conocerlo todo, arrastraban evidentemente los ánimos hácia la indiferencia ó la fé antigua, inmutable é indefectible de Cristo. Los jesuitas auguraron que un movimiento semejante terminaria en reconocer la verdad, y se dedicaron á secundarla.

Con todo este objeto renunciaron por algun tiempo á las misiones aventuradas. Se pasaron algunos años en los ministerios del sacerdocio y de la enseñanza; pero perteneciendo la mayoría de los católicos á las clases trabajadoras, no podian, á falta de toda subvencion por parte del gobierno, sostener al clero y ayudar á la construccion ó á la conservacion de las iglesias. Los mismos colegios peligraban por falta de auxi-

lios pecuniarios. Una casa de educacion que habia sido fundada en Washington, sucumbió por la carencia de arbitrios. En 1827, ordenó el general que se cerrase, antes que tocar la retribucion ofrecida por los niños, que debia ser distribuida á las cárceles y hospitales. El padre Jeremias Kelly, rector de este colegio, se negó á obedecer; alquiló otra habitacion, y, acaso en interes del instituto, comprometió á los profesores á no perder un establecimiento tan útil. La proposicion de Kelly era no menos contraria al voto de los jesuitas, que á los principios fundamentales de la órden, así es, que desaprobada, y por solo este hecho fué despedido de la Compañia, con admiracion de los americanos, que formaron una idea con este ejemplo, de lo que los jesuitas podian y debian hacer.

Algunos años despues, el cólera vino á poner á los jesuitas bajo otro punto de vista. Los Estados-Unidos los veian desinteresados y dispuestos siempre á sacrificarse por el bien de los otros; y en 1831 los vieron ofrecer el ejemplo de la mas asombrosa intrepidez. En una noticia manuscrita sobre las noticias de los Estados-Unidos, dirigida de Filadelfia por el padre Dubuisson á la condesa Canstanza de Maistre, duquesa de Laval-Montmorency, leemos la narracion de las impresiones que hizo el valor de los jesuitas y de las hermanas de la Caridad. Dice así:

"Aun no se tenia la certeza de que esta enfermedad fuera contagiosa, y las opiniones estaban divididas en el particular: sabíase, sin embargo, y muy pronto se echó de ver, que por lo comun

la caida de una víctima era seguida de la de otras muchas en la misma familia y habitacion; y debe decirse con toda verdad, que el cólera inspiraba generalmente terror. Con la mayor frecuencia fueron abandonadas á su funesta suerte las personas atacadas de este mal, ó cuando menos la madre, la esposa, el amigo íntimo, el criado fiel, ó el amo compasivo, mientras se consagraban á los cuidados estraordinariamente asíduos que exigia la asistencia, mandaban implorar en vano socorros. Consiguientes en la aplicacion de un principio dictado, no por la caridad cristiana, sino por el interes privado, los ministros de las sectas se alejaron cuanto les fué posible de los lugares que asolaba el cólera, ó se guardaron en general de visitar á los apestados. Decimos en general, porque no han dejado de verse algunos de ellos desafiar el peligro para exhortar á los moribundos á la resignacion; y es necesario tambien decirlo, fuera de la comunion católica, los enfermos ó los que los asistian, en lo que menos pensaban era en llamar al ministro. ¡Qué contraste entre este egoismo ó indiferencia glacial y el valeroso celo y empeñosos cuidados de los sacerdotes y hermanas llamadas tan propiamente de la Caridad! Se habian oido los papeles públicos hablar de esta caridad, y de este celo desenvuelto primero en Europa, y despues en el Canadá, desolado antes que el azote nos hubiera tocado; pero nada persuade tanto como ver las cosas con sus propios ojos.

Los protestantes, presbiterianos, metodistas y baptistas, cuákeros y unitarios, todos queda-

ron asombrados de ver generalmente á los sacerdotes católicos, ocurrir á cualquiera hora del dia ó de la noche á los apestados, no solamente á la casa del rico, sino tambien con la mayor frecuencia á la pequeña y asquerosa choza del indigente y del negro. ¡Imagínese cuál seria su sorpresa á la vista de un sacerdote prestando á veces al repugnante moribundo, los servicios que llama el mundo mas abatidos y humillantes! ¡Al ver á las hermanas de la Caridad, mugeres jóvenes y delicadas, consagradas á semejantes cuidados, para con las víctimas amontonadas en los lazaretos; esas damas para quienes tal género de sacrificio heróico era una cosa nueva, cuánto no debieron sorprenderse! Pero ¡ ó dolor! ¡ó escenas que ningun pincel podrá debidamente representar! Muy pronto dos de estas hermanas, de estos ángeles en forma humana, son atacadas del formidable cólera: pasan pocas horas, y su carrera concluye, y ellas sucumben. ¿Y qué es lo que hacen las otras? ¿ceden acaso al terror? ¿emprenden la fuga? ¡No, no! Conocen el peligro; miden con la vista el precipicio, y sin volver atrás la cabeza, marchan sobre sus bordes; .... porque ellas sacan de una fuente divina su tranquilo valor. Lejos de que la muerte de las dos santas víctimas fuese una rémora al sacrificio de las demas, fueron llamadas nuevas hermanas á este teatro del heroismo tan puro, que solo la caridad cristiana pudo inspirar, ó digámoslo sin rodeos, que solo el celo católico presenta al mundo asombrado. —El efecto sobre los ánimos fué muy grande,

la impresion profunda, y el homenage de aplausos espontáneo. El elogio de estas inestimables hermanas, se hallaba en todas las bocas, y los papeles públicos lo difundieron á lo lejos en todas direcciones. Es fácil concebir el honor que de aquí resultó al nombre católico."

Esta narracion ha sido confirmada completamente por los testimonios de los mismos protestantes. Al mismo tiempo, el padre Mac-Elroy, en Fredoricktown, y sobre todo el litoral de este distrito, esparcia la semilla católica. No era mas que simple hermano coadjutor; pero conociendo el padre Grassi lo elevado de su inteligencia y sus brillantes cualidades, lo elevó de este humilde grado al de profesor, y lo acertó; porque poseia cuanto es necesario para atraerse al pueblo de la manera mas feliz. Su elocuencia, que llegó á ser popular, la consagró toda á la gloria de Dios y al triunfo de la educacion: estableció colegios, iglesias y escuelas para los huérfanos, y fundó la caridad cristiana en medio de los pueblos del Maryland, á quienes la industria hacia egoistas. Su influjo tuvo algo de tan maravilloso, que en 1829, Mr. Schoeffer, escritor calvinista, esclamaba en su periódico: "¡Cosa estraña! La Francia católica espulsa á los jesuitas de su reino y les quita la educacion de la juventud, y los protestantes de Frederick contribuyen cada cual con sus cincuenta pesos, á fabricar á los jesuitas un colegio en esta ciudad."

Tal era la situacion de los dicípulos de Loyola: se criaban en los Estados-Unidos, cuando Mac-Elroy encontró acasion de retribuir por un

servicio la gratitud de sus hermanos de instituto En el mes de Junio de 1834, se ocupaban de cinco á seis mil irlandeses en los terraplenes del camino de fierro entre Baltimore y Washington, los que insurreccionándose por no sé qué motivo, se dividieron en dos campos, riñeron fuertemente entre sí, y retirándose en seguida á los bosques, desafiaban á la fuerza armada, que no se atrevia á atacarlos. Semejante estado de cosas inquietaba á los pueblos vecinos, espuestos al pillaje ó al incendio. Los ruegos, las órdenes, las amenazas, todo habia sido inútil, cuando informado el jesuita de lo que pasaba, voló á esos lugares y penetró solo en el bosque. Su presencia suspendió las hostilidades; hizo comparecer ante su tribunal á los dos partidos, los mandó firmar la paz, y habiendo hecho retirar las tropas, volvió á sus labores á estos hombres, que la cólera hacia tan peligrosos. Mac-Elroy tenia necesidad de trasladarse con frecuencia de una provincia á otra; y el gobierno, valiéndose de este pretesto, en la imposibilidad de hacerlo aceptar ninguna recompensa nacional por sus servicios, le concedió, durante su vida, un lugar gratuito en los carruages públicos.

Lo que realizaba Mac-Elroy en Frederiektown lo emprendian otros en diversos puntos del Maryland y de la Pensilvania. Los padres Fenwick, Kenney, Larkin, Havermans, Mulledy, Verhaegen, Kohlmann, Vieng, Leken, Dougharty, Evremont, Ryder, Dubuisson, Vespre, Barbelin, Petit, y Eduardo de Macarthy, no reciben de la

mayor parte de los obispos otro título que el de sus coadjutores, ó co-hermanos en el episcopado, por mas que ellos rehusan con humildad esta gloriosa divisa de confianza. Viven en medio de los aumentos y prosperidades inauditas de esa tierra, la mas trabajadora del nuevo mundo: asisten á estos progresos industriales que tienen no sé qué de admirables y espantosos; pero si han atravesado los mares, abandonado su patria y adoptado una existencia llena de diarios peligros, y de no sabidos sufrimientos, no ha sido para tomar parte en esas empresas mundanas. Están á la faz de un pueblo que la independencia ha regenerado, y que aunque jóven en el mapa del mundo, aspira, sin embargo, á conquistar todos los goces del lujo, reservados á las naciones hácia su declinacion, y sintiendo la necesidad de distraerse de la gloria por el placer. Han pensado que mas ó menos tarde, este pueblo, engreido con su fortuna, necesitará un alimento mas sustancioso que las riquezas del comercio ó las maravillas de la industria. Así es, que sin acepcion de secta ni de partido, llaman á todos al conocimiento de la verdad, y sus esfuerzos no son estériles; porque en los Estados-Unidos, mas que en ninguna parte, abundan almas desengañadas del error, altas inteligencias cansadas de flotar en la incertidumbre, que se atreven á acudir á la unidad religiosa, demandándole medios de calmar sus dudas y tranquilizar su muda desesperacion. A estas almas privilegiadas que necesitan consuelos, acuden los jesuitas á ofrecerlos. Es público que en ca-

da grande centro de poblacion, á las puertas de las ciudades opulentas, han llegado, apoyados por los obispos, á construirse una morada donde abrigan á la juventud, acogen á la edad madura, y en que cada cual recibe los consejos que reclama su posicion. A ella se acude de todos los puntos de la República.

El trabajo aumenta con los años, la confianza se establece, y el número de los jesuitas se acrecenta en la misma proporcion. En 1803 no eran mas que trece: en 1839 se contaban ciento diez, y en 1844, solo la provincia del Maryland tenia ciento treinta, y la del Missouri ciento cuarenta y ocho. Los jesuitas no ocultan ni sus tendencias, ni su objeto. Son católicos, y aspiran á hacer procélitos al catolicismo. El gobierno de la Union no se asusta del movimiento que imprimen; y á escepcion de algunos sectarios, cuya oscuridad los obliga á pasar plaza de intolerantes, los gefes del protestantismo toman por modelo la conducta que con ellos observan las supremas autoridades del Estado. Mas de una vez se ha visto al presidente Juan Tyler asistir á la distribucion de los prémios de Georgetown; diariamente se encuentran al rededor del púlpito de los jesuitas á los ciudadanos mas ilustres de la América, animando con su presencia los esfuerzos que hacen los padres, para imprimir en los corazones los principios de la moral evangélica; y lo que es todavia mas notable, su popularidad es tan grande, que los convidan para las oraciones cívicas que celebran anualmente el 4 de Julio, en celebridad de la independencia de

su pátria; y los periódicos han citado, entre otras, la oracion que el padre Larkin pronunció en 1843, invitado por el estado mayor de las tropas de la Union en el mismo campo de Louiswile (1).

Mientras que los jesuitas del Maryland forzaban á la heregía á tributar justos aplausos á su apostolado, otros hijos de San Ignacio, dispersos en el Missouri, afrontaban nuevos peligros. El padre Van Quickenborn instalaba al norte de los rios su pequeña colonia de misioneros, que ya eran allí conocidos, porque antiguamente habian revelado á las tribus errantes la felicidad de la familia. "Hemos enseñado á estos pueblos dóciles, escribia el padre Thibaud en una carta datada de Santa Maria del Kentucky á 15 de Octubre de 1843, á trabajar la tierra, y á crear aves domésticas y ovejas: sus mugeres hilan la lana de los bisontes con tanta finura, que no es inferior á la de los merinos de Inglaterra: fabrican telas y las tiñen de amarillo, negro y encarnado; se hacen, en fin, ropas que cosen con hilos de nervios de corsos.

El obispo de Nueva-Orleans, siguiendo el consejo del presidente de los Estados-Unidos, habia solicitado algunos padres, los que llegados á su diócesis se dedicaron á las misiones del modo mas satisfactorio. En San Luis, el Illmo. Rosati, su primer obispo, auxiliaba en sus árduas empresas á los padres Van Quickeborn y Teodoro de Theux, que antes de lanzarse á es-

(1) Ya teniamos noticia de esta oracion, por un remitido de Guadalajara, que insertamos en el número 11 del tomo anterior.

cursiones infrutuosas, procuraban civilizar á los indios por la educacion. Al efecto, fundaron una escuela; pero no tardó en reconocerse la barbárie de los niños que allí reunieron, aun en medio de los cuidados que les prodigaban. No recibian el trabajo sino como una afrenta, y cuando se intentó enseñarles las artes mecánicas y la agricultura, se pusieron á llorar unos, intentaron fugarse otros, y todos manifestaron tal repugnancia, que se tuvo por desesperada la empresa generalmente, menos por los jesuitas que jamas desesperaron ni de la Providencia, ni de su valor.

Los blancos, entre tanto, contemplaban celosos los trabajos inútiles que tomaban los misioneros para emancipar á las tribus; se quejaban de ser abandonados y reclamaban un colegio. El obispo de San Luis unió sus ruegos á los suyos, y no pudiéndose negar los jesuitas, abrieron sus clases el 2 de Noviembre de 1829. Rivalizando en celo los protestantes con los católicos, no solo contribuyeron á la formacion completa del colegio de San Luis, sino que desearon que sus hijos entrasen en él. Tres años despues de su fundacion, recibió del gobierno central el título y privilegios de Universidad, y algun tiempo despues se concedieron las mismas prerogativas al de San Cárlos Grand-Coteau, que está al cargo tambien de los jesuitas.

Estos habian domado ya poco á poco esta necesidad de independencia que se descubria con tan justo temor en la juventud, y penetrando la idea religiosa en el corazon de esas naturalezas

violentas, aunque llenas de bondad, producia milagros de sumision y obeciencia. La Europa católica, en Roma, en Viena y en Paris, se habia interesado en este movimiento civilizador, y el anglicanismo no se quedó atras. Guillermo IV, rey de la Gran Bretaña, hizo dirigir á los jesuitas de San Luis la coleccion de los archivos británicos; y el presidente de los Estados-Unidos, imitando su ejemplo, les ofreció los de América. Los jesuitas habian popularizado el gusto del estudio y el amor de los deberes piadosos. Su púlpito era una especie de centro en que se reunian los espíritus mas opuestos en un principio comun. Así es que el en Maryland y en la Virginia, atrajeron las inteligencias por el encanto de su palabra y el poder de su lógica. Viviendo en paz con los protestantes, de quienes eran apreciados, veian de vez en cuando á los ministros del anglicanismo seguir el impulso dado por Pedro Connelly.

Este pastor del culto reformado en la ciudad de Natchez, habiendo oido elogiar la caridad y saber de los padres, tuvo la idea de conferenciar con ellos sobre las cosas de la fé; presentóseles en efecto, espuso sus argumentos, y quedando convencido de la verdad del dogma católico, no titubeó en proclamarla; vendió sus bienes, renunció su parroquia, y juntó con su muger y familia, adjuraron el protestantismo. Abandonaron el pais y se embarcaron para Roma, y en este centro del catolicismo, bajo la direccion de los jesuitas, el ministro anglicano se consagró al servicio de los altares por el sacerdocio.

Las escursiones á los salvages marchaban unidas á los ciudadanos de la enseñanza y del santo ministerio. Los jesuitas han reunido en poblacion, algunas tribus mejor dispuestas que otras. En el territorio de los Sioux se ha construido una iglesia, y dado principio á otras residencias en San Cárlos, en Watkinonville, en Clarke, en Nueva-Lóndres, la Luisiana, Jefferson y Columbia. En 1836 el cacique Blackhawk y su hijo Keskuck, que por mucho tiempo hacian la guerra á la República del Missouri, se presentaron en San Luis, pidiendo á los *padres prietos*, á esos hijos de San Ignacio, de quienes hacian tan tiernos recuerdos los ancianos de la tribu. Su peticion fué escuchada, y los padres Van Quickenborn y Hoocker se pusieron en camino con ellos, y llegaron el 1º de Junio al pais de los Kickapoas.

El gobierno central no cesaba, por su mismo interes, de repetir á esas colonias, que es necesario al hombre un culto, sea el que fuere. La Union las proveia de pastores anglicanos; pero los indios no viéndolos llegar á sus tierras con el rosario y el Crucifijo en la mano, desconfiaban de una religion que, como decian, no era la de los franceses. Tenian, ademas, otros recuerdos todavia vivos en el corazon, los que se excitaban al momento que el nombre de los jesuitas resonaba en sus oidos. Necesitaban padres, y éstos volaron al medio de los bosques. La vista de los *padres prietos* fué como una nueva era de salvacion anunciada á los salvages del Ohío y del lago Erié. Los Piankaskas y los Weas, descen-

dientes de los Miamis, los Kaskaskias y los Féorias se conmovieron para festejar su llegada (1). Los metodistas habian ya seducido un número considerable. Estos indios, habiéndose visto repentinamente abandonados por los misioneros, y no pudiendo esplicar esta desercion que exigia la obediencia al breve de Clemente XIV, habian en su desesperacion abjurado la fé católica. Proponian, empero, abrazarla de nuevo, si se les concedia un jesuita: Van Quickenborn, que conocia las buenas disposiciones del congreso, que dejaba á esas tribus en libertad para adoptar el culto que mejor conviniese á sus sentimientos, les prometió, en su tránsito, mandarles, como lo hizo despues, un padre del mismo instituto.

Pocos meses despues, el 13 de Agosto de 1837, falleció el padre Van Quickenborn, oprimido del peso de las fatigas apostólicas, consolándose de ver en la provincia del Missouri, de que era fundador, revivir su celo fervorosos novicios, que formados por sus ejemplos, iban á marchar bajo los huellas de su caridad. El padre Fernando Helías, en los distritos de Colebrock, de Gasconaá y de los Osages, formó un punto céntrico

[1] En una carta particular leemos, que el número que salió á recibir á estos misioneros llegó á algunos millares. Al descubrir á los jesuitas se postró aquella multitud á recibir su bendicion; los obligaron á dejarse conducir en hombros de los principales de esas naciones, y marcharon despues por delante de ellos tan poseidos de entusiasmo, que apenas caminaban veinte pasos, cuando casi todos volvian la cabeza á ver á sus antiguos padres, y esclamaban con los ojos llenos de lágrimas por la alegría de verlos nuevamente entre ellos: "¡Los padres prietos! ¡Los padres prietos!!!"

para los emigrantes de Europa y los nativos del pais; y á fin de obligarlos á reunirse en sociedad, edificó iglesias, y crió escuelas: tal fué el principio de la ciudad de la Nueva Westfalia. No contaba sino con colonos pobres, ó salvajes todavia mas indigentes: dirigióse á la sociedad Leopoldina y á la de Leon; y viendo que los subsidios que recibió de ellas eran insuficientes, invocó el concurso de sus amigos y parientes de la Bélgica; interesando de esta manera á la Europa á favor de los progresos de su mision. En 1838, apenas habia reunido en estas iribus seiscientos veinte cristianos, y cinco años despues dirigia dos mil setecientos por el camino de la civilizacion. El padre Hoocker penetró á su vez entre Potowatomíes, que viven bajo de tiendas, sin tener vestidos para cubrir su desnudez, y que ademas se hallaban devorados por una enfermedad contagiosa. El misionero se consagró voluntariamente á sufrir todas estas miserias, y reanimó los espíritus abatidos ó vacilantes. El frio es allí tan intenso, que no podia disfrutar de un instante de sueño sobre la tierra en que procuraba dar descanso á sus ateridos miembros; pero nada de esto lo detuvo en sus proyectos. Construyó una iglesia á fin de enseñar á estos desgraciados que tienen un Padre en el cielo y un jesuita acá abajo para velar en su felicidad. Acabada la iglesia, los persuadió Hoocker que debian procurar á sus familias un abrigo contra la intemperie de las estaciones, consejo que fué adoptado. De médico se transformó el jesuita en arquitecto; y de esta manera, secundando la

causa de la emancipacion cristiana, servia al mismo tiempo á los intereses de la Union.

El gobierno debió y quiso favorecer estos sucesos, que elevaron con el tiempo al rango de ciudadanos á las tribus mas embrutecidas; no ignorando que para preparar este movimiento, el instituto de los jesuitas es el único que puede sacrificar cada año tantos mártires á la civilizacion. Se le vé, por lo tanto, asociarse á sus esfuerzos, levantar iglesias, fundar escuelas para las señoras del Sagrado Corazon (1), asignar rentas para los establecimientos de instruccion pública y velar en la subsistencia de los misioneros. Los jesuitas y los protestantes se han reunido en una idea de humanidad, aquellos sacrifican su vida por el principio cristiano, y éstos conceden algunos auxilios y la proteccion de la ley, para que los hijos de Loyola conviertan en hombres á estas hordas de salvages.

Aumentando en número los jesuitas y contando con el favor de los presidentes de la Uuion, Jefferson, Adams, Jackson, Van Buren y Tyler, que animaban sus empresas, creyeron haber llegado el momento de corresponder en fin á los ruegos de los indígenas. Estos últimos imploraban la asistencia de los *padres prietos* como un beneficio, y los *padres prietos* comenzaron á plantar la Cruz en las tribus mas retiradas. Los

---

[1] Instituto piadoso para la educacion de las niñas, que progresa en los Estados-Unidos, al mismo tiempo que, así como los jesuitas son perseguidos en Europa, es proscrito tambien por los falsos liberales y verdaderos impíos.—T.

Cabezas-Chatas del Oregon habian oido hablar de la religion del Grande Espíritu, que en otro tiempo habia sido predicada á sus antepasados por los misioneros europeos; y para solicitar el mismo favor enviaron dos diputaciones á San Luis. Ambas perecieron en el camino, sepultadas bajo la nieve, ó deboradas por los canívales; pero fué mas feliz una tercera, logrando penetrar al Missouri algunos de sus miembros. Espusieren el objeto de su viage, y á 17 de Marzo de 1840, el padre de Smet marchó en su compañia á desempeñar un ministerio tan importante: atravezó el desierto americano y las Montañas Pedregosas, límites del mundo atlántico, afrontando toda clase de peligros hasta llegar al rio Verde, donde encontró á los Cabezas-Chatas y á los Pondéras que habian ocurrido para servirle de acompañamiento.

Llegado al centro de la tribu, el mas anciano de ella, inundado en lágrimas de alegria y esperanza, en que lo acompañaban todos los presentes, le dirigió de esta suerte la palabra: "*Padre prieto*, seais muy bien venido á mi nacion. Este es el dia en que el Grande Espíritu ha llenado mis votos. Nuestros corazones rebozan de placer, porque vemos cumplido nuestro gran deseo. *Padre prieto*, nosotros seguiremos las palabras de vuestra boca." Este era un solemne compromiso, y los salvages lo han sabido cumplir. El padre de Smet ha vivido como ellos, y su docilidad le ha servido de arma para conducirlos al cristianismo y elevar su inteligencia. Se ha improvisado cazador como ellos, á fin de

no abandonarlos; ha atravezado los montes y navegado los rios; ha visto los frutos que podian esperarse de estas poblaciones indígenas. En 27 de Agosto se separó de ellos. Mucho tiempo antes de salir el sol (escribe el padre, á 4 de Febrero de 1841), se habia reunido toda la nacion al rededor de mi morada. Ninguno hablaba; pero el dolor estaba pintado en todos los semblantes. La única palabra que parecia consolarlos, era la promesa formal de una pronta vuelta en la próxima primavera y de un refuerzo de muchos misioneros. En medio de los llantos y suspiros de estos buenos salvages hice las oraciones de la mañana, rodándoseme á mi pesar las lágrimas, que hubiera querido contener en este momento. Les hice ver la necesidad de mi viage; exhortélosá continuar en servir con fervor al Grande Espíritu y alejar de sí todo motivo de escándalo; les recordé las principales verdades de nuestra santa religion, y les dí en seguida por director espiritual un indio de mucha inteligencia, á quien habia tenido cuidado de instruir yo mismo de una manera mas particular, el que debia representarme durante mi ausencia, reunirlos mañana y noche, así como tambien los domingos; dirigir sus oraciones, exhortarlos á la virtud, bautizar de socorro á los moribundos, y en caso de necesidad, á los recien nacidos.

No se escuchó sino una sola voz de un unánime consentimiento, de observar todo lo que les dejaba encargado, deseándome todos con las lágrimas en los ojos un feliz viage. El mas ancia-

no de la tribu se levantó y me dijo: "*Padre prieto*, que el Grande Espíritu os acompañe en vuestra larga y peligrosa caminata. Nosotros le rogarémos dia y noche que os conceda llegar salvo entre vuestros hermanos á San Luis. Continuarémos á dirigirle nuestros ruegos, hasta vuestra vuelta entre vuestros hijos de las montañas. Cuando las nieves desaparezcan de los valles despues del invierno y comience á renacer el verdor de los campos, nuestros corazones, tan tristes ahora, comenzarán á regocijarse. A medida que se eleve el césped, crecerá mas nuestra alegria; y cuando florezcan las plantas, nos pondremos en camino para salir á encontraros. ¡Adios!"

"Lleno de confianza en el Señor, que me habia librado hasta entonces, partí con mi pequeña escolta, y mi fiel flamenco, que queria continuar en participar de mis trabajos y peligros. Remontamos durante dos dias el rio de la Galatina, ahorquillado al Sur del Missouri; y de allí pasamos por un estrecho desfiladero de treinta millas para desembarcar á orilla del de la Roca Amarilla, el segundo de los tributarios del Missouri. Desde entonces necesitamos tomar las mayores precauciones, por cuanto no formando sino una pequeña caravana, teniamos necesidad de atravesar llanos inmensos, y terrenos estériles y áridos, cortados por profundas barrancas, en que á cada paso podian encontrarse enemigos emboscados. Por todas direcciones mandábamos esploradores para reconocer el terreno, los que examinaban atentamente todas las huellas dejadas en la arena, de hombres ó de animales;

en lo que ciertamente es de admirar la sagacidad del salvage, que con solo ver la huella, fija el dia en que se estampó, calcula el número de hombres y caballos, distingue si fué una partida de guerra ó de caza, y aun reconoce la nacion que ha pasado por allí. Todas las tardes elegiamos un lugar favorable para plantar nuestro campo, construyéndonos precipitadamente un pequeño fuerte con troncos de árboles secos, para ponernos á cubierto de un ataque repentino. Esta region es la madriguera de los osos pardos, el animal mas terrible de este desierto, cuyas horrorosas huellas reconociamos á cada paso."

Despues de cuatro meses de viage, llegó en fin el jesuita el 22 de Diciembre, al punto á que se dirigia, y comunicó á sus hermanos las felices nuevas que les llevaba. Presentó á su celo mil peligros que no ha osado afrontar ni aun la misma avaricia de los traficantes de peletería; pero á pesar de sus nada exageradas pinturas, multitud de operarios evangélicos se ofrecieron para esta cosecha cristiana que Pedro de Smet acababa de hacer germinar. El 21 de Abril de 1841, emprendió su vuelta al través de esas regiones inesploradas, llevando por compañeros á los padres Mengarini y Point, natural de la Vendé, "tan animoso y lleno de celo por la salvacion de las almas, escribe Smet desde las orillas de la Plata (1), como lo fué en otro tiempo La-Roche Jaquelein, su compatriota, en la cau-

(1) Carta del padre Smet á los Sres. Cárlos de Smet, presidente del tribunal de Termonde, y Francisco de Smet, juez de paz de Gand.

sa de su rey." Mengarini es italiano; su aptitud para la música y la medicina, y su ardor apostólico determinaron la eleccion de los superiores. Acompáñabanlos tres coadjutores. Estos jesuitas serán al mismo tiempo los misioneros de esta tribus y sus maestros de industria y agricultura. Los hijos de Loyola, habiendo descubierto en este suelo admirablemente dispuesto, un pequeño Paraguay, han puesto manos á la obra de su civilizacion. Han establecido reducciones, dando el nombre de Santa Maria á la primera de ellas: lo han organizado todo con una inteligencia de madre, dictado leyes y una regla de conducta á estos indígenas que, separándolos poco á poco de sus supersticiones y barbárie, los prepare al bautismo y á la libertad. Muy pronto han salido de los Cabezas-Chatas, guias fieles y fervorosos catequitas. El padre Point ha sido conducido por ellos á los Kalispels, y el padre Smet evangeliza á la tribu de los Narices-Horadadas. Las crueles nevadas del invierno no han contenido á los jesuitas en sus escursiones y á los Cabezas-Chatas en sus nuevos deberes. A pesar del frio doloroso de esas regiones, ellos oran, pescan y cazan juntos. En el diario de invierno de Nicolás Point, leemos: "6 de Febrero. Hoy, domingo, grandes vientos, cielo nublado, frio mas que gracial, ningun pasto para los caballos, los búfalos han sido ahuyentados por los Narices-Horadadas.—Dia 7. El frio es mas intenso, la aridez mas triste, la nieve incesante; pero si ayer ha sido santifido el descanso, hoy la resignacion es perfecta: ¡con-

fianza! Hácia el medio dia hemos llegado á lo alto de una elevada montaña. ¡Qué cambio! El sol brilla, el frio ha perdido su intensidad, y tenemos á la vista una llanura inmensa; en ésta hay buenas pasturas y nubes de búfalos: se detiene el campo; reúnense los cazadores; y aun no se ha puesto el sol cuando han caido bajo sus tiros ciento cincuenta y tres de esos animales. Es necesario convenir que si esta caza no ha sido milagrosa, se asemeja mucho á la pesca que lo fué, y en que en el nombre del Señor, arrojando Pedro sus redes, cogió ciento cincuenta y tres grandes peces: en el nombre del Señor tuvo confianza el campo de los Cabezas-Chatas, y postra ciento cincuenta y tres búfalos. ¡Qué bella pesca! pero tambien ¡que bella caza!"

Los Cabezas-Chatas tenian por enemigos á los Piés Negros y á los Ranax, y hasta entonces habian sido vencidos y robados casi sin combatir. Pero el cristianismo, dándoles una familia, un templo y un patrimonio, les reveló la necesidad de la defensa y el valor que hace despreciar el peligro. Prevenidos de esta manera contra las invasiones, el padre Smet aprovechó esta tregua para visitar á los Stict-Shoi, los Spokanes, los Shupelpi, los Okanakanes, la tribu de los Cuervos y la de las serpientes. El *padre prieto* era esperado por todas partes, y se le saludaba como un bienhechor. Admirados los salvages de verlo tan paciente y afable, le rogaban les enseñase la ley que le sinspiraba tantas virtudes. Una inmensa montaña peñascosa domina á todo el pais. En reconocimiento de las

lecciones que han recibido, la llaman los salvages *Leeeyou-Pierre* (el padre Pedro) á fin de eternizar la memoria del jesuita. Despues de su vuelta á San Luis, concluidas estas correrías maravillosas, que actualmente continúa, escribia el padre de Smet el 3 de Noviembre de 1842.

"No tengo que agregar sino algunas palabras. Despues de mi última carta he bautizado cincuenta niños, principalmente en los fuertes. El agua del rio estaba baja, los bancos de arena y los arrecifes detenian á cada instante nuestra barca, poniéndola á veces en peligro de encallar ó hacerse pedazos. Las puntas de las rocas ocultas bajo del agua le habian llenado de agujeros; los innumerables arrecifes que era necesario salvar á todo riesgo, habian roto la quilla y aun el bronce que la defiende; un viento violento habia echado abajo la cámara del piloto, y aun la habria arrojado en el rio, si no se hubiese cuidado de atarla con gruesos cables; en fin, el bajel no era mas que un esqueleto, cuando despues de cuarenta y seis dias, mas bien de un trabajo penoso que de navegacion, arribé sin otro accidente á San Luis. El último domingo de Octubre, á medio dia, yo estaba arrodillado al pié del altar de la Santísima Vírgen en la Catedral, tributando mis acciones de gracias á nuestro buen Dios, por la proteccion que se habia dignado conceder á su pobre é indigno ministro.

"Contando desde el principio de Abril de este año, he recorrido cinco mil millas, he bajado y subido el rio Columbia, visto perecer á cinco de

mis compañeros de viaje en los escollos de este rio, costeado las riberas del Wallamete y del Oregon, recorrido diferentes cadenas de las Montañas Pedregosas, atravesado por segunda vez el desierto de la Roca-Amarilla en toda su estension, bajado el Missouri hasta San Luis, y en toda esta larga travesía, ni una sola vez he carecido de lo necesario, ni he recibido el menor rasguño.... *Dominus memor fuit nostri et benedixit nobis.*"

Al precio, pues, de tantas fatigas, apoyándose sobre una voluntad inalterable, y recibiendo con placer los auxilios de los ingleses de la rica compañia de la bahía de Hudson, los jesuitas han llegado á obrar estos prodigios. Las Montañas Pedregosas estaban abiertas al Evangelio: siguiendo los pasos de Pedro Smet y de Nicolás Point, han volado á su vez otros discípulos de Loyola á llevar la luz al seno de estos pueblos. Los padres de Vos, Hoocker, Soderini, Zerbinatti, Josat, Accolti, Vercruysse, Varalli y Nobile se consagran á este martirio de la civilizacion. Los vastos desiertos entre los Estados-Unidos y el mar Pacífico al Norte de la California, forman actualmente una diócesis del Oregon, cuyo pastor es el Illmo. Blanchet, obispo de Drasa. Véase, pues, cómo en un pueblo libre y protestante han recobrado los jesuitas en pocos años su antiguo influjo, y se les permite sacrificarse y morir por la salvacion de las almas. Véase tambien cómo se puede ser orador, apóstol, sacerdote católico, maestro de la juventud, republicano, demócrata, tolerante y miembro de la Com-

pañia de Jesus, sin que se ponga en contradiccion ninguno de estos títulos.

[Tomado de la Historia religiosa, política y literaria de la Compañia de Jesus, compuesta por J. Cretineau-Joly, tom. IV, págs. 356 á 390.—Paris, 1846.]

FIN DE LA OBRA.

TABLA

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENEN LOS DOS TOMOS DE ESTA OBRA.

TOMO I.

		Pags.
	Aviso del editor	3
Cap.	I.—Prólogo	15
	II.—Las mugeres	28
	III.—Ludovico ó la partida de Europa	40
	IV.—Interior de una familia americana	55
	V.—Maria	65
	VI.—El hospicio de pobres de Baltimore	73
	VII.—El misterio	85
	VIII.—La revelacion	101
	IX.—La prueba. I	131
	X.—Continuacion de la prueba. II	152
	XI.—Continuacion de la prueba. III. Episodios de Oneda	173
	XII.—Continuacion de la prueba. IV. Literatura y bellas artes	195

NOTAS.

—Páginas 220.
—Sobre las quiebras.
—Sobre el desafio en los Estados-Unidos.
—Sobre la sociabilidad de los americanos.
—Sobre la igualdad.

TOMO II.

Cap. XIII.—El motin..... 1
XIV.—Ausencia de la América civilizada. 32
XV.—La selva vírgen y el desierto..... 54
XVI.—El drama..... 81

APENDICE.

1ª parte.—Nota sobre la condicion social y política que guardan los negros esclavos y la gente de color liberta..... 156
Tablas comparativas de la poblacion libre y esclava ecsistente en los Estados-Unidos, desde 1890 hasta 1830..... 219
2ª parte.—Nota sobre el movimiento religioso que se observa en los Estados-Unidos. 229
3ª parte.—Nota sobre el estado antiguo y la condicion actual de los indígenas de la América del Norte..... 267
—Notas generales del 2º tomo.
Adicion.—Nota sobre el estado de las misiones de los jesuitas entre los indígenas de la América del Norte.